

Francois Gondrand

AL PASO DE DIOS



© by EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290, 28027 Madrid

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

m

Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2005

I
MADRID, 2 DE OCTUBRE DE 1928

*La Obra de Dios no la ha imaginado
un hombre (...)
Hace muchos años que el Señor
la inspiraba a un instrumento
inepto y sordo,
que la vio por vez primera
el día de los Santos Ángeles Custodios,
dos de octubre de mil novecientos
veintiocho.
J. ESCRIVÁ DE BALAGUER*

Muy de mañana, un joven sacerdote de veintiséis años está celebrando la Santa Misa en la Capilla de la planta baja de la Casa de los Misioneros de San Vicente de Paúl, en la madrileña calle de García de Paredes. Es uno de los seis sacerdotes que están haciendo unos ejercicios espirituales, comenzados dos días antes en dicha Casa.

Ese día la Iglesia celebra la fiesta de los Santos Ángeles Custodios, como lo recuerda la liturgia de la Misa: la colecta, la epístola –«Mira que enviaré al ángel mío para que te guíe, y guarde en el viaje, hasta introducirte en el país que te he preparado. Reverénciale y escucha su voz: por ningún caso le menosprecies...» (Ex. XXIII, 20–21)– y también el canto del Alleluia: «Benedicid al Señor todos vosotros, que componéis su milicia, ministros suyos, que hacéis su voluntad» (Ps. CII, 21). Y antes de iniciarse el Canon, el Prefacio:... «Per quem maiestatem tuam laudant angeli: Sanctus, Sanctus, Sanctus...»

Llega el momento supremo de la consagración, en el que se opera el misterio de amor de la Transubstanciación: «Esto es mi Cuerpo... Este es el cáliz de mi Sangre...» Y luego, la invocación a la Santísima Trinidad, por Cristo, con Él y en Él. Después, la Comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo... Finalmente, nueva invocación a los ángeles, la bendición final y el último Evangelio, el de San Juan: «En el principio existía el Verbo...»

Tras las preces al pie del altar, Josemaría Escrivá –que así se llama ese joven sacerdote– se va despojando de los ornamentos, mientras reza las oraciones acostumbradas. Acto seguido, comienza una larga acción de gracias.

Después de un desayuno frugal, que no interrumpe el silencio y el recogimiento de estos ejercicios cerrados, vuelve a su habitación. Sentado junto a la mesa de trabajo, ajeno a los rumores de la calle, que llegan débilmente, sigue ordenando algunas notas que ha ido tomando durante los últimos meses: resoluciones, propósitos, breves invocaciones, llamadas repetidas, insinuaciones percibidas en la oración, largamente meditadas desde entonces.

No ha hecho más que empezar a releer algunas cuando, de repente, se da cuenta de que todo aquello se ha ordenado por sí solo, iluminado por una luz completamente nueva, como un rompecabezas cuyas piezas se hubiesen colocado en su lugar automáticamente; como un cuadro del que hasta entonces sólo hubiese visto algunos detalles y que ahora contempla en su totalidad...

Visión de una realidad buscada incansablemente, a menudo a tientas, y sólo entrevista, que ahora se impone con clara evidencia al espíritu y al corazón: miles, millones de almas que elevan sus oraciones a Dios en toda la superficie de la tierra; generaciones y generaciones de cristianos, inmersos en toda clase de actividades humanas, ofreciendo al Señor sus tareas profesionales y las mil preocupaciones de una vida ordinaria; horas y horas de trabajo intenso, constante, que sube hacia el cielo como un incienso de agradable aroma desde los cuatro puntos cardinales... Una multitud formada por ricos y pobres, jóvenes y ancianos, de todos los países y de todas las razas. Millones y millones de almas, a través de los tiempos y a lo largo del mundo... Un latir invisible que recorre y riega la superficie de la tierra.

Miles, millones de almas como un volteo incesante de campanas que repican y cuyas vibraciones suben y suben, y se mezclan, y se amplifican...

Campanas... Precisamente ahora, desde hace unos instantes, llega hasta su cuarto el eco de las campanas de una iglesia cercana. A unos cientos de metros de allí, a vuelo de pájaro, en la glorieta de Cuatro Caminos, las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles voltean en honor de su Santa Patrona.

Benedicite Dominum, omnes angeli eius... (Ps. CII, 20).

Miles, millones de criaturas celestiales, presentan al Señor, por mediación de la Reina de los Ángeles, la ofrenda valiosa de unas vidas vividas totalmente para Él, de cara a El, en Él, entre gozos y lágrimas. Y la humilde prosa de esas vidas ordinarias queda convertida en verso heroico, en grandioso poema de amor divino.

—¡Así que era eso, Señor!

«Gozo, ¡lágrimas de gozo!»

Aquí estoy, Señor, porque me roas llamado... (I Sam. III, 5, 6 y 9).

Inmensidad de la grandeza y de la misericordia de Dios... gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, gloria a la Santísima Trinidad. Gloria a Santa María, Madre de Dios.

Profunda, intensa, amplia, caudalosa como los ríos que van a dar a la mar, surge una acción de gracias que nunca terminará.

II ¡SEÑOR, QUE VEA!

Dios escribe derecho con renglones torcidos

1. BARBASTRO

«¡Así que era eso, Señor!»

Ahora, muchos acontecimientos vividos en Barbastro, en Logroño, en Zaragoza, y en los meses que han transcurrido desde su llegada a Madrid, iluminados con una luz nueva, los ve como una clara preparación de lo que acaba de suceder en su alma.

Hasta donde llegan sus recuerdos, predomina, a pesar de las sombras, la imagen de una felicidad apacible, de unos padres diligentes y amorosos.

Pensando en su padre, evoca su rostro sereno, el pelo corto, el fino bigote y esa mirada chispeante, de inteligencia y de alegría, que las contrariedades no lograron alterar. Josemaría no tuvo nunca reparo en confiarse a él; no recuerda que le castigara severamente más que una sola vez, y lo que le causó mayor dolor no fue el cachete recibido, sino el disgusto provocado con su cabezonería.

Le gustaba caminar junto a él por El Coso, donde los amigos, los vecinos y los parientes se saludaban al cruzarse. Luego, cuando creció un poco, su padre le llevaba a pasear por los alrededores de la ciudad, y la conversación se hacía más confiada.

Cuando, a mitad del otoño, venían los primeros fríos, don José compraba un cucurucho de castañas asadas a un vendedor ambulante. Josemaría recuerda todavía cómo su padre le apretaba la mano y cómo se reía cuando él trataba de atrapar, en el bolsillo de su abrigo, una de aquellas castañas calentitas, que le quemaban los dedos.

En invierno, por los hondos caminos de las estribaciones de los Pirineos, cubiertos de nieve, pasaban los pastores envueltos en zamarras de piel de cordero, conduciendo sus rebaños a tierras más templadas. En un borrico, cargado de bultos, transportaban una cocinilla en la que calentaban la comida y los remedios caseros. A veces, uno de ellos llevaba a hombros una oveja enferma o sostenía en sus brazos un corderillo recién nacido.

Su madre, doña Dolores, era dulce y entera (Josemaría se había dado cuenta de su belleza contemplando un retrato de boda de sus padres). A ella le debía su piedad natural –una piedad que su padre mostraba también, sin avergonzarse– y nunca había olvidado las sencillas oraciones que ellos le habían enseñado, grabadas enseguida en su memoria infantil, tesoro del que seguía extrayendo, a diario, con qué reavivar su diálogo con Dios. «Oh, Señora, oh Madre mía –solía

repetir, dirigiéndose a la Santísima Virgen—, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón...».

Las lecciones de su madre eran siempre sumamente prácticas. Todavía sonríe al acordarse de lo que le decía de pequeño, cuando él se escondía debajo de la cama para evitar que le encontrasen las visitas que se empeñaban en ver al niño de la casa. Solía sacarle de allí golpeando el suelo con un bastón y cuando por fin salía, todo mohíno, su madre le decía en tono de afectuoso reproche, antes de conducirlo hasta el salón: Josemaría: la vergüenza, para pecar.

Años apacibles

La casa familiar, en la que había nacido el 9 de enero de 1902, estaba en la calle Mayor, haciendo esquina a la plaza del Mercado, a la que, siendo niño, bajaba a jugar, de ordinario bajo los soportales. A veces, se llegaba con sus amigos hasta la tienda de su padre, al otro lado de la Plaza, en la calle General Ricardos. Un penetrante olor a cacao subía de los sótanos del almacén «Juncosa y Escrivá», que abarcaba, como entonces era frecuente en la región, dos actividades: la fabricación de chocolate y la venta de tejidos. Los chicos frecuentaban también el almacén del tío materno, donde, con un poco de suerte, podían conseguir miel o algunas golosinas.

Como su hermana Carmen, dos años y medio mayor que él, había aprendido a leer y a hacer cuentas en el Colegio de las Hermanas de la Caridad. Muy cerca de allí, en Cregenzán, San Vicente de Paúl había encontrado las primeras vocaciones fuera de Francia. Josemaría recuerda con más precisión el Colegio de los Escolapios, adonde, desde los siete años, se dirigía a diario, subiendo por la calle Argensola hacia la catedral.

Al llegar las vacaciones, iban todos a Fonz, no lejos de Barbastro, donde la abuela paterna tenía una casa. Después de cruzar el río, la carretera ascendía suavemente entre almendros y olivos verdigrises. Luego, tras un recodo del camino, aparecían de golpe las casas del pueblo, escalonadas en torno de la maciza iglesia. En Fonz vivía la abuela y también un tío sacerdote, Mosén Teodoro, y su hermana, la tía Josefina. El tío era propietario de una finca, El Palau, situada entre olivos y viñas.

Uno de los mayores placeres de Josemaría, de pequeño, consistía en asistir a la cochura del pan; le encantaba ver cómo la masa era trabajada a fuerza de brazos, añadiendo de vez en cuando un poco de levadura, y cómo los panes, todavía blancos, se introducían luego en el horno ardiente mediante una larga pala de madera. El chico aguardaba, impaciente, el momento en que, ya cocidos, la cocinera abriese la trampilla del horno y le entregase un panecillo en forma de gallo que había colocado junto a las tiernas hogazas.

Encaramándose a las colinas peladas que dominaban el pueblo, podía verse una sucesión de huertos y tierras cultivadas en terrazas. Más a lo lejos, la mirada alcanzaba, de ondulación en ondulación, hasta los contrafuertes de los Pirineos, que cerraban el horizonte.

El regreso terminaba siempre por llegar antes de lo previsto. Con él, volvían los días siempre iguales: las clases en el colegio, la vuelta corriendo a casa, los juegos en la Plaza, las lecturas cada vez más largas y atrayentes, las conversaciones con papá y mamá, más serias y serenas con el paso de los años...

Cuando, ya maduro, había podido reflexionar sobre aquellos años de infancia y de adolescencia, se había dado cuenta de que la profunda influencia que sus padres habían ejercido sobre él se debía a su total disponibilidad, a la confianza con que siempre le habían tratado, soltando las riendas a medida que lo sentían madurar y enseñándole –aunque sólo fuese vigilando sus pequeños gastos– a administrar bien su libertad.

Con todo, no le parecía que él hubiese sido un niño fácil. Aunque pronto se había resignado a que le besasen algunas señoras amigas de su madre (¡una de ellas tenía bigote, y pinchaba!), le sobrevenían a veces rebeliones súbitas que tardó bastante tiempo en dominar... Incidentes sin importancia que ahora le hacen sonreír: el día en que estrelló contra la pizarra el trapo porque el profesor de matemáticas le preguntó algo que no había explicado en clase; o aquel otro, sucedido anteriormente, en el parvulario de las monjas de la Caridad, cuando le acusaron sin razón de haber pegado a una niña –no podía soportar la injusticia– sus protestas porque tenía que aprender latín –el latín, para los curas y frailes...

Pero también sabía aguantarse siempre que era necesario. Un día que le mordió un perro, para evitar que su madre se asustara si le veía la herida ensangrentada, fue derecho a casa de una de sus tías para que le curara. En otra ocasión, precisamente la víspera del día de su Primera Comunión, no dijo a nadie que el peluquero le había quemado con las tenacillas cuando trataba de rizarle el pelo. Su misma madre tardó bastante en darse cuenta.

Fueron los primeros contactos con la contrariedad, con el dolor, con el sufrimiento; los primeros encuentros con la Cruz, en medio de un camino amable y sonriente.

Lo de las tenacillas había sucedido poco antes de hacer la Primera Comunión, a los diez años, como acababa de recomendar el Papa Pío X. Desde hacía tres o cuatro, venía confesándose con cierta regularidad. En cuanto había tenido uso de razón, su madre le había explicado, con toda sencillez, en qué consistía este sacramento, ayudándole a prepararse para recibirlo y llevándole a su propio confesor. La primera vez, tras acusarse de sus pecadillos infantiles,

éste —un buen religioso— le había dicho que, en penitencia, se comiera un huevo frito. De regreso a casa, le habló a su madre de ello.

¡Cómo se rieron sus padres —excelentes cristianos, pero nada ñoños— comentándolo entre ellos!

Durante varios meses, un religioso escolapio le había estado preparando para recibir al Señor en su alma. Nunca, desde entonces, se olvidaría de rezar, a diario, la fórmula de la Comunión espiritual que le había enseñado: «Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos».

La Eucaristía había sido para él, al principio, aquel óvalo rodeado de

luces temblorosas en el centro del gran retablo del coro de la catedral de Barbastro. Su madre le había explicado que, detrás de aquel cristal, estaba Jesús, presente de manera misteriosa, esperando sin cesar la adoración silenciosa de los hombres.

Cuando iban a la catedral, solían entrar también en la capilla del Cristo de los Milagros; estaba situada a la derecha del pórtico y el Cristo se hallaba protegido por un historiado baldaquino. En la nave derecha se detenían ante la imagen que representaba la Dormición de María. La Virgen, con las manos juntas, reposaba en una urna situada bajo un altar con retablo de madera. Finalmente, oraban unos instantes ante la pequeña imagen de la Virgen del Pilar, réplica de la que se venera en Zaragoza.

Solían rezar el Rosario en casa, en familia, a la caída de la tarde, y los sábados, en la iglesia de San Bartolomé, donde se celebraba un acto en honor de la Virgen.

La piedad popular, en Barbastro, se manifestaba especialmente en ciertas fiestas, como la de Santa Ana —26 de julio—, que se celebraba en una capillita de la Plaza del Mercado, que ese día se llenaba de flores. También se llevaban flores a la Virgen en el mes de mayo. En Navidad, se ponía el Nacimiento, siempre el mismo y siempre renovado, con sus montañas de corcho o de cartón—piedra y las ingenuas figuritas que los niños ayudaban a colocar en torno al portal de Belén. La familia se congregaba para cantar a coro los villancicos populares que, con ritmo alegre o tono melodioso de canción de cuna, expresan el gozo de los hombres ante la venida al mundo del Niño—Dios. A medianoche, Josemaría y su hermana acompañaban a sus padres a la Misa del Gallo en la catedral, que semejava un navío varado en las sombras.

Piadoso, pero sin tener conciencia de haber hecho nada extraordinario, Josemaría era también, como los chicos de su edad, un muchacho alegre y revoltoso que tiraba a su hermana de las trenzas y que, cuando su madre le mandaba volver inmediatamente a casa, se

asomaba al balcón y se sentaba con las piernas colgando entre los barrotes para ver cómo sus camaradas seguían jugando.

No obstante, era bastante dócil y por nada del mundo hubiese sido capaz de dar un disgusto a sus padres. Porque, desde hacía algún tiempo, la alegría, en su casa, se mezclaba con las lágrimas.

Años de prueba

Tres niñas habían nacido después de él: María Asunción, cuando tenía tres años; María Dolores, cuando tenía cinco, y Rosario, cuando contaba siete.

Al año de nacer, murió Rosario. Josemaría se dio cuenta del dolor contenido de sus padres y de los esfuerzos que hacían para suavizar su propia pena. Dos años después pudo contemplar, en la iglesia parroquial, cómo unas niñas acompañaban el cadáver de otra hermana suya, Lolita, sosteniendo unas cintas blancas enlazadas al ataúd, como era costumbre en los entierros de los niños.

La vida familiar se hizo más apretada, más íntima. Josemaría, que por segunda vez veía a la muerte de cerca, comprendió que a sus padres les costaba más aún ocultar su dolor. Le habían explicado que sus dos hermanas estaban en el cielo, muy cerca de Dios Padre y de la Santísima Virgen; creía, sí, en su eterna bienaventuranza y que, de una manera distinta, seguían estando presentes en el hogar, pero cuando al cabo de poco más de un año su madre le comunicó que su hermana preferida, María Asunción, una rubita adorable a quien todos llamaban familiarmente Chon, acababa de morir, pensó que aquello era ya demasiado y se arrojó a sus brazos sollozando.

—¿Cómo está Chon? —le había preguntado al verla venir a su encuentro.

—Muy bien; ya está en el cielo —había respondido su madre con dulzura.

La serenidad de su voz y de su rostro le ayudó a aceptar un poco mejor esta nueva separación.

Aunque no se permitió a los niños que asistieran al velatorio, él había conseguido entrar en la habitación, donde lloró y lloró ante el cuerpo de la pequeña.

Amigos y parientes les acompañaron en su dolor, pero los Escrivá, lejos de endurecerse, intensificaron su vida cristiana y su mutuo amor.

Ahora, en este 2 de octubre de 1928, es capaz de apreciar mejor el heroísmo de sus padres, que no permitieron que se perdiese el ambiente de alegría y de paz que Carmen y él habían conocido siempre. Y es que sus padres se querían de veras y lo manifestaban con toda sencillez. Eso era todo.

Esos acontecimientos, y los que pronto sobrevendrían, tenían, pues, un sentido cuya profundidad hasta entonces ni siquiera había sospechado; ahora comprende la razón profunda de su propia existencia, preparada de manera remota y misteriosa para una empresa divina... Haciéndole sufrir con el sufrimiento de sus seres queridos, el Señor había estado como «trabajándole», a la manera de un herrero que diera un golpe en el clavo y cien en la herradura.

La muerte de Chon le había impresionado tanto, que solía decir: ¡Ahora me toca a mí!. Y es que sus tres hermanas habían ido muriendo en razón inversa a su edad, de la más pequeña a la mayor.

Pero su madre le tranquilizaba:

–No te preocupes, que te hemos ofrecido a la Virgen de Torreciudad...

En efecto: su madre le había contado cómo, cuando tenía dos años, él había enfermado, también, gravemente. Tanto que los médicos le desahuciaron. Entonces ella había invocado espontáneamente a la Señora que se veneraba no lejos de allí, en Torreciudad, a la cual tenía especial devoción. Y una mañana, de repente, había amanecido curado, cuando la víspera, por la noche, apenas podía respirar ni hablar y los dos médicos que le atendían le daban pocas horas de vida.

–¿A qué hora ha muerto el pequeño? –había preguntado a don José uno de ellos, dispuesto a darle el pésame.

–Ven a verle: está curado. Hace un momento, estaba dando saltos agarrado a los barrotes de la cuna.

Poco después, cuando se repuso del todo, Josemaría, en brazos de su madre, montada en una mula que avanzaba con prudencia por caminos de herradura, se encontró camino de la ermita de Torreciudad. Sus padres iban a presentarle a la Virgen, en agradecimiento por su curación, sin duda milagrosa. Su madre le diría, después, que había pasado mucho miedo, mientras, montada en silla sobre la mula, bordeaba los precipicios del Valle del Cinca. La arraigada fe de sus padres y su gratitud hacia la Madre de Dios les ayudó a llegar hasta la ermita, colgada sobre un promontorio rocoso que cae a pico sobre el río, desde el cual se divisan las cumbres de los Pirineos.

Con la muerte de las niñas, los sufrimientos de la familia no habían hecho más que comenzar. Le esperaban, en efecto, nuevas amarguras. En primer lugar, una prueba muy distinta...

Un día sus padres tuvieron que decir la verdad a sus hijos: las cosas iban de mal en peor y, pronto, su padre no tendría más remedio que liquidar el negocio...

Así sucedió, en 1914. A sus doce años, Josemaría era ya capaz de darse cuenta de lo que aquello significaba y de comprender la angustia de sus padres: estaban arruinados.

La admiración hacia su padre subió enormemente de punto cuando descubrió que había pagado a sus acreedores sin acogerse a las posibilidades de moratorias que le ofrecía la ley. Un gesto de lealtad y honestidad tanto más destacable en cuanto que una de las causas determinantes de la quiebra del negocio había sido la concurrencia desleal de su socio. «Don José Escrivá es tan bueno –comentaban algunos– que se han aprovechado de él para jugarle una mala pasada.»

Pero no todos los comentarios eran tan favorables. En las ciudades pequeñas, el fracaso no se perdona y las murmuraciones están a la orden del día.

Para Josemaría, todo empezó con ciertas reflexiones en voz alta de camaradas y vecinos, con miradas esquivas, con palabras de conmiseración casi incomprensibles, con retazos de conversación entre sus padres que él a veces sorprendía... Un presentimiento, en suma, confuso al principio, que, poco a poco, fue cuajando en convicción de que algo grave sucedía.

¡Le hubiese gustado tanto poder ayudar a sus padres!

Había visto cómo su padre envejecía sensiblemente, sin quejarse y sin perder un ápice de su elegancia y de su señorío.

Tuvieron que reducir su nivel de vida. Doña Dolores empezó a desempeñar las tareas domésticas con la única ayuda de su hija Carmen, y a disminuir considerablemente los gastos, sin quejarse en absoluto. La elegancia con que sus padres soportaban esta nueva cruz que el Señor les enviaba fue para él una lección de valor y resignación cristiana. Tanto que, años después, cuando empezó a leer asiduamente las Sagradas Escrituras, no pudo por menos de comparar la actitud de su padre con la de Job, el justo del Antiguo Testamento, objeto de la incomprensión de parientes y amigos, por haber perdido su fortuna.

Abandonado por todos, incluso por aquellos que debían estarle agradecidos o mostrarle su solidaridad familiar, don José Escrivá se puso inmediatamente a buscar otro trabajo. Acudió a los pocos amigos fieles que le quedaban y, a tal efecto, hizo algunos viajes, uno de ellos a Logroño, capital de la Rioja.

Raíces profundas

En apariencia, todo seguía siendo como antes para Josemaría: el colegio, los juegos, las lecturas y ahora, además, algo de música; también había empezado a hacer algunas incursiones en el mundo de los adultos, acompañando a su padre a los círculos culturales de Barbastro y de Fonz.

Se había ido despertando en él un cierto interés por el pasado, que, con el tiempo, se fue profundizando. De labios de su padre y de

las conversaciones que éste mantenía con sus amigos, había aprendido a conocer mejor la región –el Somontano–, tierra de transición entre los Pirineos y el valle del Ebro, hacia el cual desciende entre torrenteras y colinas; tierra, también, de intercambios comerciales y de luchas políticas.

En Barbastro –sede episcopal desde que en el año 1101 Pedro I de Aragón reconquistó la ciudad, en poder de los musulmanes–, se habían celebrado, el año 1137, las Cortes que consagraron la unión de Aragón y Cataluña. Un obispo famoso había sido San Raimundo, nacido en Durban, en la diócesis de Toulouse, y muerto en Andalucía, junto a Alfonso I el Batallador. También San Vicente Ferrer había residido allí, probablemente... Quienes no habían dejado muy buen recuerdo eran el condestable francés Bertrand Duguesclin y sus huestes: el 2 de febrero de 1366 habían saqueado la ciudad; trescientas personas que se habían refugiado en la torre de la catedral murieron allí abrasadas...

Sus profesores del Colegio de los Escolapios le habían hablado con veneración de su Fundador, San José de Calasanz, ascendiente lejano de su familia, nacido en Peralta de la Sal, quien, siendo todavía un joven sacerdote, había desempeñado su ministerio en Barbastro.

Se había interesado también por la historia de los Escrivá, oriundos de Narbona, que, en el siglo XII, se habían establecido en Balaguer, cerca de Lérida, a poco de la reconquista de la ciudad por los cristianos. Sus antepasados, terratenientes al principio, se habían inclinado hacia las artes liberales tras la represión centralizadora castellana de los siglos XVII y XVIII. Su bisabuelo paterno, José María Escrivá y Manonelles, había ejercido como médico de Fonz, cerca de Barbastro.

La cuna de su familia materna, los Albás, estaba en Ainsa, plaza fuerte del Alto Aragón y capital del antiguo Condado de Sobrarbe. Un tío abuelo de Josemaría había sido obispo de Ávila, y dos de sus tíos maternos eran sacerdotes, uno de ellos beneficiario en la catedral de Burgos, y el otro, don Carlos Albás, arcediano del Cabildo de Zaragoza.

Josemaría se había enterado de que este último no se había mostrado nada indulgente con su cuñado, al que reprochaba su falta de habilidad en los negocios y su excesiva lealtad con los acreedores, lo cual –según estimaba don Carlos– no había hecho más que perjudicar a la familia.

A comienzos de 1915, su padre pasó algunos meses en Logroño, trabajando en un negocio análogo al que acababa de perder y buscando –y luego acomodando– una casa en la cual instalar a los suyos.

Josemaría había terminado en Barbastro aquel curso escolar, se había examinado en Lérida y había pasado el verano en Fonz, con cierta melancolía. ¿Volverían a pasar allí las vacaciones al año siguiente?...

En septiembre, regresaron a Barbastro y se dispusieron a iniciar los preparativos para el traslado a Logroño.

Un día, muy de mañana, montaron en la diligencia, no sin mirar atrás para contemplar por última vez la ciudad en la que dejaban un trozo de su corazón. Unos cuantos kilómetros más allá rezaron al pasar cerca del Santuario de Nuestra Señora de Pueyo, encaramado en una colina que domina el Somontano oriental.

Acababa de volverse una página en la vida de la familia Escrivá, camino de una provincia desconocida.

2. LOGROÑO

En Logroño, la familia se apiñó todavía más, en parte por la fuerza de las cosas y en parte por el esfuerzo que hacían los padres para que los reveses no alterasen el buen humor y la serenidad de todos. Se instalaron al principio en el cuarto piso –bajo el desván– de un inmueble situado en la calle de Sagasta, junto al puente de hierro sobre el Ebro. Don José había encontrado trabajo con un comerciante, Antonio Garrigosa, que tenía una tienda de telas y prendas confeccionadas. Se llamaba «La Gran Ciudad de Londres» y estaba situada bajo los soportales de la principal calle comercial.

Los comienzos no habían sido fáciles. Tuvieron que instalarse, establecer contactos, relacionarse... Poco a poco, sin embargo, gracias a un colega de su padre, empezaron a ser recibidos en una familia, luego en otra...

Los domingos, iban a pasear por los alrededores de la ciudad, al otro lado del Ebro, por la carretera de Laguardia. A lo lejos, se divisaban las colinas malva y azuladas que, en los meses de invierno, a duras penas lograban mitigar el cierzo. Cuando regresaban, antes de atravesar el puente de hierro que conducía directamente a su casa, aparecía la ciudad, extendida al otro lado del ancho cauce del río; destacaban las dos torres gemelas de la Colegiata y, un poco más a la izquierda, esbelta, y puntiaguda como una espiga, la aguja piramidal y el campanario de la iglesia de Santa María de Palacio, así como el campanario románico de San Bartolomé. La jornada dominical concluía en casa, o en la de algunos amigos, con una merienda o una tertulia en la que se comentaban temas de actualidad.

Primeras amistades

En el Instituto de Logroño, donde prosiguió su bachillerato, Josemaría conoció otros compañeros de estudio y pronto hizo algunas

amistades. Los riojanos suelen ser francos y abiertos, como los aragoneses, con los que comparten la pasión por la independencia y la igualdad. La espontaneidad de su lenguaje, de una precisión rabelesiana, es proverbial en toda España. Es la propia de los viñadores de esta región, los cuales, tras la plaga de la filoxera que arrasó las viñas hacia 1870, como en Francia, habían aclimatado cepas importadas de la región bordelesa.

El Instituto se alzaba en una plaza situada al final de la calle del Mercado. Bajo los soportales, bordeando el Ayuntamiento y la Colegiata de Santa María la Redonda, Josemaría no tardaba en llegar hasta la calle en que «La Gran Ciudad de Londres» mostraba sus escaparates. Si quería, podía ir a buscar a su padre y, si no, hacerle una visita antes de regresar a su casa, en la calle de Sagasta. La tienda tenía un entresuelo recubierto de madera oscura que le proporcionaba una cierta elegancia. Don José había sabido encarar la situación con buen ánimo y pronto había empezado a distinguirse por su conciencia profesional, su puntualidad y su amabilidad con los clientes.

Las clases del Instituto se completaban con horas de estudio y de repaso en dos colegios: uno, dirigido por hermanos Maristas, y el de San Antonio, algunos de cuyos profesores seculares enseñaban también en el Instituto. Aunque alegre y divertido, Josemaría era más serio y maduro que la mayoría de sus compañeros de estudios. Uno de sus mejores amigos del Instituto se llamaba Isidoro Zorzano, muchacho inteligente y trabajador. Había nacido en Buenos Aires, adonde sus padres, oriundos de un pueblo de la provincia de Logroño, habían emigrado años antes; pero, siendo Isidoro todavía muy niño, habían decidido regresar a su tierra natal.

El monumento más famoso de Logroño era la Colegiata llamada «La Redonda», construida sobre un templo romano, poligonal. Las dos torres barrocas flanqueaban una fachada con pórtico, ricamente ornamentado. Las capillas laterales y el deambulatorio estaban repletos de espléndidas obras de arte acumuladas a lo largo de los siglos.

En un enorme lienzo situado en la nave derecha, se ve al futuro San Francisco de Borja, que toma conciencia de la fragilidad de los afectos humanos contemplando horrorizado, en el ataúd, el rostro descompuesto de Isabel de Portugal, esposa del Emperador Carlos V. A su alrededor, los personajes que completan el cuadro se dan la vuelta mientras se tapan la nariz, con expresivo gesto. En un pequeño nicho del deambulatorio, se conservaba también un cuadro pintado, al parecer, por Miguel Ángel, a quien se lo encargó una viuda rica.

Josemaría había proseguido sin problemas sus estudios de bachillerato en el Instituto, interesándose especialmente por las humanidades: literatura, historia, filosofía... Había empezado a

apreciar la poesía medieval y los autores clásicos del Siglo de Oro español, entre ellos Cervantes (cuyas Novelas Ejemplares y su obra maestra, Don Quijote, le encantaban) y los grandes místicos castellanos. También se interesaba vivamente por los acontecimientos de la época, de los cuales oía hablar a su padre y sus amigos: en 1916, la revolución irlandesa, alzamiento de todo un pueblo por su libertad y su fe religiosa, tras varios siglos de persecución; en 1918, el fin de la gran guerra y la difícil instauración de un nuevo equilibrio en una Europa desangrada y exhausta...

Era igualmente la edad en que chicos y chicas empiezan a salir juntos, ocasión que aprovechó su madre para darle un consejo lleno de sabiduría, prudencia y buen humor: –Hijo mío, trata de comportarte siempre bien. Y si un día piensas en cosas serias –si piensas en casarte–, no olvides el proverbio que existe entre nosotros: busca una chica que no sea «ni guapa que encante, ni fea que espante».

Presentimientos de amor

Pero los primeros impulsos de su corazón, tras muchas vacilaciones, habían terminado por adquirir un sesgo muy distinto.

Una escena en apariencia irrelevante le hizo pensar mucho en lo que es capaz de hacer un hombre cuando su corazón está lleno de amor de Dios... Debió ser durante las vacaciones de Navidad. Hacía mucho frío en Logroño aquel mes de diciembre de 1917. Había estado nevando durante varios días y una espesa capa de nieve helada cubría la ciudad. Al salir de casa, de pronto vio unas huellas de pasos en la nieve, todavía impoluta. No cabía duda: eran las huellas de unos pies desnudos... No tardó en descubrir, a lo lejos, un carmelita descalzo, el Padre José Miguel, cuyo convento estaba en las afueras de Logroño.

Ese encadenamiento de presentimientos y de certezas que llamamos vocación tiene siempre algo de misterioso. El descubrimiento de una generosidad insospechada había hecho cristalizar unos impulsos latentes hasta entonces. A partir de ese momento, ya no pudo disiparlos. Porque estaba cada vez más claro que Dios le pedía una mayor disponibilidad. Pero, ¿cómo lograrla? ¿Tendría que hacerse sacerdote...? Unos meses antes, sólo imaginarlo le hubiese hecho sonreír.

Con todo, no podía dejar de pensar en su futuro, en la carrera que le hubiese gustado seguir. Había dicho a su padre que le gustaría ser arquitecto... ¿Es que unas simples pisadas en la nieve iban a bastar para cambiar por completo el rumbo de su vida?

Sin decir nada a sus padres, durante los meses siguientes se había encaminado varias veces hacia el puente del ferrocarril para ir a ver al Padre José Miguel. Las conversaciones que mantuvo con él no le permitieron ver con claridad, excepto una cosa: no creía que la disponibilidad total que el Señor le pedía –Él sabría por qué– fuese

compatible con la vida conventual que le proponía su director espiritual. Éste, con muy buen espíritu, quería persuadirle de que entrar en la Orden Carmelitana sería la mejor manera de responder a la llamada que acababa de experimentar.

Josemaría no sabía adónde le conduciría esa llamada, pero estaba seguro de que no se trataba, en su caso, de una vocación religiosa o monástica, que no era una invitación a abandonar el mundo, y así se lo hizo ver al Padre José Miguel.

Sin embargo, a pesar de que ignoraba cuál sería su camino, no había tratado de ahogar la inquietud que se había ido precisando desde que había visto aquellas pisadas en la nieve.

Fue entonces cuando, con toda naturalidad, movido por el deseo de purificarse más y más, empezó a intensificar las prácticas de piedad que ya le eran familiares. Las constantes invocaciones, las penitencias generosas, la confesión frecuente, la Misa diaria y la Comunión eran para él medios de unirse cada vez más al Señor y de ver con mayor claridad.

Volvió a pensar en hacerse sacerdote, a pesar de su repugnancia inicial. No obstante, la idea se inscribía en la perspectiva de quedar más disponible para «algo» que el Señor le pedía y que seguía sin ver...

Un día, dio el paso definitivo: se lo diría a su padre e ingresaría en el Seminario.. .

La impresión de éste debió ser enorme, pues sin duda no se lo esperaba. Fue la única vez que vio lágrimas en los ojos de su padre. Tras guardar silencio unos instantes, le había dicho, con voz grave:

–Hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes deben ser santos... Es muy duro no tener casa, no tener un hogar, no tener un amor en la tierra. Piénsalo un poco más... Pero yo no me opondré a tu voluntad.

Sólo más tarde fue capaz de medir plenamente lo que estas palabras habían tenido de heroico en un hombre que tanto había sufrido y que ya había imaginado, para él, un brillante porvenir. Aconsejado por su padre, Josemaría fue a visitar a don Antolín Oñate, Abad de la Colegiata, y a un capellán militar que hacía poco se había establecido en Logroño, don Albino Pajares, reputado por su sabiduría y su piedad. Las perspectivas que le descubrieron no le entusiasmaron: párroco rural, canónigo, miembro de la curia diocesana, director de Seminario... ¡No se veía «haciendo carrera» en los medios eclesiásticos! No obstante, su clara voluntad de responder a una llamada cada vez más apremiante del Señor –aunque siguiera siendo misteriosa– pudo más: sería sacerdote...

Sus padres, como le habían prometido, no se opusieron a su decisión. Sin una sola queja, renunciaron a sus proyectos y

abandonaron la esperanza de reconstituir el patrimonio familiar con su ayuda.

Él, por su parte, sintió que su corazón se oprimía cuando, para responder a esa llamada divina que era más fuerte que él, decidió entrar en el Seminario. Como para compensar su ausencia, había pedido al Señor que se dignase enviar a sus padres otro hijo varón para que ocupara su lugar en la familia, porque, cuando él tuviera que irse, sólo quedaría Carmen.

Se inició así una nueva etapa de su vida; una etapa que no era definitiva, sino camino hacia «algo». No en vano le había dicho su padre: «¿Para qué hacerse sacerdote si no es para ser un sacerdote santo?»

Ni que decir tiene que él no pensaba en el sacerdocio al margen de la busca de la santidad, pero la llamada a servir a las almas se inscribía, en su caso, en el marco de otra vocación, no menos apremiante, que, sin embargo, no lograba identificar. Tal era la razón de que, a pesar del paso que acababa de dar, que creía acertado, continuase sintiendo una extraña sensación de seguir caminando como a ciegas, en busca de una respuesta a su ¿por qué? ¿Para qué voy a hacerme sacerdote? El Señor quiere algo. ¿Qué es? Y no cesaba de repetir, como el ciego de Jericó al paso de Jesús: ¡Señor, que vea! Domine, ut videam! Ut sit! Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro.

Cambio de costumbres

En el curso siguiente, a partir del mes de noviembre de 1918, su vida había quedado ordenada de otra manera. Por la mañana asistía a la Santa Misa en el Seminario, que ocupaba un ángulo de la vasta plaza del Espolón, jardín y paseo próximo al centro de la ciudad. Luego, volvía a casa para desayunar y regresaba al Seminario para asistir a las clases hasta las primeras horas de la tarde.

Aconsejado por el Rector del Seminario y por el obispo, adoptó un plan de estudios personal, acoplado a las materias que le eran familiares por haberlas tocado ya en el Instituto y centrado en el latín –¡al final había topado con él!– y en la filosofía. Algunos preceptores le ayudaban.

El primer año, se limitó a estudiar aquellas asignaturas que resultaban menos problemáticas: historia eclesiástica, arqueología, derecho canónico, teología pastoral, sociología y francés. Al año siguiente, había abordado la teología fundamental.

Estos nuevos estudios no le habían resultado demasiado difíciles, porque, en realidad, por su formación y su gusto por las humanidades, sabía más que la mayor parte de sus compañeros del Seminario.

A éstos les parecía un tanto reservado. Hizo, sin embargo, muy buenos amigos, que conservó toda su vida. A sus condiscípulos y a sus

profesores les hablaba con frecuencia del Instituto que acababa de dejar, así como de la urgente necesidad de insuflar un espíritu auténticamente cristiano a los jóvenes que allí estudiaban, los cuales, al cabo de unos años, serían profesionales e intelectuales que ejercerían gran influencia sobre mucha gente.

Los domingos por la mañana participaba, con los alumnos internos, en la catequesis de la iglesia del Seminario, para los niños de los barrios más pobres. Lo hacía por propia iniciativa, ya que los alumnos externos, como él, no solían participar en ella. Pero se consideraba un seminarista como todos. Y sería sacerdote cuando llegara el momento.

Con todo, seguía teniendo la íntima certeza de que no había ingresado en el Seminario sólo para eso. En los presentimientos que las pisadas en la nieve del carmelita habían avivado en él, anidaba la llamada a algo que, decididamente, no lograba ver. Por eso, rezaba cada vez con más intensidad.

«Señor, ¿qué quieres que haga?», repetía, haciendo suyas las exclamaciones espontáneas y generosas de los profetas del Antiguo Testamento, cuando Yahvé irrumpía en su vida para pedirles que hiciesen algo grande en su nombre. Y añadía, siempre inspirado en la Biblia: «¡Aquí estoy, Señor, porque me has llamado!» (I Sam. III, 5, 6 y 9).

En esos momentos, le parecía que Dios jugaba con él y le llevaba adonde quería, sin que él se diese cuenta. Ahora, en este 2 de octubre de 1928, lo percibe con toda claridad...

Por los días de su ingreso en el Seminario, su madre les había anunciado, a él y a Carmen, que pronto tendrían un hermanito o una hermanita. Así pues, su audaz petición había sido escuchada, lo cual era una señal más de que todo lo que le estaba sucediendo obedecía a un plan preciso de la Providencia.

Y el 28 de febrero de 1919 nacía su hermano Santiago...

Al año siguiente, en Fonz, volvió a encontrar los amigos y los paisajes de su infancia.

Seguía alimentando la idea de cursar la carrera de Derecho, como su padre le había aconsejado. El proyecto se fue concretando a lo largo del curso escolar 1919–1920 y, a tal efecto, solicitó su traslado al Seminario de Zaragoza. Una media beca que había obtenido completaría la ayuda que sus padres pudieran prestarle.

El martes, 28 de septiembre de 1920, había traspasado el dintel del majestuoso Seminario Mayor de San Carlos, entregando al conserje, un tanto sorprendido, el tabaco y la pipa que utilizaba en Logroño...

3. ZARAGOZA

Durante los años pasados en Zaragoza, el Señor le había seguido llevando de la mano, y se la había apretado un poco más.

Ahora se da cuenta de que los sufrimientos que habían jalonado esa etapa de su vida, así como los consuelos que había experimentado –«una colección de gracias, una detrás de otra, que no sabía cómo calificar y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que hacer esfuerzos»–, habían ido reforzando en él la persistente llamada, todavía imprecisa, que había sentido en su adolescencia. Fueron muchos meses de maduración interior, de oración intensa, de penitencia cada vez más recia, de aceptación por adelantado de aquello –indescifrable todavía– para lo que le estaba preparando la Providencia.

En cuanto pudo, fue a depositar su perplejidad a los pies de la Virgen del Pilar, tan querida en su tierra. Domine, ut sit!, venía repitiendo con frecuencia desde hacía tiempo, pidiendo a Dios que le iluminara: Señor, que sea eso que Tú quieres... También dirigía la oración a María Santísima: Domina, ut sit! Ahora, ante la pequeña imagen de la Virgen, colocada sobre una columna de mármol semejante a aquella en que, según la tradición, se había aparecida en carne mortal al Apóstol Santiago, la jaculatoria adquiría una especial fuerza: ¡Señora, que sea! Cuatro años después de ingresar en el Seminario de Zaragoza, el día de la Virgen de la Merced, grabaría esas mismas palabras en latín –un latín que calificaba de baja latinidad– debajo de la peana de una imagen en escayola de la Virgen del Pilar: Domina, ut sit!.

Una difícil adaptación

Sin que él lo pretendiera, sus maneras educadas contrastaban con la rudeza de algunos de sus compañeros, quienes, en su mayor parte, procedían de medios rurales. Pasaba horas y horas en una tribuna que dominaba el inmenso retablo barroco de la capilla, mientras los demás dormían o hacían deporte. Sus bromas le habían hecho sufrir mucho, sobre todo el apodo ridículo –«rosa mística»– que repetían a sus espaldas.

A pesar de todo, había procurado siempre poner de relieve, en sus discípulos del Seminario, sus virtudes y su generosidad. Además, hizo buenos amigos.

Tales dificultades le habían ayudado mucho a madurar. Su profesor de Derecho Canónico, don Elías Ger Puyuelo, se lo había hecho comprender con delicadeza. Le había contado cómo un molinero, fracasados los esfuerzos para traer de Alemania las desgastadas piedras de un molino de canela, las había sustituido, aconsejado de un amigo, por piedrecillas redondas, recogidas en un

riachuelo, y habían perdido su aspereza a fuerza de chocar entre ellas. «¿Me comprende usted, Escrivá?» –le había dicho don Elías.

Josemaría había comprendido, en efecto, esta lección de sentido común: el choque de los caracteres elimina esas asperezas que harían la convivencia insoportable en toda colectividad.

Por otra parte, era la primera vez que vivía fuera de su casa, interno en el Seminario. Usaba la sotana y el manteo negro sin mangas, sobre el que se colocaba la beca de fieltro rojo, sujeta con el escudo de metal de San Francisco de Paula: un sol y la palabra *charitas*.

Seguía la disciplina a rajatabla: media hora de meditación por la mañana, la Misa y luego el desayuno. Clases en la Universidad Pontificia, recreo, comida, estudio, rosario, cena y, antes de acostarse, algunas oraciones y una breve charla para fijar los puntos de la meditación del día siguiente.

En la tercera planta del San Carlos estaba el Seminario propiamente dicho, llamado de San Francisco de Paula en recuerdo de su fundador, el Cardenal Benavides, de quien había sido el santo patrón. El resto del edificio estaba destinado a Residencia sacerdotal.

Según una placa instalada en el claustro, San Vicente de Paúl había residido allí cuando estuvo estudiando en Zaragoza, pero algunos pensaban que no era cierto.

Como en todos los edificios grandes y antiguos, los corredores eran vastos y fríos, las habitaciones destartadas.

Domingos, jueves y días festivos, los seminaristas salían de paseo por los alrededores de la ciudad. Era, con los recreos, su única distracción.

Josemaría se esforzaba en adaptarse a este nuevo género de vida, aunque le resultaba muy duro. Sin embargo, procuraba sacar provecho de ello para profundizar en su vida interior y aumentar su cultura religiosa. Por entonces volvió a leer, con más aprovechamiento, a los místicos castellanos, en especial a Santa Teresa de Jesús, cuyas obras ya conocía. También se había acostumbrado a leer todos los días algunos capítulos del Nuevo Testamento, tratando de revivir, como si estuviera presente, las escenas del Evangelio, y de grabar en su corazón y en su memoria los versículos correspondientes. También había ido asimilando mejor la liturgia y adquiriendo una mayor facilidad en la oración.

Se aplicó con diligencia a los estudios. El plan, aunque tenía un nivel más alto, se parecía al del Seminario de Logroño. Fue superando con brillantez, uno tras otro, los exámenes correspondientes en la Universidad Pontificia.

¡Cuántas veces había ofrecido ese esfuerzo a Dios, al tiempo que le pedía que le aclarase lo que entonces era tan misterioso y ahora le resultaba evidente!

Sacerdote... ¿por qué?

Señor –repetía incansablemente–, ¿por qué me hago sacerdote? Y también: El Señor quiere algo. ¿Qué es?.

Su oración desembocaba siempre en las mismas interpelaciones familiares, insistentes: Domine, ut sit! Domina, ut sit!. Señor, que esa voluntad se realice. ¡Señor, que eso sea! ¡Madre mía, que eso sea!

Solía entablar largas conversaciones, paseando por los claustros del Seminario, con algunos de sus compañeros que, durante el recreo, no jugaban a la pelota, como hacían otros, en una nave de la cuarta planta.

Se reunían unos cuantos y comentaban los sucesos de actualidad o los pequeños incidentes de la vida diaria. Josemaría les hacía reír cuando les leía los epigramas que pergeñaba (unas veces en latín y otras en español, remedando las sátiras de algún escritor griego de la antigüedad o del Siglo de Oro español), los cuales iba pasando luego a un cuaderno. Esta facilidad para versificar hizo que le encargaran, muy a pesar suyo, que compusiera y leyera en público una poesía en homenaje al obispo auxiliar de Zaragoza, Presidente del Seminario. Salió de apuros con una composición que había titulado Obedientia tutor: «Obedecer es lo más seguro.» Tal era el lema del obispo...

En las vacaciones de verano, volvió a Logroño, con gran alegría de toda la familia. Llegó acompañado de un amigo y compañero de estudios que, en correspondencia, le invitó a pasar unos días con él durante los veranos de 1921 y 1922. Se trataba de un sobrino del vicepresidente del Seminario de Zaragoza, don Antonio Moreno. Josemaría lo pasó muy bien aquel verano, disfrutando del ambiente de paz que reinaba en su familia; todos se esforzaban, con delicadeza, en respetar su condición de seminarista.

Sin que él se hubiese dado cuenta, el Cardenal Soldevila, arzobispo de Zaragoza, se había fijado en él. En las visitas que hacía al Seminario, solía preguntarle sobre la marcha de sus estudios y sobre su familia.

Tanto el Cardenal Soldevila como el Rector del Seminario de San Francisco de Paula conocían bien las cualidades de aquel seminarista, por lo que, al regresar de las vacaciones de verano de 1922, dos años después de su ingreso en San Carlos, se encontró con que había sido nombrado Superior.

Para ser Superior, era preciso haber recibido la tonsura. Se la confirió el Cardenal Soldevila en persona, el 28 de septiembre, en una capilla del Palacio episcopal. A partir de ese momento, empezó a usar la sotana con manteo y sombrero de teja. Muchas veces, al vestirse,

besaba aquella sotana, como una manifestación de su amor al sacerdocio, hacia el que se encaminaba.

En el mes de diciembre había recibido cuatro órdenes menores: el 17, las de lector y ostiario; el 21, las de exorcista y acólito.

En los años que ejerció el cargo de inspector –desde 1922 hasta la terminación de sus estudios en el Seminario– se había esforzado siempre para que la disciplina no resultase demasiado pesada a quienes debía vigilar. Creía haberlo conseguido. Los más jóvenes solían ser bastante revoltosos, pero bastaba una sonrisa de suave reproche, una palabra de aliento o una breve advertencia para que entrasen en razón. En el comedor, en cuanto encontraba una buena disculpa, dispensaba del silencio, lo que hacía que los seminaristas estallasen de júbilo.

Josemaría gozaba de mayor libertad que sus compañeros para entrar y salir del Seminario, lo que le permitía visitar todos los días a la Virgen en la Basílica del Pilar, aunque volvía enseguida para reanudar los estudios o la lectura

A1 comenzar el curso 1922–1923, puso por obra su proyecto inicial de estudiar la carrera de Derecho. Así pues, tras pedir autorización a sus superiores, se matriculó en la Universidad como alumno libre. No podía asistir con regularidad a las clases, que tenía que hacer compatibles con el horario del Seminario y con sus responsabilidades como Inspector. Como no quería simultanear los estudios, se examinaba en junio en la Universidad Pontificia, y, en septiembre, se presentaba a los exámenes de Derecho. Aquel verano de 1923 estudió mucho, en Logroño, donde un amigo de su padre, Registrador de la Propiedad, le dio clases particulares al tiempo que a su hijo. Así, en septiembre, pudo pasar los exámenes sin dificultad.

Dolorosos acontecimientos

A finales del curso escolar 1922–1923, un trágico acontecimiento conmovió a Zaragoza y a España entera: en las primeras horas de la tarde del 4 de junio, el Cardenal Soldevila caía asesinado cuando se disponía a descender de su automóvil para visitar una escuela que él mismo había fundado en Zaragoza. Poco después se supo que los autores del atentado pertenecían a un grupo anarquista.

Cinco días más tarde, en la basílica del Pilar, Josemaría había asistido, con los demás seminaristas, a los solemnes funerales, celebrados en presencia de varios Cardenales y obispos españoles y de representantes del Nuncio, del Parlamento, del Gobierno y de las autoridades locales. Apenado, había rezado intensamente, todavía conmovido por la trágica desaparición de alguien a quien admiraba y que siempre le había dado muestras de afecto.

A lo largo del curso universitario 1923–1924, pudo asistir a la Facultad de Derecho con más asiduidad. Eso, unido a las clases

particulares recibidas durante el verano, le permitió avanzar considerablemente en sus estudios civiles.

El 14 de junio de 1924 recibió el subdiaconado. En la Universidad, su sotana llamaba la atención entre los estudiantes. Al principio, le manifestaban su respeto guardando excesivamente las distancias. No obstante, hizo allí nuevos amigos, a los que procuró acercar a Dios, pues, aunque educados todos en la religión católica, eran con frecuencia tibios y descuidaban sus prácticas de piedad o las hacían rutinariamente. Conversaba con ellos y las charlas se prolongaban a menudo por las calles de Zaragoza, e incluso en el Seminario de San Carlos, ya que daba clases de latín a algunos de sus amigos, que necesitaban conocer esta lengua para la asignatura de Derecho Canónico.

Un día se había peleado con otro seminarista, llegando a las manos. Los castigaron a los dos, pero en su caso el castigo había sido más injusto, pues el otro le había insultado groseramente en público y le había pegado antes. Josemaría había ofrecido al Señor esa humillación, que aceptó como un medio más de purificación capaz de hacerle ver más pronto Su voluntad.

En 1924, una nueva desgracia se abatió sobre la familia, hiriéndole en lo más vivo.

Durante el verano, había tenido la alegría de pasar algún tiempo con sus padres y sus hermanos, Carmen y Santiago. Le había sorprendido ver a su padre prematuramente envejecido, pero eso no impidió que hiciesen planes para reunirse en diciembre, cuando fuese ordenado diácono.

El 27 de noviembre llegó al Seminario un telegrama en el que se le instaba a ir a Logroño cuanto antes: su padre estaba gravemente enfermo.

Un empleado de la tienda, que le esperaba en la estación, le explicó que su padre se había sentido mal aquella misma mañana. Momentos antes, había estado orando ante una imagen de la Virgen de la Medalla Milagrosa, como todos los días; luego, había jugado un poco con Santiaguito...

Ya cerca de su casa, aquel empleado de su padre le había dicho toda la verdad: don José había muerto aquella misma mañana.

Josemaría subió sin decir una palabra hasta el segundo piso, entró en su casa, abrazó a su madre y a su hermana y se arrodilló ante el cuerpo de su padre.

Pasó unos días con los suyos y luego regresó a Zaragoza, esforzándose en descifrar el sentido de esta nueva prueba, que venía a unirse a las que la familia había sufrido a lo largo de los años.

La ceremonia en la que había recibido el diaconado, en la iglesia barroca de San Carlos, no pudo ser tan alegre como él había soñado.

Pasó aquel 20 de diciembre solo, ofreciendo a Dios su pena por verse separado de su madre y sus hermanos, que seguían en Logroño. No pudo conseguir que fueran a instalarse en Zaragoza hasta comienzos de 1925, en un pasito de la calle de Urrea, bastante cerca del Seminario de San Carlos.

Ordenado sacerdote

Llegaron, por fin, los preparativos de ese gran día en el que sería ordenado sacerdote para la eternidad.

El 18 de marzo inició unos ejercicios espirituales previos a la ordenación en los que, con los demás ordenandos, meditó sobre la dignidad del sacerdocio y lo que eso significaba.

La ceremonia tuvo lugar el 28 de marzo de 1925, sábado, en la iglesia del Seminario de San Carlos. Después de haberse prosternado ante el altar, los diez ordenandos, con alba blanca cruzada por la estola, se habían acercado al obispo, uno a uno, para que les impusiera las manos, materia del Sacramento del Orden. Luego, el oficiante había implorado el auxilio divino y recitado la larga oración consagratória, había ungido las manos de los nuevos sacerdotes, y les había hecho entrega de la patena y el cáliz, momento a partir del cual ya podían concelebrar con el oficiante.

Por primera vez, con emoción profundísima, Josemaría había hecho descender a Cristo al altar pronunciando las palabras de la Consagración: Hoc est enim Corpus meum... Hic est enim calix Sanguinis mea: Esto es mi Cuerpo, éste es el Cáliz de mi Sangre. En el nombre de Cristo, en la persona de Cristo, acababa de llevar a cabo el Sacrificio del altar, del que vive la Iglesia entera.

Dos días más tarde, el lunes 30 de marzo, celebró su primera Misa solemne en la Capilla de la Virgen de la Basílica del Pilar. A causa del luto reciente, sólo habían asistido la familia y algunos amigos íntimos. Su tío, don Carlos Albás, arcediano de la catedral, había brillado por su ausencia. Tampoco se había dignado asistir al funeral de su cuñado, en Logroño, y cuando su hermana, doña Dolores, se había instalado en Zaragoza, con sus hijos, por deseo de Josemaría, les había reprochado que no le hubiesen pedido consejo...

Otra contrariedad le había hecho sentir ese grano de acíbar que amargaba un tanto sus mayores alegrías: como todo nuevo sacerdote, había soñado con dar la comunión a su madre antes que a nadie. Mas, he aquí que, en el momento en que se aproximaba, con la Sagrada Forma en la mano, una mujer se le adelantó y no tuvo más remedio que comenzar por ella".

Ya sacerdote, estaba a disposición de su obispo, para desempeñar el cargo pastoral que éste quisiera confiarle. Dada su situación familiar –su madre y sus hermanos habían quedado a su cargo–, lo más normal habría sido que le hubiesen adscrito a una

parroquia de la ciudad, pues así habría podido subvenir a sus necesidades, dando clases en sus horas libres. Sin embargo, a los tres días de su ordenación, sus superiores le pidieron que se trasladara a Perdiguera, un pueblecito situado a veinticuatro kilómetros al nordeste de Zaragoza, con objeto de reemplazar al párroco, que estaba enfermo.

Obedeció con prontitud, pero era evidente que había algo raro en esta medida, que tanto le perjudicaba...

Las experiencias de un cura rural

El Martes de Pasión, por la mañana, Josemaría había partido hacia Perdiguera, dispuesto a aprovechar esta primera ocasión de servir al Señor en su nuevo ministerio.

Poco a poco, las torres y las cúpulas del Pilar se habían ido difuminando tras él. El camino escalaba o contorneaba las colinas grises, salpicadas de vez en cuando por amarillas retamas en flor. Un pueblo. Una cartuja rodeada de olivos y viñedos. Más colinas, más tierras de labor y, a lo lejos, la silueta azulada de la Sierra de Alcubierre.

De pronto, apareció el pueblo, ligeramente en alto y como dormido en medio de campos de trigo y pastos para las ovejas. Era un pueblo pequeño y pobre que, sin embargo, tenía más de ochocientos habitantes. Las casas, encaladas, eran de uno o dos pisos como máximo. Ya en la plaza, un muchacho se acercó a saludarle y se ofreció a llevarle la maleta. Era el hijo del sacristán. Su padre estaba enfermo y le había rogado que fuera a recibirle. Procuraría ayudarle en los oficios de Semana Santa, bastante complicados para un sacerdote recién ordenado.

La iglesia, en lo más alto del pueblo, era grande y esbelta. Tenía una torre cuadrada y, arriba, una galería circular de estilo mudéjar, tan frecuente en Aragón.

Josemaría entró, se arrodilló en la nave central, y rezó ante el Sagrario, encuadrado por un retablo renacentista presidido por una imagen de la Virgen que parecía una matrona aragonesa y mantenía firme y erguido al Niño Jesús en su brazo izquierdo. Alrededor, escenas de la vida de Cristo y de su Madre. A la derecha, un confesonario tosco y pequeño, en el que era preciso inclinarse para entrar.

Al principio, pasaría horas y horas en ese confesonario, esperando a unos penitentes que, poco a poco, empezaron a llegar: primero una viejecita, luego dos, luego tres... Un hombre que, por fin, se decidió y arrastró a otros...

Un día, sin embargo, en el porche, al salir escuchó, sin ser visto por los conversantes, un comentario que le hirió profundamente, hecho por un joven que charlaba con otros animadamente: «¡Cuidado con el nuevo cura! Si me descuido, me sonsaca todo.»

Se había tomado muy en serio su tarea. Todos los días celebraba una misa cantada; por la tarde, dirigía el rezo del Rosario, exponía el Santísimo y daba la bendición con Jesús Sacramentado; los jueves, había una Hora Santa. Y luego estaba la catequesis...

Los habitantes del pueblo le tenían afecto y él los trataba con toda confianza, visitándoles en sus casas. En sólo dos meses había visitado por lo menos una vez a todas las familias.

Hablaba con los enfermos, para animarles y acercarlos a los Sacramentos, y estaba a su disposición día y noche.

La familia que le había hospedado le había instalado en la mejor habitación de la casa, a la derecha del pasillo, en el piso bajo, muy cerca de la cocina; era una alcoba de techo bajo, sencillamente amueblada, con una cama de metal rematada por unas bolas de cobre que se ponían a tintinear, con los adornos de la cabecera y de los pies, en cuanto se encaramaba en aquel lecho. Porque tenía que trepar, ya que, para hacerle el lecho más blando y agradable, habían acumulado varios colchones, mantas, colchas y edredones...

Lo que aquellos buenos campesinos no sabían era que don Josemaría dormía en el santo suelo casi todas las noches...

Había procurado no humillarles nunca y comer lo que le ofreciesen. Creyendo que le gustaba, le hacían engullir guisos demasiado grasientos, que le perjudicaban. ¡Cómo había engordado en aquellos dos meses!

Tenían un chiquillo de pocos años que se pasaba el día entero en el campo, con las cabras.

Éste, inopinadamente, le había dado una lección provechosa para su vida interior cuando, un día, para hacerle comprender la felicidad del cielo, le había preguntado:

–Si fueras rico, muy rico, ¿qué te gustaría hacer?

–¿Qué es ser rico? –había dicho el chaval.

–Ser rico es tener mucho dinero, tener un banco...

–¿Y qué es un banco?

Don Josemaría había tratado de explicárselo de otra manera.

–Ser rico es tener muchas fincas y, en lugar de cabras, unas vacas muy grandes. Después, ir a reuniones, cambiarse de traje tres veces al día... ¿Qué harías si fueras rico?

Los ojos del chico se iluminaron de repente.

–Si yo fuera rico, ¡me comería cada plato de sopas con vino!

A eso podían reducirse las ambiciones humanas: a tan poca cosa...

Sí, había aprendido mucho durante el par de meses pasados en aquel pueblo: la conmovedora respuesta de las almas sencillas cuando se les ofrecen los tesoros de los sacramentos de Cristo, el silencioso

ánimo que proporciona el Señor desde el Sagrario e incluso los ruines cotilleos de que había sido objeto –como supo más tarde–, quizá porque pasaba rezando el tiempo que otros hubiesen dedicado a jugar a las cartas o a charlar con las «fuerzas vivas» del pueblo: el alcalde, el boticario, el secretario del Ayuntamiento... Había sabido que, para ridiculizarlo, le llamaban «el místico», lo cual le había hecho recordar lo que decían algunos en el Seminario de Zaragoza, haciéndole sufrir mucho por la irreverencia hacia la Virgen.

Con todo, nunca olvidaría Perdiguera, con sus calles polvorientas, su iglesia maciza y esos caminos por los que paseaba a veces, dando un rodeo por los campos antes de recogerse en aquella casa de muros encalados...

Retorno a Zaragoza

El 18 de mayo de 1925, reclamado por su obispo, había regresado a la sede de la diócesis.

Durante los dos años que siguieron, había vuelto a visitar varias veces los pueblos de los alrededores para ayudar a sus párrocos. Su principal labor pastoral, sin embargo, estaba en Zaragoza. Así pudo vivir en casa de su madre y, una vez realizadas las tareas que le habían sido encomendadas –entre ellas la de capellán de la iglesia de San Pedro Nolasco–, proseguir sus estudios de Derecho por las tardes. En San Pedro, celebraba la Santa Misa a diario y tanto en esa iglesia, como en la Universidad, encontró nuevas oportunidades de hacer apostolado.

Pasaba muchas horas en el confesonario de San Pedro Nolasco y era muy amplia su labor de catequesis. Además, los domingos solía acompañar a un grupo de jóvenes estudiantes que daban clases de catecismo a los niños de un arrabal situado al suroeste de Zaragoza, por el barrio de Casablanca.

A comienzos de 1926, antes de obtener el título de Licenciado en Derecho, ya ganaba algún dinero dando clases en una academia que acababa de abrir un joven oficial del ejército: el Instituto Amado. Allí se preparaban los aspirantes al ingreso en la Academia militar –recientemente establecida en Zaragoza–, y se impartían otras enseñanzas relacionadas con diversas Escuelas o Facultades.

Además de una intensa labor sacerdotal, el estudio y la lectura ocupaban el resto de su jornada, ya llena de por sí, en especial por la oración y la administración de los sacramentos.

Sin embargo, seguía buscando, con creciente ansiedad, la respuesta a aquella pregunta siempre abierta: Señor ¿qué quieres de mí?

Desde el fondo de su capilla, en la basílica del Pilar, la Santísima Virgen escuchaba, día tras día, su incesante petición: Domina, ut videam!

Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda... ? Ignem veni mittere in terram (Lc. XII, 49), repetía una y otra vez, con el corazón rebosante de amor a Jesucristo. Lo decía, lo repetía e incluso lo cantaba cuando estaba solo, con música que se había inventado.

La terminación de sus estudios de Derecho, en enero de 1927, le permitió proyectar seriamente el trasladarse a Madrid. Allí podría hacer el doctorado, lo cual, en aquellos tiempos, era imposible en la Universidad de Zaragoza.

Desde la muerte de su padre, las relaciones con su tío, el canónigo, y con otros parientes, eran muy tirantes. Marchar a la capital suponía, desde luego, sumergirse en un ambiente desconocido, pero también abrirse a más posibilidades de servir a las almas y, tal vez, de descubrir ese camino más concreto al que el Señor le llamaba.

No había tenido ninguna revelación extraordinaria, ninguna llamada especial que influyera en su decisión. El Señor se había servido de su Providencia ordinaria. Tras sopesar detenidamente los pros y los contras, se había informado y había expuesto a su madre sus proyectos. Ésta, ajena por completo a la verdadera naturaleza de los presentimientos que habían impulsado a su hijo a hacerse sacerdote, se preguntaba cuál sería su futuro... Así pues, fue a pasar el verano a Fonoz, en casa del tío Teodoro, en espera de que llegara el momento de reunirse con Josemaría en Madrid.

El 17 de marzo de 1927, el arzobispo de Zaragoza, Mons. Rigoberto Doménech, le había autorizado, por escrito, para que se trasladara a la capital con objeto de terminar allí sus estudios de Derecho.

4. MADRID

El Patronato de Enfermos ocupaba parte de una manzana de casas en la calle de Santa Engracia, entre la de José de Marañón y la de Nicasio Gallego. Era un edificio noble, de estilo morisco, con una fachada de ladrillos vistos y adornada con mosaicos. A uno de sus lados se alzaba una iglesia. Don Josemaría Escrivá celebraba la Santa Misa allí todos los días, para que pudieran oírla los pobres y los enfermos, así como las religiosas que se ocupaban de ellos y otras personas del barrio.

Nada más llegar a Madrid, don Josemaría había ido a visitar al obispo, don Leopoldo Eijo y Garay, quien había leído la carta de presentación del obispo de Zaragoza. Inmediatamente, había autorizado al joven sacerdote para que pudiera confesar en la diócesis de Madrid-Alcalá, dándole las licencias oportunas.

Como todo sacerdote debía contar con un medio de subsistencia, don Josemaría fue nombrado en seguida capellán de esta fundación benéfica conocida como «Patronato de Enfermos». La congregación que la dirigía –Damas Apostólicas del Sagrado Corazón– había sido fundada, unos años antes, por una aristócrata asturiana, doña Luz Rodríguez Casanova.

Don Josemaría se instaló en una residencia para sacerdotes fundada también por las Damas Apostólicas, en la calle de Larra. Era uno de los más jóvenes entre los diez o doce sacerdotes que vivían allí, lo cual hizo que tuviera que acompañar a veces a los mayores y hacerles pequeños favores. Desayunaba en la residencia, pero el resto del día lo pasaba fuera, absorbido por una serie de ocupaciones que no le dejaban un minuto de descanso.

Una actividad incansable

Pronto, en efecto, se echó sobre sus hombros una serie de responsabilidades que iban más allá de la misión concreta que se le había asignado en el Patronato: celebrar la Santa Misa, llevar la Comunión a las religiosas enfermas, presidir la Bendición con el Santísimo Sacramento... Se ocupaba también de los enfermos, charlaba con ellos, les animaba, se esforzaba por avivar su fe.

Había aprendido mucho de ellos, así como de los pobres que iba a visitar, con muchísima frecuencia, en los suburbios o en barrios abandonados, donde había palpado la miseria: la de los pobres reconocidos como tales y la de los pobres vergonzantes, que ocultaban su necesidad en casas de apariencia burguesa. ¡Qué escuela había sido para él!

La riqueza no siempre está donde se piensa. Estos pobres para el mundo eran, a veces, testimonio viviente del espíritu de las Bienaventuranzas.

Como en Zaragoza, explicaba también el catecismo a las niños de las «escuelas gratuitas» de los arrabales de Madrid, los confesaba y los preparaba para la Primera Comunión.

Al mismo tiempo, preparaba su doctorado en Derecho Civil. Daba también clases de Derecho Romano y de Derecho Canónico en la Academia Cicuéndez –institución privada similar al Instituto Amado de Zaragoza–, con lo cual obtenía unos ingresos suplementarios y, al mismo tiempo, tenía ocasión de hacer apostolado entre los estudiantes.

A finales de 1927, su madre y sus hermanos se instalaron en Madrid, en la calle de Fernando el Católico, no lejos del Patronato de Enfermos, y él había ido a vivir con ellos.

En medio de esta vida de desbordante actividad, la oración seguía ocupando el primer lugar; continuaba repitiendo constantemente: Domine, ut videam! Señor, ¡que vea!

Había vislumbrado, a veces, algunos destellos en medio de aquella persistente penumbra, pero no constituían por sí solos la esperada respuesta...

El 2 de octubre de 1928

¿Por qué se había hecho la luz precisamente en estos días de retiro, en un momento de su vida en el que todo parecía encajar o, al menos, ordenarse de manera más estable? ¿Por qué ahora y no antes o después? ¿Por qué en estas jornadas de relativa paz y no en momentos de tensión?

Es incapaz de dar una respuesta. Dios sabe más. La Providencia divina, a través de los acontecimientos más insignificantes, incluso más desconcertantes, se abre camino en el corazón de los hombres para llevarles como Él quiere, a ese ritmo, ni lenta ni rápido, que es el Suo y que él se esforzará en mantener fielmente en adelante, pues ha visto claramente que ha sido llamado a caminar al paso de Dios.

«Ecce ego, quia vocasti me!»

Aquí estoy, Señor, porque me has llamado (I Sam. III, 5, 6 y 9).

III LAS AGUAS PASAN A TRAVÉS DE LOS MONTES

La esperanza ve lo que no es todavía, pero será
Charles Péguy

1. MADRID, 1929-1930

Aquí estoy, Señor, porque me has llamado (I Sam. III, 5, 6 y 9).

Don Josemaría ha repetido muchas veces estas palabras a partir del 2 de octubre de 1928. Al mismo tiempo, se da cuenta de lo inmensa que es la tarea, tanto más aplastante en cuanto que no procede –lo sabe perfectamente– de una inspiración momentánea, sino de un proyecto divino ajeno a él por completo. Frente a esta perspectiva gigantesca, ¡qué irrisorios son los medios!... Empezando por él mismo, piensa. Instrumento inepto y sordo que tanto ha tardado en ver lo que Dios le pedía... No tiene otra cosa que sus veintiséis años, gracia de Dios y buen humor.

La gracia de Dios no le ha de faltar. Por eso, su primer movimiento espontáneo, tras ese 2 de octubre de 1928, ha sido rezar todavía con más intensidad, siguiendo una lógica sobrenatural ajena por completo a la lógica humana: primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción.

¿Cómo ser fiel a esa voluntad divina si Dios mismo no lleva a cabo la tarea fundamental? Señor, ¡no puedo!, ¡no valgo!, ¡no sé!, ¡no tengo!, ¡no soy nada!... Estas palabras, pronunciadas a menudo desde que, a los quince años, tuvo los primeros presentimientos, las repite ahora con más convicción todavía. Como compensación, le proporcionan una gran confianza en el futuro, «plenamente persuadido de que todo cuanto Dios tiene prometido, es poderoso también para cumplirlo» (Rom. IV, 21).

Abriendo brecha

Purificarse interiormente, reparar por sus faltas de correspondencia y por todos los pecados del mundo, unido a Cristo crucificado, para ser lo más dócil posible a lo que Dios quiere...

Ignem veni mittere in terram! (Lc. XII, 49), cantaba en su adolescencia; tanto, que su hermano pequeño se había aprendido la melodía, a fuerza de oírse la repetir... Sí, se trata de un fuego divino, que habrá que encender y propagar por todos los rincones de la tierra. ¡Cuánta fuerza necesita para que ese fuego no sea un fuego fatuo: ilusión, mentira de fuego, que ni prende en llamaradas lo que toca ni

da calor. Sin embargo, el fuego sólo puede brotar de la generosidad. ¡Qué hermoso es perder la vida por la Vida!. El amor, hay que probarlo. ¡Y hay tanto que hacer! En realidad, todo, puesto que nada existe de esa gran obra que el Señor quiere que se realice, por mediación suya.

Así pues, Josemaría se entrega de lleno a una serie de mortificaciones –cilicio, disciplinas, ayunos– que hace cada vez más severas, mientras trabaja intensamente y ofrece su cansancio por la misma intención.

¿Quién ha dicho que las penitencias corporales eran cosa de los siglos oscuros de la Edad Media? En pleno siglo XX, en Madrid, en el umbral de los años 30 –que algunos han llamado «los años locos»– un joven sacerdote de veintiséis años que se siente impotente y como desarmado ante la inmensidad de la tarea que le aguarda, abre nuevos caminos divinos en la tierra al ritmo de la alegría de sus disciplinas y de sus rezos...

Pero como las gracias que son necesarias para trazar el primer surco en la tierra endurecida han de ser tantas, decide obtener de otras personas «refuerzos» sobrenaturales.

Empieza a pedir a sus amigos que recen «por una intención que le interesa mucho». A veces, llega a interpelar a algún sacerdote que se encuentra en la calle, cuyo aspecto le hace suponer que vive con generosidad su ministerio... Y cuando se repone de la sorpresa, éste sonríe, asiente y sigue su camino, conmovido por la espontaneidad y la audacia de ese colega desconocido...

Cuenta también con la oración de los pobres y de los enfermos, que son todopoderosos ante el Omnipotente si saben unirse a Cristo Redentor. No en vano, la Providencia le ha conducido a este Patronato de Enfermos, cuyo capellán es desde su llegada a Madrid. De ellos, sobre todo, recibirá la fortaleza que necesita. De esta forma, ese querer divino podrá tomar cuerpo y desarrollarse... Sí, será gracias a esos hombres y mujeres anónimos y humildes, capaces de ofrecer al pobre sacerdote que es, la limosna de su oración y de sus dolores.

¡Y ésas fueron las armas para vencer! ¡Y ése fue el tesoro para pagar!.

Esos fueron los medios para abrir un nuevo camino de santidad en medio del mundo.

Y, finalmente, la acción. Última solamente en el orden de las prioridades, no de la cronología. Porque todo se mezcla desde el primer momento, ya que es preciso buscar quienes puedan llevar a cabo con él ese «algo» nuevo, compartir ese ideal, arrebatador pero exigente: meter a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas, elevarlas hacia Él mediante un trabajo intenso realizado con

abnegación, de cara a Dios, entregando la vida gota a gota, sin reservas.

Pero, ¿por qué crear algo nuevo? ¿Por qué no tratar de conjugar esos esfuerzos con los de alguna institución ya existente que tuviera unos fines y un espíritu como los que Dios le pedía y donde pudiera servir, obedeciendo? ¿No sería ésta una manera de cumplir ese querer divino, sin necesidad de añadir una fundación más a todas las que ya enriquecían la vida de la Iglesia?

Mientras busca alrededor algunos cristianos que sean capaces de responder a la nueva llamada, estudia detenidamente los estatutos de diversas instituciones de laicos ya existentes o recién creadas, para ver si los fines de alguna de ellas corresponden a lo que Dios le ha hecho ver el 2 de octubre de 1928.

A finales de 1929 tiene ya en su poder bastante documentación, proveniente de diversos países, pero nada responde, ni de lejos, a lo que él busca. Los fines de esos movimientos o grupos son elevados, pero limitados. No hay nada en ellos que incite a los cristianos a comprometer su vida entera al servicio de Cristo con una llamada específica a buscar la santificación en medio del mundo. Por eso, a pesar de sus vacilaciones que, por humildad, atribuye a su poquedad, no tiene más remedio que admitir que el Señor quiere que haga lo más difícil: abrir un nuevo camino de santificación en la Iglesia.

En busca de las primeras vocaciones

Ahora, más que nunca, el objetivo le parece desmesurado. ¡Una verdadera locura! Pero se trata de una locura querida por Dios... Por eso, venciendo su repugnancia inicial a ser fundador de algo, no duda en recomenzar sobre otras bases, y se pone manos a la obra con la única ayuda con que cuenta: la de Dios, que le pide eso, y con la intercesión de Santa María, de los ángeles y de los santos...

Desde el 2 de octubre de 1928 venía pensando en algunas personas que conocía: alumnos de la Academia Cicuéndez, empleados, estudiantes, obreros, jóvenes relacionados con su familia, amigos, sacerdotes...

Pronto se suceden las visitas, las cartas, las conversaciones... Busca a las almas una a una, las prueba, las incita para que sean más sensibles a las exigencias del Evangelio. No se trata, de momento, de hablar de ese proyecto divino, cuya existencia sólo él conoce. Es preciso, antes, preparar pacientemente a quienes, por sus cualidades humanas y la solidez de su vida cristiana, sean capaces de aceptar, en su día, esta nueva «locura» divina, si el Señor les da la correspondiente vocación. Tendrá que meterles por caminos de vida interior –oración, mortificación, sacramentos–, para que se

fortalezcan, se enamoren de Jesucristo y estén dispuestos a entregarle su voluntad para que haga con ellos lo que Él quiera. Sólo entonces, en una tierra así removida y fertilizada por la oración y la penitencia, podrá depositar la simiente divina que conserva como un tesoro en su alma. Podrá revelar a cada uno de ellos la llamada a ser apóstol de apóstoles en medio del mundo, sin salirse de su sitio, sin que nada cambie externamente en su vida de trabajo o estudio, pero divinizándolo todo, porque, poco a poco, a pesar de las caídas y las recaídas, uno se ha ido haciendo más «de Dios».

Don Josemaría no habla a casi nadie de la misión que el Señor le ha encomendado. Se lo ha dicho, sí, a un jesuita prestigioso, el P. Valentín Sánchez Ruiz, que más tarde será su confesor, aunque siempre procurará distinguir perfectamente entre los consejos para su alma que éste le dará y las tareas para llevar a cabo su misión de Fundador, sin interferencias de la dirección espiritual.

En junio de 1929 se lo confía a uno de sus amigos de Zaragoza, José Romeo.

A su familia no le dice nada. Su madre y sus hermanos sólo advierten que cada vez está más ocupado: frecuentes desplazamientos por Madrid para visitar a los enfermos en sus tugurios o en los hospitales, largas conversaciones en casa o por las calles, con grupos de amigos o con algunos jóvenes a los que dirige en su vida espiritual y cita a veces en un banco del parque del Retiro...

El Padre –como empiezan a llamarle algunos– tiene un gran atractivo, con su estatura media y su cara armoniosa y llena. Usa gafas redondas, de concha, frecuentes en aquella época. Viste siempre con gran pulcritud y cuando sale a la calle suele llevar el manteo y la teja, no alargada, sino redonda, a la romana.

Simpático, abierto y de una alegría contagiosa, se expresa con un calor y una convicción que se manifiestan en la firmeza de la voz y en el acento, propio de su tierra aragonesa. Suscita enseguida la adhesión, nacida de la certeza, que se adquiere en cuanto se le escucha, de que uno se encuentra ante un hombre de Dios.

A menudo, en su sonrisa, en su penetrante mirada, llena de bondad, se advierte un «algo» que inspira confianza y, al mismo tiempo, remueve y anima a ser mejor...

Quienes se acercan a él comprenderían más fácilmente la influencia que ejerce sobre ellos si supieran que, cuando se encuentra solo con Dios, al sentirse tan joven y tan inclinado a dar rienda suelta a su carácter jovial, pide al Señor que le dé ochenta años de gravedad, signo externo, para él, del orden y de la pureza de la vida interior. Si conociesen lo mucho que reza y se mortifica por cada uno de ellos... Si le viesen encarar cualquier problema poniéndose con toda su alma en la presencia de Dios, y besando con frecuencia un crucifijo que

coloca siempre sobre su mesa de trabajo, para no perder nunca el punto de mira sobrenatural...

Esa atracción que ejerce el Padre hace que numerosas personas acudan a hablar con él, le confíen sus cuitas y le pidan consejo en temas de su vida interior.

Un día descubre un lugar agradable y tranquilo de reunión: la chocolatería «El Sotanillo», situada en plena calle de Alcalá, entre la Plaza de la Independencia y la Cibeles. Allí se puede charlar sin molestar a nadie y sin que nadie moleste.

El Padre empieza á reunirse en «El Sotanillo» con algunos amigos para cambiar impresiones sobre temas profesionales o de actualidad. Se trata de una tertulia, como tantas otras que existen en casi todos los pueblos y ciudades de España. También suele invitar a algunos jóvenes que se relacionan con él.

El tono de las conversaciones que mantienen estos singulares contertulios, reunidos alrededor de un sacerdote, poco tiene que ver con el del resto de la clientela. Partiendo de cualquier hecho menudo de la vida cotidiana –el Padre tiene mucho salero y sabe descubrir los aspectos más divertidos de las cosas–, procura elevar las mentes y los corazones a preocupaciones más altas; los rostros, al principio sonrientes, se ponen serios cuando don Josemaría les habla de las exigencias de una vida auténticamente cristiana: oración, lectura del Evangelio, para conocer mejor al Maestro; trato con la Virgen y con los Ángeles Custodios; trato directo con Dios Nuestro Señor, en la oración mental: Procura lograr diariamente unos minutos de esa bendita soledad, que tanta falta hace para tener en marcha la vida interior; asistencia frecuente a la Santa Misa, centro de la vida interior; Eucaristía: Comunión, unión, comunicación, confidencia; Palabra, Pan, Amor. Cuando te acercas al Sagrario, piensa que ¡ÉL!... te espera desde hace veinte siglos; recurso asiduo al Sacramento de la Penitencia, para purificarse y adquirir las gracias necesarias para renovar la vida interior...

El Padre no habla todavía de esa Obra de Dios cuyos cimientos está colocando; quiere, antes, ampliar el horizonte espiritual de sus interlocutores poniendo ante ellos, con toda la fuerza de que es capaz, la grandeza y la profundidad de una vocación cristiana vivida en medio de las ocupaciones de la vida ordinaria: allí es donde deben encontrar a Cristo. Los más jóvenes deben tender a ese fin desde ahora mismo, mientras estudian, porque una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración. Un estudio serio, profundo, constante hasta el heroísmo, pues eso les permitirá luego ejercer con eficacia una profesión que tiene que verse vivificada y dignificada por la gracia de Dios.

Y así, van naciendo propósitos en el secreto de los corazones; resoluciones que será preciso reforzar con palabras adecuadas, y procurar mantener en ellos rezando y mortificándose todavía más...

La ayuda de los pobres y los enfermos

A algunos de aquellos jóvenes, que proceden de familias acomodadas, les pide que le acompañen en sus visitas al barrio de Tetuán o al arrabal obrero de Vallecas, donde muchas familias viven miserablemente, a veces en cuevas o en chabolas, sin agua corriente y sin alcantarillado. El corazón se oprime viendo tanta miseria, porque no es lo mismo saberlo que verlo. El choque con esa realidad permite mantener una charla que abre horizontes nuevos: la responsabilidad social de los intelectuales, desde luego –eso da a los estudios otras dimensiones–, pero también la necesidad de vivir una vida auténticamente cristiana, de reparación, de unión con Dios, de intenso apostolado en el seno de la sociedad, para hacerla más justa, más humana; para transformarla radicalmente, desde dentro.

También los pobres ayudan así, sin saberlo...

Un día, un estudiante de Medicina evoca ante don Josemaría las condiciones lamentables en que viven los enfermos de los hospitales que tiene que visitar: el Hospital Clínico de San Carlos y el Hospital provincial, llamado Hospital General. Este último, construido en el siglo XVII, está mal adaptado y es claramente insuficiente para una población que crece. Los enfermos se amontonan en precarias condiciones sanitarias. Hileras de camas bordean los pasillos, lo cual, unido a la falta de atenciones médicas y humanas, contribuye a deprimir a los enfermos y hace el ambiente insoportable.

A esas pobres gentes, aisladas en su miseria física y moral, don Josemaría las conoce bien, pues las ha visitado en los tugurios de Madrid y en los barrios periféricos. Sin embargo, al escuchar a aquel estudiante de Medicina, piensa en los jóvenes que le rodean. Llevarles a los hospitales, ¿no será una forma espléndida de hacerles pensar en los demás y acercarlos a Cristo, de formarles, en suma, haciéndoles adquirir visión sobrenatural, esa tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen?

Sí, los enfermos, como los pobres, les enseñarán a rezar, a sacrificarse, a darse a Dios y al prójimo. Porque la relativa y pobre felicidad del egoísta que se encierra en su torre de marfil, en su caparazón... no es difícil conseguirla en este mundo. Pero la felicidad del egoísta no es duradera.

Eres calculador. –No me digas que eres joven. La juventud da todo lo que puede: se da ella misma.

El Padre y los estudiantes visitarán, primero, el Hospital General, próximo a la Estación de Atocha y a la iglesia de Santa Isabel. Una congregación, que se ocupa de los enfermos y que tiene mucho que hacer en un ambiente en el que los sentimientos anticristianos están exacerbados, ha dado su conformidad. A partir de ese momento, todos los domingos, a primeras horas de la tarde, los jóvenes de don Josemaría recorren las salas del hospital, charlan con los enfermos, procuran animarles, les llevan unas golosinas, realizan tareas que no se llevan a cabo por escasez de personal: los lavan, les cortan las uñas, vacían sus orinales...

Un día, el Padre encarga a un joven ingeniero, Luis Gordon, que limpie uno de esos vasos de noche, y observa que sale con un gesto de repugnancia. Le sigue hasta los lavabos, para sustituirle en tan ingrata tarea, pero cuando llega, ve que Luis ha vaciado ya el orinal y lo está limpiando con sus propias manos, mientras murmura algo...

Don Josemaría, que ha oído lo que dice, evocará más tarde, en Camino, la conmovedora escena:

¿Verdad, Señor, que te daba consuelo grande aquella «sutileza» del hombrón-niño que, al sentir el desconcierto que produce obedecer en cosa molesta y de suyo repugnante, te decía bajito: ¡Jesús, que haga buena cara!?

El Padre, por su parte, procura además ayudar a los enfermos en un plano más espiritual. En todo hombre ve siempre un alma que hay que salvar. Algunos le rechazan al principio bruscamente, pero otros que se sienten abandonados por todos, se conmueven al ver que un sacerdote se interesa por ellos. Recobran la esperanza, aprenden a convertir sus sufrimientos en oración y vuelven a encontrar el camino de la fe. ¡Y qué lecciones le dan a veces esos desheredados!

Por ejemplo, aquel gitano, herido en una riña, al que ya han desahuciado. Don Josemaría ruega que le dejen solo con el moribundo y, con delicadeza, le pone al corriente de la gravedad de su estado. El gitano, conmovido, pide confesarse. Don Josemaría le oye en confesión, le absuelve, y le ofrece el crucifijo que siempre lleva consigo para que lo bese. El gitano aparta el rostro y solloza:

–¡Con esta boca mía podrida no puedo besar al Señor!

–Pero, ¡si le vas a dar un abrazo y un beso muy fuerte enseguida, en el cielo!

Y el Padre, emocionado, piensa: Señor, ¿qué diré yo, yo mismo? Con esta boca podrida, ¿cómo te voy a besar?...

Roturando con esfuerzo

De regreso, los jóvenes cambian impresiones con el Padre. Este procura aprovechar su estado de ánimo para ayudarles a dar a su vida mayor hondura: generosidad en las cosas grandes y, sobre todo, en los deberes ordinarios y en las pequeñas renunciaciones. ¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día!

El Padre no les habla de vocación, pero les abre nuevas perspectivas: trabajar por y para Dios, extender el reino de Cristo, y, para esto, dejarse «clavar» en la Cruz, santificando el trabajo ordinario, haciéndolo con la mayor perfección posible y convirtiéndolo en ofrenda, en holocausto...

Muchos de esos muchachos cambian profundamente, casi sin darse cuenta. Empiezan a asistir a la Santa Misa a diario, a veces a la que don Josemaría celebra –con una concentración que produce escalofríos en la capilla del Patronato de Enfermos, en la calle de Santa Engracia. Llevan con ellos a sus amigos, que pronto se sienten atraídos por la simpatía de este joven sacerdote, cuya forma directa de hablar les impresiona. El inmenso panorama que les desvela –capaz de iluminar toda una vida y de transformar al mundo– les entusiasma...

Algunos, sin embargo, se alejan cuando descubren en sus palabras una invitación personal a dejarlo todo y seguir a Cristo, pero sin abandonar el mundo. ¡Cuántos «jóvenes ricos», como el del Evangelio, cuya mirada hace pensar en una generosidad sin límites y que se marchan tristes a la hora de la verdad!

Las almas se le escapan entre los dedos como anguilas en el agua.

Algunos de esos jóvenes tienen el valor de confesar que no se sienten con fuerzas, pero otros se despiden a la francesa...

A pesar de todo, lo que Dios quiere tiene que realizarse. Bastaría con que perseverara uno de ellos para empezar...

El Padre no se encuentra solo. En el mes de septiembre de 1929, se traslada, con su madre y sus hermanos, a la pequeña vivienda de que dispone el capellán del Patronato de Enfermos. Tampoco le faltan amigos. Tiene, sobre todo, el gran Amigo, la conversación con el gran Amigo que nunca traiciona, Cristo... Y siempre, en lo más hondo de su corazón, una llama que no se extingue y que le impulsa a seguir abriendo camino, sin cansancio. Lo que Dios quiere se realizará, porque es su Voluntad. ¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero.

A1 principio, ni siquiera había pensado en dar un nombre a «aquello». A quienes se le acercaban, les hablaba de «la labor» (con todo lo que esta palabra de origen latino implica de esfuerzo y tenacidad), o, simplemente de la Obra (también en el sentido de

trabajo, de tarea apostólica). Hasta que un día, a comienzos de 1930, su confesor, el P. Sánchez Ruiz, le preguntó como de pasada:

–¿Y cómo va esa obra de Dios?

Fue como una revelación. Si debía tener un nombre, que fuera ése: la «Obra de Dios», en latín *Opus Dei*, término que evoca también la idea de trabajo: *Opus Dei*, *operatio Dei*: ¡Obra de Dios, trabajo de Dios! Un trabajo profesional, un trabajo ordinario, realizado sin abandonar las tareas del mundo, las ambiciones nobles. Un trabajo transformado en oración, en alabanza del Señor, por todos los caminos de la tierra... *Opus Dei*: ¿qué nombre más apto para designar lo que Dios le había encomendado realizar?

Apostolado entre los sacerdotes

Don Josemaría consagra también parte de su tiempo y de sus energías a animar y a aconsejar en su vida espiritual a algunos sacerdotes, a menudo mayores que él, los cuales confían en su capacidad para dirigirlos, pues saben que es un hombre de Dios.

Desde los tiempos del seminario, le preocupa la santidad de los sacerdotes. Sabe que, ahora, puede proponer a algunos la vocación que él mismo ha recibido el 2 de octubre de 1928: una llamada a santificarse en las actividades ordinarias, para ellos, las de su ministerio sacerdotal, al que habrán de consagrarse totalmente y con una generosidad mayor, lo cual redundará en favor de las almas.

Esos sacerdotes podrán, además, atender espiritual y sacramentalmente a los primeros laicos que pidan la admisión en la Obra: hombres que se comprometerán a poner su vida al servicio de Dios, sin renunciar en absoluto a su condición y mentalidad seculares, y que se esforzarán por vivir las virtudes y los valores evangélicos en todos los ambientes.

En realidad, los sacerdotes estaban también allí, el 2 de octubre de 1928, cuando había visto la Obra en su totalidad, en aquella habitación de la residencia de los Paúles. No sabía aún cómo, es decir, en virtud de qué modalidad jurídica podrían estar, pero de hecho, estar ¡estaban ya!

La tarea es todavía más difícil que con los laicos. Porque cuando se les habla de vida interior, de santidad, los sacerdotes pueden sacar la impresión de que no tienen nada que aprender sobre el tema, ya que ellos son especialistas... Además, ¿qué puede enseñarles ese joven colega?...

Así piensan algunos, que no ven sino una «Obra buena» más en lo que don Josemaría les propone. Eso, sin tener en cuenta a quienes empiezan a pensar –a decir– que don Josemaría está loco...

A pesar de todo, unos cuantos le escuchan con verdadero interés cuando les explica esta nueva labor apostólica, que él describe como un mar sin orillas, poniendo un entusiasmo y una precisión en los detalles que les conmueven y dan a quienes le escuchan la impresión de que aquello se realizará. Unos pocos se deciden a seguirle y empiezan a ayudarlo en su trabajo de formación, como don José María Somoano, a quien el Obispo de Madrid ha confiado diversos cargos, entre ellos el de capellán de Porta Coeli, un asilo-reformatorio para golfos; es, sin duda, uno de los que mejor le comprenden y el que más se interesa por su tarea apostólica, que empieza a cristalizar.

Nacimiento de la Sección de mujeres del Opus Dei

Laicos de toda condición y, junto a ellos, unos cuantos sacerdotes que garanticen su asistencia espiritual: la Obra empieza a dibujarse con arreglo al esquema inicial. Pero, ¿será oportuno incluir a las mujeres entre esa variedad de seculares?... En absoluto, piensa don Josemaría. Jamás...

Humanamente, podría haber sido imaginable, pero las mujeres no estaban en lo que Dios le había hecho ver el 2 de octubre de 1928. Nunca habrá mujeres –ni de broma– en el Opus Dei, escribe en el mes de febrero de 1930, después de haber recibido documentación concerniente a una institución compuesta por hombres y mujeres.

Unos días más tarde, el 14 de febrero, se dirige a la calle de Alcalá Galiano, donde vive la anciana marquesa de Oteiro, madre de la Fundadora de las Damas Apostólicas, para celebrar en su casa la Santa Misa. En un pequeño oratorio del primer piso, muy cerca del Paseo de la Castellana, nada más recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo con la devoción acostumbrada y todo el fervor de que es capaz, siente que el Señor «se introduce» de nuevo en su vida para pedirle algo, otra cosa, pero que está en la misma línea que lo que ha visto el 2 de octubre de 1928: que extienda también a las mujeres la llamada a la plenitud de la vida cristiana en medio del mundo...

No puede haber nada más opuesto a lo que él había pensado y escrito... Una prueba más de que la Obra no es suya, sino verdaderamente «de Dios».

Su confesor se lo confirma inmediatamente: «Esto es tan de Dios como lo demás», le dice el P. Sánchez Ruiz.

¡Qué claro está que es el Señor quien lo está haciendo todo! Es capaz de escribir con la pata de una mesa...

Por entonces, anota en una hoja de papel, la siguiente reflexión:

Reconoce la Santa Madre Teresa, en el capítulo II de sus Fundaciones, que es manifestación de la Omnipotencia divina dar osadía a personas flacas para cosas grandes en su servicio. Y me

acojo a lo de la osadía y a lo de la flaqueza... 2 de octubre de 1928–14 de febrero de 1930.

2. MADRID, VERANO DE 1931

En las inmediaciones de la Estación de Atocha, se aglomeran los viajeros. Don Josemaría se abre camino entre ellos, abstraído, y se dirige a la parada del tranvía que lo llevará a la calle de Viriato, donde ahora vive con su madre, que se ha quedado sola: acaba de dejar en la estación a su hermana y a su hermano, que van a pasar el verano en Fonz.

En Madrid reina una angustia que casi se percibe físicamente. Desde hace más de un año, se han ido multiplicando los signos precursores de una tormenta; son las convulsiones de una sociedad cuya base política se tambalea.

El General Primo de Rivera había abandonado el poder el 28 de enero de 1930. Los gobiernos que le habían sucedido no habían logrado atajar la profunda crisis que sufría la monarquía. El 14 de abril de 1931, por segunda vez en la historia de España, se ha proclamado la República. Momentos de incertidumbre, de esperanza, y también de angustia, pues las corrientes anticlericales, desatadas, han desembocado en acciones de inusitada violencia. El 11 de mayo, grupos de exaltados se han echado a la calle en Madrid y han incendiado numerosas iglesias y conventos. Al día siguiente, ha ocurrido lo mismo en otras ciudades. En las calles, se mira a los sacerdotes con desprecio o con rabia, cuando no se les insulta, como ocurre, a veces, en los suburbios y en los barrios obreros, que don Josemaría sigue visitando para atender a pobres y enfermos. Han llegado hasta a apedrearle...

El Padre no hace jamás comentarios de carácter político, pero tiene el corazón oprimido, aunque está convencido que el Señor nunca permite que suceda algo irremediable.

El 11 de mayo había evitado que se cometiera una posible profanación en el Patronato de Enfermos, donde por entonces vivía aún. Un Coronel, antiguo amigo de la familia, había ido a llevarle ropa de paisano para que pudiese escapar. Él, entonces, había abierto el Sagrario y había consumido casi todas las Sagradas Formas que había en el copón. Luego, como el tiempo apremiaba, había envuelto cuidadosamente el copón con las que quedaban en un papel y las había llevado a casa del Coronel en un taxi que éste había mandado llamar.

En los días que siguieron, los espíritus se habían calmado un tanto. pero la atmósfera continuaba cargada y la tormenta podía estallar de nuevo.

Después de pasar unos días con su hermano, en casa del Coronel, don Josemaría había decidido ir a vivir con su madre en un piso de la calle de Viriato. Acababa de renunciar a su cargo de capellán del Patronato de Enfermos, con objeto de estar más disponible para hacer lo que Dios le había pedido.

Tú eres mi Hijo

Tales circunstancias no son nada favorables a la fundación de una obra como la que tiene entre manos, y don Josemaría lo sabe. Con todo, cuando sube al tranvía que ha de conducirlo a su casa, sigue pensando que se realizará, por absurdo que parezca.

En momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible (...) sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba, Pater!.

Los que aquel día se apretujaban en el tranvía que, dando tumbos, hacía el recorrido Atocha-Cuatro Caminos, tal vez se asombraran al ver a aquel joven sacerdote murmurando palabras incomprensibles, con la cara iluminada de gozo.

¡Gozo, paz profunda! ¡Soy hijo de Dios! Lo demás, no tiene importancia...

«Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy» (Ps. 11, 7). Toda una vida sería insuficiente para agotar el significado de estas palabras del Salmo II, que ahora contempla con una luz nueva...

Gozo. Identificación con Cristo, Hijo unigénito de Dios, el Bienamado del Padre. Como en los justos del Antiguo Testamento, como en María cuando entonó el Magnificat, la respuesta brota de lo hondo de su corazón, expresada con palabras de la Escritura: Abba, Pater! Abba, Pater! Abba! Abba! Abba!

«Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace exclamar: Abba, Padre. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo. Y siendo hijo, es también heredero de Dios» (Gal. IV, 6-7). «Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Oh Padre!; porque el mismo espíritu está dando testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios, y coherederos con Cristo: con tal, no obstante, que padezcamos con él, a fin de que seamos con él glorificados» (Rom. VIII, 15-17).

¡Sí, Pablo, gran Pablo! ¡Gracias por esta doctrina que nos has dejado, porque el Espíritu Santo te la inspiró!

Qué confianza, qué descanso y qué optimismo os dará, en medio de las dificultades, sentirnos hijos de un Padre, que todo lo sabe, y todo lo puede.

Don Josemaría ha bajado del tranvía, casi sin darse cuenta, y deambula por las calles sin dejar de repetir mentalmente, y tal vez en voz alta, ajeno a los viandantes: Abba, Pater! Abba, Pater!

Es una gracia demasiado grande que, sin duda, Dios no quiere que se la reserve para él. Ha de ser, también, para los que vengan. Para que sepan siempre, en medio de las dificultades, ver la Cruz de Cristo, y que encontrar la cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios.

La luz del 2 de octubre de 1928 se ha hecho más brillante aún, en momentos particularmente difíciles. Que esta manifestación profunda de la filiación divina haya tenido lugar en plena calle –en un tranvía– confirma, con toda evidencia, que el cristiano puede y debe alcanzar la santidad en medio de sus ocupaciones ordinarias, y gracias a ellas:

La calle no impide nuestro diálogo contemplativo; el bullicio del mundo es, para nosotros, lugar de oración.

«¿Por qué causa se han embravecido las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas? (...). Se han confederado los príncipes contra el Señor y contra su Cristo (...). Aquel que reside en los cielos se burlará de ellos (...). Tú eres mi Hijo. Yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra ...» (Ps. II).

El Padre, como lo llaman espontáneamente quienes se acercan a él, llega a su casa con el corazón inundado de gozo, lleno de confianza en el futuro, pase lo que pase. A partir de ese momento, la filiación divina será tema central de su predicación: Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo (...). Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando (...). Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos.

¡Ah, Señor! –¡díselo con toda tu alma!–, yo soy... ¡hijo de Dios!

Las primeras vocaciones

Don Josemaría prosigue haciendo apostolado con gente joven y con algunos sacerdotes. Confiesa durante más horas y ensancha y profundiza el trabajo básico indispensable para que la Obra de Dios se ponga en marcha.

El confesonario le permite empezar a dirigir espiritualmente algunas mujeres, en su mayoría jóvenes, que un sacerdote no podría encontrar en otros sitios, como a los hombres. Aconseja a unas cuantas que vayan a enseñar el catecismo a los niños en un suburbio muy pobre de los alrededores de Madrid llamado «La Ventilla».

Pacientemente, va modelando las almas una a una, tallándolas como los diamantes, a la espera de que «respondan».

Ya no está del todo solo, con el secreto de esta locura, de este fuego cuyo resplandor el Señor le ha hecho ver hace más de dos años. Algunos de los que le rodean han empezado a comprender... Entre ellos, uno en quien había pensado a poco de fundar la Obra: Isidoro Zorzano, aquel antiguo discípulo del Instituto de Logroño, persona recta, de gran corazón y buen cristiano. Estaba seguro de que sería capaz de entender ese ideal tan exigente y, con la gracia de Dios, dedicar su vida a esa tarea...

No le había olvidado, pero hacía varios años que no se veían. Sabía, eso sí, que no se había casado, que había terminado la carrera de ingeniero y que trabajaba en Málaga, en la Compañía de Ferrocarriles de Andalucía.

A comienzos de 1930, había decidido escribirle. Una carta muy breve: «No dejes de venir a verme cuando pases por Madrid; tengo que contarte cosas que pueden interesarte...»

Unos meses más tarde, el 24 de agosto, don Josemaría había ido a visitar a un estudiante de arquitectura, que se encontraba enfermo. A poco de llegar, piensa, sin saber por qué, que debe volver a casa. Sale y, cerca ya del Patronato de Enfermos, él, que siempre toma el camino más corto, da un ligero rodeo. De pronto, en la calle de Nicasio Gallego, ve venir en dirección contraria alguien a quien conoce: ¡Isidoro!

–Acabo de estar en el Patronato –dice éste– y, como no estabas, iba a buscar un restaurante y luego a tomar el tren. Voy al Norte, donde mi familia está pasando el verano... Es curioso, pero tenía el presentimiento de que te encontraría aquí, en esta calle...

Ya en las habitaciones del Patronato de Enfermos, antes de que don Josemaría pueda abordar el tema que le insinuaba en su carta, Isidoro dice:

–Josemaría, quería verte para pedirte que me aconsejaras.

–¿Qué te pasa?

–Estoy inquieto. Siento que Dios me pide más, que debo hacer «algo», pero no sé el qué. Me he preguntado a veces si el Señor querrá que me haga religioso, pero no lo veo claro. Tengo mi trabajo de ingeniero, que me satisface... Y no sé qué pensar, quiero que me orientes...

Don Josemaría le escucha estupefacto. Luego dice:

—¿Te acuerdas de mi carta? Pues bien, te he escrito precisamente para hablarte de una obra en la que estoy comenzando a trabajar...

Y empieza a describirle, a grandes rasgos, ese inmenso panorama de santificación del trabajo ordinario y de la vida corriente. La de un ingeniero como él, por ejemplo.

—Veo en esta coincidencia el dedo de Dios —exclama Isidoro—. Cuenta conmigo. Por mi parte, estoy decidido.

Ha sido todo tan rápido que don Josemaría no sabe qué hacer. Pide a su amigo que espere un poco, antes de dar una respuesta definitiva, pues se trata de dar un nuevo giro a su vida... Isidoro se marcha y vuelve después de comer.

Mientras le espera, el Padre reflexiona sobre el sentido de este suceso y pide luces al Señor. Ha sido todo tan rápido... Por una parte, Isidoro no podrá trasladarse inmediatamente a Madrid y no podrán verse con frecuencia, lo que dificultará su indispensable formación; por otra, resulta todo tan claro, tan providencial...

Vuelve Isidoro. Charlan largo rato, hasta la salida del tren. Cuando parte, se considera ya comprometido con el Señor, de manera irreversible, para trabajar a su servicio en esta Obra de Dios, de la cual, de hecho, será el primer miembro que perseverará. A partir de ese momento, Josemaría, su condiscípulo, se ha convertido en El Padre.

Contradicciones y certezas

Aunque los frutos no acababan de verse, el año 1930 había sido rico en trabajos y gozos. Sobre todo, ese 14 de febrero en que había nacido la Sección de mujeres del Opus Dei, inopinadamente. Así pues, don Josemaría prosigue su trabajo apostólico en tres frentes: hombres, sacerdotes y mujeres.

No es nada fácil. En tiempos de crisis, como éstos, las gentes andan preocupadas y se ven atraídas por la acción política. El ideal que el Padre propone es otro, mucho más alto. Incluye, sí, las aspiraciones y las empresas más nobles, pero iluminadas por la luz de la fe, con todo lo que eso exige: vida interior, formación, coherencia moral, unidad de vida...

Don Josemaría suele entusiasmar a aquellos a quienes se dirige; les hace descubrir nuevos horizontes y sacar nuevos destellos de las páginas del Evangelio (ha tomado nota de un centenar de versículos del Nuevo Testamento que relee y medita con frecuencia). No faltan, sin embargo, quienes se burlan de la increíble audacia que encierra la idea misma del Opus Dei. No se contentan con hacer comentarios a sus espaldas: algunos se lo dicen, con «comprensiva» condescendencia (son, con frecuencia, ¡ay!, sus hermanos en el

sacerdocio). ¡Qué idea más absurda proponer que traten de ser santos a hombres y mujeres corrientes, que no están «consagrados» a Dios, que no se comprometen con votos, que no tienen vocación religiosa! ¿Acaso no basta con procurar que esas gentes inmersas en el mundo, con tantas ocasiones de perderse y de ensuciarse, simplemente se salven «como a través del fuego»? Qué osadía decir a los cristianos corrientes: Tienes obligación de santificarte. –Tú también. –¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: «Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto».

El joven Fundador sufre con estas incomprendiones, aunque no le sorprenden. Lo que predica es tan nuevo... Una locura, sin duda. Pero está tan seguro de que eso viene de Dios que no está dispuesto a renunciar por mucha sorpresa o muchas reticencias que algunos manifiesten. Al contrario, no hacen más que confirmarle que no es el inventor de una «idea» generosa, sino instrumento escogido por Dios para abrir un nuevo camino en la tierra. Esta obra no es una «buena obra» más. Es la Obra de Dios que Él le había hecho entrever desde su juventud, sin saberlo. ¿Qué puede tener de extraño que surjan obstáculos? Tendrá que quitarlos o esquivarlos, de la mano de Dios, porque, de alguna manera, el cielo está comprometido en que se realice.

El día de la Transfiguración, que en Madrid se celebra ese año el 7 de agosto, don Josemaría está celebrando misa en la iglesia del Patronato de Santa Isabel. Cuando se dispone a formular mentalmente las intenciones por las que la ofrece, se da cuenta, de pronto, del profundo cambio interior que –sin mérito alguno por su parte, piensa– se ha operado en él desde su llegada a la capital. Inmediatamente, renueva su propósito de orientar toda su vida hacia el cumplimiento de lo que Dios quiere de él: hacer la Obra de Dios.

Llegó la hora de la Consagración –escribe el mismo día en un cuaderno–: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, (..) vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: "et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum" (Joann., XII, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el "ne timeas!", soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas...

Querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y su calor en los hombres,

convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey...

3. MADRID, ENTRE SEPTIEMBRE DE 1931 Y FEBRERO DE 1934

Aquel individuo se abalanzó sobre él sin que le diera tiempo a defenderse. Don Josemaría es incapaz de librarse de esas dos manos que le atacan con violencia, al mismo tiempo que el agresor le cubre de injurias. Un poco más y no podrá respirar...

Casi en ese mismo instante, alguien le defiende, y la violencia de aquel individuo cede. Don Josemaría respira profundamente mientras el joven que acaba de librarle del atacante murmura, sonriendo: «¡Burrito sarnoso!». Antes de que le dé tiempo a reaccionar, el joven se pierde entre la gente.

¿Cómo lo había sabido el joven? Mientras sigue su camino en dirección a la iglesia de Santa Isabel, don Josemaría siente que en su alma se mezclan el deseo de dar gracias a Dios por haberle librado de aquel mal paso y una impresión de desconcierto. Son muy pocas, en efecto, las personas que conocen la intimidad de su alma y menos las que saben que, en sus diálogos con Jesús, no quiere ser para El más que un burro sarnoso, indigno de recibirlo, de representarlo, de llevarlo entre los hombres.

Con todo, le inunda una gran paz, aunque está deseando hablar con el Señor, en el Sagrario. Lo que acaba de suceder es tan inexplicable que creería haber tenido una pesadilla si en ese momento no inundara la calle un sol radiante y los transeúntes siguieran caminando como si tal cosa...

En el confesionario de Santa Isabel

Desde el mes de septiembre de 1931, viene visitando todos los días este barrio, próximo a la Estación de Atocha, donde se encuentra la iglesia de Santa Isabel, cuya cúpula y fachada neoclásicas dan a una pequeña plaza encuadrada por un convento de clausura y un colegio de niñas.

El convento es el de las Agustinas Recoletas, a quienes se lo donó la Corona a comienzos del siglo XVII. Sus rentas provienen de un Real Patronato, el cual administra también el Colegio de Nuestra Señora de la Asunción –situado a la derecha de la iglesia de Santa Isabel– que llevan otras religiosas. Don Josemaría se ha ofrecido

como capellán de las Agustinas y todos los días celebra la Santa Misa a las ocho de la mañana. Las monjas asisten a ella tras una reja erizada de gruesas puntas, a la izquierda del altar mayor, mirando desde la nave del templo. Oficia también en las ceremonias litúrgicas, en especial, la Bendición con el Santísimo.

Conoce bien la iglesia de Santa Isabel, porque viene confesando allí desde hace algunos meses. Las agustinas están encantadas con su nuevo capellán, porque aprecian su piedad, su disponibilidad y su buen humor. Cuando alguna de ellas está enferma, le lleva la comunión después de la misa; luego, cambia algunas palabras llenas de alegría sobrenatural con ellas, en los pasillos o en el patio.

Pasa largos ratos recogido en oración ante el altar mayor, adosado a un gran retablo barroco; son momentos de confiado diálogo entre un hijo, consciente de su debilidad, y su Padre Dios.

¡Señor, aquí está tu borriquito!, exclama de nuevo un día... Y, al punto, oye una voz interior: «Un borrico fue mi trono en Jerusalén». ¿Procederán de Dios estas palabras, que le han producido una gran turbación? ¿No serán fruto de su imaginación?

Para asegurarse, trata de confrontar enseguida, mentalmente, las palabras que acaba de oír con las de la Sagrada Escritura. El profeta Zacarías habla, en efecto –así cree recordar–, del Mesías que ha de venir, y dice: «Oh hija de Sión, regocíjate en gran manera, salta de júbilo, oh hija de Jerusalén; he aquí que a ti vendrá tu rey, el Justo, el Salvador; él vendrá pobre y montado en una asna y su pollino...» (Zac. IX, 9). Pero la evocación de este pasaje no resuelve todas sus dudas: el Señor podía ir montado en la asna y no en el pollino...

De regreso a su casa, consulta el Evangelio de San Mateo (XXI, 1–5), que reproduce la profecía de Zacarías y habla, tres versículos antes, de que Jesús había pedido a sus discípulos que desataran y le trajeran, para entrar en la Ciudad Santa, «una asna atada con su pollino al lado», pero nada más. Así, pues, consulta a San Marcos, San Lucas y San Juan, los cuales precisan claramente que Jesús montó un borriquito «sobre el que todavía no ha montado ningún hombre» (Mc. XI, 2; cfr. Lc. XIX, 30 y Joh. XII, 14–15). Está claro, por tanto, que Jesús había montado sobre un borrico.

Estos detalles disipan sus dudas, fruto de la prudencia que tiene siempre ante las intervenciones sobrenaturales: Dios, sin duda, ha querido, una vez más, hacerle partícipe de una brizna de su sabiduría; le ha dado una cariñosa lección que nunca olvidará.

Mira qué humilde es nuestro Jesús: ¡un borrico fue su trono en Jerusalén!, escribirá en una hoja de papel por aquellos días, para no olvidarla y hacer que, en el futuro, otras almas se aprovechen de ella. «Ut iumentum factus sum apud te!» (Ps. LXXII, 23). «¡Ante ti, no

soy más que un borrico!», repetirá a menudo en su oración y en su predicación.

Su cargo en Santa Isabel le permite pasar muchas horas en el confesonario, al cual acuden hombres y mujeres de toda condición, pues la iglesia está abierta al público. Así puede continuar dirigiendo espiritualmente a algunas jóvenes y mujeres que conoce, a las cuales anima a llevar una vida cristiana intensa en medio de sus ocupaciones habituales. Pronto, se forma un pequeño grupo: una estudiante, una secretaria, una enfermera, una profesora de un colegio...

A aquellas que considera dispuestas a recibir la gracia de la vocación al Opus Dei, les pide que se confiesen con alguno de los sacerdotes que le ayudan, para así consagrarse a su dirección espiritual propiamente dicha. Como a los jóvenes y a los hombres, les habla de que deben santificarse en su trabajo cotidiano, de virtudes humanas y cristianas, y, sobre todo, de la necesidad que tienen, para desarrollar un apostolado eficaz en su ambiente, de estar unidas siempre al Señor mediante la oración y la recepción frecuente de los sacramentos.

El ideal que les propone es, desde el principio, muy elevado. Evoca ante ellas a María Magdalena, a María Cleofás y a Salomé, que acompañan a la Madre de Dios al pie de la Cruz, mientras que los discípulos huyen, con excepción de Juan, el preferido del Señor... Más recia la mujer que el hombre, y más fiel, a la hora del dolor (...). Con un grupo de mujeres valientes, como éstas, bien unidas a la Virgen Dolorosa, ¡qué labor de almas se haría en el mundo!

Algunas parecen comprender. Su vida interior se profundiza y fortifica, ajena a esos sentimentalismos tan frecuentes en la atmósfera religiosa de la época, pues las mujeres –piensan algunos– son, por naturaleza, más piadosas que los hombres...

Lo que les propone don Josemaría es algo muy serio, capaz de llenar toda una vida y de hacerla irradiar sobre toda la sociedad.

Como siempre desde los comienzos, los enfermos hacen que maduren los primeros frutos. En el Hospital del Rey, en 1932, don José María Somoano ha pedido a una joven, que está tuberculosa, que ofrezca sus dolores y rece mucho por una intención suya que beneficiará a mucha gente: algo verdaderamente universal que necesita y necesitará oraciones y sacrificios constantes para hacerse realidad. «Reza por ello incansablemente», le ha dicho. Y desde ese momento, María Ignacia, siempre que le ve, le pregunta por esa intención que tanto fervor le inspira.

El gobierno de la República había suprimido, de hecho, el cargo de capellán, dejándolo sin retribución alguna. Y como don José María Somoano sólo era capellán interino, resultaba difícil encontrar

sacerdotes que se ocuparan de los enfermos contagiosos allí hospitalizados.

Enterado el Padre, se había ofrecido enseguida para atenderlos espiritualmente, sin ningún estipendio. Pero había sido preciso vencer la resistencia de algunos directivos, que se oponían a que los sacerdotes visitasen a los enfermos, si éstos no lo pedían expresamente...

La serenidad, el ánimo, el buen humor de don Josemaría, pronto habían causado admiración a todos, en especial a las Hijas de la Caridad, sometidas a rudas pruebas en un ambiente sumamente ingrato. Solía ir varias veces por semana, procurando, sin desanimarse, acercarse a los enfermos que más necesitaban su ayuda. ¡Cuánto contribuyó su presencia a elevar la moral de aquellas pobres gentes! Algunos eran incurables, a menudo tuberculosos, víctimas, a la vez, de una segregación irremediable.

La atmósfera del hospital se fue transformando. Pacientes hubo que afrontaron la muerte con una paz, e incluso con una alegría humanamente inexplicables.

Los domingos, si el tiempo lo permitía, don Josemaría celebraba la Santa Misa al aire libre, en el jardín, sobre un altar portátil colocado al extremo de una explanada.

Jesús, en el Sagrario de la iglesia de Santa Isabel, era el único que oía las confidencias y las súplicas de don Josemaría, moral y físicamente agotado a causa de tanto ir y venir de un extremo a otro de la ciudad. El Padre, a fuerza de pedir, obtenía del Señor esos milagros de la gracia, esas conversiones en el último momento que tanto sorprendían a las religiosas del Hospital. Como contrapartida, mediante ese misterioso intercambio que se da en el Cuerpo Místico de Cristo, los enfermos obtenían del Cielo gracia tras gracia para don Josemaría y para ese Opus Dei que estaba naciendo sin que ellos lo supieran.

¡Cuántos ejemplos había recibido de estos marginados de la sociedad! Y también de otras personas humildes, como ese lechero cuyos manejos tanto le habían intrigado a poco de llegar a Santa Isabel. Desde su confesonario, oía cómo se abría, todos los días a la misma hora, la puerta de la iglesia, en medio de un gran estrépito de chatarra. Un día que se encontraba solo, había salido a su encuentro, para ver lo que pasaba, y el lechero, sin inmutarse, le había explicado que, antes de iniciar el reparto, tenía por costumbre entrar en la iglesia con sus cántaras metálicas, arrodillarse un momento y decirle a Jesús, presente en el Sagrario: «Jesús, ¡aquí está Juan, el lechero!»

Tal simplicidad en la vida interior le había causado envidia y hasta un poco de vergüenza. Tomó la resolución de hacer lo mismo y contó el sucedido a algunas de las personas que dirigía, para

ayudarlas a simplificar su vida interior y a ser más espontáneas en la oración.

En la iglesia del Patronato de Santa Isabel, donde todo invita al recogimiento y al diálogo con Dios, pasa momentos de gran paz y felicidad. Pinturas y esculturas son de buen gusto, incluso artísticamente valiosas. Proviene en su mayor parte de donaciones hechas al Real Patronato a lo largo de los siglos. Hay un Niño Jesús que le tiene cautivado. Lo ha descubierto en unas Navidades y, desde entonces, pide con frecuencia a las monjas que se lo pasen por el torno. Se trata de un niño moreno, agitanado, con los ojos entornados y los brazos recogidos sobre el pecho, como implorando protección.

Las buenas religiosas lo han envuelto en pañales, para proteger la desnudez de este Niño Jesús, en completo desamparo...

Se ha hecho tan pequeño –ya ves: ¡un Niño!– para que te le acerques con confianza.

Unidad de vida

A finales del año 1932, su madre se instala, con Carmen y Santiago, en un piso del número 4 de la calle de Martínez Campos, en pleno barrio de Chamberí. Eso va a permitirle reunir allí, periódicamente, a los jóvenes que dirige y aconseja, con objeto de intensificar su formación.

Sus exigencias siguen siendo grandes; no hace concesiones a la facilidad, aunque a cada cual le hace progresar a su propio ritmo, como conduciéndole por un plano inclinado. Sólo así, mediante una superabundancia de su vida «para adentro», sentirán una necesidad más imperiosa de darse a los demás. Las visitas a los hospitales les ayudan a realizar esa toma de conciencia. Que tu vida no sea una vida estéril –les repite–. Sé útil. –Deja poso. –Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor.

Esta manera de proceder, tan alejada del activismo como del pietismo, debe resultarles tanto más sorprendente en cuanto que, por entonces, la efervescencia política es grande. Reina en el ambiente un clima propicio a la acción violenta e incluso al golpe de Estado. En la universidad, hay enfrentamientos entre grupos políticos y en las calles de Madrid se multiplican las algaradas.

Don Josemaría no desanima en absoluto –todo lo contrario– a los que quieren actuar con responsabilidad en las difíciles circunstancias que atraviesa el país, pero se niega en redondo a dar soluciones concretas, que a cada cual le corresponde libremente asumir. Esa es la razón –el respeto al pluralismo en materias opinables– por la que la idea de constituir un partido político

confesional –católico– no le agrada en absoluto, aunque el proyecto está a punto de cuajar.

Si alguien, alguna vez, se empeña en pedirle consejo o le pone en trance de tomar posición, corta sin paliativos, en un tono que no admite réplica. Un estudiante que conoció a don Josemaría en aquellos años recuerda que un día quiso satisfacer la curiosidad de saber qué pensaba en materia política, y le preguntó su opinión sobre uno de los personajes que destacaban en aquellos días. La contestación fue rápida, inmediata: Mira, aquí nunca te preguntarán de política; vienen de todas las tendencias: carlistas, de Acción Popular, monárquicos de Renovación Española... Y ayer –añadió a modo de ejemplo– estuvieron el Presidente y el Secretario de la Asociación de Estudiantes Nacionalistas Vascos. Y continuó en otro tono, sonriendo, tras hacer una pausa: En cambio, te harán otras preguntas más «molestas»: te preguntarán si haces oración, si aprovechas el tiempo, si tienes contentos a tus padres, si estudias, pues para un estudiante es obligación grave...

Doctrina que predica incansablemente, con riesgo de desanimar a algunos, más atraídos por movimientos dirigidos a la acción inmediata. Doctrina que empieza a poner por escrito en documentos que han de servir de orientación a los que han de venir. Porque el Fundador del Opus Dei quiere que, desde el primer momento, los fines y los medios queden claramente definidos.

A los jóvenes que le rodean ya en 1932, les dice que no deben considerarse como «un grupito» y que sólo deben buscar en el estímulo para su vida interior un espíritu que les incite a llevar la fe de Cristo a todos los ambientes que frecuenten y también –¿por qué no?– allí donde puedan ser útiles. Entre ellos debe haber un sano pluralismo, formen parte o no de ese pequeño núcleo constituido por quienes se han comprometido a servir al Señor en su Opus Dei.

En una carta fechada en 1932, recuerda a éstos, una vez más, que el lazo que los une es sólo espiritual. Estáis vinculados unos a otros, y cada uno con la Obra entera, sólo en el ámbito de la búsqueda de vuestra propia santificación, y en el campo –también exclusivamente espiritual– de llevar la luz de Cristo a vuestros amigos, a vuestra familia, a los que os rodean. Sois, por tanto, ciudadanos que cumplen sus deberes y ejercitan sus derechos, y que están asociados en el Opus Dei sólo para ayudarse espiritualmente a buscar la santidad y a ejercer el apostolado con unos modos apostólicos peculiares. El fin espiritual de la Obra no distingue entre razas o pueblos –únicamente ve almas–, por lo que se excluye toda idea o mira política o de partido.

Recomienda también que, en la práctica, se evite absolutamente hablar de política –en el sentido de «discusión política»– cuando él esté presente.

Nuestra pluralidad no es, para la Obra, un problema –escribía ya en 1930, respondiendo sin duda a una objeción–. Por el contrario, es una manifestación de buen espíritu, de vida corporativa limpia, de respeto a la legítima libertad de cada uno.

Aquellos a quienes van dirigidas estas palabras del Padre, no las olvidarán jamás. Como tampoco las que invitan a no limitar la vida cristiana a lo que se ha dado en llamar «prácticas de piedad»: asistencia a ciertas ceremonias o rezo de unas cuantas oraciones.

Pero el pluralismo no es abstención, sino todo lo contrario. La vida del cristiano debe tener una coherencia que le impida desinteresarse de los que le rodean y de sus conciudadanos. La unidad de vida es un tema constante en la predicación del Padre. No puede darse una doble vida: religiosa por una parte, profesional o social por otra; una vida familiar y otra cívica, completamente separadas, como si se tratara de compartimentos estancos. Hay que ser cristianos las veinticuatro horas del día.

¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?

En determinadas ocasiones –y ése es el caso de España en aquella época– esta actitud de abstención sería, en efecto, más cómoda. Pero los cristianos no pueden desinteresarse de la vida pública. Algunos adoptan una actitud de indiferencia, simplemente porque no se les ha explicado que la virtud de la piedad –aparte de la virtud cardinal de la justicia– y el sentido de la solidaridad cristiana se concretan también en este estar presente, en este conocer y contribuir a resolver los problemas que interesan a toda la comunidad.

Al mismo tiempo, pone en guardia a quienes se le acercan contra la fácil tentación de «profesionalizar» el apostolado, algo corriente en una época en que el ambiente favorece que los jóvenes se lancen, a cuerpo descubierto, a una serie de actividades que les roban tiempo al estudio y cortan sus alas para una acción futura en la sociedad, al carecer del prestigio profesional necesario. Por eso, las reuniones esporádicas, que don Josemaría organiza también en casa de su madre, sólo duran el tiempo imprescindible para que los presentes capten unas cuantas ideas básicas capaces de orientarlos y sostenerlos en la lucha interior de cada día. Al final de la reunión, el Padre comenta brevemente, con sentido práctico, algún versículo del Evangelio, que corresponde habitualmente a la Misa del día. El tiempo y la gracia de Dios irán realizando su tarea. El Fundador está

convencido de que la paciencia es la mejor garantía del desarrollo de la Obra. Es preferible comenzar poco a poco que construir sobre el equívoco. Las primeras vocaciones surgirán, sin duda, de un pequeño núcleo de muchachos generosos, pero tendrán que ser los idóneos; no cristianos más o menos «píos» o «devotos», sino caracteres fuertes, con virtudes humanas que les capaciten para superar las dificultades, pues sobre esa base podrán aprender a rezar y a dar a su vida ese sentido sobrenatural que facilitará su respuesta a la llamada de Dios.

Un día de comienzos de 1932, unos compañeros presentan al Padre a un estudiante de Medicina, Juan Jiménez Vargas, quien, por entonces, está muy comprometido en las luchas políticas de la Universidad. El joven sacerdote del que tanto le han hablado le produce una fuerte impresión, pero confiesa a sus amigos que lo que predica no corresponde a lo que él esperaba. Piensa que hay otras cosas que hacer en unos momentos en los que el país está al borde del drama...

Don Josemaría sonríe cuando se lo dicen: es natural que un muchacho de su edad piense así en momentos tan difíciles para España. Sin embargo, está seguro de que un día comprenderá –tal vez antes de lo que él piensa– que una formación doctrinal sólida y una intensa vida espiritual –en unión con Cristo– son capaces de transformar la sociedad, de manera más duradera y eficaz que un activismo improvisado y urgente.

Luis Gordon, el joven ingeniero que le acompaña en sus visitas a los hospitales, es uno de los que ha ido madurando en contacto con el sufrimiento y con las enseñanzas del Padre. Al terminar sus estudios se ha hecho cargo de una pequeña empresa situada cerca de Madrid y, poco después, ha decidido responder a la llamada de Dios.

Estas crisis mundiales son crisis de santos... Don Josemaría está convencido de esta realidad, y las dificultades que encuentra no hacen más que estimularle en su esfuerzo por abrir en la sociedad este nuevo camino de santidad que Dios ha querido hacerle ver.

4. MADRID, 1932, 1933

Mil novecientos treinta y dos trae, para don Josemaría, un largo cortejo de alegrías y de penas, entre las cuales el Opus Dei experimentará un lento crecimiento, mientras, alrededor, se perfilan los prolegómenos de una crisis capaz de degenerar en guerra civil.

Continúa la labor apostólica en todos los frentes. Todos los lunes, hay una reunión para sacerdotes. El Fundador trata de hacerles comprender, en cada una de sus facetas, el espíritu de este nuevo camino que conduce a vivir la plenitud de la vida cristiana en medio del mundo.

Algunos de los sacerdotes que asisten son jóvenes y emprendedores, como don José María Somoano o don Lino Veamurguía, que van a visitar a los enfermos y a enseñar el catecismo a los suburbios, como él, todos los domingos. Otros son ya maduros, pero también podrían ayudarlo, mediante la dirección espiritual, para que la Obra fuera creciendo al ritmo querido por Dios.

Estos sacerdotes empiezan a comprender más o menos profundamente, más o menos de prisa, la nueva espiritualidad que les expone el Padre. Don José María Somoano mejor que los demás, hasta el punto de comprometer su vida entera en la empresa, sin dejar de depender de su Ordinario para todo su ministerio sacerdotal como único superior.

La vocación de una enferma incurable

Sus horas de confesonario en la iglesia de Santa Isabel siguen permitiéndole ampliar y consolidar los cimientos de lo que podría ser la Sección de mujeres del Opus Dei.

La Providencia ha querido que una de las primeras piedras sea una pobre enferma que ya no abandonará su lecho en el hospital: María Ignacia García Escobar, la tuberculosa del Hospital del Rey, que sigue pidiendo por la Obra sin saberlo. Don Josemaría sabe que no tiene curación, pero, a pesar de todo, decide revelarle este camino real de santificación en medio del mundo al que ha consagrado su vida desde aquel 2 de octubre de 1928. A pesar de su dolencia, María Ignacia resuelve enseguida ofrecer el tiempo que le quede de vida por este gran ideal.

Dos días más tarde, escribe en su diario: «Este 9 de abril de 1932 no podrá borrarse nunca de mi memoria. De nuevo Tú me eliges, buen Jesús, para seguir tus huellas divinas... Desde este momento, te prometo ser, con tu ayuda, generosa en el lugar donde me has colocado, puesto que toda la gloria debe volver a Ti».

Las jóvenes que el Fundador de la Obra ha ido llevando por caminos de vida interior se turnan para acompañar a María Ignacia y aprenden de ella una magnífica lección de abandono a la Voluntad divina.

Una muerte dramática

A pesar de las dificultades exteriores y de la lentitud con que se desarrolla esta Obra querida por Dios, el Padre no se inquieta; prosigue rezando y actuando.

Con todo, la noticia que le dan el 17 de julio, por la mañana, le asesta un golpe en el corazón.

Cuatro días antes, don José María Somoano había caído gravemente enfermo. El Padre había pasado largos ratos junto a él, rezando intensamente por su curación. Se rumoreaba en las salas del hospital que lo habían envenenado, rumor que no tenía nada de absurdo en unos tiempos de furioso anticlericalismo. ¿Será cierto?, piensa don Josemaría cuando le dicen que acaba de fallecer.

Aunque estaba convencido de que no le hacía falta, el Padre rezó mucho por él y haría rezar a sus hijos durante muchos años.

Una vez más, es preciso aceptar sin comprender, sufrir sin perder la esperanza, pues un cristiano tiene que esperar, por mucho que el horizonte se cierre y se oscurezca... Hace muchos años que ha aprendido a ir subiendo por las gradas de la aceptación: Resignarse con la Voluntad de Dios: conformarse con la Voluntad de Dios: querer la Voluntad de Dios: amar la Voluntad de Dios.

Todas las circunstancias se prestan a hacer apostolado

Mientras tanto, en Madrid se precipitan los acontecimientos. Hace poco más de un año que se proclamó la República y, tras la quema de conventos y de iglesias, se han sucedido los disturbios.

El 10 de agosto de 1932, en Sevilla, el General Sanjurjo intenta dar un golpe de Estado, que fracasa. Algunos estudiantes que se han lanzado a la calle, en Madrid, son detenidos y conducidos a la cárcel Modelo, para ser juzgados. Entre ellos, hay algunos a quienes don Josemaría dirige espiritualmente. En cuanto se entera, acude a la prisión, vestido con sotana, y consigue hablar con ellos, animándoles a que no permanezcan inactivos y no pierdan la alegría y la esperanza cristianas. Les habla también de oración y les recuerda que son hijos de Dios... Con el abandono, no habréis de preocuparos, ya que descansaréis en el Padre.

Don Josemaría les aconseja que recen a menudo el Padrenuestro, meditando sobre todo las dos primeras palabras: «Padre—nuestro...». Les recomienda, además, que invoquen con frecuencia a la Santísima Virgen, repitiendo las oraciones que aprendieron de pequeños o rezando el Rosario; que se confiesen y comulguen siempre que puedan y que procuren mantener un ambiente de camaradería y buen humor entre ellos y con los demás prisioneros. Lo necesitan, porque han pedido para ellos nada menos que la pena de muerte...

Tras la reja del locutorio, aquellos jóvenes agradecen al Padre las visitas, porque saben que sus palabras de aliento no son un mero formulismo, sino que le salen del corazón, pues quiere comunicarles el único consuelo que pueden tener en tan difíciles circunstancias.

De aquellos meses de cautividad, van a obtener no sólo una ocasión de progresar interiormente, sino también una lección de caridad y de comprensión mutua, intimando con un grupo de anarco—

sindicalistas que están también en la cárcel. Al cabo de unas semanas, católicos y anarquistas, que en la calle andaban a golpes, juegan juntos al fútbol en el patio de la prisión...

Don Josemaría, a quien aquellos jóvenes habían mostrado sus recelos en este sentido, les había animado a confraternizar con ellos, sugiriéndoles que no jueguen en un solo equipo, sino en los dos equipos adversos, para evitar así que se reproduzcan las divisiones políticas en el deporte. Les dice, también, que se les brinda una ocasión de dar a conocer la doctrina cristiana a quienes, sin culpa suya necesariamente, tal vez la ignoren por completo. Incluso les lleva un catecismo, para ayudarles a practicar este nuevo género de apostolado...

Una nueva prueba

En octubre de 1932, a los cuatro años de la fundación de la Obra, don Josemaría pasa otra vez unos días de silencio y recogimiento en un convento de carmelitas situado en las afueras de Segovia. El perfil medieval de la ciudad se destaca en el cielo, alargándose tras la proa rocosa donde se yergue el Alcázar.

En una capilla de la iglesia conventual reposan los restos de San Juan de la Cruz. Allí, recogido en oración, el Fundador del Opus Dei pone las diversas tareas apostólicas de la Obra bajo la protección de los arcángeles San Miguel, San Gabriel y San Rafael y de los apóstoles Pedro, Pablo y Juan.

Poco después, Luis Gordon cae enfermo también. Avisan a don Josemaría de que ha empeorado y, al cabo de unos días –el 5 de noviembre, de madrugada–, entrega su alma a Dios. El Padre, que ha ido a rezar inmediatamente ante el lecho de muerte, celebra además la Santa Misa en el oratorio privado de casa de sus padres. Una vez más, la voluntad divina resulta incomprensible para el entendimiento humano. Luis era un hombre joven, pero ya prestigiado. Su fidelidad y su finura de espíritu hubiesen sido valiosísimos para la Obra. No obstante, Dios había decidido otra cosa. Una vez más era preciso aceptar sin comprender... La Obra tendría que desarrollarse sin ningún medio ni sostén material.

La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada.

Al perder aquellos consuelos humanos te has quedado con una sensación de soledad, como pendiente de un hilillo sobre el vacío de negro abismo. –Y tu clamor, tus gritos de auxilio, parece que no los escucha nadie. Bien merecido tienes ese desamparo. –Sé humilde, no te busques a ti, ni busques tu comodidad: ama la Cruz –soportarla es

poco– y el Señor oirá tu oración. –Y se encalmarán tus sentidos. –Y tu corazón volverá.

Un libro de oración y de acción

Estas palabras las ha redactado el Padre pensando en él y en todos los que, a lo largo de los siglos, se aproximarán a la Obra.

Para estimular más en su lucha interior a quienes ya han comenzado a acercarse, empieza a poner por escrito algunos aspectos de su predicación y de su labor de dirección espiritual: palabras de ánimo, experiencias íntimas de su continuo diálogo con el Señor, fragmentos de cartas, consejos... No es todavía un libro, pero podría llegar a serlo.

En diciembre de ese mismo año –1932– hace que se tiren unas cuantas copias a ciclostil, agrupadas con el título general de Consideraciones Espirituales: Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre... Cosas que removerán los recuerdos de aquellos a quienes aconseja y dirige, porque estas confidencias las escucha Dios.

Los puntos son breves, muy prácticos. Inspirados en la Escritura, lo mismo que su predicación, e impregnados de amor a la Iglesia y de ansias de llevar el fuego de Cristo hasta los confines de la tierra, tratan de remover al lector para que haga propósitos concretos que mejoren su vida cristiana. Poco a poco, irá completándolos con otros, extraídos de su vida interior y de sus experiencias inmediatas en el trato con las almas. Todos juntos constituirán un programa de vida interior y de lucha ascética: carácter, obediencia, oración, pureza de corazón y de alma, virtudes teologales... Y una serie de devociones básicas: Santa Misa, trato con la Virgen, presencia de Dios... A ello se añade la evocación del camino de la infancia espiritual –ese atajo de las almas enamoradas de Dios– y del sentido de filiación divina, cuya riqueza conoce bien el Fundador del Opus Dei, en especial desde lo que le ocurrió en un tranvía, en el verano de 1931, a su regreso de la estación de Atocha.

Y empapándolo todo, como un motivo constante en ese tapiz divino que anima a tejer a cada uno, con la gracia de Dios, sobre la trama de su vida, el tema central de su predicación y de sus conversaciones desde el 2 de octubre de 1928: la invitación a santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo y santificar a los demás con el trabajo, cumpliendo lo más perfectamente posible las obligaciones propias de la vida ordinaria.

¿Quieres de verdad ser santo? –Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces.

Con esta perspectiva, las ocupaciones más corrientes adquieren una tercera dimensión, la sobrenatural, y con ella, el relieve, el peso y el volumen.

¿La Cruz sobre tu pecho?... Bien. –Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. –Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás Apóstol.

A aquellos estudiantes llenos de generosidad que le rodean les propone, sin ambages, el ideal más exigente: el martirio, pero un martirio... al alcance de la mano, en las circunstancias más corrientes de la vida ordinaria: ¿Brillar como una estrella... ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo? Mejor.– quemar, como una antorcha, escondido, pegando tu fuego a todo lo que tocas. –Este es tu apostolado: para eso estás en la tierra.

Así era, por lo demás, la vida de los primeros cristianos, que no se distinguían «de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres», como explicaba un escrito del siglo II, la Carta a Diogneto: «Ni habitan en ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás (...). Habitando en ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por confesión de todos, sorprendente (...). Lo que el alma es en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo».

Lo mismo podría decirse de los miembros del Opus Dei. También ellos han oído la llamada de Jesús a los primeros discípulos. Sembrar. –Salió el sembrador... Siembra a voleo, alma de apóstol. –El viento de la gracia arrastrará tu semilla, si el surco donde cayó no es digno... Siembra y está cierto de que la simiente arraigará y dará su fruto.

El lector de Consideraciones Espirituales se siente animado así no sólo a soñar con un ideal muy alto, sino también a enfrentarse con una voluntad precisa de Dios a la que puede responder comprometiendo su vida, entregándose por entero sin salirse de su sitio, sin ceder a la tentación de huir, de evadirse.

El libro no va dirigido solamente a los miembros del Opus Dei o a los que han de venir, sino que su difusión ha de contribuir, también, a multiplicar los ecos de la predicación del Padre y, en consecuencia, a remover los corazones para que en ellos pueda madurar, si Dios así lo quiere, la vocación a la Obra (o a otros caminos de santidad, en su caso).

Con los ojos del alma

Los retrocesos de algunos, los fallos de algunos otros, la súbita desaparición de Luis Gordon y la del presbítero Somoano no desalientan al Fundador. Sabe que otros vendrán y que, sobre su fidelidad, se edificará la Obra de Dios por los siglos, mientras haya hombres en la tierra.

Estimuladas sin saberlo por la oración de los pobres y enfermos que visita el Padre, otras personas recibirán la vocación al Opus Dei, una a una, con solidez y convencimiento.

Hacia tiempo que don Josemaría venía viendo a un joven de veintitrés o veinticuatro años que asistía regularmente a la misa que celebraba en el Patronato de Enfermos. Su porte y su piedad le habían hecho pensar que tal vez fuera capaz de comprender lo que se traía entre manos. Había sabido que se llamaba José María González Barredo y que, concluida su licenciatura en Ciencias Químicas, estaba haciendo un curso de especialización en la Universidad. Un día, había decidido abordarle y pedirle que rezase por una intención suya. El joven había accedido y le había dado las gracias, tal vez a causa de la sorpresa. Todo había sido muy breve.

Poco después, don Josemaría le echó de menos en Misa, y se enteró de que se había trasladado a Linares, en la provincia de Jaén, donde había obtenido una plaza de profesor de Instituto. No obstante, había seguido rezando por él, convencido de que volvería a verle.

En diciembre de 1932, José María González Barredo regresa a Madrid para pasar las Navidades con su familia. Amplía un poco su estancia, para realizar ciertos trabajos de investigación en la Universidad. Quiere mejorar su formación científica, entre otras cosas, porque le preocupa el agnosticismo de algunos investigadores y desea contribuir a poner de relieve la armonía entre la ciencia y la fe.

Un día, poco antes de Navidad, bajando por la Gran Vía hacia la Plaza de España, José María ve venir al Padre en dirección contraria. Trata de hacerse el distraído, para evitar que le ocurra lo que con otros sacerdotes que le habían implicado en movimientos o asociaciones que, a su juicio, le hacían perder el tiempo. Pero don Josemaría ya le ha visto y se acerca para saludarle cariñosamente. Cambian unas palabras y el Padre le dice que le gustaría hablar con él sin prisas...

Lo que don Josemaría le propone resulta ser una respuesta asombrosamente exacta a sus aspiraciones más profundas. Solo te preocupas de edificar tu cultura. –Y es preciso edificar tu alma. –Así trabajarás como debes, por Cristo; para que El reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas,

ejerciten calladamente –y eficazmente– un apostolado de carácter profesional.

José María González Barredo descubre una perspectiva apostólica que merece, en efecto, que se le dedique la vida entera. Sin embargo, antes de decidirse, le dice al Padre:

–Conozco a un religioso con el que me he confesado varias veces. ¿Podría consultarle, para obrar con mayor seguridad?

–Obra con entera libertad.

Animado con este consejo, va a ver al religioso, pero lo que le dice no le convence:

–Si la Obra de que me hablas está en sus comienzos, ¿no sería mejor que te dirigieras a una institución más desarrollada? Vale más trabajar en una biblioteca ya organizada que en otra que se está empezando a organizar.

José María González Barredo reflexiona. ¿Qué importa que la Obra esté comenzando? La cuestión no es ésa. Lo importante es si vale la pena o no entregarse al ideal que proclama...

Cuando José María vuelve a ver al Padre, ya está decidido. Su respuesta es: ¡sí!

El Espíritu Santo ha empezado a actuar también en otras almas. Durante las vacaciones de Navidad, el Padre ha hablado de la Obra a aquel estudiante de Medicina que le habían presentado al comenzar el año. Sus conversaciones con Juan Jiménez Vargas son intensas: sin decirselo, pide al Paráclito, durante nueve días consecutivos, que ilumine al joven. Hasta que el 3 de enero de 1933 Juan responde con un sí definitivo a las palabras de don Josemaría.

Diez días más tarde, van los dos juntos a visitar el asilo de Porta Coeli, otra de educación y asistencia social donde un grupo de religiosas se esfuerza por enderezar a los golfillos. Hace algún tiempo que don Josemaría lo visita, para confesar y atender espiritualmente a unos muchachos que eran mendigos y, a menudo, delincuentes. Piensa que la sala de visitas, a pesar de ser poco acogedora, podría servirle para reunir a los estudiantes que se acercan a él y darles, así, una formación más regular e intensa. Así pues, invita a varios de ellos a una primera reunión, en la cual el Padre ha puesto muchas esperanzas, haciendo rezar por ella a los primeros miembros de la Obra.

Pero le aguarda una decepción: no acuden más que Juan y dos estudiantes de Medicina, amigos suyos. ¡No importa! La reunión se celebrará, a pesar de todo...

Una imagen de la Virgen Santísima preside esta reunión, y las que vendrán. Se trata de una página arrancada de un catecismo que, dos años antes, había encontrado, arrugada, en plena calle, junto a un árbol, en el barrio de Tetuán. Don Josemaría, para reparar lo que él

había interpretado como un desaire, la había recogido y la había hecho enmarcar, colocándola previamente sobre un fondo de tisú de oro.

La reunión es corta, y, como a don Josemaría le gusta, sumamente práctica: un breve comentario del Evangelio del día, exposición de algún aspecto concreto de la vida interior, unos cuantos puntos de examen...

El Padre se ha dirigido a aquellos tres estudiantes con la misma convicción que si fueran muchos. Después de rezar unas oraciones finales, les ha invitado a seguirle a la capilla del asilo. Allí, revestido con sobrepelliz y estola, se ha arrodillado ante el altar, ha abierto el Sagrario y ha incoado la estación al Santísimo Sacramento. Cuando se vuelve para dar la Bendición a aquellos tres jóvenes estudiantes, el Fundador del Opus Dei ve, con los ojos del alma, todos los que vendrán: trescientos, trescientos mil, treinta millones, tres mil millones... blancos, negros, amarillos, de todos los colores, de todas las combinaciones que el amor humano puede hacer...

Unos meses más tarde, otro estudiante pide ser admitido en la Obra: Ricardo Fernández Vallespín, que está a punto de terminar la carrera de Arquitectura.

Para sufragar sus gastos, Ricardo daba clases particulares a algunos compañeros suyos. Don Josemaría conocía a uno de ellos, así como a su familia. Un día, había ido a visitarlo y había entrado en la habitación donde Ricardo le estaba dando clase. El joven conocido del Padre le había presentado a su profesor, pero don Josemaría, para no interrumpirles, les había dicho que siguieran trabajando. Sacó su breviario y se puso a leerlo junto a la ventana, hasta que terminaron la clase.

Ricardo queda tan impresionado por aquel primer encuentro que escribió en su diario ese 14 de mayo de 1933: «Hoy he conocido un sacerdote, muy joven y lleno de entusiasmo que –no sé por qué– pienso va a tener una gran influencia en mi vida».

El 29 de mayo vuelven a verse, esta vez en casa de don Josemaría. El Padre se muestra locuaz y lleno de entusiasmo. No habla de los problemas políticos del momento, sino que expone, con fervor, unas perspectivas sobrenaturales que, para su interlocutor, son una revelación y una invitación urgente a mejorar su vida interior. Antes de que Ricardo se despida, el Padre se levanta, toma un libro de una estantería y escribe unas palabras en la primera página: Que busques a Cristo: que encuentres a Cristo: que ames a Cristo. Madrid, 29-V-33.

El libro es un ejemplar de la Historia de la Sagrada Pasión, del Padre La Palma.

Formación, oración, sacrificio

Las reuniones –auténticos cursos de formación– prosiguen en la calle de Martínez Campos, ya que el ambiente familiar de aquella casa es más adecuado que el austero asilo de golfos para transmitir el espíritu de la Obra.

Doña Dolores pronto se habitúa a ver grupos de jóvenes en su sala de estar, presidida por un cuadro de la Virgen con el Niño en sus brazos. Aunque hace tiempo que se ha dado cuenta del celo apostólico que despliega su hijo, tantas idas y venidas no dejan de sorprenderle un poco. A sus discretas preguntas sobre el porqué de tal actividad, éste le responde de manera evasiva. No quiere inquietarla y, por eso, no le ha revelado lo ocurrido en su alma en aquel 2 de octubre. Así pues, acepta sin comprender, y le ayuda en lo que puede, con su hija Carmen, preparando la merienda de aquellos estudiantes.

«¡Los chicos de Josemaría se lo comen todo!», refunfuña, indignado, su hermanito Santiago, al comprobar que han desaparecido las vituallas.

Prosiguen las visitas a los hospitales. Ahora, empiezan a ir al de la Princesa, fundado en el siglo XIX por la reina Isabel II. Es un vasto edificio de dos pisos situado en una zona céntrica. Dos mil enfermos se amontonan allí, en salas de doscientos y hasta de trescientos. Don Josemaría va de sala en sala, habla con ellos, los confiesa, les lleva la Comunión.

Otra actividad viene a unirse a esas visitas: el Padre aconseja a los estudiantes que enseñen el catecismo a grupos de niños desprovistos de toda educación religiosa que habitan en el barrio de Tetuán de las Victorias, como ya lo vienen haciendo algunas jóvenes en otros barrios. Los jóvenes responden con interés, esforzándose por prepararse bien y tratando de profundizar en su fe para mejor transmitirla a aquellos chavales.

A tal efecto, el Padre les da —o procura que otros les den— lecciones de doctrina cristiana. Además, les anima a pasar, una vez al mes, unas horas de recogimiento y silencio en un retiro espiritual en el que les comenta, con sentido práctico, puntos de ascética o de moral seguidos siempre de una invitación a hacer propósitos concretos que les ayuden a mejorar en su vida diaria. El mismo, del 8 al 16 de junio, hace unos ejercicios espirituales, solo, en la casa de los PP. Redentoristas, de Madrid.

Desde hace algún tiempo, no deja de pensar en la manera de ampliar las tareas apostólicas. Sería necesaria una cierta estructura, contar con unos locales adecuados... Y mientras da vueltas al asunto,

confía en que, con el esfuerzo de todos, pronto se resolverá el problema.

Desde su lecho de dolor, María Ignacia sigue ayudando. Su mal se ha agravado, pues se trata de una tuberculosis intestinal que se resiste al tratamiento con lámparas de cuarzo. A finales de agosto, su estado es ya muy grave y los dolores continuos. Tiene el cuerpo deformado y cubierto de llagas, pero no pierde la paz y, estrechamente unida a Dios, le ofrece sus dolores.

Las jóvenes que conoce don Josemaría van a verla con frecuencia al hospital y no la dejan sola un momento. El procura, también, visitarla todos los días, pero, si no puede, telefona.

A comienzos de septiembre, los médicos le dan pocos días de vida. El Padre le comunica la gravedad de su estado y le pregunta si quiere recibir la Unción de los Enfermos: se la administra él mismo, en presencia de una hermana de María Ignacia. Luego, lentamente, va desgranando las oraciones de la liturgia para la recomendación del alma; finalmente, le pide, con intenso fervor, que en el Cielo no se olvide de interceder por el Opus Dei, al que ha entregado los últimos meses de su vida, evocando, una vez más, los futuros apostolados de la Obra, extendidos por el mundo entero... Un panorama que ella podrá contemplar desde arriba.

El 13 de septiembre, en cuanto la hermana de María Ignacia le comunica que ha muerto, corre al hospital. Tras don José María Somoano y Luis Gordon, es la tercera vocación que el Señor se lleva nada más florecer... Tres intercesores más. Tres sólidos pilares sobre los que la Obra de Dios se podrá apoyar para proyectarse a lo largo de los siglos. Un sacerdote y dos laicos, hombre y mujer, que prefiguran todos los que, tras ellos, llevarán la palabra de Cristo a todas las encrucijadas de la tierra.

Nacimiento de un proyecto

Poco después, tras una nueva conversación con el Padre, Ricardo, el joven arquitecto, decide seguir el camino de la Obra. Un nuevo loco... para el manicomio, comenta, como en otras ocasiones, con su optimismo comunicativo, don Josemaría.

Pero, aunque está contento, no puede conformarse con tan lento progreso. La Obra de Dios debe crecer más deprisa. Es preciso relacionarse con más gente...

Don Josemaría sigue pensando en un piso, reservado exclusivamente para el apostolado, que tenga ese ambiente y ese aspecto específicamente seculares que son propios del espíritu del Opus Dei. Una especie de «Academia», en la que se puedan dar clases y conferencias de carácter cultural y profesional, así como celebrar cursos de doctrina cristiana y otras actividades espirituales. De esta forma, piensa, se dará una perfecta simbiosis entre la

formación religiosa y humana de numerosos jóvenes, capaces, luego, de ser testigos de Cristo en los ambientes en que se encuentren.

Para lograrlo, es preciso contar con los recursos indispensables. Pero quienes le siguen todavía no se ganan la vida, con excepción de Isidoro y de José María González Barredo. Así pues, anima a todos a buscar medios económicos, procurando entusiasmarles con ese proyecto, que permitirá ampliar rápidamente el círculo de sus amistades. Que recen más y que le pidan a Dios la audacia necesaria.

Algunos dirán que es otra locura... No hagas caso. Siempre los «prudentes» han llamado locuras a las obras de Dios. –¡Adelante, audacia!–.

«Dios», «audacia...».

En la placa de hierro colocada a la puerta de un piso entresuelo del número 33 de la calle de Luchana, se han grabado tres letras: DYA. Son las iniciales del nombre de la Academia: Derecho y Arquitectura. Pero son también, sobre todo, las de la divisa que el Padre recuerda con frecuencia a los estudiantes que lo rodean: Dios y audacia...

5. MADRID, 1934

A partir del mes de diciembre de 1933, la mayor parte de la labor apostólica empieza a desarrollarse en la Academia DYA. Con los escasos ahorros del Padre, los de Isidoro y los de José María, y con la ayuda de algunos conocidos y amigos, han podido pagar el alquiler inicial e instalarse en el piso. Ricardo, el joven arquitecto, por encargo de don Josemaría, ha comprado en el Rastro unos cuantos muebles. A pesar de la pobreza de los medios disponibles se ha procurado decorar dignamente las habitaciones destinadas a visitas, reuniones, conferencias y sala de estudios, así como la habitación del Padre, pero la casa es tan pequeña que, a veces, tiene que confesar en la cocina, convertida también en laboratorio de química.

Por la tarde, la Academia se anima, gracias a los estudiantes que vienen a recibir diversas enseñanzas: matemáticas, física, química –materias comunes en la preparación de algunas escuelas especiales y carreras universitarias–, idiomas, arquitectura y varias especialidades jurídicas.

Los estudiantes procuran hacer aportaciones económicas, pero es preciso, a menudo, pedir un esfuerzo suplementario a aquellos que son capaces de comprender mejor la labor apostólica que allí se realiza. El Padre, por su parte, tiene que pedir ayuda de nuevo a sus amigos: los que ya habían contribuido a los primeros gastos y otros... Él mismo, con autorización del obispo de Madrid, da cursos de formación cristiana, ayudado por otro sacerdote, don Vicente Blanco.

Naturalmente, aparte de esos cursos, aquellos que lo desean acuden a don Josemaría para que los oriente en su vida interior.

¡Cuántas gracias obtienen esos estudiantes en sus conversaciones con el Padre, unas veces en distintas habitaciones de la Academia y otras en su cuarto, amueblado tan sólo con una mesa, dos sillas, una cruz de madera y un reclinatorio! ¡Cuántas veces comienzan y recomienzan a profundizar en su vida cristiana aquellos jóvenes de buena voluntad!

Sin hacer concesiones a lo fácil –la Academia no es un lugar de diversión, sino un sitio donde se viene a formarse, a trabajar, a estudiar, a hablar de cosas serias– el Padre procura crear un ambiente no sólo agradable, sino también alegre, pues «un santo triste es un triste santo...».

Los resultados no se hacen esperar demasiado. Poco a poco, la Academia se llena. Las jornadas del Padre son cada vez más intensas. En él, el trabajo constituye como una segunda naturaleza, adquirida en el hogar paterno, donde nunca ha visto desocupada a su madre. Además, la tarea es inmensa: abrir un nuevo camino divino en la tierra, procurar que la llamada evangélica a la santidad llegue a miles y miles de hombres y mujeres, sean cuales sean las circunstancias en que se encuentren.

Publicación de Consideraciones espirituales

Para ayudar a quienes aconseja y dirige, don Josemaría ha decidido publicar las notas y fichas que ha ido acumulando a lo largo de los años y que, hasta entonces, sólo había mandado reproducir en multicopista.

El 3 de mayo de 1934, el obispo de Cuenca, Mons. La Plana, pariente lejano de los Escrivá, al que había pedido consejo para imprimir el libro de la forma más económica, otorga su imprimatur a «Consideraciones espirituales». Consta de cuatrocientos treinta y ocho puntos de meditación, fruto, cada uno, de su experiencia pastoral y de su vida interior, y destinados a dar a los lectores esa finura de alma y de espíritu que les conducirá a vivir cristianamente en todas las circunstancias, con estos tres síntomas de la chifladura divina de apóstol (...): hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer.

A los que le siguen, el Padre les explica que su apostolado –silenciosa y operativa misión– no ha de limitarse a un círculo restringido que pronto se convertiría en un ghetto de cristianos «bienpensantes» viviendo su fe al margen de la sociedad. Deben, por el contrario, comunicar el fuego de su alma a muchos otros hombres, esforzarse por ser cada uno de ellos apóstol de apóstoles, irradiando a

su alrededor, como la piedra que cae en el agua transmite, en ondas sucesivas, cada vez más amplias, el impacto que produce.

En cuanto a aquellos que se han comprometido a servir a Dios en su Obra, o que dudan al respecto, que no tengan la ingenuidad de juzgarla por la pequeñez de los comienzos...

En la tierra, todo lo grande ha comenzado siendo pequeño. –Lo que nace grande, es monstruoso y muere.

A esos primeros miembros de la Obra les repite, para que se empapen de la idea, que no han venido para realizar una empresa humana, sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella, a la letra, cuanto se necesita para que se la pueda llamar, sin jactancia, la Obra de Dios.

Consigna esta idea en un documento que les dirige, a ellos y a todos los que vendrán después al Opus Dei, hasta el fin de los siglos, pues quiere que estén convencidos de que han recibido una vocación específica. Han de ser como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad.

En contra de lo que algunos podrían pensar, dado lo turbulento de la época, la Obra de Dios no la ha imaginado un hombre para resolver la situación lamentable de la Iglesia en España desde 1931. Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho.

(...) No somos una organización circunstancial (...) Ni venimos a llenar una necesidad particular de un país o de un tiempo determinados, porque quiere Jesús su Obra, desde el primer momento, con entraña universal, católica.

Por eso, el nacimiento y el desarrollo del Opus Dei no deben nada a los medios humanos, sino que lo deben todo a la oración y a la penitencia.

No tienen que encogerse, pues, pensando que son pobres instrumentos, porque Dios ya lo sabe y les comunicará las gracias necesarias para que la Obra se haga, siempre que sean dóciles a su divina Voluntad. ¡Que se crezcan ante los obstáculos!

Los escritos del Fundador llevan la impronta de este fuerte sello sobrenatural, incluso cuando se dirigen a un público mucho más amplio que el constituido por los miembros de la Obra, como es el caso de «Consideraciones espirituales».

El Rosario, arma eficaz

Pronto aparecerá otro libro. Un día, durante la acción de gracias de la Misa, sentado al lado de la epístola, frente a la reja de la clausura de la iglesia de Santa Isabel, don Josemaría redacta, de un

tirón, una serie de breves comentarios a cada uno de los quince misterios del Rosario.

Las frases le han salido a borbotones, como queriendo confiar a muchas almas un secreto que puede muy bien ser el comienzo de ese camino por donde Cristo quiere que anden: para ser grande, hacerse pequeño y, a tal efecto, creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños..., rezar como rezan los niños. Precisamente el principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima. No hay que inhibirse, pues, temiendo caer en la rutina, en la repetición constante de las mismas palabras. ¿Acaso no se dicen siempre lo mismo los que se aman?

Para evitar que quienes recen el Rosario emitan sonidos como un animal, estando el pensamiento muy lejos de Dios, les aconseja contemplar lentamente cada uno de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, introducirse como un personaje más en las escenas evangélicas evocadas en ellos, vivir la vida de Jesús, María y José.

Rezado así, el Rosario se convierte en arma poderosa para vencer en la lucha interior y avanzar por el camino de la vida contemplativa.

¡Jesús, almas!

En diciembre de 1934, don Josemaría sustituye al rector del Patronato de Santa Isabel. En el mes de febrero de ese año, se había instalado ya, con su familia, en la casa reservada al capellán.

Como rector, debe supervisar la administración del Patronato, que afecta tanto al monasterio de las Agustinas Recoletas como al contiguo colegio de la Asunción.

Sus jornadas están muy apretadas: Misa en Santa Isabel, confesiones, visitas a los hospitales, más confesiones en el asilo de Porta Coeli, más visitas en Madrid y, por la tarde, la atención a los estudiantes en la Academia DYA.

La iglesia de Santa Isabel le permite también proseguir la formación de quienes podrían llegar a convertirse en las primeras de la Sección de mujeres del Opus Dei. Trabajo difícil, que realiza sobre todo mediante la dirección espiritual en el confesonario y meditaciones u homilías a pequeños grupos, en la iglesia o en alguna capilla.

Poco a poco, va abriendo el horizonte de esas jóvenes mostrándoles el camino de la santificación en el mundo, por medio de su trabajo, con la espiritualidad plenamente laical, secular, propia de la Obra. Les ayuda a ampliar el círculo de sus relaciones animándolas a que inviten a sus amigas a participar de la formación que reciben.

Tiene que insistir, con fuerza, en que pueden ser santas, santas de altar (...). Yo no me conformo con otra cosa.

Los obstáculos son serios, como sucede también con la Sección de varones, aunque surgen problemas diferentes. Invoca con frecuencia a la Santísima Virgen, pidiéndole que impulse el desarrollo de la Sección de mujeres de la Obra y sea Ella la Fundadora.

Visitando el Hospital General, había conocido, en 1931, un escultor llamado Jenaro Lázaro, que le había escogido como director espiritual. Conocedor de su talento artístico y de su piedad, le pide que haga una imagen de la Virgen que pueda pasar de casa en casa, como es costumbre, por entonces, entre las familias cristianas. Así podrá recibir las preces filiales de aquellas jóvenes, en favor del desarrollo futuro de la Obra.

En los momentos de dificultad, se dirige siempre a la Madre de Dios para que le saque de apuros. Recorre las calles de la capital (las del Madrid moderno, cuyos altos edificios se alinean a lo largo de la Gran Vía; las del Madrid antiguo, con sus farolas de gas colgadas de las esquinas; las del Madrid elegante en torno a la Castellana, con sus amplias plazas y calles bien trazadas; las del Madrid popular de los barrios periféricos y los sórdidos suburbios) envuelto en su manto, rezando con devoción el Rosario –aquellos Rosarios completos–, punteado, en los momentos más difíciles, con gritos silenciosos que brotan del corazón, súplicas dirigidas a María como último recurso: ¡Madre! ¡Madre mía! ¡No me abandones! ¡Madre! ¡Madre!

No olvida, tampoco, una de sus preocupaciones de siempre: el apostolado entre los intelectuales. A quienes le rodean, les dice que no en vano utilizó Jesús el símil del pescado y de la pesca, porque a los hombres –como a los peces– hay que cogerlos por la cabeza. – ¡Qué hondura evangélica tiene el apostolado de la inteligencia!

En el mes de mayo, para corresponder a una petición expresa que le han hecho, ha dirigido, en una iglesia de Madrid, un curso de retiro espiritual para universitarios y personalidades católicas. El tema principal de su predicación no había sido distinto del que repite a los estudiantes de la Academia DYA: la necesidad de adquirir una buena formación intelectual, ya que el prestigio profesional tiene que ser su anzuelo de pescador de hombres; y, al mismo tiempo, la necesidad de intensificar su vida cristiana, para contribuir así a la extensión del Reino de Cristo: Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia. –Tú... no te puedes desentender de esa obligación.

Ante una nueva etapa...

Mes tras mes, la Obra se desarrolla: ¿lo hace al ritmo querido por Dios? Los que le rodean piensan que sí. Por eso, se quedan asombrados cuando un día, poco después de la instalación de la Academia DYA, les habla de la posibilidad de cambiarse de piso a comienzos del curso siguiente, con objeto de poder llevar a cabo una labor de formación más completa y profunda.

Uno de los sacerdotes que le ayudan muestra su inquietud. No tienen dinero. ¿No se ha avanzado bastante abriendo la Academia? ¿No sería más prudente contar tan sólo, como antes, con el piso de la madre de don Josemaría? Instalar ahora una nueva Academia sería «como lanzarse desde un quinto piso con un paraguas como paracaídas»...

Pequeño amor es el tuyo si no sientes el celo por la salvación de todas las almas. –Pobre amor es el tuyo si no tienes ansias de pegar tu locura a otros apóstoles.

El Padre ha empezado a hablar a sus hijos de su nuevo proyecto. Se trata de abrir una pequeña residencia de estudiantes, trasladando allí la Academia DYA. No existen en Madrid más que dos centros de ese tipo, por lo que se haría un buen servicio a algunos estudiantes provenientes de provincias, proporcionándoles a ellos, así como a sus amigos, la oportunidad de mejorar su vida cristiana gracias al ambiente y a los medios de formación de la Academia.

Don Josemaría piensa que el disponer de una base más estable entraña también otra ventaja: la posibilidad de tener un oratorio donde el Señor esté presente, con lo que quienes vivan allí o visiten la residencia podrán acudir a Él y confiarle sus preocupaciones y sus deseos de lucha... Hacerle compañía, en una palabra, como Lázaro, Marta y María en su casa de Betania.

El Fundador no ignora las dificultades de la empresa. Tampoco le ha sorprendido la reacción de los «prudentes», pero su lógica es otra: la de la «locura», a la cual Dios le empuja, pidiéndole realizar su Obra en la tierra. No en vano medita con frecuencia estas palabras de San Pablo: «La caridad de Cristo nos urge...» (II Cor. 5, 14).

6. MADRID, SEPTIEMBRE DE 1934

Con emoción creciente, escuchan doña Dolores y Carmen lo que Josemaría les explica reposadamente, aunque sin disimular el fuego que le consume.

Les habla con claridad de ese querer divino que se le ha manifestado el 2 de octubre de 1928 y que tiene que llevar a cabo poniendo en ello todo su empeño. Les explica los fines de la Obra, el

espíritu que la anima, las inmensas perspectivas apostólicas que abre...

Ellas, de pronto, comprenden el porqué de muchas cosas que, desde 1928, se les escapaban por completo.

Josemaría, entonces, les comunica la razón por la que les ha contado todo eso: se trata de vender las propiedades de Fonz, heredadas a la muerte de su tío paterno. Con lo que se obtuviera, se podrían sufragar los gastos de la Residencia que piensa abrir en octubre...

Es plenamente consciente que lo que acaba de proponer a su madre y a su hermana supone un acto excepcional de desprendimiento, y también de fe. Desde la muerte de su padre, él es el cabeza de familia y apenas tiene recursos para sacarla adelante; su hermano sólo tiene quince años y está estudiando el bachillerato. Lo que les pide es, pues, pura y simplemente, renunciar a su patrimonio...

Ha dudado mucho antes de sugerir a los suyos un sacrificio semejante, pero no ve otro camino para llevar adelante lo que Dios quiere...

No ha subestimado su generosidad. Con su consentimiento, dado en el acto, podrán instalar la residencia y amueblarla.

El proyecto toma cuerpo

Antes de comenzar las vacaciones de verano, había pedido a los estudiantes que frecuentaban la Academia que no se olvidasen, durante esos meses estivales, de rezar por él y para que el apostolado en el que participaban pudiera cumplirse al comienzo del nuevo curso escolar. También les había dado útiles consejos para que durante los meses de descanso que iban a pasar con su familia no sólo no descuidasen la vida interior, sino que progresaran en ella. Finalmente, les había rogado que le escribieran.

Nada más recibir las primeras cartas, en julio, les había respondido enviando a cada uno unas hojas en multicopista en las que daba noticias de todos los demás. Era una manera de mantener la unión entre ellos.

Iban encabezadas, siempre, por unas palabras de su puño y letra: «Por fin... ¡ahí van unas noticias! Se han recibido vuestras cartas y merecéis mi felicitación cordial –a todos– porque veo que no se os olvidan mis consejos: os portáis como debe portarse un cristiano. Hay vida de piedad y de trabajo en vuestros planes de verano: éste es el buen camino. Que perseveréis y que no tengáis pereza a la hora de escribir a esta casa».

Mientras tanto, los primeros miembros de la Obra se ponen a buscar piso –como ya lo habían hecho el verano precedente– y hacen cálculas sobre la futura organización de la residencia y su sostenimiento económico.

Este último aspecto era el más problemático. Isidoro se había trasladado a Madrid para estudiar el asunto con don Josemaría, y habían llegado a la conclusión de que era preciso que tuviera al menos veinte plazas para que no resultase francamente deficitaria.

En agosto, habían encontrado lo que andaban buscando: tres pisos, en la tercera y cuarta planta de un inmueble de la calle de Ferraz 50, muy cerca del Parque del Oeste.

Con ayuda de todos, hacen la mudanza en el mes de septiembre, llevándose los muebles de la calle de Luchana. Ricardo, que acaba de terminar sus estudios de arquitectura, se ocupa de la instalación, bajo la dirección de don Josemaría, y pide al Ayuntamiento la correspondiente licencia para la Academia-Residencia, en calidad de director técnico. Don Josemaría será sólo el director espiritual.

La Academia DYA queda instalada en la cuarta planta y la Residencia propiamente dicha en los dos pisos de la tercera. Pero quedan muchos problemas por resolver, entre otros el sostenimiento económico de la tarea, necesariamente deficitaria al principio, mientras la Residencia no se llene.

Para redondear el dinero que el Padre ha conseguido gracias a la generosidad de su familia, los miembros de la Obra recaban ayudas de sus amigos, explicándoles la labor de formación que se llevará a cabo en aquel centro. Muchos responden con prontitud, a pesar de la inquietud política que reina por entonces. Algunas familias se han ausentado de Madrid, por temor a los disturbios.

Todos se lanzan a buscar residentes, pero a finales de octubre sólo han conseguido uno fijo. No pueden contar con los estudiantes de la Academia DYA en los años precedentes, pues los de Madrid viven con sus familias y los de provincias han retrasado su regreso, en espera de que la capital recobre la calma. Porque el 3 de octubre de 1934, varios movimientos de extrema izquierda han desencadenado una huelga general para presionar al gobierno de centro-derecha formado tras las últimas elecciones. El 19, el Ejército interviene en Asturias, donde la situación ha degenerado en guerra revolucionaria.

En enero de 1935, el número de residentes es sólo de ocho, pero el Padre confía en que la Residencia acabará por llenarse y se resolverán los problemas económicos. Tanto más en cuanto que cuenta con un nuevo apoyo en el Cielo: San Nicolás de Bari, un santo obispo que había tenido la feliz idea de depositar una suma de dinero en la ventana de una casa donde vivían tres jóvenes que no podían casarse por falta de dote.

Si me sacas de esto, te nombro patrono, le había dicho mentalmente un día, tiempo atrás, mientras se disponía a celebrar la Santa Misa en la iglesia de Santa Isabel. Pero, ya antes de subir al

altar, se había arrepentido de su falta de confianza: y si no me sacas, te nombro igual...

La oración y la mortificación siguen siendo, para él, los medios más eficaces de lograr lo que se propone. Por eso, continúa haciendo penitencias extraordinarias, todavía con más intensidad. Ricardo, cuando está en su habitación, tiene que taparse los oídos para no oír el sordo golpeteo procedente del cuarto de baño. Sabe que es, durante un tiempo que se le hace interminable, el ruido que hacen las disciplinas que se aplica el Padre.

Una nueva base de partida para el apostolado

Aunque poco brillante, la situación de la Residencia va mejorando lentamente. Hasta finales de marzo, los esfuerzos se concentran en la instalación del oratorio. Todo el mundo pone manos a la obra, empezando por el Padre.

El 13 de marzo, don Josemaría solicita al obispo autorización para abrirlo. Dice Misa en ese lugar, por primera vez, el 31, cuarto domingo de Cuaresma. Irradiando felicidad, dirige unas palabras a los asistentes antes de la Comunión.

Unos días más tarde, el 2 de abril, escribe al Vicario general de la diócesis: el domingo pasado se celebró la Santa Misa, en el Oratorio de esta Casa, y se quedó Su Divina Majestad Reservado, dejándonos bien cumplidos los deseos de tantos años (desde 1928).

Es el primer sagrario de un Centro del Opus Dei, eslabón inicial de una larga cadena que recubrirá la tierra entera.

El Padre invita a los estudiantes a acercarse confiadamente al Señor, presente en la Eucaristía, a visitarle con frecuencia en ese sagrario, donde Él les espera desde hace veinte siglos. Les enseña también a amar la liturgia, cuyo rigor lleva a Dios (...), acerca a Dios; a penetrar en el sentido profundo de los ritos, a entonar correctamente el canto gregoriano (un sacerdote amigo suyo les enseña).

Desgraciadamente, los residentes no abundan. En abril, todavía son sólo catorce. Con gran dolor de su corazón, ha tenido que decidir, dos meses antes, dejar el cuarto piso y concentrar en el tercero la Academia y la Residencia. Se lo ha comunicado a los miembros de la Obra en el oratorio, para no desanimarlos. En la vida –les dice–, es preciso esquivar las dificultades y, a veces, retroceder para saltar mejor. Es el momento de reforzar la fe, de rezar más, de crecer por dentro, en espera de que los obstáculos se allanen. La gracia del Señor no te ha de faltar: «inter medium montium pertransibunt aquae!» – ¡pasarás a través de los montes!–. ¿Qué importa que de momento hayas de recortar tu actividad si luego, como muelle que fue comprimido, llegarás más lejos que nunca soñaste?

Todos intensifican sus esfuerzos para llevar amigos a la Academia. Ese es, ciertamente, el tema de su oración.

No tardan en acudir los estudiantes, ganados por el ambiente de aquel piso modesto, pero agradable. Colaboran en la instalación, transportan muebles, hacen arreglos... y, en consecuencia, se convierte en su casa. Por eso vuelven y llevan a sus amigos.

A todos se les anima a progresar en la vida interior, de la que el apostolado no es más que una consecuencia. El Padre les recomienda vivamente la lectura de una obra de Dom Chautard, *El alma de todo apostolado*, que desarrolla este tema, y les incita a rezar, a transformar sus horas de estudio en oración y a acercar sus amigos a Dios.

Algunos encuentran así su vocación a la Obra: otros aprenden a aprovecharse de esta espiritualidad, tan rica en contenido, con arreglo a su generosidad. Porque el apostolado del Opus Dei es amplísimo. ¡Nos interesan todas las almas! repetirá el Fundador con frecuencia. Y también: No hay alma que no interese a Cristo. Cada una de ellas le ha costado el precio de su Sangre.

En su predicación y en la dirección espiritual se muestra exigente y preciso, sin andarse por las ramas. Sus palabras, llenas de fuerza, se dirigen a todos: a los que tienen vocación matrimonial (en aquella época, tal expresión resulta sorprendente) y a aquellos otros a quienes el Señor les pide algo más. A los primeros les aconseja que se pongan bajo la protección del arcángel Rafael, para que les conduzca a un matrimonio con una mujer buena, y guapa y rica –dice sonriendo–, como la Biblia afirma que lo hizo con el joven Tobías. También algunos de ellos podrán recibir algún día la vocación a la Obra, cuando llegue el momento de poder admitirlos. Porque, teniendo siempre ante sus ojos lo que ha visto el 2 de octubre de 1928, don Josemaría ha comenzado a redactar, en mayo, un escrito en el que explica cuáles serán las líneas generales de la labor apostólica de estos hombres y mujeres casados, llevando en todo la misma vida que los demás ciudadanos, porque eso son, e iluminando con la luz de Cristo la vida profesional, familiar y social; todas las actividades humanas, en suma; todos los ambientes, todos los ámbitos en que los hombres actúan y se reúnen.

La formación de los primeros

Por el momento, sin embargo, concentra su labor, sobre todo, en los que son susceptibles de responder a la llamada al celibato apostólico, pues tales vocaciones son indispensables para que el Opus Dei pueda recibir su primer impulso, ya que su disponibilidad será plena, poniendo al servicio de la Obra toda su vida, todo su tiempo.

Pero, ¿qué hacen estos primeros miembros del Opus Dei?, se preguntan algunos. ¿A qué se dedican?

En realidad, no hacen nada especial, al menos en apariencia. Nada, que les distinga de sus compañeros de estudio o de sus colegas. Porque precisamente eso es lo propio de su vocación: ser ciudadanos

iguales que los demás, que llevan el espíritu cristiano a su ambiente, sin espectáculo, sin declaraciones solemnes y sin ocultar, por otra parte, que la fuente de su alegría y de su dicha está en haber encontrado a Dios y haberle entregado todo. Luego, partiendo de esa base, santificar sus ocupaciones ordinarias, procurar hacer partícipes a sus amigos, a sus familias y a las personas que Dios coloca en su camino, de esas riquezas divinas. Así, con el trato constante, en las conversaciones con los amigos, éstos descubren la gran aventura espiritual del Cristianismo y entran por caminos de oración y de amor.

Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos. Permaneced muy unidos al Señor por la oración (...), llevad un manto invisible que cubra todos y cada uno de vuestros sentidos y potencias: orar, orar y orar; expiar, expiar y expiar.

No hay otro secreto. Lo que pasa es que algo tan sencillo como esto es ese punto de apoyo que reclamaba Arquímedes para mover el mundo...

Pero cualquier cristiano puede hacer eso, dirán algunos. Desde luego. ¡Pero hay que hacerlo! Hay que buscar la santidad de veras, con heroísmo, sin contentarse con medias tintas: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto...» (Mat V, 48). Don Josemaría proclama, porque está convencido de ello, que esta llamada de Cristo va dirigida a todos y no sólo a aquellos que han recibido una vocación de alejamiento del mundo: Cualquier trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un quehacer divino (...). Para amar a Dios y servirle, no es necesario hacer cosas raras.

Entre los que rodean al Padre, algunos deciden responder generosamente a esta llamada, que no implica, en absoluto, renunciar a la propia vocación profesional. Al contrario, encuentran en el Opus Dei estímulo para desarrollarla y perseverar en esa tarea, gracias a esa espiritualidad propia que les transmite el Fundador. Por eso, el compromiso que les pide es serio. Hay que madurarlo... Y también por eso, las vocaciones llegan lentamente, una a una.

Otras dos vocaciones

Con todo, la oración, la penitencia y el apostolado del Padre van dando sus frutos. En enero de 1935, un alumno de la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos de Madrid presenta al Padre uno de sus compañeros de estudios, Álvaro del Portillo. Previamente, le había invitado a visitar a los pobres en su compañía y a dar clases de catecismo a los niños.

La entrevista de Álvaro con el Padre es bastante breve. Resulta que una de sus tías había conocido a don Josemaría en el Patronato de Enfermos y el Fundador de la Obra le había preguntado si no habría en su familia o en la de sus amigos, jóvenes capaces de interesarse por

el ideal que quería promover en todas las capas sociales. Ella, entonces, le había hablado de ese sobrino suyo, al que quería mucho. A partir de ese momento, el Padre había empezado a pedir por él, sin conocerlo.

A Álvaro le sorprende el interés y el cariño, desbordante de simpatía, con que le trata aquel sacerdote. Sin embargo, no vuelven a verse hasta varios meses más tarde, ya que, aunque concierta con él una nueva cita, un obstáculo de última hora le impide acudir.

El 6 de julio, antes de irse de vacaciones, Álvaro del Portillo decide despedirse de don Josemaría, cuya personalidad tanto le había impresionado, a pesar de la brevedad de la primera entrevista.

Esta vez, la conversación se alarga. El Padre le habla de la santificación en medio del mundo, de la dimensión sobrenatural del trabajo, medio incomparable de acercarse a Dios y de acercar a los demás.

Al día siguiente, Álvaro asiste a un retiro espiritual al que le ha invitado el Padre. Es una experiencia nueva para él, porque nunca había participado en tal género de actividades. El vigor con que predica don Josemaría le causa un gran impacto. Sin esperar siquiera una indicación del Padre, un miembro de la Obra le toma aparte y le sugiere, sin andarse con rodeos, que se entregue de por vida al servicio de Dios en el Opus Dei.

La sorpresa de Álvaro es grande, pues no esperaba que le hiciesen una proposición semejante, en un momento de su vida en el que se le abría un porvenir que ya tenía trazado. Sin embargo, decide responder positivamente, sin dilaciones, a lo que se le presenta como una llamada divina semejante a la que Cristo dirigió a los pescadores que reparaban sus redes a la orilla del mar de Galilea. Y se lo comunica enseguida al Padre.

Tres domingos más tarde, el 28 de julio, también tras un retiro espiritual, llega otra vocación. Se trata de un muchacho de rostro abierto, alumno de la Escuela de Minas: José María Hernández de Garnica. Un buen día había aparecido por la Academia DYA, elegantemente vestido. El Padre le había acogido cordialmente y, sin más explicaciones, le puso a trabajar... José María se encontró en mangas de camisa, con un martillo en la mano, colgando el dosel sobre el altar del oratorio... Nunca olvidaría aquel primer encuentro con el Fundador del Opus Dei, en el que le había enseñado –primero, sin palabras– lo que iba a hacer allí, la formación que podía recibir, la solicitud por el cuidado de la casa...

Fidelidad a la misión recibida

El Padre no se cansa de hacer apostolado. Cuando concluye su labor pastoral en Santa Isabel, visita y conversa con personas de todas clases. Con muchas otras, mantiene una correspondencia constante. Y

cuando vuelve a la Residencia de Ferraz, pasa horas recibiendo, uno a uno, a los estudiantes que orienta en su vida espiritual.

Tal régimen de vida termina por agotarle y el vicario general de la diócesis tiene que ponerse serio para que descanse un poco.

No se arrepiente de nada. Sabe que ha hecho bien al subordinarlo todo al cumplimiento del querer divino: hacer el Opus Dei. Aunque, para ello, tenga que defraudar a algunos. Porque su intensa labor apostólica ha terminado por llamar la atención y le han propuesto cargos importantes, que no ha aceptado. Por ejemplo, el de director de la Casa Central de los Consiliarios de Acción Católica, que su joven presidente, Ángel Herrera Oria, le había ofrecido.

Don Josemaría, que se había alegrado mucho del impulso que el Papa Pío XI había dado al apostolado de los laicos, no había tenido más remedio que decir que no, aunque agradeciendo cordialmente a Ángel Herrera el haber pensado en él. Lo que le había propuesto tenía, en efecto, un gran alcance apostólico, ya que los sacerdotes que tendría a su cargo serían los futuros capellanes de los diferentes «movimientos», la élite del clero español, pero, si él aceptaba, comprometería el desarrollo de la Obra de Dios. Tenía, sí, que servir a la Iglesia, pero como Ella quiere ser servida.

Por otra parte, recordando las conclusiones a las que había llegado en 1929, había descartado ciertas proposiciones de fusión de la Obra con otras asociaciones, pues aunque coincidieran en la cumbre –en el amor a Cristo–, en lo concerniente a la práctica apostólica, las distintas espiritualidades son como la mezcla de varios líquidos buenos de suyo, que acaso dé otro líquido agradable, pero también puede resultar un veneno.

Pese a las incomprensiones y a las críticas, no se aparta de la línea que se ha trazado. Y las vocaciones van viniendo al Opus Dei, tal como es, gracias a los que tanto han rezado y ofrecido sus sufrimientos por esa intención, durante años y años.

Se lo agradece a San José, a quien había confiado sus preocupaciones cuando estaba instalando el oratorio de la Residencia de Ferraz, y también a Santa María, que tantas gracias ha obtenido para él. Por entonces, en agradecimiento y como manifestación de su devoción mariana, decide unir en uno solo y sólo en la firma, Josemaría, sus dos nombres de pila, el de la Virgen Inmaculada y el del Santo Patriarca, cabeza de la Sagrada Familia de Nazaret.

Sobre un pequeño bureau de la habitación que usa el Padre en la Residencia, hay una pequeña talla de madera que representa a la Virgen con el Niño Jesús en los brazos. Siempre que entra o sale de la casa se acerca a esa imagen y le besa los pies. El Opus Dei, que empieza a germinar, ha nacido y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora.

Toda la gloria para Dios

Cuando, entre el 15 y el 21 de septiembre, don Josemaría se recoge en la Residencia de los Padres Redentoristas de Madrid para uno de esos retiros espirituales que hace solo todos los años, puede ya dar gracias a Dios por los muchos beneficios que le ha otorgado.

Pasa esos días rezando, sin la ayuda de ninguna predicación, renunciando amablemente a los ratos de charla que los religiosos le proponen para hacerle más soportable la soledad.

Son días de profundización espiritual, de purificación...

¡Dios mío!, que odie el pecado, y me una a Ti, abrazándome a la Santa Cruz, para cumplir a mi vez tu Voluntad amabilísima..., desnudo de todo afecto terreno, sin más miras que tu gloria..., generosamente, no reservándome nada, ofreciéndome contigo en perfecto holocausto.

Tiene muy vivo el recuerdo de lo que el Señor le hizo ver unos meses antes, el 22 de junio, estando recogido en oración, en aquella misma iglesia de los Padres Redentoristas. Había sido una prueba extraña y dolorosa, en la que el Señor le había hecho experimentar viva y claramente que la Obra era Suya.

Mientras estaba dando vueltas al futuro desarrollo de la Obra, un pensamiento le vino a la cabeza: ¿No serían puramente humanas – deseo de brillar, de ejercer una influencia personal sobre las almas– las razones que le impulsaban a obrar? ¿No estaría engañando a quienes con tanta confianza se acercaban a él?

¿Estaba obrando verdaderamente por puro Amor, sola y exclusivamente por dar a Dios toda su gloria?

Había sido un pensamiento rápido, pero había durado lo suficiente como para poner en tela de juicio todo aquello en lo que, con tanta energía, había trabajado durante años. Sin embargo, tenía conciencia de haberlo hecho sólo por Dios. Pensar que hubiese podido obrar por otro motivo le resultaba insoportable...

Así, pues, como para arrancar al Señor una respuesta, fueran cuales fuesen las consecuencias, exclamó inmediatamente con todas sus fuerzas: ¡Si la Obra no es para servir a la Iglesia, Señor, destrúyela!

Nada más formular esta petición, dispuesto ya a renunciar, con la muerte en el alma, le invaden una paz y un gozo inmensos, cuya fuerza es por sí misma una respuesta.

Ha aprendido a reconocer, en este género de fenómenos, una señal inequívoca de la presencia y el querer divinos.

La prueba ha sido, tal vez., la más dura de las que ha conocido desde el nacimiento de la Obra. Porque, ¿qué son los obstáculos exteriores, la fatiga, el sacrificio, en comparación de esta prueba angustiosa?

En cualquier caso, el Señor ha permitido esta tentación para su mayor bien. Humildemente, filialmente, le da las gracias más fervientes por haber purificado su intención.

Esta nueva gracia fue como una incitación a tomar de nuevo el arado en sus manos, con más fuerza, para seguir abriendo el surco apenas iniciado.

7. MADRID, 20 DE JULIO DE 1936

Desde las primeras horas de la mañana del domingo 19, simpatizantes de los sublevados no han cesado de afluir hacia el Cuartel de la

Montaña, justo enfrente de los balcones de la Residencia.

Al darse cuenta, guardias y milicianos han empezado a cortar las calles vecinas a eso del mediodía, pidiendo la documentación a todos los que pasan. Al despuntar el alba del día siguiente, las masas desencadenadas inician el asalto al cuartel. El tiroteo es casi constante y las balas se estrellan, a veces, en la fachada de la Residencia.

Al finalizar la mañana del lunes 20, los asaltantes irrumpen en el cuartel, matan a los defensores y se apoderan de las armas que encuentran allí.

El Padre ha enviado a todos los de la Obra con sus familias, recomendándoles que le comuniquen si han llegado sin novedad.

Por teléfono, se entera de que Juan Jiménez Vargas, Álvaro del Portillo y José María Hernández de Garnica están reunidos en casa de Juan, y les anuncia que piensa abandonar la casa de Ferraz. Pero salir en sotana hubiese sido firmar su sentencia de muerte, así que, habiendo encontrado un mono de trabajo, que le está un poco grande, se lo pone. Vestido de tal guisa, se abre paso, acompañado de Isidoro Zorzano y de José María González Barredo, entre los grupos de gente alborotada que rodea el Cuartel. La excitación reinante es tal, que nadie se fija en el amplio círculo de la tonsura del Padre.

Se dirige inmediatamente a casa de su madre, donde permanece escondido algunos días, en compañía de Juan, que se reúne con él unos días más tarde.

Juan Jiménez Vargas, que ha ido al depósito de cadáveres, ha podido comprobar que los rumores que circulan por la ciudad sobre fusilamientos masivos son, desgraciadamente, ciertos.

En busca de algún lugar seguro

Unos días más tarde, el 25 de julio, tras convencer al Padre para que siga escondido, Juan va a la Residencia para ver qué ha pasado. No ha hecho más que llegar, cuando aporrean la puerta. Es una patrulla de la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica), que viene a requisar el edificio. Lo registran de arriba abajo y, en la habitación del sacerdote, descubren la sotana, el cilicio y las impresionantes disciplinas de don Josemaría.

–¿Vives tú aquí? le preguntan los milicianos.

–No –responde Juan.

–Entonces, vamos a tu casa.

Lo escoltan hasta ella y la registran minuciosamente. Juan ya se ve en la cárcel, pero, inesperadamente, le dejan libre.

Ese mismo día, Juan y Álvaro del Portillo se reúnen en la calle de San Bernardo para comentar los acontecimientos, que se suceden a un ritmo trepidante. Circulan rumores alarmantes. La situación, al parecer, se ha cristalizado. Los sublevados han vencido en bastantes lugares y dominan Navarra, Álava, gran parte de Aragón, Castilla la Vieja (excepto Santander), León, Galicia, parte de Extremadura y algunas ciudades andaluzas: Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada. La zona «nacional», pues, es bastante amplia y a ella hay que añadir las islas Canarias y el Protectorado español en Marruecos, donde se inició el alzamiento. Casi, casi, la mitad de España. Los comunicados oficiales del Gobierno de la República hablan de un levantamiento limitado y dan a entender que pronto será sofocado, pero algunos pronostican una guerra larga. Es el caso del Padre, que comprende enseguida la gravedad de la situación.

En los días siguientes al alzamiento han caído asesinados muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, sacados a viva fuerza de las iglesias y los conventos. El 25 de julio, el Gobierno republicano expropia, por decreto, todos los edificios pertenecientes a congregaciones religiosas y a obras pías o de beneficencia. Unos días más tarde, ordena clausurar las iglesias. Cualquier acto de culto se convierte en clandestino y es objeto de las sanciones más duras, incluida la pena de muerte.

Juan y Álvaro comprenden que el futuro se presenta muy negro y que no habrá libertad religiosa en mucho tiempo. ¿Tendrán que emigrar para proseguir haciendo la Obra? En cualquier caso, saben que Dios quiere que se realice, y que se realizará efectivamente, aunque sea por caminos extraordinarios.

El Padre, por su parte, está preocupado, porque no sabe nada de Ricardo Fernández Vallespín y de Francisco Botella, que siguen en Valencia. Pedro Casciaro está con su familia en Torreveja, cerca de Alicante, y otros miembros de la Obra siguen dispersos por Madrid.

En cuanto a José María Hernández de Garnica, se encuentra preso en la cárcel Modelo, de la cual sacan a diario algunos detenidos para fusilarlos sin juicio previo.

A comienzos de agosto, el Padre se entera de que van a hacer un registro en la casa de la calle del Doctor Cárceles donde vive su madre, así que, por indicación de su familia, se dispone enseguida a abandonarla. Si descubrieran que es sacerdote, le detendrían inmediatamente, con la segura previsión de un fusilamiento.

Un dramático registro

Desde la casa de su madre, se dirige, con Juan Jiménez Vargas, al piso tercero de una casa situada en el número 31 de la calle de Sagasta, donde vive Manuel, un ingeniero al que conoce desde hace tiempo y que se halla solo, porque su familia está fuera de Madrid. El Padre llega hacia mediodía y Juan en las primeras horas de la tarde, para no llamar la atención del portero. Unos días más tarde, se une a ellos un primo de Manuel.

Una anciana sirvienta les prepara la comida lo mejor que puede (para no levantar sospechas, sólo compra provisiones para dos personas). Todos temen que en cualquier momento se presenten los milicianos para hacer un registro, pues ya ha habido dos en el mismo inmueble, cuarenta y ocho horas después de su llegada.

Una noche, obligan a tener todos los pisos con la luz encendida, y los refugiados tienen que confinarse en las habitaciones interiores. El mismo incidente se reproduce unos días más tarde, por lo que la tensión es muy grande.

El Padre reza por la Iglesia, por los que están con él, por los miembros de la Obra que están lejos físicamente, por su familia, por los que están siendo perseguidos y por sus perseguidores... Su preocupación es muy grande.

El 27 y el 28 de agosto, los «nacionales» bombardean Madrid y los milicianos refuerzan la vigilancia. El 30, a primera hora de la mañana, llaman a la puerta. Todos temen que se trate de un registro. Según lo convenido, la sirvienta tarda en abrir, para que los refugiados tengan tiempo de escapar por la puerta de servicio y esconderse en el desván. Pero no es más que una vecina y pronto pueden regresar al piso.

A última hora de la mañana, llaman de nuevo a la puerta. La sirvienta acude, sin prisa. Esta vez sí son los milicianos. Para llamar la atención de los que están dentro, grita:

– «No hay nadie... Soy sorda, ¿saben?... No oigo nada». Hablaba a voces, como habían quedado de acuerdo, para indicar la presencia de los milicianos.

Los refugiados, al oírlos, se apresuran a alcanzar el desván. Es tan bajo, que tienen que sentarse en el suelo. El calor es asfixiante...

De pronto, oyen pasos en la escalera. Se aproximan... Parece como si los milicianos estuvieran pared por medio, aunque en realidad están en el piso de abajo. Poco a poco, los pasos se alejan, pero el ruido que hacen al registrar prosigue.

Don Josemaría ha dicho que es sacerdote al primo de Manuel, que está aterrado. En algunos momentos, los milicianos están tan cerca, que da la impresión de que van ya a registrar el desván. Entonces, les da la absolución –a él y a Juan–, sin confesión, recordándoles que deberán hacerlo en la primera ocasión que tengan. Las palabras del Padre dan tal serenidad a Juan, que no tarda en quedarse dormido...

Hacia las nueve y media cesan los ruidos. Esperan como media hora más antes de bajar hasta el cuarto. Cubiertos de polvo y con la lengua pegada al paladar llaman a la puerta del piso de una familia amiga.

– Hasta hoy no he sabido lo que vale un vaso de agua –comenta el Padre con los que le han acogido.

Entonces se enteran de que no han podido avisar a Manolo, que se encontraba fuera de casa, y lo han detenido en el momento de llegar.

Al día siguiente volvieron los milicianos y registraron el piso cuarto derecha. En el cuarto izquierda, donde se habían refugiado, ni siquiera entraron. Únicamente pidieron las herramientas que necesitaban para desvalijar el piso de al lado.

Don Josemaría trata de desdramatizar la situación gastando algunas bromas para distraer a los que están con él, pero la conversación recae inevitablemente en la guerra. Entonces rezan juntos el Santo Rosario, que el Padre dirige.

Día y medio más tarde, les dice que no es oportuno ni razonable que él y sus compañeros permanezcan más tiempo en aquella casa. Esa misma mañana, se lanzan a la calle mientras distraen la atención del portero.

Conducen a los fugitivos a un piso habitado por una viuda con dos de sus hijos, pero uno de ellos es demasiado pequeño y puede escapársele algo. Así pues, deciden buscar otro refugio.

Para don Josemaría, el peligro de que le identifiquen como sacerdote es constante. Un día, se entera de que por Madrid corre el rumor de que lo han matado. Y es que, a un hombre que se le parecía mucho, lo han ahorcado en un árbol, cerca de la casa de doña Dolores. La noticia le deja petrificado. Imagina lo que sentirá su madre y su pensamiento no se aparta de aquel pobre hombre,

asesinado en su lugar. En adelante, le encomendará en su Misa diaria...

Amigos hay que rehúsan acogerle, sabedores de lo arriesgado que es esconder a un sacerdote. Incluso los que le alojan, lo hacen con miedo, por lo que el Padre se apresura a irse para no hacerles correr riesgos innecesarios. Dormirán en un lugar diferente cada noche y, de día, circularán por las calles, pues no tienen documentación alguna.

Como no puede celebrar la Santa Misa –lo cual le hace sufrir mucho–, el Padre recita de memoria todas las oraciones litúrgicas, excepto las palabras de la consagración. La colecta, la secreta y la postcomión son invariables (una súplica al Señor para que envíe operarios a su mies), lo mismo que el Evangelio: la llamada de Jesús a los Apóstoles. Una comunión espiritual sustituye a la Comunión. Don Josemaría las llama misas secas.

El Padre, con Álvaro y Juan

Álvaro del Portillo estaba escondido, con uno de sus hermanos, en un chalet de la calle de Serrano que pertenecía a unos amigos de su familia. Habían colocado en la fachada un cartón con los colores de la bandera argentina, lo que inspiraba una cierta seguridad. Sin embargo, la casa contigua albergaba algunos servicios de la Dirección General de Seguridad y estaba vigilada día y noche por milicianos. Había, pues, que andarse con pies de plomo para no llamar la atención...

Al cabo de un mes, aproximadamente, Álvaro, ajeno al peligro que corre, decide ir al Ministerio de Obras Públicas para saber si ha sido eliminado de la lista de colaboradores de la Confederación Hidrográfica del Tajo, donde trabajaba al empezar la guerra. Al salir, se sienta a descansar un poco en una de las mesas de un bar que estaban en la acera. De pronto, un hombre le aborda. Es el padre de José María González Barredo, que le susurra al oído:

– ¿Sabes quién está en mi casa? ¡El Padre! Me ha pedido descansar allí un momento porque no se tiene de pie. Pero el portero no es de fiar. Si se da cuenta, corremos serio peligro...

– ¡Pues que venga conmigo!

– Voy a buscarle ahora mismo.

El Padre y Álvaro pronto tienen la alegría de reunirse de nuevo. Poco después, Juan Jiménez Vargas se unirá a ellos.

En el chalet de la calle de Serrano no pierden el tiempo. Estudian, escriben, rezan... Pero también tienen momentos de descanso que les ayudan a soportar el encierro. Todos los días, el Padre dirige una meditación en voz alta.

El primero de octubre, otro hermano de Álvaro les avisa que están registrando las casas que pertenecen a los propietarios del chalet. Habrá, pues, que partir para no tentar a Dios. El Padre piensa sobre todo en el porvenir de la Obra, pues por lo que a él respecta, nada teme.

En la víspera del aniversario de la fundación del Opus Dei, piensa –y habla con Álvaro del Portillo, con quien lo ha comentado– que el Señor le tiene reservado un favor especial, como ha hecho otras veces en la misma fecha, de forma inesperada.

Eso piensa, pero, de repente, siente miedo, como si las angustias acumuladas en los últimos meses recayeran de golpe sobre sus hombros. Estaba contento de ser mártir, pero sentía un miedo físico. Durante unos segundos, le tiemblan las piernas, como si no pudieran soportar ese peso. Cuando, por fin, se recobra, se da cuenta de que el Señor ha querido darle una lección: no era con sus propias fuerzas con las que debía contar.

Tal era, pues, el «favor» que esperaba...

Toda nuestra fortaleza es prestada.

Juan sale en busca de un nuevo refugio. El Padre, por su parte, después de hacer varias llamadas telefónicas, se va también, dejando allí a Álvaro y a Pepe, hermano de éste. Cuando regresa, es para anunciarles, llorando, el martirio de dos sacerdotes recientemente asesinados.

Uno de ellos, don Lino Vea–Murguía, asistía regularmente a las reuniones de sacerdotes que el Padre organizaba y le ayudaba a confesar a los primeros miembros de la Obra y a sus amigos. El otro era el Padre Poveda, Fundador de la Institución Teresiana, con quien le unía una gran amistad. ¡Qué alegría después de perderlo –muchas lágrimas– saber que sigue queriéndonos desde el cielo!: precisamente éste fue el tema de una de nuestras últimas conversaciones... En efecto, habían hablado de la posibilidad de que los mataran y habían llegado a la conclusión de que allí –en el Cielo– se querrían todavía más.

El Padre cuenta también a Álvaro del Portillo que, queriéndole hacer un favor, un miembro de la Obra le había dado la llave del piso de una familia amiga suya que estaba fuera, pero al saber que allí seguía viviendo sola una sirvienta joven, de veintidós o veintitrés años, había rehusado el favor. Y, para evitar tentaciones, había arrojado la llave por la boca de una alcantarilla.

Un extraño refugio

En los primeros días de octubre, encuentran un extraño refugio para ocultar al Padre: una pequeña clínica para enfermos mentales, situada en la calle de Arturo Soria y dirigida por un psiquiatra, el

doctor Suils, hijo de un médico que los Escrivá habían conocido en Logroño.

Unos veinte enfermos mentales residen en ella; los demás son refugiados. El Padre queda internado allí, tomando toda clase de precauciones para no llamar la atención de enfermeras y empleados. Eso quiere decir que se hace pasar por loco, con mayor motivo porque alguna enfermera sospecha algo. En efecto, un día se presentan los milicianos y se llevan a uno de los refugiados, al que ejecutarían luego.

Afortunadamente, su hermano Santiago no tarda en unirse a él. Su madre, que ha tenido que abandonar el piso a causa de los bombardeos de las tropas nacionales, le ha enviado a la clínica del doctor Suils.

Los únicos que saben que Josemaría Escrivá es sacerdote son el doctor Suils, su ayudante, una de las enfermeras y otro refugiado. Isidoro, gracias a un brazalete que atestigua su nacionalidad argentina, es el único que puede circular libremente por Madrid. Por él, el Padre sabe algo de sus hijos, dispersos por la geografía española, y por mediación suya, también, les envía palabras de ánimo y consuelo.

Álvaro del Portillo, de momento, ha encontrado refugio en la Legación de Finlandia, que meses más tarde sería asaltada. A Juan Jiménez Vargas lo han encarcelado y han estado a punto de ejecutarlo, pero, inesperadamente, terminan por soltarlo. De quien no tienen noticias es de Vicente Rodríguez Casado; hasta febrero de 1937 no sabrán que ha encontrado refugio en la Legación de Noruega. En cuanto a José María Hernández Garnica, se ha librado de la muerte tras ser condenado –ignora los motivos– por un tribunal popular y ha sido trasladado a una cárcel de Valencia.

Aprovechando su estancia en la clínica, le someten a un fuerte tratamiento antirreumático. La reacción que le produce es dolorosa y, cada vez que le administran la medicación, se queda baldado, pero don Josemaría sigue confiando, con más fuerza que nunca, en la ayuda de Dios. Su serenidad asombra a todos. Los que reciben sus cartas recobran la esperanza y quedan reconfortados. José María González Barredo y Juan Jiménez Vargas han pasado algunos días en el sanatorio del doctor Suils, pero no pueden permanecer mucho allí, y tienen que marcharse.

Ha sufrido mucho, sobre todo, por no poder decir Misa hasta que una autorización hecha pública por la Santa Sede el 22 de agosto, le ha permitido celebrarla a escondidas, en su cuarto, sin altar, sin ornamentos, utilizando un vaso como cáliz y procurando que una enfermera «fiel» vigile en el pasillo...

8. MADRID, MARZO DE 1937

José María González Barredo encuentra, por fin, un refugio menos peligroso: el piso del Cónsul honorario de Honduras, en el Paseo de la Castellana, que se halla amparado por una presunta inmunidad diplomática. Los dueños han concentrado casi todos los muebles en dos habitaciones para dejar sitio a muchas personas que están allí refugiadas. Han alquilado además otro piso en la planta de encima.

Don Josemaría se traslada a la Legación de Honduras a comienzos de marzo, con su hermano Santiago. Pocos días después se les unen Álvaro del Portillo y Eduardo Alastrué, un estudiante que antes de la guerra frecuentaba la Residencia de Ferraz. Juan Jiménez Vargas se les unirá también, hacia el mes de mayo.

Pasan la mayor parte del día en una habitación de unos nueve metros cuadrados, con una ventana estrecha y alargada que da a un patio. Sólo disponen de unas colchonetas que extienden de noche y utilizan como asiento durante la jornada. Para no estar ociosos, el Padre ha establecido un horario que siguen escrupulosamente. Por la mañana, temprano, el Padre dice Misa en esa habitación, sobre unas maletas apiladas; los domingos y días de fiesta la celebra en el vestíbulo, para que puedan asistir quienes quieran de los refugiados. Sin ornamentos, utilizando como patena un plato de cristal y como cáliz una taza de oro que le presta la hija del Cónsul, va pronunciando pausadamente las oraciones litúrgicas, seguido por los asistentes con una fe tan intensa que recuerda la de los primeros cristianos en las catacumbas. El Señor permanece reservado en dos cajas redondas de plata, que se guardan en un secreter, sobre el que brilla siempre una lamparilla de aceite. Don Josemaría y los que le acompañan pasan allí largos ratos.

Todos los días, el Padre comenta un pasaje del Evangelio, ayudando a los oyentes a seguir paso a paso los hechos, los gestos y las enseñanzas de Jesús. Álvaro y Eduardo escriben después, de memoria, esas meditaciones y se las pasan a Isidoro Zorzano cuando va a visitarles. Éste se las lleva a los que puede ver, para leérselas.

El Padre y los que le acompañan dedican varias horas al día a profundizar en el estudio de sus respectivas especialidades y a aprender distintos idiomas, pensando, como siempre, en la futura expansión de la Obra...

Un penoso encierro

El ambiente, en la Legación, se hace a veces angustioso, a causa, sobre todo, del número de personas que allí se amontonan. Además, no se puede salir, ni asomarse a las ventanas. Con

frecuencia, la tensión aumenta peligrosamente, exacerbada por las noticias alarmantes que llegan del exterior.

A principios de octubre del año anterior, las tropas «nacionales» habían intentado el asalto a la capital y, aunque no lo habían logrado, sí habían conseguido dominar todos los accesos, salvo por el Este. Las tropas republicanas, mandadas por el General Miaja y reforzadas por las Brigadas Internacionales, habían rechazado un nuevo ataque del General Franco, el 7 de noviembre. La batalla, en la Ciudad Universitaria, había proseguido hasta el 23. Para entonces, la mayor parte del personal de las embajadas ya había abandonado Madrid.

El Gobierno republicano sabía perfectamente que muchos españoles habían buscado refugio en distintas dependencias diplomáticas y, una noche, la policía había irrumpido en la Legación de Finlandia (donde ya no estaba Álvaro) y había detenido a 525 personas. Otras cuatro representaciones serían asaltadas también.

Estos acontecimientos contribuyeron a aumentar el nerviosismo de los forzados huéspedes de la Legación de Honduras, por lo que don Josemaría se esfuerza por suavizar los roces inevitables. Todos se dan cuenta, también, de que es el único que no celebra ruidosamente los triunfos de los nacionales. Piensa, sin duda, en las heridas que habrá que curar cuando llegue el momento de unir esas dos Españas enfrentadas mutuamente en lucha fratricida.

El Padre se las arregla para que los que están con él constituyan un factor de paz en la sobrecargada atmósfera de la Legación. Les exhorta a la paciencia y les anima a «crecer por dentro»: Los acontecimientos públicos te han metido en un encierro voluntario, peor quizá, por sus circunstancias, que el encierro de una prisión. – Has sufrido un eclipse de tu personalidad (...). –La falta de hojas y de flores (de acción externa) no excluye la multiplicación y la actividad de las raíces (vida interior). Trabaja: ya cambiará el rumbo de las cosas, y darás más frutos que antes y más sabrosos.

Isidoro, por prudencia, tiene que espaciar las visitas. Dos niños –un hermano y una hermana de Álvaro del Portillo– aseguran el enlace con el exterior. Llevan entre los zapatos y los calcetines las meditaciones escritas del Padre.

Don Josemaría sigue confiando en el porvenir de la Obra: ¡Las aguas pasarán a través de las montañas! (Ps. CIII, 10). Pero sufre con su encierro.

Los meses transcurridos han supuesto también para él una ruda prueba física. Un día en que su madre fue a verle no le reconoció más que por la voz. Había perdido más de cuarenta kilos a causa de los sufrimientos, de la escasez de comida y de las privaciones que se había impuesto.

Arriesgando su vida por las calles de Madrid

Pensar en que no puede atender a todas las personas que le necesitan le resulta insoportable. Por eso, tras una primera tentativa a comienzos del verano, resuelve abandonar la Legación a finales de agosto, con una carta del Cónsul que le acredita como empleado de esa Representación diplomática como única documentación. Pobre garantía en caso de que le detengan y le interroguen, pero capaz de hacerle salir del paso ante un control de rutina.

Se instala con un amigo en un piso de la calle de Ayala y, poco después, se le une Juan Jiménez Vargas con una documentación similar a la suya obtenida en el Consulado de Panamá.

Durante varias semanas, arriesgando su vida, reemprende sus idas y venidas por las calles de Madrid. Vestido con un mono azul o un traje de paisano, para visitar a un moribundo, celebrar la Santa Misa o llevar la Comunión a un enfermo, con las Sagradas Formas escondidas en una pitillera envuelta en un saquito de tela adornado con el sello del Consulado y la bandera de Honduras. También lleva la Comunión a los que han quedado allí, visitándolos con frecuencia y animándolos a mantenerse firmes y a profundizar en su vida interior.

Trata igualmente de encontrar a quienes habían tenido relación con la Obra, dispersos por Madrid, pues desea reconfortarlos y sostener su fe. Durante tres días consecutivos, predica unos ejercicios espirituales a los que asisten, entre otros, Isidoro; un joven profesor de una Escuela de Agricultura llamado José María Albareda (con el que había hablado varias veces en la Academia DYA, en 1936) y Tomás Alvira, un amigo suyo. Las meditaciones se suceden a salto de mata y, al terminar, se dispersan, para reunirse luego en otra casa y no llamar la atención.

La persecución religiosa continúa haciendo estragos. Las iglesias siguen cerradas, los monumentos religiosos destruidos, las imágenes mutiladas... El Padre, que sabía dónde estaban todas a fuerza de callejear por Madrid, descubre una que ha pasado inadvertida a la furia iconoclasta. Se trata de una imagen de la Virgen tallada en el pedestal de piedra del monumento a Cristóbal Colón, en la Plaza del mismo nombre. Ahora, al pasar, la mira con afecto y reza por la Iglesia, por el desarrollo del Opus Dei, por su patria desgarrada, por la paz del mundo entero...

Un día, nada más abandonar la Legación de Honduras, había entrado en una tienda de marcos, grabados y espejos y había preguntado al dueño si tenía algún cuadro de la Virgen. Éste, después de asegurarse de que no se trataba de una trampa (el Padre le enseñó su «documentación»), le trajo, de tapadillo, una pequeña imagen,

encuadrada con buen gusto, que don Josemaría paga y se lleva. Su vista le sostendrá en los momentos difíciles.

9. BARCELONA, 19 DE NOVIEMBRE DE 1937

A eso del mediodía, don Josemaría sube al autobús que va a Seo de Urgel. Le acompañan Juan Jiménez Vargas, Pedro Casciaro, Francisco Botella, José María Albareda –el joven doctor en farmacia y química que ha asistido unas semanas antes, en Madrid, a los ejercicios espirituales dados por el Padre, y que ha pedido enseguida formar parte del Opus Dei– y Miguel, un estudiante, antiguo alumno de la Academia DYA.

El Padre viste un pantalón bombacho de franela, un jersey azul de cuello alto y una boina negra. Sus compañeros van equipados, también, con prendas más o menos aptas para andar por el campo.

A medida que el autobús se va acercando a la región montañosa de los Pirineos, los controles se van haciendo cada vez más rigurosos. Por eso, Pedro, Francisco y Miguel, cuya documentación es dudosa, se bajan al llegar a Sanahuja, pueblo situado a unos veinte kilómetros del punto más peligroso, y siguen su camino a pie.

En el cruce de Peramola los demás bajan del autobús; un hombre de unos cuarenta años se aproxima e indica que le sigan. Al cabo de una hora llegan al pueblo y se refugian en una masía, para pasar allí la noche. Pero el Padre no puede dormir: no hace más que pensar en los que se quedaron en Sanahuja, que no llegan...

A la mañana siguiente, reemprenden la marcha, a pesar de todo. A medida que se adentran en el monte, aumenta su inquietud por los que faltan.

Al cabo de un buen rato, llegan a una masía. Nuevo alto. El Padre se da a conocer como sacerdote a algunas personas escondidas por allí y celebra la Santa Misa.

Pasan las horas. Pedro, Francisco y Miguel siguen sin aparecer... Hasta que, por fin, al día siguiente –21 de noviembre– llegan: el guía, extraviado, les había hecho dar mil rodeos.

Por fin, todos juntos, reemprenden la marcha hacia los Pirineos, que pretenden cruzar arriesgándolo todo. Si las cosas salen bien, llegarán a Andorra, y luego, por Francia, pasarán a la zona nacional.

Una difícil decisión

No sin vacilaciones, el Padre había decidido abandonar Madrid. Sus hijos le habían animado a dar ese paso, para salvar su vida. Él se había dejado convencer, pensando que en la otra zona podría proseguir haciendo el Opus Dei con libertad y establecer contacto con

tantos estudiantes que luchaban en los frentes. En Madrid, permanecía Isidoro, que seguiría en contacto con los que se quedaban allí y con su familia. En cuanto a Vicente Rodríguez Casado, Álvaro del Portillo y José María González Barredo, continuaban refugiados en distintas sedes diplomáticas.

En Valencia, adonde había llegado el 8 de octubre con objeto de aguardar el momento propicio para trasladarse a Barcelona y desde allí ganar la frontera, el Padre había encontrado a Francisco Botella y Pedro Casciaro, encantados de volverle a ver tras un año largo de separación. Al día siguiente, había tomado el tren para la capital de Cataluña...

Todavía le parece verlos, despidiéndole en el andén de la estación, empequeñecidos por la distancia... Al arrancar el tren, había introducido discretamente la mano bajo la solapa de la chaqueta y les había bendecido, diciendo mentalmente la fórmula de la bendición de viaje que había compuesto con palabras del libro de Tobías, precedidas de una invocación a la Virgen: «que por la intercesión de Santa María tengáis buen viaje. Que el Señor esté en vuestro camino y que sus ángeles os acompañen».

La preocupación por todos los que había dejado detrás le había atenazado durante las semanas pasadas en Barcelona...

Unos días más tarde, Juan Jiménez Vargas se había desplazado a Valencia para recoger a Pedro y Francisco. Previamente, habían ido a buscar a Miguel, oculto en Daimiel –provincia de Ciudad Real– desde el comienzo de la guerra.

Don Josemaría había aprovechado su corta estancia en Barcelona para administrar los Sacramentos a algunas personas conocidas que se habían enterado de que estaba allí.

El paso de los Pirineos era peligrosísimo. Un magistrado amigo suyo –lo había conocido en la Facultad de Derecho de Zaragoza– había tratado de disuadirle: «Cuando encuentran fugitivos, los carabineros no los apresan: disparan sobre ellos. Y si por casualidad los detienen, les condenan a muerte...» Y para convencerle, le había hecho asomarse a la sala de audiencias en el momento en que estaban juzgando a algunos. Pero, a pesar de eso, y de los ataques de reumatismo que le daban de vez en cuando, había perseverado en su proyecto...

Una respuesta maternal

El que hace de guía ahora, en este 21 de noviembre, les aconseja no pasar la noche donde están. Pasarán la noche en un horno de pan situado en una casa contigua.

Agotados, todos se duermen enseguida, pero el Padre no puede conciliar el sueño. ¿Ha hecho bien lanzándose a esta aventura y dejando atrás a los que quedan perseguidos? Partir, ¿no es abandonarlos...? Pero, por otra parte, ¿cómo continuar trabajando en lo que Dios quiere...? Una y otra vez, sin descanso, suplica al Señor que le haga ver cuál es su Voluntad. ¿Proseguir o dar marcha atrás...?

Por fin, invoca una vez más a la Virgen y le pide que le muestre el camino a seguir mediante una señal precisa que él mismo sugiere a la Señora.

Por la mañana, muy temprano, se levanta, sale del lugar donde han pasado la noche y, al cabo de un rato, regresa con la cara radiante y una rosa de madera estofada en oro en la mano.

Inmediatamente, pide a los que le acompañan que dispongan lo necesario para celebrar la Santa Misa.

Ante su cambio de actitud –le han oído sollozar por la noche– comprenden que ha sucedido algo extraordinario. Con todo, nadie pregunta nada.

Después de la Misa, reanudan la marcha hacia los Pirineos. El Padre, que lleva con él la rosa estofada, avanza con paso decidido.

Durante una hora larga, caminan por el bosque de Rialp, donde permanecerán escondidos esperando la ocasión propicia para emprender la ascensión. Allí, se unen a ellos otros dos amigos: Tomás Alvira y Manuel Sainz de los Terreros.

Al día siguiente, por la mañana, el Padre celebra Misa sobre un altar improvisado, formado con unas piedras grandes, y les dirige unas palabras.

Durante cinco días, se entrenan para aguantar la prueba que les aguarda: hacen ejercicios físicos, caminan por el bosque... Y para no olvidar sus actividades profesionales, dan charlas, por turno, sobre sus distintas especialidades.

El paso de los Pirineos

El 27 de noviembre –sábado– llega por fin el momento de reanudar la marcha. Han dormido en una cueva para el ganado, en espera de que llegue el nuevo día.

Antes de rayar el alba, un joven aparece. Tiene aspecto decidido y enérgico. Dice que le llamen Antonio y les invita a seguirle.

Al día siguiente, domingo, hacen alto al borde de un barranco y se disponen a pasar unas horas al abrigo del viento, antes de proseguir el camino. Se les han unido otros fugitivos. Don Josemaría anuncia que va a celebrar Misa. La dice de rodillas, utilizando como altar la piedra más plana que encuentra. Reina un recogimiento total. Muchos de los presentes no han podido pisar una iglesia desde julio del 36.

Ese mismo día, un estudiante catalán escribe en su diario: «Nunca he oído una Misa como la de hoy. No sé si por las circunstancias o porque este sacerdote es santo».

Después de distribuir la comunión, don Josemaría coloca unas cuantas Hostias consagradas en la pitillera que utilizaba en Madrid con el mismo fin.

En las primeras horas de la tarde, la expedición vuelve a ponerse en movimiento. Ahora, tienen que escalar una montaña. Todos avanzan en fila india. Juan se coloca detrás del Padre, para sostenerle si desfallece. Pero no es él, sino Tomás, el que sucumbe el primero y don Josemaría tiene que mediar para convencer al guía de que espere un poco... Al llegar a lo alto, ya es noche cerrada. Algunos de los que forman parte de la caravana blasfeman cuando tropiezan y el Padre, dolorido, decide consumir las Sagradas Formas por respeto a Jesús Sacramentado.

El día siguiente lo pasan en el corral de una masía aislada en el monte. Al anoecer, reanudan la marcha, cargando con algunas provisiones para el resto del viaje, las últimas que han podido encontrar. De nuevo, una áspera subida y, al final, un rellano. Finalmente, luego de atravesar un río, emprenden la ascensión del Ares, de 1.500 metros de altitud. Con frecuencia, tienen que sostener al Padre y llevarlo casi en volandas.

Un alto, y de nuevo en camino, hasta que el guía les reúne y les ordena detenerse. Falta alguien y el guía teme que se trate de un confidente de los carabineros. No tardan en descubrir que se trataba de un rezagado, que el guía obliga a continuar a la fuerza, amenazándole con su pistola.

Ahora, ponerse de nuevo en marcha resulta todavía más duro. José María Albareda no puede más, y se tumba en el suelo... Sostenido por sus compañeros, sigue caminando como un autómata.

Todavía de noche, llegan a un corral, que les servirá de refugio durante el día. Cuando amanece, ven que es un sitio llano, con praderas, y que hay dos masías cercanas. El frío es muy intenso... Al anoecer de aquel día –martes 30 de noviembre– reemprenden la marcha. Es la cuarta etapa nocturna desde que salieron de los bosques de Rialp. De vez en cuando, se unen a ellos unos misteriosos individuos que van cargados de fardos... Contrabandistas, sin duda.

El terreno, ahora, es llano. El Padre anima a los suyos a no interrumpir el diálogo con el Señor, a pesar del extremo cansancio.

Con infinitas precauciones, cruzan la carretera que conduce a Noves de Segre y, algo más tarde, la comarcal de Seo de Urgel a Sort, junto al puente del río Arabell. Luego siguen caminando bastante tiempo por el mismo lecho del río. Cuando amanece, se ocultan entre piedras y matorrales, para que nadie les vea y, tras dormir un poco,

reanudan la marcha, con objeto de cubrir la última etapa. Empiezan a caer unos copos de nieve.

Es la tarde de 1.º de diciembre y va a empezar la última jornada nocturna, que les permitirá alcanzar la frontera; pero se trata del tramo más peligroso, porque los carabineros patrullan por esa zona.

Tras un nuevo ascenso, descienden por las laderas de la Sierra del Burbre. Tropiezan constantemente en las piedras y, cuando éstas ruedan, el guía se incomoda: ¡el silencio debe ser absoluto!

Todavía quedan varios puntos peligrosos: tienen que cruzar una carretera y atravesar un río.

De pronto, el guía ordena que todos se tumben en el suelo y que permanezcan ocultos entre árboles y arbustos mientras él localiza a los carabineros que vigilan la frontera. Cuando, por fin, pueden incorporarse, el Padre está tiritando. Juan le fricciona para que pueda ponerse en pie; luego, se pone en camino a trompicones. Sólo falta subir una ladera para alcanzar la frontera de Andorra; para no arriesgarse, esperan un rato antes de iniciar la ascensión.

Pasan la frontera por fin, pero el guía les ordena permanecer en silencio mientras sigan al alcance de las armas de los carabineros... De pronto, cuando se disponen a iniciar el descenso de una cima, resuenan unos disparos, pero ya están fuera de tiro. Minutos más tarde, el guía les indica el camino que les conducirá al primer pueblo andorrano.

La alegría estalla, incontenible. El Padre y los que le acompañan empiezan a rezar un Rosario. Un poco más allá, el guía y sus ayudantes han encendido un fuego en espera de que apunte el día. Terminan de rezar el Rosario y se acercan a la hoguera para calentarse un poco.

Transcurren unos minutos interminables antes de que las luces del alba empiecen a iluminar la aldea de Sant Julia de Loria. Don Josemaría entona, en voz alta, las primeras palabras de la Salve. Todos le siguen. Es la mañana del 2 de diciembre de 1937.

Llegados a la aldea, entran en la iglesia, la primera iglesia no profanada que visitan desde el comienzo de la guerra. Luego, tras haber repuesto fuerzas en un bar, se dirigen hacia Andorra la Vella.

En la capital del pequeño Principado, don Josemaría descubre un sacerdote y avanza hacia él, con los brazos abiertos. Al día siguiente, en una pequeña capilla que algunas monjas benedictinas de Montserrat habían instalado cerca del hotel donde se han alojado, el Padre, por vez primera después de muchos meses, celebra la Santa Misa en condiciones normales, aunque sus manos están tan hinchadas por las espinas que se le habían clavado al agarrarse a los matorrales, que, al regresar al hotel, Juan tiene que sacárselas una a una. La

nevada que les habla amenazado en la última etapa del camino es ahora muy intensa.

En la Misa, el Padre ha dado gracias a Dios con toda su alma por haberles librado de tantos peligros y pide fervorosamente por los que han quedado en Madrid, por los que andan dispersos por las dos zonas de la dividida España (a algunos de los cuales espera ver muy pronto) y por el desarrollo futuro de la Obra de Dios, que el Señor ha querido ver frenado por algún tiempo. Pero no importa: también el agua, al estrellarse contra las rocas, se arremolina o se remansa antes de seguir adelante con renovado ímpetu...

IV

AL GOLPE DE VUESTRAS PISADAS*Allí donde el mundo alcanza sus confines te detendrás tú**Paul Claudel***1. LOURDES, 11 DE DICIEMBRE DE 1937**

Don Josemaría Escrivá está celebrando misa en un altar lateral de la cripta de la basílica, a pocos metros de la gruta en que, unos ochenta años antes, la Inmaculada se había aparecido a una muchachita de catorce años. Allí renueva las intenciones de las misas que ha celebrado durante los meses precedentes, en condiciones difíciles o dramáticas: la Iglesia, el Papa, la paz para España y para el mundo, la expansión de la Obra... Hace unas horas que se encuentra en tierra francesa, a unos cientos de kilómetros de París, donde sigue pensando en establecer un Centro del Opus Dei en cuanto sea posible.

El día es frío. Las cumbres de los Pirineos están cubiertas de nieve. Copiosas nevadas han impedido que pasaran antes la frontera. Por fin, un automóvil que José María Albareda había obtenido por mediación de su hermano, telefoneándolo a San Juan de Luz, había llevado al Padre y a sus compañeros a Saint Gaudens, donde habían pasado la noche.

Unas horas después de celebrar y oír la Santa Misa, siguen viaje a España y entran en la zona nacional. Inmediatamente, don Josemaría telefona a los obispos de Vitoria y de Pamplona, que son amigos suyos.

En San Sebastián, Juan, Francisco y Pedro se presentan a las autoridades militares, que destinan al primero al frente de Teruel y a los otros dos a Pamplona. El Padre se queda solo.

El 17 de diciembre se traslada a Pamplona, invitado por el obispo, Mons. Olaechea, que le alberga en el palacio episcopal y le facilita prendas sacerdotales. Enseguida, se recoge varios días en completo silencio, algo que no había podido hacer desde hacía mucho tiempo. Pedro y Francisco aprovechan la menor ocasión de salir del cuartel para pasar unos minutos con él.

Pasadas las Navidades, se traslada a Burgos, capital de la zona nacional por entonces. Piensa que, desde allí, sede del Obispo de Madrid, de quien depende, podrá relacionarse más fácilmente con unos y otros.

La vida en Burgos

En una pensión de la calle de Santa Clara, el Padre vuelve a encontrarse con José María Albareda, a quien le han encomendado funciones asesoras en la Dirección General de Enseñanza Media. A finales de enero se les une Francisco y a comienzos de marzo Pedro.

El 29 de marzo se instalan los cuatro en el Hotel Sabadell; ocupan una habitación grande, que dividen en tres partes: la sala,

donde dormirán Pedro, Francisco y José María; la alcoba –separada por una cortina de la sala–, donde dormirá el Padre; y el mirador, que hará de sala de visitas.

La modesta «suite» pronto se convierte en un centro muy animado. El Padre recibe allí infinidad de personas que van a hablar con él o a confesarse. Su actividad es tan intensa como siempre, sin hacer caso de una faringitis aguda que le ha atacado nada más llegar a Burgos.

Un día, observa que escupe sangre. Piensa que tal vez esté tuberculoso y decide consultar a un médico, pues, en caso de estarlo, tendría que aislarse, para no contagiar a sus hijos. Afortunadamente, después de bastantes días de padecer ese mal, sin que los médicos sepan diagnosticar el motivo ni la enfermedad, desaparece. Verdaderamente el Padre es como la sombra de sí mismo tras tantos padecimientos. Al gran agotamiento físico, se une el esfuerzo durísimo del paso de los Pirineos. Sin olvidar los ayunos que ha empezado a imponerse de nuevo...

Cuando Pedro y Francisco vuelven al Hotel, después de su jornada de trabajo, el Padre les ayuda con un ambiente de familia entrañable, y todos recuerdan a los que están dispersos.

Tienen muy poco dinero, incluso contando con lo que gana José María Albareda. Por eso, se privan hasta de lo necesario. Además, don Josemaría ha resuelto poner en práctica, precisamente en esos momentos, una decisión heroica que había tomado en 1930: no percibir ningún estipendio –ni él, ni los futuros sacerdotes de la Obra– por la predicación, la Misa y los demás servicios religiosos. Lo cual supone una gran limitación, sobre todo en sus circunstancias. Es duro, muy duro, sí, pero don Josemaría repite una y otra vez, con convicción; unas palabras del salmista: «Arroja en el seno del Señor tus ansiedades y El te sustentará» (Ps. LIV, 23).

Tal carencia de medios materiales no le impide buscar las direcciones de todos los estudiantes que había conocido antes de la guerra, con objeto de ir a verlos en cuanto le sea posible. Y pone en práctica sus proyectos.

Un día, viaja hasta Córdoba en condiciones difícilísimas, pues las líneas férreas con Andalucía están cortadas y hay que dar mil rodeos. Cuando quiere regresar a Burgos, no le quedan más que unas cuantas monedas, que deposita en la ventanilla de la estación:

–Con esto, ¿hasta dónde puedo ir? –pregunta.

El empleado menciona el nombre de un pueblo próximo a Salamanca.

–Pues vamos para allá; después, Dios proveerá.

Y se queda sin nada para comer.

Escribe a todas partes, estimulando a unos y a otros y animándoles a no abandonarse en la vida interior y a practicar la fraternidad con todos. Las cartas llegan con dificultad, a trancas y barrancas. Por eso, se alegra tanto cuando recibe respuestas que le muestran hasta qué punto su apostolado epistolar mantiene la moral de sus corresponsales.

«La carta me cogió en unos días tristes, sin motivo alguno, y me animó extraordinariamente su lectura, sintiendo cómo trabajan los demás...»

«Me ayudan sus cartas y las noticias de mis hermanos, como un sueño feliz ante la realidad de todo lo que palpamos... »

«¡Qué alegría recibir esas cartas y saberme amigo de esos amigos!»

Y esta otra: «Recibí carta de X. y me avergüenza pensar en mi falta de espíritu comparado con ellos».

—¿Verdad que es eficaz el «apostolado epistolar»?

Para mantener ese esfuerzo, don Josemaría vuelve a poner en marcha el envío de unas hojas con noticias en multicopista. Como en los tiempos de la Academia DYA, recrea así el ambiente de familia y de fraternidad cristiana que impregnaba los primeros Centros del Opus Dei. El Padre adjunta una cuartilla con unas palabras más personales, escritas de su puño y letra.

Pide a todos y a cada uno —en especial a los que están en el frente— que no se abandonen, que aprovechen las ocasiones que se les brindan de acercar a Dios a quienes les rodean.

Y, en un ambiente paganizado o pagano, al chocar este ambiente con mi vida, ¿no parecerá postiza mi naturalidad?, me preguntas. —Y te contesto: Chocará, sin duda, la vida tuya con la de ellos; y ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido.

Las respuestas llegan en gran número. Quienes le responden, le dan las gracias por haberles reconfortado en circunstancias propicias al abandono o a verlo todo negro; por animarles a no olvidar la lucha en las cosas pequeñas cuando tantos sólo piensan en actos espectaculares de heroísmo.

A quienes vienen a verle a Burgos, con permiso, suele llevarles a lo alto de la catedral. Desde allí, les enseña las gárgolas y los pináculos, esculpidos con primor, cuyos detalles no se aprecian desde abajo. ¡Eso —les dice— es el trabajo de Dios, la Obra de Dios!, acabar la tarea personal con perfección, con belleza, con el primor de estas delicadas blondas de piedra (...). Los que gastaron sus energías, sabían perfectamente que desde las calles de la ciudad, nadie apreciaría su esfuerzo: era sólo para Dios.

Les aconseja, también, que sepan sacar provecho de las circunstancias especialmente duras en que se encuentran. ¡La guerra! –La guerra tiene una finalidad sobrenatural –me dices–, desconocida para el mundo: la guerra ha sido para nosotros... –La guerra es el obstáculo máximo del camino fácil. Pero tendremos, al final, que amarla, como el religioso debe amar sus disciplinas.

Prosigue el trabajo apostólico

El trágico período que está atravesando España no disminuye el celo apostólico de los miembros de la Obra.

En varias ocasiones, durante estos meses de guerra, el Padre ha visto que apuntan nuevas vocaciones, masculinas o femeninas. Sin embargo, no deja por eso de desear ardientemente que vuelva la paz, para reanudar, con nuevos bríos, la expansión de la Obra. A tal efecto, ofrece constantemente su oración y mortificación generosas.

Desde su llegada a Burgos, ha procurado establecer contacto con todos los conocidos de la Academia DYA que están en esa zona. Busca además, incansablemente, nuevas ocasiones de hacer apostolado. Se pone en contacto con familias amigas, hace nuevas amistades, habla del Opus Dei con algunos obispos, y de la nueva espiritualidad que aporta a la Iglesia; da cursos de retiro; ayuda, procurando adaptarse a su espiritualidad, a comunidades de religiosas, y también a las Teresianas, cuyo Fundador, su amigo el Padre Poveda, ha sido asesinado.

Como si esta actividad desbordante no le bastara, dedica también algunos ratos a trabajar en su tesis doctoral de Derecho. Su documentación, ya bastante avanzada, sobre «La ordenación sacerdotal de mestizos y cuarterones en el siglo XVI», se ha quedado en Madrid y, seguramente, ha desaparecido. Pero el vecino monasterio de Santa María de las Huelgas le proporciona un nuevo tema de investigación, sobre los problemas canónico-teológicos que plantea la jurisdicción de las abadesas de dicho monasterio, durante la Edad Media.

Trabaja, igualmente, en una nueva edición, aumentada, de Consideraciones Espirituales. Pero ya antes de que el libro aparezca con el título de Camino, utiliza en su predicación los originales mecanografiados. También se los da a leer a algunos amigos, entre ellos a Mons. Lauzurica, Administrador apostólico de Vitoria, quien queda tan entusiasmado que se ofrece a prologar la obra. Por delicadeza hacia don Josemaría, fechará el prólogo el día de su santo: 19 de marzo, 1939.

«... En estas páginas aletea el espíritu de Dios... Las frases quedan entrecortadas, para que tú las completes con tu conducta... Si estas máximas las conviertes en vida propia, serás un imitador perfecto de Jesucristo...».

Pero el Padre, de momento, carece de dinero para editar el libro. Habrá que esperar mejores tiempos.

Los avatares de la guerra, para el Fundador del Opus Dei, son otras tantas llamadas a intensificar su oración y a mortificarse más y más. A menudo, deja de comer, de beber agua y de dormir para ofrecer tales renunciaciones por la paz, por la Iglesia y por la Obra, que tiene que desarrollarse cueste lo que cueste, superando los obstáculos.

Tales inquietudes le llevan a postrarse, el 1.º de junio de 1938, a los pies de la Virgen del Pilar, en Zaragoza, y a trasladarse el 17 de julio a Santiago de Compostela. Estas y otras peregrinaciones alimentan su oración, así como los ejercicios espirituales que hace, en solitario, en el Monasterio de Santo Domingo de Silos, del 25 de septiembre al 1.º de octubre.

El Padre reza intensamente para que Dios libre de la muerte a sus hijos que luchan en el frente, pues alguno de ellos ya ha caído en combate. Otro, Ricardo Fernández Vallespín, ha sido herido, el 7 de junio de 1938, cerca de Madrid, por una bomba que un artificiero trataba de desactivar. Don Josemaría ha ido a verle en cuanto ha podido.

Isidoro, con más o menos regularidad, le hace llegar noticias de los que han quedado en la zona republicana. Se las envía a través de Francia y el Padre responde por la misma vía.

El 12 de octubre, fiesta del Pilar, tres miembros de la Obra, entre ellos Álvaro del Portillo, logran pasar a la zona nacional por el frente de Guadalajara. El Padre, que había presentido en la oración este acontecimiento, los recibe con inmenso gozo. Pronto, los tres quedan adscritos a distintas unidades del Ejército.

Todos los que están movilizados van a visitarle en cuanto pueden. El Padre los anima, les habla del futuro de la Obra, les confía sus proyectos.

En el otoño de 1938, las tropas nacionalistas, tras reñir una cruenta batalla en el Ebro, se disponen a avanzar sobre Cataluña. Los movimientos de tropas llevan a Pedro Casciaro al frente de Levante y a Álvaro del Portillo a Valladolid, en enero de 1939. El Padre sigue en Burgos, acompañado tan sólo por Francisco Botella. Para economizar todavía más, han dejado el hotel Sabadell y se han instalado, antes de la Navidad, en una pensión muy modesta.

El 26 de enero de 1939, los nacionales entran en Barcelona. La resistencia en Cataluña se derrumba. El siguiente objetivo es Madrid. Todos presienten que el final de la guerra se acerca. Los que se han refugiado en Burgos se preparan para regresar a la capital.

El 27 de marzo, don Josemaría se dispone a partir. Va al cuartel donde presta sus servicios Francisco Botella y se lo comunica.

Mientras viaja hacia Madrid, el Padre recuerda lo que ha visto, ayudado con unos gemelos de campaña que le había prestado un oficial, cuando, el año anterior, había estado en el frente para visitar a Ricardo. Don Josemaría se había echado a reír y el oficial le había preguntado por qué.

–Es que estoy viendo mi casa en ruinas, había respondido el Padre. El oficial no se había atrevido a preguntarle nada más.

2. MADRID, MAYO DE 1939

La Academia DYA, en el 16 de la calle de Ferraz, había quedado destruida en mucha mayor medida de lo que el Padre pensaba. En cuanto había podido, había ido a verlo con sus propios ojos, en compañía de Juan Jiménez Vargas. El Padre, sin más dilaciones, decide buscar enseguida otra casa donde instalar la Residencia, para que pudiera funcionar en octubre. Mientras la encuentran, el Padre, que sigue siendo Rector de Santa Isabel, se instala en la casa rectoral.

El convento de Santa Isabel, convertido en cuartel, ha permanecido ocupado también, durante toda la guerra, por un Comité revolucionario, y la iglesia ha sido incendiada. Sólo son habitables, de momento, las habitaciones del Rector y las de los capellanes, una vez limpiadas, por supuesto...

Con emoción, don Josemaría ha abrazado a su madre y a sus hermanos, tras largos meses de angustiosa separación, sólo mitigada por noticias intermitentes, en medio de tantos peligros. Ahora, se dispone a reanudar enseguida la labor apostólica en Madrid y en otras ciudades españolas.

En el mes de junio, el Padre escribe a uno de los que, antes de la guerra, participaban en las actividades de formación: Pronto tendremos casa..., si empujáis con vuestra oración y vuestro sacrificio y vuestro deseo de coger los libros. Mientras, no me perdáis vuestra bendita fraternidad, vivida cada día más, y manifestadla con vuestra colaboración en el afán común de rehacer nuestro hogar. Que pronto nos veamos reunidos junto al Jesús de nuestro Sagrario.

El Padre reanuda sus viajes

En Valencia, un sacerdote amigo suyo, don Antonio Rodilla, Rector del Colegio Mayor Beato Juan de Ribera, de Burjasot, le invita a dar, a partir del 5 de junio, unos ejercicios espirituales a un grupo de estudiantes universitarios. Don Josemaría llega a la ciudad ese mismo día.

Los ejercitantes quedan impresionados por la manera que tiene el Padre de situarles frente a sus responsabilidades. En la pared de una de las piezas, hay un cartel de grandes dimensiones, colocado allí por las tropas republicanas, que reza así: «Cada caminante siga su camino».

El Padre pide que no lo quiten, porque el lema le ha gustado y, además, le permite aludir a él: Si ves claramente tu camino, síguelo. – ¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?.

Tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloque.

¡Hay muchos caminos! (...) Escoge de una vez para siempre: y la confusión se convertirá en seguridad.

Dos jóvenes universitarios que, con este motivo, han conocido al Fundador del Opus Dei, se comprometen enseguida a seguir el camino que el Padre les presenta: Amadeo de Fuenmayor, estudiante de Derecho, y José Manuel Casas Torres, que hace la carrera de Restablecer un ambiente de familia

La busca de una casa en Madrid prosigue hasta que, por fin, se encuentra una adecuada en el número 6 de la calle Jenner, cerca de la Castellana. Alquilan tres pisos, dos en la cuarta planta y otro en la segunda.

En agosto, comienzan a instalar en la planta cuarta la mayor parte de la residencia y en la segunda el comedor, la cocina, los servicios y también una habitación para el Padre, otra para su madre y su hermana y una tercera para su hermano Santiago.

¿Cómo lograr que esta primera residencia tenga ese ambiente de hogar que don Josemaría desea?

Más adelante, serán ya las mujeres del Opus Dei las que podrán encargarse de esto, pero, de momento, son todavía muy pocas. El Padre resuelve el problema pidiendo a su madre y a su hermana Carmen que ayuden. Recuerda que ha sido precisamente en el hogar de sus padres donde ha aprendido a cuidar esos detalles materiales que hacen grata y amable una casa.

Da a leer a su madre una vida de San Juan Bosco, pero parecía que doña Dolores no se daba por enterada. Sin embargo, pasado algún tiempo, le dijo:

–¿Qué quieres? ¿Que haga como la madre de don Bosco? ¡Ni hablar!

–¡Pero si lo estás haciendo ya!, le respondió el Padre.

Efectivamente, sin decir nada, se encargaba ya de la administración de la casa, ayudada por su hija Carmen.

Dirigir el trabajo de las empleadas de hogar, velar por el buen orden de una residencia con cuarenta camas, no es tarea pequeña, pero a esa labor se entregan con una generosidad que saben disimular con discreción y buen humor.

La residencia es una nueva «locura». Una vez más, es preciso pedir dinero a unos y otros. Los esfuerzos se centran sobre todo en el oratorio, instalado en la mejor habitación de la casa. Cada cual hace lo que puede: pintar, tapizar con una arpillera, decorar, clavar...

A comienzos de octubre, para el comienzo del curso escolar, todo está dispuesto, pero las arcas se hallan tan vacías que, cuando llega un nuevo residente, se le pide que pague por adelantado la pensión, sin decirle, por supuesto, que es para comprar la cama en que ha de dormir...

La Sección de mujeres comienza de nuevo

Don Josemaría reanuda también el apostolado entre las mujeres, interrumpido a causa de la guerra. Tiene que partir prácticamente de cero, pues, si bien ha permanecido en contacto con algunas de las jóvenes que dirigía, duda que puedan constituir el primer núcleo de la Sección de mujeres del Opus Dei. Las conversaciones que ha mantenido con las que ha encontrado y unas discretas indicaciones de su madre acaban de convencerle.

Poco después de su regreso a Madrid, luego de haber considerado las cosas a fondo en la oración, les comunica su decisión. No es cuestión de falta de piedad ni de poca profundidad en su vida cristiana, sino de que no han sido capaces de asimilar la secularidad, esencial en el espíritu de la Obra. Tras hacérselo comprender con delicadeza, les asegura que siguen gozando de su cariño, que rezará por ellas y que, si así lo desean, les recomendará a la institución religiosa que escojan libremente.

Enseguida, el Fundador se esfuerza en suscitar otras vocaciones femeninas. Una joven ha respondido ya afirmativamente a la llamada. Es la hermana de Miguel, el estudiante de arquitectura que le había acompañado en el paso de los Pirineos. Cuando este, durante la guerra civil, había estado oculto en Daimiel, donde vivían sus padres, el Padre dirigía las cartas que le escribía a su hermana Dolores (Lola), para que se las hiciera llegar. Miguel, por su parte, le había hablado del ambiente de la Academia DYA, de cómo se vivía allí y, sobre todo, del Padre, de su atractivo, de la espiritualidad que le había enseñado a vivir a él. Poco a poco, Lola empieza a pensar en la posibilidad de hacerse de la Obra, y se lo dice a Miguel, quien, a su vez, se lo comunica a don Josemaría. En mayo de 1937, el Padre dedica a Lola unas líneas en una carta que escribe a Miguel. Enseguida, ella le responde que está dispuesta a seguir el camino del que le habla.

Poco después de su regreso a Madrid, el 19 de abril de 1939, el Padre viaja a Daimiel y Lola le confirma su decisión. Don Josemaría cree que, en efecto, puede tener vocación al Opus Dei y, para facilitar la acción de la gracia en su alma, le pone por escrito útiles consejos que son, en realidad, todo un programa de vida interior adaptado a sus circunstancias: media hora de oración mental (a hora fija de la mañana), empeño por mantener la presencia de Dios a lo largo de la jornada (insistiendo, por ejemplo, en una devoción concreta cada día

de la semana), un rato de lectura espiritual, rezo del Santo Rosario, exámenes de conciencia... Nada le dice de la Misa ni de la Confesión que no ha podido tener en aquellos tres años pasados sin sacerdotes ni culto en las iglesias y, encontrándose aún en unas circunstancias en que, recién terminada la guerra, la vida no se había podido normalizar...

Lola empieza a desplazarse a Madrid con frecuencia para completar su formación. En septiembre y en diciembre vuelve a ver al Padre, así como a su madre, doña Dolores, y a su hermana, Carmen, en el piso de la calle Jenner.

La ayuda espiritual a los sacerdotes

Mientras don Josemaría termina su tesis doctoral, que espera defender en diciembre, la residencia de Jenner empieza a animarse: círculos de estudios, meditaciones, retiros, actividades culturales a cargo de los primeros miembros de la Obra...

Respondiendo a las peticiones, cada vez más numerosas, de diversos obispos, el Padre viaja a varias ciudades españolas para dar ejercicios espirituales a grupos de sacerdotes. Los sufrimientos, a menudo heroicos, que han tenido que soportar en la guerra, pueden ser para ellos motivo de un nuevo impulso.

No olvida que tiene que dirigirse a hombres acostumbrados a enseñar y a predicar; por eso, antes de nada, les dice, para ganárselos, que tiene la impresión, al hablarles, de que trata de vender miel al colmenero. No por eso deja de exhortarles, con todas sus fuerzas, a no contentarse con ejercer bien su ministerio; deben aspirar a ser santos, a vivir heroicamente su vida cotidiana, porque la extensión del reino de Dios en el mundo depende de su grado de disponibilidad.

El sacerdote es jefe. Tiene que ir el primero, como Jesús. Este jefe siempre es victorioso, pero tiene que ponerlo todo: cuanto exijan las almas (su conversión), toda la salud, todo su dinero, todo su tiempo... ¿Un cura de carrera? No. Un apóstol... Jesús es mi hermano. Tenemos que hacer lo mismo. Sufrir lo mismo. Tenemos que parecernos: los mismos intereses, el mismo Padre... ser iguales. Él es el hermano mayor. La misma Madre, el mismo negocio, la misma hacienda, la misma vida, el mismo fin, el mismo premio... Identificados los dos en todo... ¿Un sacerdote sin santidad heroica? El bicho más raro, más desproporcionado, el más dañino, el más perjudicial...

Predicación exigente, pero eminentemente positiva, que reconforta a los oyentes y les incita a rezar más y a hacer apostolado.

Don Josemaría acepta predicar siempre que se lo piden los obispos de las diversas diócesis. Fiel a lo que ha resuelto, sólo pone una condición: no aceptar retribución alguna y pagarse.

Centrarlo todo en Cristo

Los temas de su predicación a los estudiantes que viven en Jenner y a otros jóvenes, no difieren mucho de los que predica a los sacerdotes. A los seculares, el Padre les pide que, sin perder en absoluto su mentalidad secular, tengan alma sacerdotal, abierta a las necesidades más hondas de los que les rodean, a los cuales deben acercar a Cristo.

El Fundador del Opus Dei anima a quienes le escuchan a proseguir sus estudios, interrumpidos por la guerra, recordándoles que deben santificarse en su trabajo y asumir sus responsabilidades sociales.

Tras la guerra, muchos estudiantes experimentan ansias de acción, teñida, casi siempre, de las ideas dominantes. Como reacción ante la pasada persecución religiosa, la ideología política que prevalece entonces adopta un catolicismo oficial, proclive a las grandes manifestaciones públicas de fe, a las inauguraciones solemnes de iglesias y centros religiosos, a los discursos inflamados, a veces revanchistas...

Don Josemaría pone en guardia, a quienes quieren escucharle, frente a una concepción demasiado humana de la acción, que puede ser, sí, noble y patriótica. Pero no olvidéis –les dice– que existe una realidad más alta: el reino de Cristo, que no tiene fin. Y para que Cristo reine en el mundo, primero ha de reinar en tu corazón. ¿Reina de verdad? ¿Es tu corazón para Jesucristo?

Así les habla un último domingo de octubre, fiesta de Cristo Rey.

Como en los tiempos turbulentos de la República, algunos se alejan, más atraídos por una formación directamente orientada a la política. Otros, por el contrario, se sienten conmovidos al oírle hablar de una forma que hace resonar en ellos las palabras del Señor en el Evangelio, las cuales constituyen también una llamada a la acción, pero de otra manera.

Varias decenas de nuevos miembros llegan así a lo largo del curso universitario 1939–40 y del siguiente. El Padre les previene contra posibles interpretaciones erróneas de su apostolado, asegurándoles lo mismo que ya había escrito en 1932:

No vamos al apostolado a recibir aplausos, sino a dar la cara por la Iglesia, cuando ser católico es difícil; y a pasar ocultos, cuando llamarse católicos es una moda. Y añade: Habéis de vivir, habéis de hacer vuestra tarea, con la rectitud y con la nobleza de quienes, en su actuación, hacen valer su ciudadanía y su preparación profesional, no su catolicismo (...); con la alegría sobrenatural y el optimismo humano de quienes están profundamente convencidos de que el cristianismo no es una religión negativa y arrinconada, sino una afirmación gozosa en todos los ambientes del mundo.

En las ciudades de España

El mundo, mientras tanto, vive una de las etapas más dramáticas de su historia. El 3 de septiembre de 1939, Francia e Inglaterra entran en guerra contra la Alemania de Hitler. Todo hace pensar que esta conflagración afectará a más países que la precedente y que los medios de destrucción serán mucho mayores. Numerosos observadores opinan que la guerra de España ha sido como el banco de pruebas.

En el vestíbulo de la residencia de Jenner, el Padre ha hecho colocar un mapamundi para recordar las dimensiones universales de los apostolados del Opus Dei, cuya expansión va a verse obstaculizada, una vez más, por el curso de la historia. A veces, el Fundador hace girar con la mano un globo terráqueo que hay en su despacho para contemplar esos continentes donde, en cuanto sea posible, habrá que llevar la semilla divina de la Obra. Y como no será posible, de momento, ir a París, habrá que comenzar la expansión sólo dentro de la geografía española.

Los viajes se suceden a ritmo acelerado. Tanto, que el Padre cae agotado. En Valencia, después de predicar unos ejercicios en septiembre de 1939, se ve obligado a interrumpir la Misa que ha comenzado a celebrar en la Catedral, atacado por un súbito acceso de fiebre. Tienen que ayudarle a ganar la sacristía, de donde le conducen a un piso de la calle de Samaniego, que sus hijos acaban de instalar. El mobiliario es de lo más rudimentario. Como no tienen mantas, cubren al Padre –recostado sobre un somier– con unas cortinas, en espera de que la crisis pase.

Otros muchos viajes de «exploración» se suceden, en trenes destartados y fríos o por carreteras en pésimo estado: Zaragoza, Valladolid, Barcelona, Salamanca...

Los viajes en automóvil resultan más animados. El Padre suele entonar canciones populares, cuyas letras de amor, que aplica al amor divino, le acercan a Dios.

Al llegar al punto de destino, el Padre y quienes le acompañan se instalan en algún hotel modesto y se lanzan a buscar amigos o conocidos.

El Padre recibe sin cesar a todos, unas veces en el mismo hotel, otras en un rincón tranquilo de algún café o de un parque público. Incansablemente, habla, a quienes son capaces de comprenderlo, del ideal de santidad en medio de las ocupaciones ordinarias que constituye la razón de ser de su vida desde el 2 de octubre de 1928.

Van surgiendo vocaciones en distintas ciudades, fruto de la oración, de la mortificación y del celo apostólico del Padre y de sus hijos. Desprovistos de todo, experimentan sentimientos parecidos a los de los apóstoles cuando el Señor los envió sin «bolsa ni alforjas»

(Lc. X, 4), llevando como único viático su fe en la eficacia de la palabra del Maestro: «No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (loh. XV, 16).

En marzo de 1940, los miembros de la Sección de varones del Opus Dei son ya unos cuarenta. Se hace necesario prever para ellos un período de formación intensa. Así pues, vienen a Madrid, procedentes de distintos lugares de España, y se reúnen en torno al Fundador. Son unas jornadas inolvidables, impregnadas de alegría y buen humor.

El 19 de marzo, festividad de San José, celebran el santo del Padre. El Vicario general de la diócesis, don Casimiro Morcillo, le visita para transmitirle el saludo afectuoso del obispo, Mons. Eijo y Garay.

Por todos los rincones del mundo

El Padre les habla de fidelidad, de la necesidad de perseverar, pase lo que pase. Para remachar el clavo, evoca el heroísmo de los cuarenta mártires de la ciudad armenia de Sebaste, que, en el siglo IV, fueron arrojados a un estanque helado por negarse a sacrificar a los ídolos. «Cuarenta hemos entrado en este combate y cuarenta coronas, Señor, te pedimos: haz que no falte ni siquiera una de este número». Pero, en plena noche, uno de ellos, vencido por el frío, pide que lo saquen. Entonces, uno de los guardianes, conmovido por el temple de aquellos hombres, al ver bajar cuarenta ángeles con cuarenta coronas, se declara cristiano y se arroja al estanque para reemplazar al que ha desertado...

Vuestra eficacia, hijos míos, será consecuencia de vuestra santidad personal, que cuajará en obras responsables, que no se esconden en el anonimato. Cristo Jesús, Buen Sembrador, nos aprieta –como el trigo– en su mano llagada, nos inunda con su Sangre, nos purifica, nos limpia, ¡nos emborracha! Y luego, generosamente, nos echa por el mundo uno a uno, como deben ir mis hijos del Opus Dei, esparcidos: que el trigo no se siembra a sacos, sino grano a grano.

Un libro de gran formato y tapas blancas ha aparecido el año antes. Contiene los puntos de meditación de Consideraciones Espirituales, ligeramente modificados, y enriquecidos con 566 puntos más que hacen un total de 999 (en simbólico homenaje a la Santísima Trinidad). El título, Camino, recuerda a Cristo, que se llamó a Si mismo Camino, Verdad y Vida...

En ese libro, ha escrito: No tengas espíritu pueblerino. –Agranda tu corazón, hasta que sea universal, «católico».

Cuanto más cerca está de Dios el apóstol, se siente más universal: se agranda el corazón para que quepan todos y todo en los deseos de poner el universo a los pies de Jesús.

Y también: Ser católico es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo. –¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto.

Los pensamientos se vuelven hacia el mapamundi del vestíbulo de la Residencia de Jenner.

¿Cuándo se hará realidad ese sueño divino?

3. MADRID, 1940

El trabajo apostólico del Opus Dei empieza a desarrollarse de tal forma que se hace preciso abrir dos pequeños pisos, uno en Valladolid y otro en Barcelona, los cuales vienen a sumarse al de Valencia.

En Madrid, donde la casa de la calle de Jenner sigue funcionando como residencia de estudiantes, se alquila un piso en la calle de Martínez Campos (cerca de aquel en el que vivió la madre de don Josemaría antes de la guerra), para que puedan vivir allí algunos miembros de la Obra, que son un poco mayores.

El Padre, con su madre, sus hermanos y algunos miembros de la Obra, se traslada a un edificio de tres plantas, con un pequeño jardín, situado en la esquina de Diego de León y Lagasca, en un extremo del barrio de Salamanca.

La casa es amplia y las piezas nobles tienen prestancia, pero los muebles son tan escasos que resultan desproporcionados a ese cuadro. ¡Ni siquiera tienen dinero para reparar la caldera de la calefacción y comprar carbón!

El Padre duerme en el tercer piso, en una habitación pequeña que tiene una terraza encima y tres paredes en fachada, por lo que resulta gélida en invierno y sofocante en verano. Su madre y su hermana ocupan una habitación en la segunda planta y su hermano otra; realmente, no les sobra espacio, porque el resto de la casa se va llenando poco a poco con los miembros de la Obra que van a recibir una formación intensiva junto al Padre.

La actividad de don Josemaría sigue siendo ilimitada: impulsa la labor apostólica, se preocupa de la formación de las nuevas vocaciones, atiende a los estudiantes de la Residencia de Jenner, dirige espiritualmente a un número creciente de personas, sigue dando retiros y ejercicios espirituales... A todo lo cual hay que añadir su cargo de Rector de Santa Isabel y sus viajes para predicar a sacerdotes de numerosas diócesis.

Entre el 1 y el 7 de septiembre de 1940, da un curso de retiro a un grupo de jóvenes madrileñas. De ahí salen algunas de las primeras vocaciones de mujeres para el Opus Dei.

Rumores y calumnias

El árbol de la Obra empieza a multiplicar sus ramas y la labor apostólica de sus miembros ya no puede pasar inadvertida. La predicación del Fundador, por otra parte, se extiende mucho más allá del amplio círculo de hombres y mujeres de toda condición que le siguen de cerca.

Ya en los primeros comienzos de la Obra, antes de la guerra, habían llegado a oídos de don Josemaría Escrivá comentarios poco afortunados. Ahora, las críticas más o menos veladas cobran nuevo vuelo.

¿De dónde procede su influencia sobre las almas? ¿No es acaso sospechoso el éxito de esta nueva forma de apostolado? ¿No es peligroso hacer creer a simples laicos que pueden santificarse en su propio estado, sin apartarse del mundo, entrar en un convento o hacerse sacerdotes? ¿No resulta extraño hablar de vocación a simples fieles?...

Al principio, no son más que rumores, palabras al aire, no necesariamente mal intencionadas. El Padre no les da importancia, convencido de que tales rumores acabarán cuando, bajo la novedad de la Obra, se descubran las raíces profundamente evangélicas de su espiritualidad.

Pero los rumores siguen en aumento y, en contra de lo previsto, parecen hallar eco en ciertas personas de las que se podía esperar más sentido común. A la curiosidad y al afán de cotilleo viene a unirse, por duro que resulte creerlo, la malevolencia indudable de algunos. Pronto se hace evidente que no se trata de simples comadreo propalados por gentes ignorantes. Es más bien que, como decía Beaumarchais dos siglos antes, sotto voce, a mezza voce, Basilio susurra de nuevo palabras calumniosas...

La primera reacción del Fundador del Opus Dei consiste en sacar de esas dificultades una lección de humildad: Se han desatado las lenguas y has sufrido desaires que te han herido más porque no los esperabas. –Tu reacción sobrenatural debe ser perdonar y aun pedir perdón– y aprovechar la experiencia para despegarte de las criaturas.

Pronto se da cuenta, sin embargo, de que las acusaciones no van dirigidas sólo contra él, sino que amenazan la misma existencia del Opus Dei, todavía muy joven.

Don Josemaría sabe que puede contar con el Obispo de Madrid, que está profundamente convencido de que la Obra es cosa de Dios y suele cortar por lo sano cualquier crítica; y la misma actitud demuestran otros muchos obispos. Alguien recuerda que un día, con ocasión de la festividad del Corpus Christi, el Obispo de Madrid, durante la procesión con el Santísimo Sacramento, ha dicho al

Presidente de Acción Católica, que llevaba uno de los varales del Palio:

–Mira: por lo que más vale en el mundo y lo que más estimo, que es Jesús Sacramentado, no ataques, no digas nada en desdoro de esa Obra, que yo quiero como a las niñas de mis ojos.

A pesar de esta firme actitud del prelado, las calumnias no cesan. Al contrario, se van «adornando» con detalles nuevos. Hasta que un día sucede lo increíble: alguien presenta, ante el Tribunal especial de represión de la masonería –creado el 1 de marzo de 1940–, una denuncia en regla contra el Opus Dei. La acusación es terrible y puede tener consecuencias gravísimas en la España de la época, pues en ella se califica a la Obra de «rama judaica de la masonería» y de «secta judaica en relación con los masones».

Cuando se inicia el proceso, los acusadores arremeten contra la Obra. Uno de ellos, lleno de fogosidad, asegura, en apoyo de su requisitoria, que, para mejor llamar a engaño a la gente, los miembros del Opus Dei procuran no distinguirse en nada de sus conciudadanos y que llevan una vida honesta, laboriosa y casta...

El General Saliquet, que preside el Tribunal aguza el oído:

–¿Quiere usted decir que viven castamente? –pregunta.

–Sí, así es.

–Entonces, no sigamos más: si viven la castidad es que no son masones. ¡No conozco ningún masón que sea casto!

Ante esta afirmación perentoria del Presidente, el proceso se da por cerrado y los jueces pasan al siguiente.

El Tribunal decide entonces enviar a don Josemaría a las dos personalidades que habían sido requeridas para formalizar la acusación, con objeto de que le den a conocer el resultado. El Fundador del Opus Dei los recibe en la residencia de Jenner, sin ningún recelo. Cuando se despiden, uno de los dos «procuradores» no puede contener su curiosidad y le interroga:

–Padre, ¿no podría usted enseñarnos ese oratorio donde los que le acusan de ser masón dicen que usted hace milagros?

–Se lo enseñaré con mucho gusto; pero, ¿de qué milagros se trata?

Un tanto desazonados, le dicen lo que algunos propalan: que ha montado un complicado juego de luces para dar la sensación de que se alza sobre el suelo mientras celebra Misa...

–Pues verdaderamente, con el peso que tengo, elevarme sobre el suelo mientras digo la Misa, sería un milagro de primera categoría – responde el Padre, sonriendo, antes de llevarles al oratorio.

Y es que, en efecto, desde hace algún tiempo, ha empezado a engordar mucho...

La paz en la oración

El incidente ha quedado zanjado, pero no por eso cesan las calumnias. Al contrario. Don Josemaría procura no tenerlas en cuenta y olvidar. Más te ha perdonado Dios a ti. Recomienda a sus hijos que no tengan complejo de víctima, que no hablen entre ellos de lo que pasa y que continúen rezando y trabajando.

Con todo, no puede evitar el sufrir mucho cuando piensa que, aunque algún día se hará justicia con la Obra, los enemigos de la Iglesia pueden utilizar esas mismas acusaciones contra el Opus Dei, y gentes de buena fe repetirlas sin saber que se trata de calumnias.

Así pues, el Padre reza intensamente para que tal situación termine cuanto antes. Aunque no pierde nunca la serenidad, al empezar cada jornada se pregunta, con su colaborador más íntimo, Álvaro del Portillo, de dónde vendrá la injuria ese día.

Hasta que una madrugada, tras una noche en la que le ha sido imposible conciliar el sueño, entra en el oratorio. Arrodillado ante el Sagrario, lo deja todo en manos de Dios: Señor, si tú no necesitas mi honra, ¿yo, para qué la quiero?

Enseguida, una paz profunda le embarga.

Hasta entonces, no sabe el hijo de Dios lo que es ser feliz: hasta llegar a esa desnudez, a esa entrega, que es entrega de amor; pero fundamentada en la mortificación, en el dolor.

Para un cristiano, la alegría no es una alegría fisiológica, de animal sano, sino que procede de una causa sobrenatural: tiene sus raíces en forma de cruz.

El Padre continúa preocupado, pero no por eso piensa en restringir su actividad, ni el apostolado de sus hijos.

Una noche, suena el teléfono en la casa de Diego de León. Han dado ya las doce. Cuando don Josemaría descuelga el auricular, escucha una voz familiar, que pronuncia su nombre y luego dice en latín unas palabras de Cristo a los Apóstoles: *Ecce Satanas expetivit vos ut cribaret sicut triticum*: «Simón, Simón, he aquí que Satanás, os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe...» (Luc. XXII, 31–32). Tras unos instantes de silencio, la voz vuelve a sonar: *et tu confirma filios tuos*. Luego se corta la comunicación.

El Obispo de Madrid, que suele acostarse tarde, le ha llamado para darle a entender, con esas palabras, que la persecución arrecia. Para animarle y ayudarle a mantener la fe de los primeros miembros de la Obra, ha modificado ligeramente la segunda parte del versículo de San Lucas: «*et tu confirma filios tuos*». Y tú, confirma «a tus hijos» (en lugar de «a tus hermanos»).

Los miembros de la Obra permanecen serenos, aunque sufren al pensar en lo que estará sufriendo el Padre. Éste les explica que Dios nuestro Señor, para hacernos más eficaces, nos ha bendecido con la

Cruz. En su tierra –les dice– pinchan la primera florada de higos, que se llenan así de dulzura y sazonan antes.

Todo cuanto acontece, si se vive con fe, con humildad y con espíritu cristiano, ayuda a mejorar y a hacer más eficaz el apostolado.

Un viaje a Barcelona

El Padre puede reconfortar de viva voz a los que viven cerca de él en Madrid o a sus hijos de Valencia, pero no ocurre lo mismo con los de Barcelona, donde alrededor de media docena de jóvenes estudiantes procuran mantenerse firmes bajo la tormenta en un pisito que con buen humor llaman El Palau (el palacio). Y es que don Josemaría sabe que el Gobernador Civil está resuelto a detenerle si se presenta en la Ciudad. No obstante, en 1941, no puede aguantar más y así, después de pedir consejo al Nuncio, Mons. Cicognani, toma un billete de avión para Barcelona con el nombre de José María E. de Balaguer, con idea de permanecer allí sólo veinticuatro horas (Balaguer es una ciudad de Cataluña, de donde era oriunda su familia paterna).

Su llegada proporciona un gozo inmenso a sus hijos, a quienes les anima a seguir siendo optimistas: Nosotros, por ser hijos de Dios, hemos de estar siempre alegres. ¿Aunque nos rompan la cabeza? Sí: aunque tengamos que ir con la cabeza abierta, porque será señal de que Nuestro Padre Dios quiere que la llevemos abierta.

El vendaval de la persecución es bueno. –¿Qué se pierde?... No se pierde lo que está perdido. –Cuando no se arranca el árbol de cuajo y el árbol de la Iglesia no hay viento ni huracán que pueda arrancarlo– solamente se caen las ramas secas... Y éstas, bien caídas están.

¿Qué te importa, cuando vas derecho a tu fin, cabeza y corazón borrachos de Dios, el clamor del viento o el cantar de la chicharra, o el mugido, o el gruñido o el relincho?... Además... es inevitable: no pretendas poner puertas al campo.

Uno de los locos rumores que circulaban entonces por Barcelona, propalado por «almas bienintencionadas», era que los miembros de la Obra hacían sacrificios humanos y se clavaban en una cruz de madera... El origen de este infundio estaba en una cruz de palo que el Padre había hecho poner en una habitación que comunicaba con la sala de estudio, esa pobre cruz de madera, sola y despreciable, de la que hablaba en Camino: Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú.

No podía concebirse nada más absurdo, pero, a pesar de todo, el Padre les aconseja que la sustituyan por otra mucho más pequeña... Así no podrá decir nadie que se crucifican, porque no caben....

Unos meses más tarde, el director de «El Palau» asegurará al Padre que, a pesar de las contradicciones y las calumnias, a ninguno de sus hijos de Barcelona le ha pasado por la cabeza ni el más mínimo pensamiento contra los que les atacan.

El viento de la persecución

En Madrid, algunas personas, para perjudicar a la Obra, aconsejan a algunos estudiantes, sobre los que tienen influencia, que se introduzcan entre los que participan en los medios de formación que ofrece el Opus Dei. Esos «falsos hermanos» se fijan, entre otras cosas, en un detalle ornamental del oratorio de la residencia de Jenner: un friso que el Padre había hecho pintar, a corta distancia del techo, con las palabras de un himno litúrgico (Congregavit nos in unum Christi amor, el amor de Cristo nos ha reunido), seguidas de unas frases de los Hechos de los Apóstoles: Erant autem perseverantes in doctrina Apostolorum, in communicatione fractionis panis et orationibus (Act. II,42): «Perseveraban todos en la enseñanza de los apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en las oraciones». Las palabras latinas estaban separadas por motivos decorativos y símbolos eucarísticos y litúrgicos tradicionales: los panes, la espiga, la vid, la luz, la paloma, la cruz... Aquellos pobres chicos infiltrados, en su ignorancia, hacen correr el rumor de que se trata de signos cabalísticos ...

En Barcelona ocurre algo parecido. A tal punto llegan las cosas que el nuevo abad coadjutor del Monasterio de Montserrat, el P. Escarré, considera oportuno, el 9 de mayo de 1941, escribir al Obispo de Madrid para pedirle información autorizada sobre el Opus Dei, con objeto de poder dar una respuesta a quienes le preguntan. Monseñor Eijo y Garay le contesta en los siguientes términos:

«Yo sé el revuelo que en Barcelona se ha levantado contra el Opus Dei. Lo triste es que personas muy dadas a Dios sean el instrumento para el mal; claro es que putantes se obsequium praestare Deo. Lo conozco todo, porque el Opus Dei, desde que se fundó en 1928, está tan en manos de la Iglesia que el Ordinario diocesano, es decir, o mi Vicario general o yo, sabemos, y cuando es menester dirigimos, todos sus pasos; de suerte que desde sus primeros vagidos hasta sus actuales ayes resuenan en nuestros oídos y... en nuestro corazón. Porque, créame, Rmo. P. Abad, el Opus es verdaderamente Dei, desde su primera idea y en todos sus pasos y trabajos. El Dr. Escrivá es un sacerdote modelo, escogido por Dios para santificación de muchas almas, humilde, prudente, abnegado, dócil en extremo a su Prelado, de escogida inteligencia, de muy sólida formación doctrinal y espiritual, ardientemente celoso (...). Conozco todas las acusaciones que se lanzan; sé que son falsas; sé que se persigue a algunas personas, incluso en sus intereses, creyéndolos del Opus Dei ¡y no lo

son!; cómo se inquieta a los padres y a las madres de los alumnos, y se requiere la acción de autoridades públicas; (...) de todo ello no sacará el Señor más que bien para el Opus Dei; pero duele el descrédito de los buenos que así persiguen lo bueno».

La persecución, en efecto, no se limita a los miembros del Opus Dei; se dirige también contra sus familias. La madre de un estudiante que, poco antes, había pedido la admisión al Opus Dei en Valencia, es visitada, con ocasión de un viaje a Barcelona, por un religioso que ella no conocía. Lleno de «caridad», le dice que su hijo va a condenarse si sigue al Padre Escrivá, pues éste enseña que es posible ser santo en medio del mundo, y le ruega encarecidamente que le haga desistir de seguir ese camino, olvidando que el joven es mayor de edad. Aquella pobre mujer quedó tan impresionada que tuvo que guardar cama durante varios días. Hasta que, a pesar de que aquel religioso le había dicho que no lo hiciera, la buena señora fue a consultar al Vicario de la diócesis de Valencia, don Antonio Rodilla, el cual no sólo la tranquilizó, sino que afirmó con fuerza que su hijo había encontrado en el Opus Dei un auténtico camino de santidad en el mundo.

Don Antonio Rodilla tuvo que disipar también otras muchas mentiras que circulaban entre algunos obispos, consiliarios de Acción Católica, religiosos y religiosas. Porque no se trataba ya de críticas más o menos aisladas, sino de un auténtico vendaval de persecución alimentado por pérfidas calumnias.

El Padre cambia de confesor

Desde su regreso a Madrid, don Josemaría ha vuelto a confesarse habitualmente con su antiguo confesor, el P. Sánchez Ruiz. Aunque sigue confiándole solamente su vida interior, no lo que se refiere al Opus Dei propiamente dicho, le habla de su desconcierto en cuanto estallan los primeros rumores calumniosos.

Cosa curiosa: no encuentra en él el consuelo que esperaba... Hasta que un día, el P. Sánchez, muy nervioso, le dice de sopetón lo que piensa: la Santa Sede jamás aprobará el Opus Dei. Y cita, para apoyar su opinión, un artículo –poco adecuado, por cierto– del Código de Derecho Canónico.

Don Josemaría queda consternado ante este súbito cambio, ya que su confesor siempre se había mostrado convencido del origen divino de lo que había pasado en su alma aquel 2 de octubre de 1928. Es más, cuando le había ido a visitar el 14 de febrero de 1930, después de haber visto, en la Misa, la necesidad de fundar una Sección de mujeres del Opus Dei, el P. Sánchez le había dicho que «aquello era tan de Dios como lo demás».

¿Cómo explicar este cambio de actitud sin pensar que ha sido presionado para que le disuada de fundar el Opus Dei?

Don Josemaría no concibe la dirección espiritual al margen de un clima de plena confianza. Por eso decide dejar de verle, no sin antes explicarle, con toda delicadeza, que después de lo que le ha dicho, no le parece oportuno seguir confesándose con él. Corre el año 1940 y el Fundador toma como confesor a un sacerdote amigo suyo, don José María García Lahiguera, director espiritual del seminario diocesano de Madrid.

Primera aprobación oficial

Mons. Eijo y Garay está preocupado. Hacia 1940–41, el Señor permite una contradicción tremenda contra el Opus Dei, y el Obispo de Madrid, que sigue paso a paso la vida y desarrollo de la Obra, determina dar la primera aprobación diocesana, para ver si así se acalla la persecución.

El Fundador queda perplejo ante la proposición. Sabe que cuenta con el apoyo y estímulo de su obispo, al que siempre ha tenido informado, pero, como buen canonista, comprende perfectamente que la Obra tiene que crecer y madurar antes de encontrar su propio camino jurídico, pues su novedad planteará, sin duda, la necesidad de reformar la legislación en vigor.

Mientras el Señor permitía estas contradicciones, ocurrió un acontecimiento: el 22 de agosto de 1940 había fallecido el Arzobispo de Toledo y sabe el Padre que el candidato más probable para sucederle es precisamente el Obispo de Madrid.

Por eso, con lealtad, en una conversación, le dice a don Leopoldo: Señor Obispo, déjenos, no nos ayude; ¿no se da cuenta de que se juega la mitra de Toledo? Y don Leopoldo le contesta: «Josemaría, lo que me juego es el alma».

Unos meses más tarde, el Padre se da cuenta de que todavía no ha presentado a Mons. Eijo y Garay los documentos pertinentes.

–Señor Obispo, yo quiero ser siempre muy obediente a Vuestra Excelencia y sin embargo, a pesar de que hace mucho tiempo me ha pedido los documentos para proceder a la aprobación de la Obra, no se los he traído: sólo hoy me he dado cuenta de esto, de que no hago lo que el Señor Obispo me ha dicho. Y, al darme cuenta, he sentido una gran alegría, porque cualquier otro eclesiástico hubiera venido enseguida al Palacio Episcopal, trayendo esos documentos que el Señor Obispo había pedido: así he tenido una nueva prueba de que la Obra no es mía, sino de Dios; si no la aprueba usted, la aprobará su sucesor...

El 14 de febrero de 1941, el Fundador presenta la solicitud de aprobación, con la documentación requerida. El 24 de marzo el Obispo de Madrid firma el decreto que, en virtud del artículo 708 del Código de Derecho Canónico (por el que los simples fieles pueden asociarse para obras de piedad y caridad), da al Opus Dei la

aprobación como Pía Unión pero, como le ha pedido don Josemaría, sin erigirlo canónicamente. Don Leopoldo ha tenido la delicadeza de fechar el documento el 19 de marzo, festividad de San José, fiesta del Patrono que celebra el Fundador. Además de la fórmula ritual, añade algunas palabras que testimonian su afecto y estímulo hacia el Opus Dei: «Y pedimos a Dios Nuestro Señor, por intercesión de San José, en cuya fiesta tenemos la satisfacción de aprobar canónicamente tan importante Obra de celo, que conceda que no se malogre ninguno de los grandes frutos que de ella esperamos».

Cuando Mons. Eijo y Garay comunica la noticia a don Josemaría, éste se encuentra en la casa de Diego de León. Inmediatamente, va a buscar a su madre y a los pocos miembros de la Obra que están allí. Todos juntos, entran en el oratorio y se postran de rodillas ante el Sagrario, para dar gracias.

4. MADRID, 14 DE FEBRERO DE 1943

Este año, el decimotercero aniversario de la fundación de la Sección femenina del Opus Dei cae en domingo y don Josemaría Escrivá de Balaguer celebra la Santa Misa para sus hijas en un Centro situado en la calle de Jorge Manrique.

En las palabras que acaba de dirigirles, les ha recordado aquella otra Misa del 14 de febrero de 1930, cuando, después de la comunión, había experimentado en su alma el mismo sentimiento que debe tener un padre a quien Dios le envía un hijo que no esperaba:

Y desde entonces, me parece que estoy obligado a teneros más afecto: os veo como una madre ve al hijo pequeño... Yo os aseguro que ha sido voluntad expresa del Señor –señalada en este día del año treinta– la razón por la cual existe la Sección femenina del Opus Dei: El lo ha querido.

La afluencia de vocaciones ha hecho posible, en julio de 1942, que se abra ese Centro, situado en un hotelito pequeño, de tres plantas y sótano, que permite ciertos arreglos. Dolores Fisac, Nisa González Guzmán y Encarnación Ortega –la cual ha conocido al Padre durante aquel curso de retiro de 1941– viven ya allí. El Padre ha dado indicaciones precisas para la instalación del oratorio, en el que celebra Misa con frecuencia y dirige la palabra a las presentes.

Una luz nueva

En esos meses y también en ese día, a don Josemaría le ronda una preocupación, un problema que se esfuerza en vano por resolver, a pesar de que, desde hace tiempo, reza mucho por esa cuestión y ofrece, como siempre, duras mortificaciones. Se trata de la incardinación de sacerdotes a la Obra, algo que ha visto desde el principio y resulta necesario para completar la fisonomía del Opus Dei, que es eminentemente secular, sí, pero que no podrá realizar su fin si no cuenta, para reforzar la formación de sus miembros y

administrarles los sacramentos, con algunos sacerdotes empapados de su espíritu y capaces de ayudar a la expansión de sus apostolados.

Los que, antes de la guerra, le habían ayudado, no habían acabado de comprender el espíritu de la Obra, a pesar de que él se había esforzado en transmitírselo; además, tampoco habían captado la necesidad de estar muy unidos al Fundador, única forma de garantizar la coherencia y la expansión apostólica.

Hacia ya mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que, para conseguir esos fines, la única solución sería ordenar sacerdotes a algunos miembros laicos del Opus Dei, previamente formados en el espíritu de la Obra. Sólo así podría garantizarse la necesaria unidad.

Lo ha comentado con aquellos hijos suyos que, a su juicio, podrían responder a esa llamada al sacerdocio; Álvaro del Portillo y José María Hernández de Garnica, los cuales habían dado una respuesta afirmativa.

Ahora que el trabajo apostólico se extiende, el Padre vuelve a pensar insistentemente en ello, aunque llevarlo a cabo plantea problemas prácticos y jurídicos muy serios. Porque el sacerdote tiene que ser llamado al sacerdocio y ordenado por un obispo (esta condición puede solventarse, pues no faltan obispos que comprenden la Obra y la alientan) y tiene también que recibir una formación previa –filosófica, teológica y jurídica–, impartida de ordinario en los seminarios diocesanos. Tiene, finalmente, que estar vinculado a un obispo o, al menos, estar incardinado, es decir, vinculado canónicamente a la Iglesia.

El Obispo de Madrid, don Leopoldo Eijo y Garay, está dispuesto a llamar al sacerdocio y ordenar a aquellos miembros de la Obra que don Josemaría le proponga. De hecho, Álvaro y José María han comenzado ya, fuera del seminario, sus estudios de filosofía y teología, y a ellos se les ha unido José Luis Múzquiz, ingeniero de caminos, que había conocido la Obra antes de la guerra, en 1935.

Los tres se han examinado ya de numerosas asignaturas en el seminario diocesano, con gran éxito. Porque don Josemaría ha puesto especial empeño en que tengan los mejores profesores, dando las razones a quienes se lo han preguntado...: La segunda, por agradar a Dios; la tercera, porque había muchos ojos llenos de cariño puestos en nosotros, y no se podía defraudar a esas almas; la cuarta, porque había gente que no nos quería, y buscaba una ocasión para atacar, después, porque en la vida profesional he exigido siempre a mis hijos la mejor formación, y no iba a ser menos en la formación religiosa. Pero, además de todas esas razones, hay otra, la más importante a juicio del Fundador, que suele enunciar como resumen de todas: La primera razón –puesto que yo me puedo morir de un momento a otro–, porque

tengo que dar cuenta a Dios de lo que he hecho y deseo ardientemente salvar mi alma.

La condición para poder ordenar sacerdotes –el «título de ordenación»– es la que plantea problemas más graves, prácticamente insolubles. El Padre ha pedido consejo a diversas personalidades eclesásticas, entre ellas a Mons. Eijo y Garay, pero ninguna de las soluciones que le han sugerido le parece razonable.

Desde hace días, tiene la sensación de estar frente a una muralla, aunque mantiene la convicción de que debe existir una respuesta, ya que los sacerdotes estaban presentes cuando el Señor le hizo ver el Opus Dei aquel 2 de octubre de 1928.

Una vez más, se hace la luz durante la Santa Misa. Cuando acaba de decirlo este 14 de febrero de 1943, tiene la solución: una sociedad sacerdotal orientada al apostolado. Sin perder tiempo dibuja en su agenda una cruz latina inscrita en una circunferencia, que será en adelante el sello del Opus Dei.

Queda, ahora, someter a las autoridades competentes el proyecto que acaba de concebir, un proyecto que, con la ayuda de Dios, saldrá adelante. No será fácil encontrar la solución jurídica precisa, pero el objetivo es claro y tiene la ventaja de que no hay que recurrir, como le habían propuesto sus amigos, a fórmulas incompatibles con el espíritu del Opus Dei o de hecho impracticables.

Estudio y gestiones jurídicas

Al día siguiente, el Padre se traslada a El Escorial, donde sus tres hijos están preparándose intensamente para ser ordenados. Nada más llegar, habla con Álvaro del Portillo. Paseando junto al monasterio construido por Felipe II, le explica brevemente lo que ha visto la víspera y las gestiones jurídicas que este nuevo desarrollo de la Obra exigen. Luego, le pide que regrese con él a Madrid. Quiere el Padre elaborar una propuesta concreta y bien estructurada que el Obispo de Madrid pueda hacer llegar a la Santa Sede.

Dos miembros de la Obra estaban ya en Roma desde el mes de noviembre de 1942, especializándose en derecho canónico en una universidad pontificia. El Padre les había recomendado que aprovecharan su estancia para dar a conocer la Obra a algunas personalidades de la Curia romana. Sin embargo, ahora, lo que ha sucedido en su alma le inclina a pensar que hace falta algo más y estima que Álvaro del Portillo, como secretario general del Opus Dei, debe desplazarse cuanto antes a la Ciudad Eterna para presentar ante la Santa Sede un proyecto preciso de aprobación.

El 25 de mayo de 1943, el avión en que viajaba Álvaro aterriza en el aeropuerto de Roma tras un viaje bastante accidentado, a causa de la guerra. El 4 de junio le recibe el Papa Pío XII, a quien presenta los documentos elaborados por el Fundador del Opus Dei,

acompañados de una carta de Mons. Eijo y Garay. Álvaro responde a las preguntas que, en relación con la Obra, le hace el Papa. Luego, visita a varias personalidades eclesíásticas, entre ellas al Cardenal Maglione, secretario de Estado, y Mons. Juan Bautista Montini, sustituto de la Secretaría de Estado.

Primera aprobación pontificia

Cuando regresa, el 21 de junio, Álvaro anuncia al Padre que se puede esperar una primera aprobación pontificia, conocida con el nombre de *appositio manuum*.

Don Josemaría siente una inmensa alegría. Hacia meses que venía rezando por esa intención, y, antes de partir Álvaro, había intensificado sus oraciones y había pedido a los que le rodeaban que rezasen también.

Su primer hijo espiritual, Isidoro, ha ofrecido por esa misma intención sus dolores físicos. Hace dos años que padece una dolencia incurable –cáncer de ganglios, la enfermedad de Hodgkin– y el médico dice que le quedan pocos meses de vida. En enero, ha tenido que dejar su trabajo para ingresar en una clínica, donde siempre le acompaña alguno de sus hermanos.

Nuevo proceso a las intenciones

Esta primera aprobación llega muy a punto, porque la campaña de calumnias no cesa. Al contrario, crece.

Para el Opus Dei, el período de gestación ha quedado atrás. La casa de la calle de Diego de León está llena de jóvenes miembros de la Obra, todos estudiantes, que en ella reciben una intensa formación ascética y doctrinal. En cuanto a los mayores, han entrado ya en la vida profesional, siguiendo las huellas de Álvaro del Portillo, Isidoro Zorzano, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz, todos ingenieros, y de Ricardo Fernández Vallespín, que acaba de abrir un estudio de arquitecto. Algunos otros se presentan, en cuanto el Ministerio de Educación las convoca, a concursos u oposiciones que abren camino a la enseñanza superior. Algo que, inexplicablemente, provoca enseguida comentarios absurdos. Porque, antes incluso de que algún miembro de la Obra haya ganado unas oposiciones, corre un rumor que parece proceder de la misma fuente de siempre: «¡El Opus Dei quiere apoderarse de la Universidad!».

El rumor hace reír –y sufrir– a los hijos de don Josemaría: son muy pocos los que se presentan a oposiciones a cátedra y, entre 1940 y 1943, de un total de ciento cuarenta y cinco plazas convocadas, sólo siete obtienen una... Es más: algunos de los que se han presentado tienen la impresión, bien fundada, de que no la han obtenido precisamente por ser del Opus Dei.

Durante un curso de retiro que el Padre dirige en Diego de León entre el 4 y el 9 de septiembre de 1942, vuelve a afirmar una vez más

ante sus hijos, con energía, el principio intangible de la absoluta autonomía de los miembros de la Obra en sus tareas profesionales. Nuestro fin –viene a decirles– consiste en santificarnos para santificar a los demás. Para ello, los únicos medios son la oración, los sacramentos, el sacrificio y un trabajo perseverante y bien hecho. Nuestro fin no es ocupar puestos más o menos relevantes, sean los que sean. Si sois buenos cristianos, si cumplís vuestros deberes con la sociedad y con la patria, si estudiáis y trabajáis con orden y perseverancia, si ejercéis como es debido vuestros derechos y deberes ciudadanos, no será extraño que algunos ocupéis un día puestos importantes. Pero eso será asunto vuestro, no de la Obra. Porque la Obra no facilita empleo a nadie, no ofrece puestos a nadie. En el Opus Dei, no encontraréis más que ayuda espiritual y formación cristiana, el ejemplo de vuestros hermanos mayores –que os estimulará para trabajar de firme– y una predicación que os animará a huir de lo fácil y a complicaros la vida. Pero procurar puestos de trabajo o empujar a algunos a lograrlos, eso nunca, ¡nunca!

El Padre ha pronunciado estas palabras con el vigor que le caracteriza, sobre todo cuando se trata de un punto fundamental de su doctrina. Algo, por otra parte, que sus hijos saben bien y han practicado siempre.

A quienes, ajenos a esta realidad, insinúan que los miembros de la Obra podrían ayudarse mutuamente para lograr puestos relevantes, don Josemaría les responde, con la misma energía, que no es así, que les está prohibido hacerlo y que, además, sería paradójico y estúpido que quien ha renunciado a tantas cosas para seguir a Cristo arriesgase su destino eterno practicando el favoritismo, y, por tanto, faltando a la justicia.

Por otra parte, nada más alejado del espíritu de la Obra que la idea de ghetto, es decir, la tendencia a formar grupitos dentro de la universidad, de un centro de investigación, de una facultad o donde sea. Tal forma de actuar va contra la forma de ser de sus miembros. Jamás hemos constituido –afirma el Fundador– ni constituiremos grupos, del tipo que sean. Lo que nos caracteriza es el abrirnos en abanico, siguiendo cada cual su propio camino, trabajando donde esté y llevando consigo la simiente de Cristo.

El Padre, personalmente, ha empezado por dar ejemplo al aceptar dar clases de deontología en la Escuela de Periodismo de Madrid, inaugurada en 1940. Allí ha encontrado –más que en el Consejo Nacional de Educación, del cual ha sido nombrado miembro ese mismo año, pero que es un cargo más bien honorífico– una oportunidad de impregnar de espíritu cristiano y de una ética profesional rigurosa y dinámica a futuros o actuales periodistas.

Tal tarea ha venido a unirse a las numerosas actividades que tiene entre manos, a pesar de su agotamiento –del cual no se ha recuperado desde los avatares de la guerra– y de sus muchos sufrimientos, nacidos de tanta incomprensión.

La muerte de una madre

Todo ello, sin contar que había experimentado una dura prueba en la primavera de 1941.

A mediados del mes de abril, su madre había enfermado. Al principio, el médico diagnosticó una pulmonía y don Josemaría estaba preocupado: el Administrador apostólico de la diócesis de Lérida le había pedido que diese unos ejercicios espirituales a sus sacerdotes, y estaría ausente unos días. Sin embargo, el pronóstico relativamente optimista del médico le animó a partir.

Antes de emprender viaje, fue a despedirse de su madre:

–Ofrece tus molestias por esa labor que voy a hacer –le dijo.

Ya salía de la habitación, cuando oyó que su madre exclamaba, en voz baja:

–¡Este hijo!

Nada más llegar al Seminario de Lérida, se había arrodillado ante el Sagrario:

–Señor, cuida de mi madre, puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes.

Dos días más tarde, el 22 de abril, pensando también en su madre enferma en Madrid, había dedicado una de sus pláticas a la figura de la madre del sacerdote, diciéndoles que su papel era tan importante que pedía al Señor que concediese a todos sus sacerdotes el que no muriese hasta el día siguiente al que ellos abandonasen este mundo...

Al terminar, se había arrodillado ante el Santísimo Sacramento. De pronto, se había abierto la puerta y el administrador apostólico de la diócesis, Mons. Moll, que participaba en los ejercicios, se había acercado a él.

–Álvaro del Portillo le llama por teléfono.

Doña Dolores había fallecido.

Profundamente impresionado, había vuelto enseguida al oratorio:

–Señor, ¿esto me haces? ¿Mientras yo estaba cuidando de tus curas, Tú me haces esto?

Pronto, sin embargo, había comprendido que el Señor se había llevado a su madre porque estaba madura para el cielo. Y habían venido las lágrimas, abundantes como las de un niño, mientras rezaba una oración que había recomendado muchas veces a quienes tenían que aceptar un querer divino especialmente doloroso:

Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. – Amén. – Amén.

No sin razón, el Señor le había pedido esta renuncia precisamente cuando estaba predicando a los sacerdotes. La paz que había seguido a su lenta y dolorosa invocación le proporcionó la certeza de que su madre, desde el Cielo, intercedería por esos sacerdotes diocesanos a los que él tanto se había dado.

El gobernador civil de Lérida, Juan Antonio Cremades, amigo suyo desde su época de estudiante en la Universidad de Zaragoza, le facilitó un automóvil para que regresara a Madrid.

Cuando el Padre entró en el oratorio de la casa de Diego de León, su madre reposaba ya allí, velada por miembros de la Obra. Arrodillado ante el cadáver, las lágrimas brotaron de nuevo. Y cuando los presentes vieron que se levantaba y pedía una estola, pensaron que quería rezar un responso, pero él entonó el Te Deum...

Con todo, el Padre siguió quejándose, como un hijo:

Dios mío, Dios mío, ¿qué has hecho? Me has quitado todo: todo me lo quitas. Yo pensaba que mi madre les hacía mucha falta a estas hijas mías, y me dejas sin nada... ¡sin nada!

Dos días más tarde, su reacción había sido distinta al dirigirse al Señor en presencia de sus hijos:

Señor, estoy contento porque sé que Tú la quieres y porque has tenido un detalle de confianza conmigo... Hay que procurar que todos mis hijos estén junto a sus padres cuando éstos mueran, pero a veces no será posible. Y has dispuesto, Señor, que en esto haya ido yo delante.

Todo para Dios

La campaña de calumnias contra el Opus Dei arrecia y el abatimiento físico de don Josemaría es tal que sus hijos logran convencerle, no sin esfuerzo, para que descanse al menos una semana.

En septiembre de 1941, pasa unos días en La Granja de San Ildefonso, cerca de Segovia. Celebra la Santa Misa en la Colegiata del Palacio que Felipe V había mandado construir al pie de la Sierra de Guadarrama, imitando el estilo versallesco. El Fundador no deja de rezar en reparación por las acusaciones de que es objeto. Hace un acto de abandono en las manos de Dios, y pide al Señor con insistencia que le ilumine y le ayude. De repente, vuelve a ocurrirle lo mismo que le sobrevino en Madrid, en los años treinta: que el Señor le dejó casi totalmente a oscuras y el demonio aprovechó para soplarle al oído, sin palabras:

«Todo lo que estás haciendo no es cosa de Dios; todo esto – remover almas, hacer que la gente deje a su familia y se vaya

contigo— es para dedicarse a una cosa tuya nada más... Los estás engañando...»

Su reacción es exactamente la misma que la que tuvo entonces: Señor, si la Obra no es para servirte, para servir a tu Iglesia, haz que se destruya inmediatamente.

Al punto, le invade una paz total, que disipa toda duda y amargura. Respuesta sin palabras equivalente a la frase tranquilizadora de Jesús a los incrédulos Apóstoles cuando creían que la barca se iba a pique entre las olas encrespadas del lago de Tiberiades: «Soy Yo, no temáis» (Mat. XIV, 27).

5. TUY, FEBRERO DE 1945

—Sor Lucia: con todo lo que hablan de usted y de mí, ¡si encima nos vamos al infierno!

—Verdaderamente, tiene usted razón.

La vidente de Fátima se ha quedado un momento pensativa, antes de pronunciar estas palabras. Al Fundador del Opus Dei, por su parte, le ha sorprendido gratamente esta prueba de humildad de Sor Lucia, que se ha visto reforzada por una ligera alteración de la voz.

Después de las apariciones de la Santísima Virgen a tres pastorcitos, que han atraído y siguen atrayendo multitudes a Fátima, la única superviviente de los tres videntes se ha convertido en hermana lega de una Congregación religiosa y se esfuerza por permanecer en el anonimato. Mons. José López Ortiz, Obispo de la diócesis gallega de Tuy, donde reside Sor Lucia en esas fechas, ha querido hacer una excepción a favor de don Josemaría, íntimo amigo suyo, y le ofrece tener una entrevista, aprovechando una visita de la religiosa al obispado. Don Josemaría acepta.

Durante la conversación que mantienen ambos, Sor Lucia dos Santos expresa al Fundador del Opus Dei su deseo de que comience la labor de la Obra en Portugal. Don Josemaría, que ya había pensado en empezar, pero no de un modo inmediato, le pide que contribuya, con sus oraciones, a preparar el camino para que esta empresa sobrenatural tenga éxito: Siempre que la veo —dirá años más tarde— le recuerdo que tiene una buena parte en el comienzo de la Obra en Portugal.

En Portugal

A causa de la guerra, hay grandes dificultades para pasar de España a Portugal y quedarse allí algún tiempo, como desea el Padre. Sin embargo, unos días más tarde, gracias a una eficaz gestión de Sor Lucia todo se ha arreglado, y don Josemaría tiene la dicha de orar en la «capelinha» de Fátima y de poner bajo la protección de la Santísima Virgen la primera expansión apostólica de la Obra fuera de España.

En este viaje, además de Álvaro del Portillo –que acompañaba al Padre–, se unen el Obispo de Tuy y su secretario D. Eliodoro Gil. Don Josemaría se entrevista con el Obispo de Oporto, con el de Leiría –diócesis donde se encuentra el Santuario de Fátima– y con el Cardenal Patriarca de Lisboa, Mons. Gonsalves Cerejeira, el cual queda gratamente sorprendido por las perspectivas apostólicas que abre el espíritu del Opus Dei. Aconseja al Fundador que inicie la labor en Portugal por Coimbra, ciudad universitaria en la que él mismo ha sido profesor, y don Josemaría se traslada allí, donde se entrevista con el obispo de la diócesis.

A comienzos de 1945, el mundo sigue todavía en guerra y la Iglesia empieza a ser perseguida en los países del Este. Confiando en el arma poderosa que es el Rosario para combatir contra los enemigos de la fe, el Padre fecha en Fátima el prólogo a la cuarta edición de su Santo Rosario. En él alude a esa seria amenaza: «Saeta que hiere es la lengua de ellos», dice Jeremías (IX, 8). Ojalá sepas y quieras tú –añade don Josemaría– curar esas heridas con esta admirable devoción mariana y con tu caridad vigilante.

Esta edición va firmada con el nombre de Josemaría Escrivá de Balaguer. Ha adoptado este apellido para distinguir a su familia de los Escrivá de Romaní, oriundos de la región valenciana y muy conocidos en España, lo cual podía dar lugar a confusiones. Ya en aquel viaje de incógnito que había hecho en 1941 a Barcelona había recurrido a ese apelativo, recordando la ciudad de donde era oriunda su familia paterna.

El antiguo sueño que don Josemaría simbolizaba en los años treinta, ante el asombro de sus hijos, dibujando una cruz griega terminada en flechas dirigidas a los cuatro puntos cardinales, va a realizarse enseguida, tan pronto como termine la segunda guerra mundial.

Así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas.

El «nihil obstat» de la Santa Sede

Con todo, ¡cuánto camino recorrido ya desde ese 11 de octubre de 1943 en el que Pío XII había firmado la *appositio manuum* de la Santa Sede! En esa fecha la Iglesia celebra la festividad de la Maternidad de María, lo cual era para el Fundador una prueba manifiesta de la intercesión de la Señora.

El 8 de diciembre de ese mismo año, festividad de la Inmaculada Concepción, el obispo de Madrid había dado ejecución, en su diócesis, a la decisión pontificia. La oración de todos, unidos al Padre, y los sacrificios ofrecidos día tras día por esa intención habían

hecho posible obtener esa primera aprobación de la Iglesia. Entre ellos, el de Isidoro, que había ofrecido sus sufrimientos y su misma vida, entregada a Dios santamente el 15 de julio, a las cinco y media de la tarde. «¡Qué suerte tengo de estar enfermo precisamente ahora – había dicho poco antes de morir–, tener algo que ofrecer, esta enfermedad, cuando están pendientes asuntos tan importantes!».

El Padre, al enterarse de que acababa de fallecer, había interrumpido un retiro, que estaba predicando a un grupo de mujeres de la Obra, y se había trasladado a la clínica para rezar junto al cuerpo del que había sido su primer hijo fiel, el primero que había perseverado sin dudar un solo instante de su vocación a partir de aquella conversación que tuvo el año 30 con el Fundador en el Patronato de Enfermos.

Prosigue la expansión en España

Apoyado firmemente en la oración y la penitencia, prosigue la labor apostólica en distintas ciudades españolas: Valencia, Valladolid, Zaragoza...

El Padre multiplica sus viajes, a pesar de las dificultades y de lo que

quebrantan su salud –muy delicada– esos largos recorridos en automóvil, con visitas y charlas incesantes desde que llega a un sitio hasta que regresa a Madrid.

En Barcelona, la labor de la Obra empieza a ser mejor apreciada. El 26 de mayo de 1943, el Maestro de Ceremonias de la Catedral había bendecido el oratorio del Centro de la calle de Balmes, conocido desde los comienzos con el nombre de El Palau.

En julio, en Madrid, el propietario de la casa de la calle de Jenner había expresado su deseo de recuperar la vivienda, por lo que la residencia se había trasladado, poco después, a dos hotelitos situados en la Avenida de la Moncloa, cerca de la Ciudad Universitaria. Entre los dos, tenían capacidad para unos cien estudiantes.

La Moncloa será el nombre de la primera residencia de estudiantes de grandes dimensiones, sin perder por eso el ambiente de hogar que el Padre quiso darles desde el primer momento. Allí se vive una vida en familia, donde se aprende a convivir, a comprender, a querer a los demás, siempre con alegría y buen humor, rasgos característicos del espíritu de la Obra. No hay, por otra parte, limitaciones de tipo confesional, pues la residencia está abierta a todos, incluso a los no católicos. A los miembros de la Obra les brinda grandes posibilidades apostólicas, facilitándoles el trato personal, ese apostolado de amistad y confianza tan propio de su espíritu. Además, la residencia ofrece a otras muchas personas un lugar de encuentro, donde palpan la fraternidad cristiana y tienen

oportunidad de formarse mejor. Muchos estudiantes –unos residentes y otros que no viven allí, pero participan de los medios de formación que se ofrecen– recibirán la llamada a la santidad en su propio estado, sin salirse del mundo, en aquella residencia. Algunos, también, gracias al ambiente de La Moncloa, descubrirán una vocación de otra naturaleza –sacerdotal o religiosa– porque, al levantar la temperatura espiritual, cada alma muestra lo que da de sí y descubre su propio camino.

Los estudiantes que pasan por allí, cuando se encuentren más tarde en todas las encrucijadas del mundo, sabrán que deben santificarse allí donde estén y santificar sus tareas con su conducta cristiana, hayan recibido o no la vocación específica al Opus Dei. Tanto más en cuanto que la espiritualidad que han asimilado es esencialmente secular, apta para ser vivida por todos y cada uno en su propio ambiente: siendo estudiantes, en la Universidad, y luego en la vida familiar, profesional y social.

Al comenzar el curso escolar 1945–46, la expansión prosigue en España. En octubre, algunos miembros de la Obra se instalan en Sevilla para continuar sus estudios o ejercer su profesión, desarrollando, al mismo tiempo, una intensa labor apostólica.

Un apostolado fecundo

La Sección de mujeres, por su parte, también se había desarrollado lo suficiente como para que algunas, a petición del Padre, se hicieran cargo de la Administración de La Moncloa en sus aspectos materiales: conservación, decoración, restauración, alimentación, limpieza... Aunque trabajan en una zona totalmente independiente, separada del resto, proporcionan a la residencia ese ambiente de hogar que en la de la calle de Jenner habían sabido crear la madre y la hermana de don Josemaría. Habían tenido que contratar, para que las ayudasen, a algunas empleadas del servicio doméstico, pero el Padre, en este punto, también preveía el futuro: había pedido a sus hijas que extendiesen su apostolado a personas que, como aquellas empleadas, tuviesen como trabajo profesional el ayudar a las amas de casa en sus tareas domésticas. Ese trabajo debía considerarse, en efecto, como una auténtica profesión, susceptible, como cualquier otra, de santificar a quienes la ejercen y de ser santificada. No era –pensaba el Padre– una tarea útil pero servil o secundaria, como tantas personas –incluso buenas cristianas– atribuían a la labor de quienes llamaban «criadas». Para él la dignidad de un trabajo no estaba en función de su prestigio social, sino del amor que se pusiera al realizarlo. El mundo admira solamente el sacrificio con espectáculo, porque ignora el valor del sacrificio escondido y silencioso.

El Padre no dudaba en absoluto de que surgirían muchas vocaciones entre las empleadas de hogar.

La ordenación de los primeros sacerdotes

Con el desarrollo de los apostolados y la constante afluencia de vocaciones, la necesidad de contar con sacerdotes formados en el espíritu del Opus Dei se hacía cada vez más urgente.

La llegada de las correspondientes autorizaciones –diocesana y pontificia– había permitido a don Josemaría activar la ordenación de los tres miembros de la Obra que venían preparándose desde hacía años.

El 25 de junio de 1944, el Padre había celebrado la Santa Misa en el oratorio de Diego de León, ayudado por José María Albareda. Aunque estaba solo, había permanecido intensamente unido a la misa de ordenación que celebraban a la misma hora sus tres hijos –Álvaro del Portillo, José María Hernández de Garnica y José Luis Múzquiz– en la capilla del Palacio Episcopal. El Padre no había querido asistir a la ceremonia, para no convertirse en el polo de atracción de los asistentes, que, sin duda, hubiesen querido felicitarle... Pero no era él, sino Dios el que había promovido la Obra; sólo a Él le correspondía ser el centro de aquella ceremonia...

Unas semanas antes –el 20 de mayo– había contemplado, desde un rincón de la capilla, la administración de la tonsura, de manos de Mons. Eijo y Garay, que también les había ordenado. Una forunculosis aguda, sin embargo, le había impedido asistir cuando les fueron conferidas las cuatro órdenes menores.

Aquel 25 de junio, tras la ceremonia de la ordenación, había tenido una reunión de familia con sus hijos, con asistencia del obispo de Madrid. Al final, el Padre, en el oratorio, había pronunciado unas palabras:

Quando pasen los años... y yo, por ley natural, haya desaparecido hace ya mucho tiempo, vuestros hermanos os preguntarán: ¿qué hacía el Padre el día de la ordenación de los tres primeros? Respondedles sencillamente: el Padre nos repitió lo de siempre: oración, oración, oración; mortificación, mortificación, mortificación; trabajo, trabajo, trabajo.

Aquellos tres primeros sacerdotes eran, sin duda, fruto de su oración, prolongada años y años. Con todo, no sin largas vacilaciones se había resignado a que se ordenaran precisamente esos tres hijos suyos, que eran de los primeros y de los cuales se podían esperar muchos frutos apostólicos en su trabajo profesional. No obstante, su tristeza se tornaba en gozo al pensar en el inmenso bien que harían estos sacerdotes, y los que vendrían después, trabajando codo a codo con sus hermanos seculares; aunque serían siempre una ínfima minoría en proporción con éstos.

La ordenación de estos tres ingenieros no había pasado inadvertida. Los periódicos de Madrid habían señalado la presencia

en la ceremonia de un representante del Nuncio de Su Santidad en España, de numerosas personalidades eclesiásticas y de muchos profesores y alumnos de las facultades y escuelas especiales donde los nuevos sacerdotes habían cursado sus estudios. El acontecimiento había suscitado gran interés, pero también ciertos comentarios acerbos de algunos eclesiásticos, quienes, callando que los nuevos presbíteros habían hecho sus estudios durante varios años dirigidos por excelentes profesores, ponían en duda –como había previsto don Josemaría– la seriedad de su formación.

Había otras críticas que le divertían más, como la de quienes decían que, ahora, iba a matarles a trabajar... Ciertamente, no faltaba trabajo, y menos para estos sacerdotes que venían como llovidos del cielo. La Obra les había puesto inmediatamente a trabajar en su ministerio y las almas habían recibido aquella labor como la tierra las primeras lluvias de otoño. Además de la administración de los sacramentos, ¡qué ayuda para el Padre en la predicación y en la dirección de las almas! Y no sólo de las de sus hijas e hijos, sino también de otras muchas personas que se acercaban a la Obra.

Porque el Fundador continuaba respondiendo incansablemente, a pesar de su quebrantada salud, a las peticiones que le llegaban de todas partes. Durante un curso de retiro que había dirigido a los agustinos del Monasterio de El Escorial, del 3 al 11 de octubre de 1944, había experimentado un violento ataque de fiebre a causa de un ántrax en el cuello. El médico que había consultado, al observar otros síntomas concomitantes, había pensado en la diabetes. El Padre, a pesar de la fiebre, había continuado predicando, pero los análisis que posteriormente le hicieron confirmaron el diagnóstico: tenía diabetes. A partir de ese momento, había tenido que inyectarse insulina a diario, en dosis crecientes.

Ahora, los tres nuevos sacerdotes le ayudan en su tarea, viajando a

distintas ciudades españolas y asistiendo a sus hijas en la dirección de la Sección de mujeres y en su formación específica. Éstas, en noviembre de 1944, se habían instalado en Los Rosales, una vieja casona con un amplio jardín, situada en Villaviciosa de Odón, cerca de Madrid.

Viajes, predicación...

A lo largo de 1945, antes de ir a Portugal, la Obra sigue extendiéndose por diversas regiones españolas.

El 27 de marzo el Padre viaja a Andalucía para visitar a sus hijos que están en Sevilla y ver las posibilidades de instalarse en Granada. En ambas ciudades, visita diversas casas con jardín que podrían ser aptas para convertirse en residencias de estudiantes.

Cuando regresa a Madrid, tras entrevistarse con varios obispos del sur y sureste de la península, ha recorrido cerca de dos mil quinientos kilómetros en nueve días.

Un mes más tarde, Pedro Casciaro, con otros tres miembros de la Obra, se instala en Bilbao con idea de abrir cuanto antes una residencia.

El Padre, por su parte, dedica cada vez más tiempo a la formación de los miembros de la Obra, sin dejar por eso su acción apostólica directa en todos los ambientes.

Con frecuencia, hombres de Iglesia y representantes de diversas asociaciones religiosas le piden que dirija ejercicios espirituales. Don Josemaría acepta siempre que puede, pensando en el bien que puede derivarse para las almas y para la sociedad. Muchas personalidades, algunas de ellas muy conocidas, se benefician así de la predicación del Fundador del Opus Dei, aunque, para él, la posición social o la altura intelectual de quienes le escuchan es lo de menos. Su mensaje es el mismo para todos: que busquen la santificación allí donde estén, sea en un lugar modesto o en los puestos más altos del Estado. Que procuren con todas sus fuerzas santificar su trabajo, sus ocupaciones ordinarias, para que su tarea sea agradable a Dios y útil a los hombres; y que procuren también santificar a los demás con su trabajo, buscando en la vida profesional ocasión para ayudarles a encontrar el sentido último a la vida.

Que nadie piense, en ningún caso, que es preciso apartarse del mundo para ser piadoso, o llevar una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

Unidad de vida, responsabilidad frente a los demás, conversión a Dios de las almas y de toda la sociedad: un lenguaje que va dirigido a todos los hombres que viven inmersos en las actividades terrenales y no sólo a los miembros del Opus Dei, quienes lo único que hacen es responder de una manera específica, «vocacional», a esa llamada universal a la santidad, encontrando en la Obra estímulo y apoyo.

Durante la Cuaresma del año 1945, el Padre ha sido invitado a dar uno de los retiros espirituales organizados en una iglesia céntrica de Madrid por un grupo de profesores universitarios. Los demás predicadores son conocidos jesuitas y dominicos.

Lleva adelante todas estas actividades a pesar de que su diabetes es ya crónica; ha engordado mucho, se fatiga enseguida, le duele la cabeza y sufre de sed frecuente.

Durante los meses de verano, pasa algunos días cerca de Segovia, en Molinoviejo, una finca alquilada que es una esmeralda en la mano morena de Castilla. Allí, un tanto amontonados, se suceden

los grupos de miembros de la Obra que van a descansar un poco y, al mismo tiempo, a continuar en cursos especiales una formación intensiva que son como un alto para tomar impulso y lanzarse de nuevo a una labor apostólica más ágil y viva.

En septiembre, el Padre realiza un nuevo viaje a Portugal, el tercero, para preparar el comienzo de la labor apostólica. A su regreso, pasa por Santiago de Compostela, donde viven ya algunos hijos suyos, y, pasando por Oviedo, llega a Bilbao. Aquí, gracias a la ayuda de algunas familias amigas, entre ellas la de un aristócrata que don Josemaría había conocido durante la guerra civil en Burgos, los miembros de la Obra han encontrado una casa apta para residencia de estudiantes, la cual ya han comenzado a instalar. Como siempre, el objetivo es que esa actividad de formación, que repercutirá favorablemente en toda la región, sirva de complemento al apostolado personal que todos ejercen en su ambiente profesional y social. La residencia se llamará Abando.

Unos meses más tarde, en febrero de 1946, un miembro de la Obra se instala en Coimbra. Pronto seguirán otros.

De esta manera, con toda naturalidad, gracias al impulso del Fundador, la expansión del Opus Dei prosigue en España y se inicia fuera de sus fronteras.

Viendo lo que ha llegado a ser esta Obra de Dios nacida el 2 de octubre de 1928, repite ante sus hijos los versos de una vieja canción de su tierra:

*Capullico, capullico,
ya te estás volviendo rosa:
ya se está acercando el tiempo
de decirte alguna cosa.*

Soñad, y os quedaréis cortos, decía a los que le rodeaban en 1942.

Para el Fundador, aquello era sólo el principio. Porque para ser fiel a la misión recibida, tendrá que impulsar mucho más todavía la expansión de la Obra, acelerar el curso de los acontecimientos...

6. ROMA, 23 DE JUNIO DE 1946

Asomado a la terraza de un pequeño apartamento, en el último piso de una casa situada en la Piazza della Città Leonina, a la derecha de la columnata de la Plaza de San Pedro, don Josemaría Escrivá de Balaguer reza intensamente con los ojos fijos en las ventanas de las habitaciones pontificias, en lo alto del Palacio Vaticano.

Varias veces, a lo largo de la noche, don Álvaro del Portillo, José Orlandis y Salvador Canals han intentado, en vano, que descanse un rato. El viaje desde Génova, donde se encontraban esa misma mañana, ha sido largo y fatigoso para el Padre. En cuanto a la travesía del Mediterráneo, a bordo de un barco antiguo, del siglo XIX –el J. J. Sister–, ha resultado realmente accidentada. En Madrid, el médico había aconsejado a don Josemaría que no hiciera aquel viaje y, al saber que estaba decidido a realizarlo, había declinado toda responsabilidad.

El Fundador del Opus Dei pasa toda la noche rezando y contemplando alternativamente la cúpula de la basílica de San Pedro, bajo la cual se halla la tumba del primer Papa, y las ventanas tras las cuales habita su sucesor, el vicario de Cristo en la tierra. Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón, había escrito en cierta ocasión, para expresar de alguna manera sus sentimientos. Tantos años de espera y de esperanza de ver a Pedro van a tener ahora su recompensa; además el asunto sobrenatural que lo ha traído a Roma merece que ofrezca a Dios sacrificios adecuados.

Al divisar por primera vez la cúpula de San Pedro, hace ya algunas horas, el Padre ha invitado a sus acompañantes a rezar un Credo y ha pronunciado, con profunda emoción, las palabras finales del Símbolo de la fe: «Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica...».

Primeras gestiones en Roma

Una carta de don Álvaro del Portillo le había decidido, a mediados de junio, a emprender este viaje a Roma, donde el Secretario General del Opus Dei se encontraba desde el 26 de febrero.

Los dos miembros de la Obra que estaban en la Ciudad Eterna ampliando estudios de Derecho –Salvador Canals y José Orlandis– vivían en un pisito próximo a la Piazza Navona.

Don Álvaro, durante varias semanas, había llevado a cabo intensas gestiones para que el Opus Dei fuera aprobado por la Santa Sede como institución de derecho pontificio, pues, para el Fundador, la aprobación de 1943 no había significado más que un primer paso necesario para resolver el problema de la incardinación de los sacerdotes de la Obra. Sin embargo, era evidente que los apostolados de la Obra no podían quedar limitados a una o varias diócesis, porque eran universales y concernían a todos los países, a todos los hombres.

Pero las leyes eclesiásticas vigentes sólo permitían aprobar, como instituciones de derecho y régimen universales, a las órdenes y congregaciones religiosas, por lo que aplicar esas normas a una institución compuesta de laicos y sacerdotes seculares era impensable.

«¡Ustedes han llegado con un siglo de adelanto!». Esta exclamación de un prelado había hecho comprender a don Álvaro que sin la presencia del Fundador en Roma, todo sería inútil. Pero como sabía que la salud del Padre era muy delicada, había dudado mucho – y rezado todavía más– antes de escribirle pidiéndole que viniese.

Un viaje decisivo

Don Josemaría Escrivá de Balaguer, como buen jurista que era, sabía perfectamente lo difícil que sería que se admitieran todas las consecuencias –incluso canónicas– de un fenómeno pastoral tan nuevo como el del Opus Dei. Pero no se podía esperar; las calumnias y las maniobras que habían tratado de ahogar la Obra antes de que se desarrollara podían continuar con renovado vigor. La única forma de cortarlas era la aprobación pontificia.

Don Josemaría recordaba la frase que se le había escapado un día, delante de él, al obispo auxiliar de Madrid: Había sido denunciado a Roma... ¡Qué alegría me das!, había respondido enseguida a don Casimiro Morcillo. ¡Que me han acusado al Santo Oficio! ¿Y qué me puede venir de mi Madre, la Santa Iglesia, sino el bien?

Meses antes, había dirigido una carta a sus hijos para prevenirlos contra toda veleidad de desaliento: Nuestro espíritu reclama una estrecha unión con el Pontífice Romano, con la Cabeza visible de la Iglesia Universal. ¡Tengo tanta fe, tanta confianza en la Iglesia y en el Papa!

Nada más recibir la carta de don Álvaro, el Padre había reunido en Madrid a los miembros del Consejo General, que llevaban, con él, la dirección del Opus Dei, siempre colegiada. Su parecer había coincidido con el suyo: debía ir a Roma. A lo cual, había respondido:

–Os lo agradezco; pero hubiese ido en todo caso: lo que hay que hacer, se hace.

Como en todos los momentos importantes, se había encomendado a la Santísima Virgen para que su empresa no fracasara. El 19 de junio, al día siguiente de su partida de Madrid, había orado ante la imagen de la Virgen del Pilar, en Zaragoza. A la que, tras muchos años de invocarla filialmente, le había permitido ver, el 2 de octubre de 1928, en qué consistía aquel querer divino que durante tanto tiempo había permanecido impreciso; a Quien, en 1938, había venido a agradecerle el haberlo salvado, a poco de llegar a la zona «nacional», repitiéndole, con la misma fe de entonces: «Domina, ut sit!». Señora, que este querer divino, que esta Obra de Dios, que ya

ha producido tantos frutos de santidad en las almas, se realice ahora hasta el final...

Antes de tomar el barco, había dirigido una nueva plegaria a la Virgen en el monasterio de Montserrat, encaramado en la Montaña Santa, cerca de Barcelona.

Al día siguiente, 21 de junio de 1946, en un pequeño oratorio de un piso de la calle de Muntaner, había querido hacer partícipes de su preocupación y de su confianza a los miembros de la Obra que se habían reunido allí, recurriendo, para expresar sus sentimientos, a unas palabras de San Pedro a Jesús: Ecce nos reliquimus omnia... (Mat. XIX, 27). ¿Qué será de nosotros, que lo hemos dejado todo para seguirte?

¿¡Señor, Tú has podido permitir que yo de buena fe engañe a tantas almas!? ¡Si todo lo he hecho por tu gloria y sabiendo que es tu Voluntad! ¿Es posible que la Santa Sede diga que llegamos con un siglo de anticipación? (...) Nunca he tenido la voluntad de engañar a nadie. No he tenido más voluntad que la de servirte. ¿¡Resultará entonces que soy un trapacero!?

Dios no puede faltar a su palabra. Él apartará los obstáculos...

Cerca del puerto de Barcelona, no lejos de la maravillosa iglesia gótica de Santa María del Mar, se encuentra la basílica de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la Ciudad. Ante la hornacina en la que está colocada la imagen de madera, había depositado sus intenciones y sus plegarias una vez más, a los pies de la Madre de Dios.

Sólo entonces había subida al barco que le conduciría a Italia.

Junto a la sede de Pedro

Cuando el Fundador del Opus Dei llega a Roma, el apartamento de la Plaza Leonina todavía no está terminado de instalar. Falta el Sagrario, que llegará enseguida, para que el Señor pueda quedarse allí; un sagrario de madera, pintada y con algunos detalles dorados. Lo mejor que han podido encontrar en aquellos difíciles tiempos de la posguerra.

Enseguida, empiezan las entrevistas con las personalidades competentes de la Curia. Al Padre sólo le preocupa una cosa: que el derecho que se aplique apoye y facilite el espíritu del Opus Dei, sin obstaculizarlo. Lo cual no quiere decir que no confíe en que, a pesar de las dificultades, la Iglesia acertará y reconocerá la voz del Espíritu, aunque sea de momento por la vía menos inadecuada de la legislación eclesiástica.

Unos días más tarde, el 28 de junio, festividad del Sagrado Corazón, el Papa Pío XII hace llegar al Fundador una fotografía suya con esta dedicatoria: «A nuestro amado hijo José María Escrivá de Balaguer, Fundador de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del

Opus Dei, con una bendición especial. 28 de junio de 1946. Pius P.P. XII». Al mismo tiempo, recibe un documento de la Santa Sede de alabanza de los fines, y el Breve Apostólico Cum Societatis, en el que, además, el Santo Padre concede diversas indulgencias a los miembros de la Obra.

La exposición de motivos de este último documento recuerda el itinerario recorrido por el Opus Dei: «La labor apostólica de sus miembros se ha extendido no sólo a los confines de España, sino también a otras regiones, llevando la luz y la verdad de Cristo, especialmente a las mentes de los intelectuales, de tal forma que cada uno transmite a otros, mediante el ejemplo y la palabra, la luz y la verdad de Cristo que él ha recibido».

También las indulgencias concedidas a todos los que, al realizar su trabajo profesional, lo acompañen de una jaculatoria, están de acuerdo con un rasgo característico del espíritu del Opus Dei: la valoración del trabajo como realidad santificable y santificante. Esa indulgencia fue confirmada y ampliada el año siguiente por otro Breve apostólico, Mirifice Ecclesia.

El 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, Pío XII recibe en una audiencia privada a don Josemaría, quien expresa al Papa su agradecimiento. La audiencia transcurre en un ambiente de gran cordialidad.

Cuando regresa a Madrid, el 31 de agosto, el Padre lleva consigo un documento de «alabanza de los fines» del Opus Dei y con ese reconocimiento la certeza de que los dicasterios romanos encontrarán una fórmula jurídica que garantice y reconozca el régimen universal de la Obra, aunque no esté previsto en la legislación canónica vigente, y ya entrevé el Fundador que aquello es sólo un paso para llegar a la definitiva configuración jurídica. Va a comenzar, pues, una nueva fase en la historia del Opus Dei.

A finales del verano, anticipando una decisión que pensaba tomar más pronto o más tarde, don Josemaría resuelve instalarse definitivamente en Roma, lo cual, para él, es una forma clara de poner de manifiesto la universalidad de la Obra, su «catolicidad».

La labor apostólica en Europa

Pero antes de volver a la Ciudad eterna, quiere dejar resueltas algunas cosas. Una de ellas, los comienzos de la expansión de la Obra en otros países, además de Portugal e Italia, donde ya trabajan algunos de sus hijos.

En Molinoviejo, cerca de Segovia, donde pasa unos días, habla de los países donde se irá enseguida.

Viajar a otras naciones y establecerse en ellas no es cosa fácil por entonces, a causa del aislamiento político y diplomático en que se encuentra España. Por eso, los que estén dispuestos a irse y puedan

hacerlo deberán iniciar las correspondientes gestiones cuanto antes, pues los trámites administrativos son largos y complicados.

El Padre ha escogido tres países entre los que empiezan a recobrase de las heridas de la guerra: Gran Bretaña, Irlanda y Francia.

A finales de 1946, Juan Antonio Galarraga, doctor en Farmacia, marcha a Londres para proseguir sus trabajos de investigación en el campo de la bioquímica, y a comienzos del mes de octubre de 1947, un joven ingeniero, José Ramón Madurga, se traslada a Dublín, con una beca, para obtener un «master» en la Universidad.

Queda París, donde el Padre había pensado enviar a algunos de sus hijos ya en 1936. La guerra civil española y luego la segunda guerra mundial le habían impedido llevar a cabo aquel proyecto, pero ahora está decidido a realizarlo. Así pues, al comenzar el curso escolar 1947–48, un joven abogado especializado en derecho internacional, Fernando Maycas, obtiene una plaza en el Colegio Español de la Ciudad Universitaria. Llega en la segunda quincena de octubre, no sin dificultades, ya que España es víctima por entonces del bloqueo internacional y la frontera franco–española está cerrada.

El 29 de septiembre de 1946, otros seis miembros de la Obra son ordenados sacerdotes. Por los mismos motivos que le impulsaron en 1944, el Fundador no asiste tampoco a la ceremonia. Pasa todo el tiempo que dura rezando intensamente por sus hijos y por la dilatada labor que les espera.

El 19 de octubre llega de nuevo a Barcelona, pasando por Zaragoza, donde vuelve a postrarse a los pies de la Virgen del Pilar. Luego hace lo mismo ante la imagen de la Virgen de la Merced, a la que había pedido consuelo y ayuda el 21 de junio de ese mismo año. Ahora, da gracias a Dios y a la Santísima Virgen por haber hecho que, en respuesta a sus peticiones confiadas y apasionadas, el camino jurídico de la Obra haya empezado a despejarse.

Para materializar su agradecimiento, ha mandado pintar, en el retablo del oratorio de la casa de la calle Muntaner, una Virgen de la Merced y el versículo del Evangelio de San Mateo que le sirvió de tema para la meditación en voz alta del 21 de junio: «Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te, quid ergo erit nobis?» (Mat. XIX, 27). Debajo, dos fechas: 21 de junio–21 de octubre. Las de sus dos visitas a la basílica de Nuestra Señora de la Merced.

El Opus Dei, Instituto Secular

El 8 de noviembre, el Padre está ya de nuevo en Roma. Reanuda enseguida sus gestiones ante distintos organismos de la Santa Sede, pasa largos ratos ante el Santísimo Sacramento, en el oratorio del apartamento de la Plaza Città Leonina, y reza muchos credos ante la tumba del príncipe de los apóstoles, en la basílica de San Pedro.

Con algunos prelados que siguen de cerca el asunto, sus relaciones desbordan enseguida el marco estrictamente oficial. Entre ellos, Mons. Sebastiano Baggio y dos colaboradores directos del Papa Pío XII, Mons. Domenico Tardini, secretario de Estado para asuntos extraordinarios, y Mons. Juan Bautista Montini, que lleva la sección de asuntos ordinarios y que atiende a don Josemaría con delicadeza y diligencia.

El Santo Padre, por su parte, vuelve a recibirle en audiencia privada el 8 de diciembre.

Por fin, el 2 de febrero de 1947, la Constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia* crea una figura jurídica nueva en el cuadro general de las asociaciones de fieles: la de los Instituto Seculares.

El 24 de ese mismo mes, tras una reunión plenaria de la Congregación competente que ha tenido lugar el 14, el Papa decide aprobar al *Opus Dei*, dando el Decreto de alabanza, en el marco de esta nueva legislación, y convirtiéndolo así en el primer Instituto Secular de Derecho pontificio.

El 22 de abril, don Josemaría Escrivá de Balaguer es nombrado prelado doméstico de Su Santidad. Duda antes de aceptar este título honorífico que le da derecho a ser llamado Monseñor, pues no quiere nada para él. Si, por fin, acepta, es para no desairar a quienes le han propuesto y también porque es un título que sólo pueden llevar los sacerdotes seculares, no los miembros de las órdenes y congregaciones religiosas, con las cuales el *Opus Dei* no tiene parecido alguno.

A la espera de que la Constitución *Provida Mater Ecclesia* se haga pública –su texto aparecerá el 14 de marzo en *L'Osservatore Romano* y será comentado en la Radio Vaticana junto con la noticia de la aprobación del *Opus Dei*– el Padre escribe a sus hijos con fecha 7 de marzo: Ya se va haciendo pública la aprobación de nuestra Obra y además... casi he recibido una orden (...) para que no me calle. Por tanto –siempre sin hacer alardes, pero sin contener vuestra alegría– podéis comunicar a todo el mundo la grata nueva.

7. ROMA, 28 DE ENERO DE 1949

Pío XII ha alzado la cabeza y, en su mirada penetrante, tras las gafas redondas de metal, el Fundador del *Opus Dei* percibe su sorpresa.

–Sí, Santidad –le confirma–, los libros y folletos que tenéis a la vista han sido escritos por algunos de mis hijos ...

El Padre, en esta tercera audiencia del Papa, a la que ha ido acompañado por don Álvaro del Portillo, ha querido presentar al Sumo Pontífice un testimonio de lo que pueden suponer las distintas formas de hacer apostolado en la Obra. Se trata, en este caso, de una

selección de libros y de artículos científicos publicados por algunos de sus hijos e hijas.

Ni que decir tiene que la Obra no se atribuye los méritos de las actividades profesionales ejercidas por sus miembros, que son de exclusiva responsabilidad suya; pero, en esta ocasión, el Fundador ha querido escoger un ejemplo expresivo para mostrar que el apostolado de sus hijos se realiza con un espíritu plenamente secular, inmerso en todas las realidades humanas, desde las más humildes a las más relevantes.

En efecto; desde los comienzos de la Obra, no ha dejado de procurar que esa llamada específica a la santidad que proclama llegue a personas de todas las clases sociales. Por eso, se siente muy contento porque, desde 1946, han ido surgiendo vocaciones entre mujeres cuya profesión consiste en «servir», en llevar a cabo las tareas domésticas. Son ellas quienes –sin mezclarse para nada en las actividades de los varones– contribuyen a hacer acogedoras y agradables las casas en que viven algunos miembros de la Obra. Para el Padre, es éste un signo de la vitalidad del Opus Dei, así como otros muchos que se ponen de manifiesto en la expansión que se ha producido desde la última aprobación pontificia.

Londres, Dublín, París, México, Estados Unidos...

En los tres años transcurridos desde entonces, la Obra ha ido echando raíces en países muy distintos y los frutos son esperanzadores.

El 17 de diciembre de 1946, el Santísimo ha quedado reservado en el Sagrario del oratorio de la residencia de Coimbra, la primera de Portugal, y el 24 de junio de 1947 sus hijos, en Londres, se han instalado en el primer Centro de la Obra en Inglaterra. En octubre de ese mismo año, con unos quince días de intervalo, el Padre ha dado su bendición a José Ramón Madurga, que partía para Dublín, y a dos jóvenes diplomados que se iban a París: Julián Urbistondo y Álvaro Calleja. A estos últimos les ha entregado un trocito del sudario de Isidoro, cuyo proceso de beatificación está a punto de iniciarse.

El 25 de julio de 1947, un mexicano, Guillermo Porras, ha pedido la admisión en la Obra. Y al regresar a Roma, el Padre ha tenido la dicha de abrazar al primer italiano que, el 9 de noviembre de 1947, había hecho lo mismo: Francesco Angelicchio; pronto, en los primeros meses de 1948, otros le han seguido.

En ese año, aquellos de sus hijos que han comenzado a extender la semilla de la Obra en diversos países continúan dándole buenas noticias. El 9 de enero le anuncian telegráficamente que se ha producido la primera vocación en Irlanda. En abril, don Pedro Casciaro y otros miembros de la Obra han emprendido un largo periplo por los Estados Unidos y por diversos países de

Hispanoamérica. El Padre les ha encargado que estudien las particularidades de cada uno y que establezcan contactos preliminares con vistas a un próximo establecimiento de la Obra. En los Estados Unidos, don Pedro ha estado con José María González Barredo, que se encontraba allí desde hacía tiempo realizando trabajos de investigación científica. Juntos, han visitado algunas de las principales ciudades del Canadá y de los Estados Unidos.

En México, adonde había llegado a mediados de mayo, ha permanecido dos meses. A su regreso a España, el Padre ha decidido empezar la labor enseguida en México y en los Estados Unidos.

A finales de 1948, en Molinoviejo, el Padre ha dado su bendición a don Pedro Casciaro, que ha partido para México a comienzos del siguiente año, acompañado por otros tres miembros de la Obra. Don José Luis Múzquiz, por su parte, se ha trasladado a los Estados Unidos en el mes de febrero...

Se encuentren donde se encuentren y sean cuales sean sus circunstancias, estos primeros miembros de la Obra enviados por el Padre a distintos países suelen proceder de la misma manera a la hora de emprender su «labor apostólica». Porque, en el espíritu del Opus Dei, esa labor es inseparable de su trabajo profesional, de sus tareas ordinarias. Así, procuran suscitar vocaciones entre sus compañeros de trabajo, mediante un apostolado de amistad y confianza, que el Fundador ha recomendado siempre y que no es otra cosa que la superabundancia, de su vida interior: práctica sacramental, oración, mortificación –en especial la aceptación alegre de los numerosos sacrificios, grandes o pequeños, inherentes a las dificultades de los comienzos–, dominio continuo del carácter y de los sentidos... Tal es el tesoro que se esfuerzan en comunicar a los demás, en especial a aquellos cuyas virtudes humanas –generosidad, lealtad, sinceridad, etc.– pueden predisponerles a entregarse al Señor.

Los sacerdotes de la Obra, siempre muy pocos en relación con los seglares, y por tanto absorbidos por el desempeño de su ministerio, están siempre a disposición de quienes se acercan a ellos y desean avanzar por esa vía de santificación en medio del mundo que el Opus Dei les ofrece, reciban o no la vocación a la Obra.

En cuanto a las circunstancias materiales, suelen ser también muy similares. Nada más llegar a un país, buscan una casa, como el Padre había hecho en Madrid en los años treinta, donde procuran que haya cuanto antes un sagrario contando siempre con la venia del Ordinario del lugar. Allí se instalan algunos miembros de la Obra, para, desde ella, impulsar la labor apostólica y de formación de los nuevos miembros. Pero como la mayor parte de los miembros –especialmente los casados– viven con sus familias, es en ese ambiente familiar y en su entorno profesional donde ejercen su apostolado.

El Padre, mientras tanto, sigue impulsando desde Roma el desarrollo de la Obra. Anima a todos con su oración, con sus cartas, con sus iniciativas. Y, cuando puede, viaja para impulsar la labor apostólica allí donde hace falta.

En octubre de 1948, con ocasión de un viaje a España, se traslada por cuarta vez a Portugal para visitar a sus hijos en Coimbra y en Oporto, donde acaban de abrir la residencia Boavista. Son momentos de alegría para él y para los que vuelve a ver o abrazar por primera vez, a los cuales ha animado siempre a aceptar con buen humor las consecuencias de una pobreza heroica que en Portugal, como en todas partes, ha acompañado los comienzos de la labor apostólica.

Cada vez que ha visto a sus hijos partir hacia un nuevo país, ha sido como volver a sus veintiséis años, cuando, desprovisto de medios, tenía que abrir todos los caminos divinos de la tierra.

A los dos que se preparaban para reunirse en París con Fernando Maycas, les había hecho esta reflexión en voz alta: Siempre hemos empezado con medios desproporcionados.

La vocación a la santidad dentro del matrimonio

Su estancia en España le había permitido, también, realizar algo que llevaba en el corazón desde el principio y que iba a marcar un nuevo hito en el desarrollo de la Obra.

Lo que había visto el 2 de octubre de 1928 incluía, entre aquellos que habrían de responder a la llamada divina a la santificación en medio del mundo, una mayoría de personas casadas que servirían a la Iglesia y a las almas en todas las situaciones humanas imaginables, santificando su vida de familia y haciendo de sus casas unos hogares luminosos y alegres.

Su vocación era idéntica a la de los demás miembros célibes de la Obra, aunque las circunstancias en las cuales vivieran fuesen muy diferentes, porque el Opus Dei no tenía más que un solo puchero, del cual cada uno tomaría lo que necesitase para cubrir sus necesidades, con arreglo a su disponibilidad.

Entre el 25 y el 30 de septiembre de 1948, el Padre, en Molinoviejo, había dirigido un curso de retiro a quince hombres que estaban dispuestos a ser de la Obra, entre ellos Tomás Alvira y otros que había conocido antes o durante la guerra.

El Fundador les había comentado unas cuartillas que había comenzado a escribir en 1935 y que, por entonces, estaba completando. El documento era una instrucción, un programa en torno a la inmensa tarea apostólica que iría penetrando todas las capas de la sociedad a lo largo de los siglos; apostolados cada vez más amplios que, hacía ya tiempo, cerca de allí, en Segovia, el Padre había puesto bajo el patronato del Arcángel San Gabriel: Yo veo esta gran

selección actuante: hombres y mujeres de empresa y obreros, mentes claras de la universidad, inteligencias cumbres de la investigación, mineros y campesinos... todos, cada uno sabiéndose escogido por Dios para lograr su santidad personal en medio del mundo, precisamente en el lugar que en el mundo ocupa, con una piedad sólida e ilustrada, de cara al cumplimiento gustoso –aunque cueste– del deber de cada momento.

La llamada a la que respondían algunos de los que le escuchaban había ido madurando en su alma desde hacía meses o desde hacía años. Otros habían conservado en su memoria el recuerdo de lo que el Padre les había dicho hacía ya mucho tiempo: que tenían vocación matrimonial: ¿Te ríes porque te digo que tienes «vocación matrimonial»? Pues la tienes: así, vocación.

Esta afirmación, que el Padre había recogido en Camino, era chocante entonces y había sido uno de los motivos de la incompreensión que la Obra había encontrado en ciertos medios eclesiales. Sin embargo, enseguida, en 1950, la Santa Sede daría la razón a Mons. Escrivá, admitiendo que personas casadas pudiesen formar parte del Opus Dei en respuesta a una llamada específica a la santidad dentro de su estado.

La batalla de la formación

Hacía falta, pues, empezar enseguida a dar un denominador común, el de la doctrina cristiana y el espíritu de la Obra, a todos estos hombres y mujeres, célibes o casados, que tan diferentes eran por su origen, su raza, su profesión, su formación y su lugar en la sociedad. La misma diversidad y espontaneidad de los apostolados lo exigía, si se querían garantizar la unidad y la eficacia apostólica del Opus Dei a lo largo de los siglos. Dicho de otra manera: convenía librar –en palabras del Fundador– «la gran batalla de la formación» de los miembros de la Obra.

Esta formación la recibirían habitualmente «en el tajo», allí donde hubiera miembros del Opus Dei, y les acompañaría siempre, de alguna manera, al sitio donde su vida profesional o familiar les llevara. Los miembros que permanecían célibes, sin embargo, podrían recibirla de forma intensiva, en períodos más prolongados, dada su mayor disponibilidad.

El Padre tenía en mente el que algunos de éstos pasasen un período largo en la capital de la Cristiandad, con objeto de adquirir un espíritu universal, católico, y empaparse al mismo tiempo del espíritu de la Obra, viviendo cerca del Fundador. En consecuencia, se hacía necesario disponer de una casa lo suficientemente amplia.

Por aquel entonces, Mons. Escrivá estaba preparando la Sede Central del Opus Dei en Roma, pues la Obra iba teniendo cada día una extensión más universal. Y la solución provisional para aquel

Centro de formación, que en 1948 se veía necesario, la encontró ahí: una parte de la Sede Central se destinaría a ese Centro de carácter internacional –el Colegio Romano de la Santa Cruz–, hasta que encontrara su sede definitiva.

Tras varios meses de búsqueda, se había localizado, en febrero de 1947, una villa romana situada en el barrio del Parioli, al norte de Villa Borghese. La casa, que había sido residencia del embajador de Hungría ante el Vaticano, era bastante amplia, sobre todo teniendo en cuenta el jardín que la rodeaba, donde se podrían construir nuevos edificios. Desgraciadamente, todavía estaba habitada por un antiguo funcionario de la embajada y su familia, quienes la ocupaban sin derecho alguno, ya que las relaciones entre Hungría y la Santa Sede habían quedado rotas con la llegada al poder de los comunistas. Tal era la causa de que el propietario pidiese un precio razonable, aunque resultase elevadísimo para las posibilidades con que contaba don Josemaría. Además, había que pagar en francos suizos...

Don Álvaro se lo comentó al Padre, que, con buen humor, respondió: No nos importa nada, porque nosotros no tenemos ni liras, ni francos, y al Señor le es igual una moneda que otra.

Lo más importante era tener la seguridad de poder desalojar a los ocupantes de la Villa. Los abogados decían que se conseguiría, pero que sería preciso tener calma...

Este dictamen, unido a las palabras de aliento de Mons. Montini, habían terminado por decidir al Padre.

–No dejen de comprarla –había dicho el sustituto de la Secretaría de Estado–. Está muy bien y las condiciones financieras son favorables. El Santo Padre conoce la casa, porque, cuando era Secretario de Estado, estuvo allí; se alegrará al saber que la han adquirido ustedes...

Y es que, antes de la guerra, el entonces Cardenal Pacelli se había entrevistado allí con el Regente Horthy, de Hungría.

En Villa Tévere

Como los ocupantes de la Villa se demoraban en desalojarla, el Fundador decidió abandonar el apartamento de la plaza Città Leonina y establecerse provisionalmente, con algunos de sus hijos, en la casita del portero, situada en la esquina de las calles Bruno Buozzi y Villa Sacchetti.

Aquello era de lo más inhóspito. El Padre había tenido que dormir varias noches en el santo suelo, sobre una tabla, utilizando un libro como almohada. El intenso frío le había ocasionado una parálisis facial que le dificultaba todo el movimiento de la parte izquierda de la cara. Con todo, aquella portería había permitido acoger, además de los que vivían en el piso de Città Leonina, los primeros miembros

italianos de la Obra. Éstos habían empezado a llevar allí a sus amigos, y don Álvaro del Portillo les predicaba y atendía espiritualmente.

El Padre, sin embargo, pensaba ya en los que vendrían a Roma para formarse y regresar luego a su país de origen. El 29 de junio de 1948, había firmado un documento por el que erigía un centro internacional destinado a impartir esa formación, el cual en espera de una sede definitiva, se instalaría en Villa Tévere y llevaría el nombre de Colegio Romano de la Santa Cruz.

«Colegio», había explicado, porque es una reunión de corazones que forman –*consummati in unum*– un solo corazón, que vibra con el mismo amor ; «Romano», porque nosotros, por nuestra alma, por nuestro espíritu, somos muy romanos. Porque en Roma reside el Santo Padre, el Vice-Cristo, el dulce Cristo que pasa por la tierra. De la «Santa Cruz», porque el Señor quiso coronar la Obra con la Cruz, como se rematan los edificios, un 14 de febrero... Y porque la Cruz de Cristo está inscrita en la vida del Opus Dei desde su mismo origen, como lo está en la vida de cada uno de sus hijos. Y también porque la Cruz es el trono de la realeza del Señor, y hemos de ponerla bien alto, en la cima de todas las actividades humanas.

El 5 de febrero de 1949, los ocupantes húngaros desalojan por fin la villa. El Padre y los demás se instalan allí. Ya pueden comenzar las obras de reforma, que serán largas sin duda, dada la amplitud del proyecto y el esfuerzo que será preciso hacer para reunir los fondos necesarios.

A partir del 11 de febrero, durante una estancia del Padre en España y Portugal que durará dos meses y medio, el Fundador pide a sus hijos e hijas que recen intensamente por el éxito de esta nueva iniciativa, tan desproporcionada a los medios con que se cuenta, pero indispensable para garantizar el futuro de la Obra, su unidad y la permanencia de su espíritu en todos los países.

Como es tradicional en los centros del Opus Dei, se da prioridad a los oratorios y luego a los edificios, totalmente independientes, destinados a las mujeres que habrán de encargarse de la Administración de la sede.

La labor apostólica en Italia

Por entonces, la Obra empieza a extenderse por Italia. En 1948, el Fundador había realizado un viaje a Milán y otro al Sur, pasando por Nápoles y llegando hasta Catania, en Sicilia.

En los primeros meses de 1949, sus hijos recorren las principales ciudades de Italia, con objeto de establecer los primeros contactos y poner los fundamentos de una labor apostólica estable: Bari, Génova, Turín, Milán, Bolonia, Pisa, Padua, Nápoles, Palermo, Catania... El terreno, preparado por la oración y el sacrificio, parece apto y empiezan a surgir algunas vocaciones.

A mediados de agosto, unos treinta jóvenes que han pedido recientemente la admisión en la Obra se reúnen, para recibir una formación intensiva durante unas semanas, en una villa situada en Castelgandolfo, dominando el lago Albano, muy cerca de donde veranea el Papa. La finca, muy abandonada, pertenece a la Santa Sede y Pío XII pronto la cederá en usufructo a la Obra.

El Padre les habla de oración, de trabajo, de humildad, de perseverancia, de la necesidad de imitar a Cristo, «obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz». Ello supone para todos un nuevo impulso que les ayudará a progresar en su vida interior y les animará a reanudar, con renovado vigor, su trabajo profesional y su labor apostólica.

El 28 de octubre, en Roma, se dirige de nuevo a algunos miembros italianos de la Obra, exhortándoles a ser sembradores de paz y de alegría, «quasi fluvium pacis» (Is. LXVI, 12): como un gran río de paz en una sociedad encenagada por el pecado. El Señor os quiere presentes –les dice– por todos los caminos de la tierra..., echando la semilla de la comprensión, de la disculpa, del perdón, de la convivencia, de la caridad, de la paz: «in hoc pulcherrimo caritatis bello». Esta «lucha pacífica» deberán librarla sus hijos en todos los países del mundo... sin descanso, en medio de las incomprensiones y de las críticas inevitables –pues siempre han estado presentes en el camino de los cristianos coherentes con su fe–, pero también con mucha alegría.

Roturando el terreno

El Padre sigue paso a paso el desarrollo de la Obra en otros países. En las cartas que escribe a sus hijos repartidos por casi todo el mundo, les aconseja roturar el terreno, prepararlo para la siembra con su oración y su sacrificio y con el empeño que ponen para suscitar la llamada divina en las almas.

Aquí y allá van surgiendo las primeras vocaciones, pronto seguidas por otras.

En la primavera, un irlandés y un portugués piden ser admitidos en la Obra. En el mes de agosto, una joven francesa, Catherine Bardinnet, conoce el Opus Dei gracias a una amiga española a la que ha invitado a pasar una temporada en su casa de Burdeos. Comienza a traducir Camino al francés y, el 15 de agosto, decide jugárselo todo por Dios y pide ser admitida en la Obra. Es la primera vocación en Francia.

Ni que decir tiene que la Obra encuentra también obstáculos en algunos países. Pero, como le gusta decir al Fundador, ¿qué sería de un cuadro si todo fuera luz y no tuviera sombras? ¡No habría cuadro!. Así pues, aconseja a sus hijos e hijas que se atengan a la regla de conducta que él siempre ha adoptado: rezar, callar, trabajar, sonreír.

Al Padre le gusta contribuir a roturar el terreno con la oración, mientras recorre los países y regiones donde sus hijos ya trabajan o irán pronto a sembrar el espíritu del Opus Dei. Así, el 22 de noviembre de 1949, junto con don Álvaro y otro miembro de la Obra, visita Génova, Como y Milán. En esta última ciudad, unos pocos hijos suyos esperan, en una pensión, encontrar un lugar en el que instalarse. El Padre les aconseja que invoquen con frecuencia a la Madonnina que corona la catedral de Milán; les habla también de vida interior, de esa santidad que deben buscar incansablemente en su vida ordinaria, como, por ejemplo, en las difíciles circunstancias que atraviesan. El resto vendrá por añadidura, si son fieles, gracias a su empeño.

Desde Milán, sigue viaje por Turín y el norte de Italia, hasta Bolzano, en el Alto Adigio. Luego, el 29 de noviembre, cruza la frontera de Austria.

Antes de partir de Milán, ha escrito a sus hijos de Portugal: Encomendad de firme las cosas para que el Señor no mire nuestras miserias, sino nuestra fe, y podamos pronto emprender definitivamente la labor en el centro de Europa.

Pasan por Innsbrück, llegan hasta Múnich –capital de Baviera–, en el sur de Alemania, vuelven a pasar por Innsbrück y regresan a Italia por la región de Venecia.

Durante la última etapa del viaje, el Padre no ha hecho más que rezar: ha invocado a la Virgen en todas las iglesias, de muros blancos y dorados, y ha recitado infinidad de rosarios en el coche. Hemos llenado de avemarías y canciones los caminos del centro de Europa, comentará al regreso.

Le parece estar viviendo una novela, una maravillosa novela de amor y de aventuras.

Pensando en las maravillas que el Señor le ha descubierto, en aquellas que ya se han convertido en realidad y en las que se convertirán pronto, tiene la sensación, a veces, de que todo lo que está sucediendo supera su capacidad de imaginación y terminará por hacerle estallar el corazón y la cabeza.

Antes, más, mejor: Prima, più, meglio! Estas tres palabras serán en adelante uno de los lemas que utilizará para pedirle a Dios, en un diálogo lleno de confianza, que acelere el desarrollo de la Obra. Con ellas trata de expresar que, con la fidelidad de todos, se harían más cosas, antes y mejor de lo que con visión humana se podría pensar.

Un corazón que late en Roma

El día de Navidad de 1949, el Papa Pío XII inaugura el año jubilar golpeando por tres veces, con un martillo de plata, la Puerta Santa, situada a la derecha del peristilo de la basílica de San Pedro. Millares de peregrinos han llegado a Roma para asistir al acto.

El 1.º de enero de 1950, Mons. Escrivá de Balaguer, acompañado por don Álvaro del Portillo y otros dos de sus hijos, se dirige a San Pedro para ganar las indulgencias del Año Santo, siguiendo la antigua tradición cristiana. Para el Opus Dei, va a ser un año de mayor esfuerzo y, si Dios quiere, de gracia. El Fundador tiene que hacer, además, dos importantes peticiones: que prosiga la expansión de la Obra en muchos países y que llegue pronto la aprobación definitiva de la Santa Sede, aunque sabe que esto será sólo un paso para llegar a la configuración jurídica propia del Opus Dei.

En Villa Tévere, mientras tanto, las obras avanzan. La estructura fundamental del edificio que da a la calle de Villa Sacchetti está concluida. En cuanto a la Villa central, se estudian las obras necesarias para añadir dos plantas.

Poco a poco, se ha ido instalando la parte habitable de la portería, que se llena de personas que la visitan para recibir dirección espiritual, estudiar, rezar o hablar con algún amigo. En Castelgandolfo, por otra parte, se organizan cursos de retiro y convivencias.

Los miembros de la Obra que visitan Roma van a ver al Padre. Ver a sus hijos, le causa una gran alegría. Padece muchas molestias por la grave diabetes que le aqueja, pero él ofrece por quienes le visitan, por todos sus hijos dispersos por el mundo y por los apostolados que tan generosamente hacen, su fatiga, la sed debida a la enfermedad y el hambre que el régimen a que está sometido le causa. Y también, desde luego, las largas horas de trabajo que constituyen el núcleo fundamental de sus jornadas.

Sigue en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora. – Ese trabajo –humilde, monótono, pequeño– es oración cuajada en obras que te dispone a recibir la gracia de la otra labor –grande, ancha y honda– con que sueñas: poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres.

Durante largos meses, el Padre no sale de Roma, excepto para hacer breves visitas a sus hijos en Castelgandolfo, especialmente en verano y por las tardes.

Desde finales de 1949, viene trabajando, con ayuda de don Álvaro del Portillo, en la preparación de la definitiva aprobación pontificia, que vendrá a completar y perfilar el «decreto de alabanza» de 1947. La documentación que hay que presentar en la Santa Sede es importante y llega a ocupar tres mesas de su despacho. Con frecuencia, velan hasta muy tarde.

El Padre no se olvida, por eso, de seguir de cerca los progresos de los apostolados de la Obra en el mundo.

El 4 de marzo, un pequeño grupo de mujeres del Opus Dei viajarán hacia México. Otras preparan la marcha a los Estados Unidos y tratan de resolver los problemas administrativos previos.

El 12 de marzo, dos profesores universitarios, Francisco Ponz Piedrafita e Ismael Sánchez Bella, llegan a Buenos Aires con don Ricardo Fernández Vallespín, ordenado ya sacerdote. Van a dar una serie de conferencias sobre sus respectivas especialidades: fisiología animal, historia del derecho y arquitectura moderna. La acogida es tan cordial que, tras escribir a Roma para consultar, el Padre decide que se queden allí.

A don Adolfo Rodríguez Vidal, que poco antes ha llegado a Chile, el Padre le escribe en los siguientes términos el 13 de marzo de 1950: Hace un momento ha llegado a mis manos tu primera carta escrita desde Santiago de Chile. No imaginas con qué cariño y con qué ilusión la he leído. ¡Dios te bendiga, hijo! Dios te bendiga y te haga el corazón cada día más grande, y la cabeza cada día más clara, para que sepas amar y comprender a ese país magnífico, donde el Señor te ha puesto para que trabajes en su viña del Opus Dei (...) Hijo mío: que estés contento: que hagas alguna visita, de mi parte, a nuestra Madre del Cielo; en ese Santuario del Carmen: que estés seguro de que todo irá adelante, aunque en alguna ocasión puedan surgir dificultades (...) La bendición y un cariñoso abrazo de tu Padre.

8. ROMA, 28 DE MARZO DE 1950

Rodeado de sus hijos que están en Roma, siguiendo la costumbre de ocultarse y desaparecer, el Padre celebra el veinticinco aniversario de su ordenación sacerdotal.

Muchos recuerdos vienen a su memoria: los primeros barruntos de la Obra, en 1917 y 1918; el seminario de Logroño y luego el de Zaragoza; la ordenación, los primeros años de ministerio sacerdotal y, finalmente, aquel 2 de octubre de 1928 en Madrid, cuando vio en su plenitud lo que Dios quería que hiciese; los comienzos de la Obra; la búsqueda de las almas, una a una, para transmitirles la llamada divina; la falta de decisión de unos, la respuesta generosa de otros, la fidelidad de los primeros...

Y he aquí que, ahora, la cosecha apunta ya en muchos lugares de dos continentes, mientras prosigue la siembra en otros países. ¿Cómo no dar a Dios gracias encendidas?

Como ocurre en todas las familias –y la Obra es una familia de vínculo sobrenatural– los hijos y las hijas sólo conocen a medias lo que ha costado todo eso. Pero no le gusta referirse a ello:

¡Sacrificio, sacrificio! –Claro que seguir a Jesucristo –lo ha dicho Él– es llevar la Cruz. Pero no me gusta oír hablar tanto de cruces y de sacrificio a las almas que aman al Señor; porque, cuando hay Amor, el sacrificio es gustoso –aunque cueste– y la Cruz es la

Santa Cruz. –El alma que sabe amar y entregarse así está llena de alegría y de paz. Y entonces, ¿por qué hablar de sacrificio, como buscando un consuelo, si la Cruz de Cristo, que es tu Vida, te hace feliz?.

Ha terminado por ceder al deseo de sus hijos, especialmente de don Álvaro, que querían grabar una lápida –de acuerdo con las costumbres romanas– de sus bodas sacerdotales, pero con una condición: que se ponga en lo alto de la inscripción un borrico... Este borriquillo de noria o ese burro sarnoso bajo cuya figura se ve cuando se dirige a Dios...

Dos etapas jurídicas importantes

Las gestiones previas a la definitiva aprobación pontificia siguen su curso. La documentación presentada por el Fundador de la Obra es estudiada varias veces por grupos de expertos de la Curia romana: primero por una comisión de consultores y luego por el Congreso plenario. Mons. Escrivá de Balaguer hace hincapié en que el decreto de aprobación definitiva tenga en cuenta las características propias del espíritu y de los apostolados del Opus Dei. Entre otros puntos, insiste en que los no católicos, e incluso los no cristianos, puedan ser admitidos como cooperadores de la Obra –no como miembros– y quedar así unidos a su labor apostólica.

«Monseñor, ¡usted siempre pide cosas nuevas!», le han dicho la primera vez. Porque, ciertamente, la Santa Sede nunca ha admitido que una institución católica incorpore de alguna manera a sus apostolados a personas que no forman parte de la Iglesia. Hasta que, tras una actitud dilatoria, que él considera ya como una aceptación implícita, llega la respuesta positiva.

Otro de los deseos del Fundador es lograr que puedan incorporarse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz sacerdotes diocesanos formados en los seminarios e incardinados en sus respectivas diócesis.

¿Qué estoy haciendo por mis hermanos sacerdotes?, se pregunta con frecuencia, pues su preocupación por la vida espiritual de los mismos viene de muy lejos. Un sacerdote –recuerda– no se salva ni se condena solo... Desde su época en el Seminario de Zaragoza, conoce la generosidad y el amor de Dios que tienen muchos de sus hermanos en el sacerdocio y desea ardientemente poder ayudarles en una tarea que ellos, con frecuencia, realizan con un heroísmo silencioso.

Le lleva a ello la altísima idea que tiene del sacerdocio ministerial; no en vano, cuando predicaba a sus hermanos sacerdotes en los años cuarenta, solía permanecer de rodillas ante el altar cuando se refería a este tema.

El Fundador está convencido de que la espiritualidad del Opus Dei puede contribuir mucho a que esos sacerdotes se santifiquen en su

estado. Pero, ¿cómo incorporarles a la Obra sin alejarles de las diócesis en que trabajan y sin modificar en nada las relaciones y los lazos que les unen a sus obispos respectivos? Las sugerencias que le han hecho algunos expertos en Derecho canónico, así como diversas personalidades de la Curia, no le han parecido satisfactorias. Así, pues, continúa buscando una fórmula, como había hecho hasta el 14 de febrero de 1943, cuando vio cómo tenía que resolver la ordenación de sacerdotes en el Opus Dei.

Con todo, le acucia la urgencia de solucionar este asunto. Siente como si Dios le pidiese hacer algo, y pronto... Por eso, en 1949, después de haberlo madurado en la oración y a pesar del desgarramiento interior que supone para él, había llegado a la conclusión de que sería preciso hacer una nueva fundación orientada específicamente a ayudar a los sacerdotes. Aunque eso significaba, tal vez, tener que abandonar el Opus Dei, la Santa Sede, hecha la correspondiente consulta, le había autorizado a llevar a cabo una nueva fundación.

Inmediatamente, había informado de su decisión a los miembros del Consejo General de la Obra, los cuales, aunque conmovidos y abrumados ante tal determinación, habían decidido respetar la voluntad del Padre.

Mientras se preparaba para dar ese paso, no sin seguir dando vueltas a otras posibles soluciones, había descubierto, de repente, la manera de asociar a los sacerdotes diocesanos a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, sin necesidad de fundar nada nuevo.

La solución, que durante tanto tiempo había buscado y nadie le había sugerido, era muy simple. En efecto: si la vocación al Opus Dei consistía en buscar la santificación a través de las ocupaciones ordinarias –el trabajo familiar y los deberes familiares, en el caso de la mayoría de los fieles– estaba claro que los sacerdotes podían hacer lo mismo, esforzándose, en su caso, en cumplir su ministerio con la mayor perfección posible; la Obra sólo aportaría la ayuda espiritual necesaria para que lo lograsen.

De esta forma, podrían asociarse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz sacerdotes diocesanos incardinados en sus respectivas diócesis, y continuar dependiendo en todo de su Ordinario. Esos sacerdotes no tendrían «superiores» en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz; su único superior sería el obispo de la diócesis a la que perteneciesen. La Obra se limitaría a proporcionarles ayuda espiritual, con objeto de que pudieran santificarse en su ministerio sacerdotal, el cual llevarían a cabo en dependencia exclusiva de su obispo. Lo único que haría la Obra, con su espíritu de lucha ascética y de estímulo de vida interior, sería reforzar los lazos entre los sacerdotes y la jerarquía. Además, la fraternidad que encontrarían y vivirían en la

Obra evitaría el riesgo de que se sintieran solos en un momento u otro de su vida. Finalmente, en virtud de esta nueva llamada, procurarían hacer más fecundo su ministerio y su vida sacerdotal. Lo lograrían gracias a la espiritualidad del Opus Dei, que consiste, para todos, en realizar el trabajo ordinario con la mayor perfección posible, humana y sobrenatural.

El Padre sabe que esta solución –no en vano la había buscado tanto–, tan sencilla en apariencia, tendrá consecuencias muy beneficiosas para los sacerdotes que respondan a esa llamada y para muchos otros que se verán influidos por su palabra y su ejemplo. Y también para los fieles que estén en relación con ellos. Sin duda, la recristianización de la sociedad, tan necesaria, se verá reforzada y acelerada.

Al comprender que así no tendrá que abandonar el Opus Dei, el Padre se ha sentido enormemente aliviado. El Señor, sin duda, le había hecho creer que le pedía ese desgarrador sacrificio, a la manera como había pedido a Abraham que sacrificase a su hijo, para probar su obediencia...

Ludens in orbe terrarum... (Prov. VIII, 30). El Señor había estado jugando con él como juega con los hijos de los hombres a lo largo y a lo ancho de la tierra... Como un padre juega con sus hijos: El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ese otro ahí, y aquel rojo más allá... Y al final, ¡un castillo!

Una aprobación decisiva

El año 1950 trae otra gran alegría al Fundador del Opus Dei. Como culminación de todas las gestiones realizadas y después de que ciento diez prelados de diecisiete nacionalidades –entre ellos doce cardenales, un patriarca y veintiséis arzobispos– enviaran a la Santa Sede cartas de recomendación, el Papa firma el decreto de aprobación definitiva y solemne del Opus Dei el 16 de junio, fiesta del Sagrado Corazón.

El documento, más largo de lo habitual, evoca la rápida extensión de la Obra, que, como en la parábola evangélica, «se ha multiplicado de tal forma que el pequeño grano de mostaza se ha transformado de manera admirable en un árbol frondoso».

El decreto recoge también los aspectos específicos del espíritu del Opus Dei: la secularidad –que lo distingue de los institutos religiosos–, las virtudes cristianas y humanas que sus miembros se comprometen a practicar, la libertad que éstos tienen en el terreno profesional y político, la filiación divina, que es el fundamento de su vida espiritual...

Tres días después de la publicación del decreto, Radio Vaticana difunde un amplio comentario sobre el mismo en cada una de sus treinta emisiones en distintos idiomas. El Padre escucha en silencio una de ellas, con la cabeza baja, como si no fuera con él...

Al recibir la noticia, había rezado un Te Deum con algunos de sus hijos. Luego, había pedido a todos los que estaban lejos de él, en diversos países, que se unieran a sus acciones de gracias y respondieran a la misericordia divina con un deseo renovado de santidad y de apostolado.

En Villa Tevere y por todo el mundo

Por todas partes empiezan a recogerse los primeros frutos de la siembra. El mismo día en que la aprobación definitiva de la Obra se ha hecho pública –16 de junio– don Adolfo Rodríguez Vidal celebra Misa por vez primera en el oratorio del primer Centro del Opus Dei en Santiago de Chile.

Un día antes, el 15, un norteamericano, Richard Rieman, ha pedido la admisión en la Obra. Acaba de terminar sus estudios en la Universidad y durante la guerra ha prestado sus servicios en la Marina. Unos días más tarde, el Padre le escribe una carta de su puño y letra, hablándole de la bendita responsabilidad que implica su vocación, y que le incumbe particularmente a él, primer miembro de la Obra en los Estados Unidos.

Durante el verano, se amplían los cursos de formación. Los hay en España –concretamente en Molinoviejo–, en Coimbra –Portugal–, cerca de Toormakeady –al oeste de Irlanda–, y también en Castelgandolfo, en Italia.

En este país, la labor del Opus Dei empieza ya a madurar, al igual que ha ocurrido en España desde hace algunos años. Los jóvenes que se reúnen en Castelgandolfo provienen de Roma, de Milán, de Palermo y de otras ciudades italianas. Uno de ellos escribe a otro, que está lejos: «Casi todas las tardes viene el Padre, y la familia se completa. Se queda con nosotros un largo rato y la jornada se hace entonces más intensa, porque el Padre nos comunica su alegría sobrenatural, nos estimula con su ejemplo y nos hace sentirnos más cerca de los demás miembros de la Obra».

El Fundador aprovecha esos ratos para comunicarles su preocupación por verlos volar cuanto antes con sus propias alas. Los edificios de Villa Tevere, que han permitido iniciar la labor apostólica en Italia, no deberán servir, en el futuro, más que para sede de la dirección central de la Obra, y, provisionalmente, durante algunos años, como sede del Colegio Romano de la Santa Cruz. Así pues, sus hijos italianos tendrán que buscar cuanto antes una casa, porque, si no –les dice–, tendréis que refugiaros bajo los puentes del Tíber...

Las obras de la Sede Central prosiguen, en efecto, tan deprisa como se puede. A mediados de septiembre, las mujeres de la Sección femenina pueden ya instalarse en un edificio independiente, que les servirá de base para sus apostolados propios. Además, desde allí podrán, con las separaciones requeridas, encargarse de algunas tareas domésticas –cocina, decoración, limpieza, etc.– en los edificios ocupados por el Padre y por los miembros varones, como ya lo vienen haciendo en los Centros de la Obra en España y en otros países.

Bajo el manto de Nuestra Señora

El 1.º de noviembre de 1950 se produce la primera vocación a la Obra en Argentina. En ese mismo día, el Padre ha recibido un gozo indescriptible: el Papa Pío XII proclama, en la plaza de San Pedro, el dogma de la Asunción a los cielos de María Santísima. Día de gozo para los católicos del mundo entero, que se complacen al ver definido solemnemente un privilegio de la Virgen. Día de intensa acción de gracias para Josemaría Escrivá de Balaguer, que siempre lo ha puesto todo bajo la protección de Nuestra Señora: su vocación sacerdotal y esta Obra de Dios, tanto antes de que le fuera claramente revelada como después, a medida que ha ido creciendo paso a paso. Ella le ha correspondido con creces, de tal forma que muchas etapas decisivas en la historia de la Obra se han cubierto en fiestas de la Virgen.

Hace ya mucho tiempo, durante una acción de gracias tras celebrar la Santa Misa en la iglesia de Santa Isabel, en Madrid, había escrito unas palabras que ahora ayudan a miles y miles de cristianos a contemplar mejor el misterio de la Asunción, lo mismo que los demás misterios del Santo Rosario:

... María ha sido llevada por Dios, en cuerpo y alma, a los cielos: ¡y los ángeles se alegran! Así canta la Iglesia (...). Jesús quiere tener a su madre, en cuerpo y alma, en la gloria. –Y la Corte celestial despliega todo su aparato, para agasajar a la Señora (...). La Trinidad Beatísima recibe y colma de honores a la Hija, Madre y Esposa de Dios... –Y es tanta la majestad de la Señora, que hace preguntar a los Ángeles: ¿Quién es Esta ?

La voz del Sumo Pontífice se hace más fuerte en el momento en que pronuncia la fórmula solemne por la que define la verdad de fe: «Con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra, pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma de divina revelación que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial».

Frente a una imagen de madera policromada que preside la sala de estar donde se encuentra, el Fundador del Opus Dei ha oído estas palabras arrodillado...

9. MOLINOVIEJO, MAYO DE 1951

El 28 de abril de 1951, Mons. Escrivá abandona Roma para pasar unos días en España. Se instala en Molinoviejo, cerca de Segovia, lugar que evoca en él multitud de recuerdos.

El motivo de su viaje es el Congreso General de la Sección de varones del Opus Dei, que se va a celebrar allí.

Con la aprobación definitiva de la Obra, hace apenas un año, la Santa Sede ha confirmado su organización y su forma de gobierno. El dinamismo apostólico del Fundador y su profunda formación jurídica se ponen de manifiesto tanto en la manera como ha querido que la Obra esté gobernada como en su estructura interna, que él mismo describirá a un periodista francés como una organización desorganizada.

En cuanto a la estructura, es de lo más sencilla: en cada una de las Secciones –de hombres y de mujeres–, que funcionan separadamente, siempre con el mismo espíritu, un Consejo, formado por sacerdotes y por seculares, asesora y asiste al Presidente General (desde el 28–XI–82, Prelado, que da y asegura la unidad fundamental de espíritu y de jurisdicción entre las dos Secciones) –que en esta etapa fundacional es el Fundador mismo– en el gobierno de cada una de las Secciones. En cada país o región, un Consiliario (actualmente, Vicario Regional) preside órganos similares.

De arriba abajo, cada escalón de gobierno se limita a estimular el apostolado de todos los miembros y mantener el espíritu propio de la Obra. Porque la actividad esencial del Opus Dei –su razón de ser– no es otra que garantizar la formación de sus miembros y ayudarles a perseverar en el camino al que Dios les ha llamado. En cuanto a sus iniciativas apostólicas, pueden revestir las formas más variadas, ya que la diversidad de situaciones en que cada cual se encuentra es prácticamente inagotable. En consecuencia, la autonomía de los miembros es total no sólo en lo que concierne a sus actividades familiares, profesionales y sociales, sino también en la manera concreta en que se esfuerzan en acercarse a Dios a quienes les rodean. A la Obra sólo le interesa que el espíritu sobrenatural que la anima se transmita íntegramente.

De todo ello se deriva una forma de gobierno basada en la descentralización, la delegación de responsabilidades e iniciativas y la colegialidad, lo cual, por otra parte, responde adecuadamente al carácter secular del espíritu del Opus Dei. El Padre confía plenamente en que cada uno de sus hijos sabrá cumplir con su deber y enseña a éstos a hacer lo mismo con los que dependen de ellos en sus tareas de gobierno. Por eso suele decir que tiene más confianza en la afirmación de uno de sus hijos que en la de mil notarios juntos y unánimes.

Una de las normas aprobadas por la Santa Sede prevé que cada Sección organice, periódicamente y por separado, un Congreso General, en el que participarán determinados miembros de la Obra. Tales Congresos darán ocasión a revisar la situación apostólica en cada país o región, formular iniciativas y designar el Consejo general de la Sección de varones o, en su caso, la Asesoría Central de la Sección de mujeres.

El que va a celebrarse, presidido por el Fundador, será el primero de estos Congresos.

«Consummati in unum»

Nada más llegar a Molinoviejo, el Padre tiene la alegría de volver a ver a algunos de sus hijos mayores.

Les habla de Roma, de los apostolados en Italia, del curso de las obras en Villa Tévere... Con la fe y el tono vibrante que le caracterizan, evoca también la expansión futura de la Obra.

Durante los ratos de charla con los miembros del Congreso, y en las meditaciones que les dirige, comenta aquellas palabras del Señor: Consummati in unum... «Para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí» (loh., XVII, 23). Unidad de todos los miembros de la Obra, repartidos ya por un número creciente de países. Unidad profunda de sentimientos y de doctrina, que garantiza la espontaneidad de las iniciativas apostólicas. Unión con la cabeza visible de la Iglesia, el Papa...

Para responder a los testimonios de afecto que le ha enviado el Fundador, Pío XII, por mediación de Mons. Montini, ha enviado el siguiente telegrama: «Soberano Pontífice, vivamente conmovido testimonio filial adhesión Congreso General del Opus Dei, desea luces, gracias divinas sobre trabajos para seguro, eficaz servicio Iglesia, otorgando de todo corazón Vuestra Señoría, congresistas, implorada bendición apostólica».

Nueva campaña denigratoria

El 12 de mayo de 1951, al regresar a Roma, el Fundador del Opus Dei se encuentra con una mala noticia: a pesar de las aprobaciones de la Santa Sede, las antiguas calumnias vuelven a levantar cabeza, ahora en Italia. Como en España durante los años cuarenta, alguien se ha tomado la molestia de calentar los cascotes a las familias de los primeros miembros italianos de la Obra. Confundidos por informaciones engañosas, un puñado de personas han dirigido una carta al Papa acusando al Opus Dei de haber desviado a sus hijos del camino recto... Algo que puede tener graves consecuencias en un momento en el que la Obra acaba de recibir el definitivo respaldo de la Santa Sede.

La injuria es particularmente penosa para el Padre, que siempre ha procurado que sus hijos se muestren llenos de delicadeza y afecto con su familia de sangre. Tanto, que, cuando habla del cuarto mandamiento de la Ley de Dios –«honrar padre y madre»– lo llama el dulcísimo precepto del Decálogo.

Antes de iniciar gestión alguna para contrarrestar las calumnias, escribe en una nota: Roma, 14 mayo 1951. Poner bajo el patrocinio de la Sagrada Familia, Jesús, María y José, a las familias de los nuestros: para que logren participar del «gaudium cum pace» de la Obra y obtengan del Señor el cariño para el Opus Dei.

Unas horas más tarde, mientras visita las obras de Villa Tévere, el Padre cumple su promesa: se detiene en una sala rectangular, destinada a oratorio, y allí, entre aquellos muros todavía encofrados, pone en manos de la Sagrada Familia de Nazaret la solución del problema concreto, y también, de forma más amplia, las familias de todos los miembros de la Obra, actuales y futuros.

Al cabo de unos días, las personas que, de buena fe, habían firmado aquella carta van retirando sus firmas, una a una. Había bastado con explicarles los fines de la Obra y hacerles ver claramente que las informaciones que les habían dado eran falsas.

Una vez terminado aquel oratorio, dedicado a la Sagrada Familia, el Padre mandará colocar, encima del altar, un cuadro de un pintor italiano que representa a la Sagrada Familia de Nazaret y, sobre un muro lateral, una placa en mármol con el texto de la consagración escrita por el Fundador, texto que se leerá todos los años, en la festividad de la Sagrada Familia, en todos los Centros de la Obra:

... Oh Jesús, amabilísimo Redentor nuestro, que al venir a iluminar el mundo, con el ejemplo y con la doctrina, quisiste pasar la mayor parte de tu vida sujeto a María y a José en la humilde casa de Nazaret, santificando la Familia que todos los hogares cristianos debían imitar: acoge benigne la consagración de las familias de tus hijos en el Opus Dei, que ahora te hacemos (...). Tómalas bajo tu protección y custodia, y haz que se acomoden al divino modelo de tu Sagrada Familia.

Una peregrinación de penitencia

Calmados ya los ánimos, el Fundador del Opus Dei sigue consagrando todas sus energías a la formación de sus hijos e hijas y a sus tareas como Presidente General. Piensa, entre otras cosas, en los que pronto irán a Colombia y en la instalación de una amplia residencia de estudiantes en Londres, la cual podrá ser un foco de irradiación cristiana en toda Inglaterra y en aquellos países que conservan las huellas de la influencia británica. También da vueltas a otros proyectos, como la posible creación de una Universidad en España...

Con todo, sin que nada lo justifique en apariencia, tiene como un extraño presentimiento. Algo así como lo que les sucede a las madres, que tienen como un sexto sentido que les hace adivinar los problemas de sus hijos, aunque se encuentren lejos... Está pasando algo; no sé lo que es, pero algo está sucediendo...

La inquietud del Padre es tanto más viva en cuanto que la falta de elementos objetivos le impide acudir a alguien para defenderse o pedir explicaciones.

En tales circunstancias, su único recurso está en la Madre de Dios. Así, próximo ya el 15 de agosto de 1951, en Castelgandolfo, a donde va con frecuencia, anuncia a sus hijos su propósito de honrar a la Virgen en la fiesta de la Asunción haciendo una peregrinación a Loreto para consagrar toda la Obra a la Señora.

—El día 15 pondré en las manos de María, en Loreto, la Obra entera; colocaré vuestros corazones en la patena y se los ofreceré al Señor. También le ofreceré, por medio de María, a todos los demás hombres y a todos los países del mundo, porque siempre que se trata del Señor soy muy ambicioso. Haremos un viaje rápido, como mortificación.

El 14, en las primeras horas de la tarde, parte en coche hacia Loreto, acompañado por don Álvaro del Portillo y otros dos miembros de la Obra. Hace un calor bochornoso, propio del ferragosto, como dicen los italianos. En esta ocasión, el Padre no habla, ni tampoco canta, como suele hacer cuando viaja. Sus acompañantes respetan su silencio y su recogimiento, asociándose mentalmente a su oración, conscientes de estar viviendo un momento de excepcional importancia.

Cuando, a la caída de la tarde, llegan por fin a Loreto, numerosos peregrinos se dirigen al Santuario. Nada más descender del automóvil, el Padre se encamina hacia la basílica a tal velocidad que los que le acompañan le pierden de vista. Inmediatamente, entra en la Casita de Nazaret, enclavada en el templo (la cual, según la tradición, fue transportada a Loreto milagrosamente) y reza allí fervorosamente, después de leer una y otra vez, con intensa emoción, la inscripción grabada encima del altar de la capilla: «Hic Verbum caro factum est». Aquí, en una casa construida por la mano de los hombres, en un pedazo de la tierra en que vivimos, habitó Dios.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, celebra la Santa Misa en ese mismo altar de la capilla, pero el ajetreo de la multitud de peregrinos en ese día de la Asunción es tal que le resulta difícil recogerse. Cada vez que, según prescriben las rúbricas, besa el altar, tres o cuatro campesinas lo besan también.

Durante la acción de gracias, prosigue el ajetreo, hasta tal punto que, para evitar los empujones, tiene que refugiarse en un estrecho

pasillo situado tras el altar. Pero los peregrinos lo invaden también, a empujón limpio...

El Padre ofrece esas molestias –fruto de la devoción de aquellas gentes– y se concentra en lo que le ha llevado allí: depositar su inquietud en manos de la Virgen; consagrar al Inmaculado Corazón de María el Opus Dei y todos sus miembros: nuestros cuerpos, nuestros corazones y nuestras almas; tuyos somos nosotros y nuestros apostolados; pedirle que mantenga firme y seguro el camino de la Obra...

Pronto, le invade una paz profunda, de tal forma que, cuando abandona el Santuario de Loreto, abraza la convicción de que, si la Obra está amenazada, como confusamente presiente, no hay nada que temer: la Madre de Dios, a la que acaba de consagrar la Obra entera en la «Santa Casa», velará por ella.

Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum! Corazón dulcísimo de María, prepáranos un camino seguro... ¡Allana las dificultades! ¡Ábrenos el camino!

En Italia, en España, en Portugal

Durante las siguientes semanas, el Padre visita otros Santuarios marianos: Nuestra Señora de Pompeya, cerca de Nápoles; Lourdes, el 6 de octubre de 1951, camino de España, donde va a asistir al primer Congreso General de la Sección de mujeres de la Obra; el Pilar en Zaragoza... En todos ellos, renueva la consagración que ha hecho en Loreto y repite la misma jaculatoria: Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!

A sus hijas, reunidas en Los Rosales, una casa situada en las proximidades de Madrid, les habla de la expansión de la Obra en el mundo, de la maravillosa aventura que van a vivir si permanecen fieles a los medios sobrenaturales de siempre: oración, mortificación, Sacramentos...

Unos días antes, un joven ingeniero, Bartolomé Roig, ha ido a establecerse en Venezuela y el 11 de octubre, durante su estancia en España, el Padre bendice a don Teodoro Ruiz Jusué, a punto de partir hacia Colombia. Luego, con amoroso impulso, descuelga un crucifijo de mármol que pende sobre su cama y se lo entrega, con dos tomos encuadernados de las obras de San Agustín y un cuadrito con una imagen de la Virgen pintada sobre cobre, regalo de su hermana Carmen. Son los únicos «tesoros» que le puede dar...

El 19 de octubre, procedente de Coimbra, se detiene una vez más en Fátima antes de seguir viaje a Lisboa. Reza intensamente en la capilla de las apariciones y vuelve a consagrar la Obra al Inmaculado Corazón de María.

Fin de una amenaza

El 24 de octubre ya está de nuevo en Villa Tévere, en Roma. Allí le informan de que va a haber que prescindir de los servicios de la empresa constructora, porque no cumple el contrato. Por otra parte, son tales las dificultades financieras que hay que restringir los gastos al máximo. Los alumnos del Colegio Romano dejan prácticamente de fumar y se dirigen a pie a la Universidad o a su lugar de trabajo.

Don Álvaro del Portillo se esfuerza por hacer frente, no sin dificultades, a los vencimientos de los créditos y pide ayuda a diestro y siniestro...

Nadie piensa en reducir, o en renunciar a concluir, los edificios de la sede central de la Obra, porque no es ése el espíritu del Opus Dei, tal y como el Padre se lo ha transmitido a sus hijos: Las obras de Dios no fracasan nunca por falta de medios materiales; si fracasan es por falta de buen espíritu.

Así pues, las obras de Villa Tévere no se interrumpen. A finales de año, el Fundador puede bendecir un oratorio y consagrar el altar de Villa Sacchetti, edificio independiente reservado a las mujeres de la Obra, cuyo oratorio dedica al Corazón Inmaculado de María en recuerdo de la Consagración hecha el 15 de agosto. Porque aquel presentimiento de un peligro que amenaza a la Obra le sigue atosigando, aunque no sabe cuál es...

Hasta que una carta de sus hijos de Milán viene a arrojar un poco de luz: el 18 de febrero de 1952, dos miembros de la Obra –un sacerdote y un laico– habían ido a visitar al Cardenal arzobispo, como solían hacer periódicamente, para tenerle al tanto de sus labores apostólicas. Nada más llegar, el Cardenal Schuster les había preguntado por el Padre.

–¿No tiene ahora una especial contradicción, una Cruz muy fuerte?

Los dos miembros de la Obra le habían respondido que no sabían nada, pero que si era así estaría muy contento, porque siempre había enseñado a sus hijos que cuando se está cerca de la Cruz, se está muy cerca de Jesús...

–No, no –había insistido el Cardenal–. Decidle que recuerde a su paisano San José de Calasanz y... que se mueva.

Al recibir la carta de sus hijos, lo comprende todo. Conoce bien la historia del Fundador de las escuelas Pías. No en vano había sido en Barbastro alumno de una de ellas, sin olvidar que San José de Calasanz era aragonés y estaba emparentado con su familia...

Aquel santo de su tierra había fundado en Roma una congregación religiosa para instruir y educar a niños de familias humildes, pero, al final de su vida –tenía ya más de ochenta años– había sido víctima de incalificables intrigas, urdidas por uno de sus hijos, el Padre Mario. Éste, engañando al Papa, le había denunciado al

Santo Oficio, logrando usurpar su cargo de Superior y que se le expulsara de la congregación que había fundado...

No tarda en recibir datos más concretos: existe, en efecto, un proyecto de desmantelamiento de la Obra que, a diferencia del caso de San José de Calasanz, procede de fuera. Un plan verdaderamente diabólico: se trata de escindir las dos secciones del Opus Dei – masculina y femenina– y de obligar al Fundador no sólo a renunciar a su cargo de Presidente General, sino a apartarse de la Obra.

El proyecto, al parecer, está ya en manos de altas jerarquías del Vaticano. Aprobarlo es tanto como destruir la Obra, porque la unidad de espíritu entre las dos Secciones y la unidad de gobierno, garantizadas por la persona del Presidente General, es algo esencial, que forma parte del carisma fundacional.

El segundo objetivo –la expulsión del Fundador– le hace decir, con lágrimas en los ojos: Si me echan, me matan; si me echan, me asesinan. Se siente como aplastado entre dos planchas de hierro. Si su corazón no estalla es por su ilimitada confianza en Dios y por la seguridad que le proporcionan sus recientes peregrinaciones a los Santuarios de la Virgen.

Se da cuenta, también, de que hay que actuar, debe «moverse», como le ha aconsejado afectuosamente, por mediación de sus dos hijos de Milán, el Cardenal Schuster.

Oficialmente, sin embargo, el Presidente General del Opus Dei sigue sin saber nada. Además, no puede presentar un recurso contra una decisión que todavía no se ha tomado. Queda la posibilidad de dirigirse personalmente al Papa, haciéndole saber que está al corriente de lo que se trama...

La carta es filialmente, dolorosamente directa. Mons. Escrivá no pide nada para él. Lo único que pide es que, por amor a la justicia, se le hagan conocer abiertamente las acusaciones. El Fundador abre su conciencia de sacerdote enamorado de la Iglesia: no tiene ningún miedo a la verdad. Bien sabe el Padre que se trata de una campaña de calumnias y falsas acusaciones: una inexplicable celotipia ha hecho que, una vez más, se propalen falsedades, con el fin de levantar un clima de sospecha y desconfianza en contra de la Obra. No le importa por su persona; lo que no puede tolerar es la ofensa a Dios y la injusticia que eso supone para con todas sus hijas e hijos, que sirven a la Iglesia con plena fidelidad al espíritu y a las normas expresamente aprobadas por la Santa Sede.

Cuando el Fundador da a leer la carta a don Álvaro del Portillo, éste pide al Padre que le deje firmarla también.

Unos días más tarde, el 18 de marzo de 1952, el Cardenal Tedeschini, encargado de presentar a la Santa Sede los asuntos relacionados con el Opus Dei, lee la carta a Pío XII. Aunque el

procedimiento ha sido realmente muy poco usual, el Papa, emocionado sin duda por la excepcional franqueza de Mons. Escrivá y la sinceridad que emana de su misiva, le responde inmediatamente que no es cuestión de que tales propuestas sean aceptadas.

Una vez más, un intento de destruir el Opus Dei ha sido desbaratado.

Para don Josemaría, como para el puñado de miembros de la Obra que saben lo que ha pasado, ha sido la Madre de Dios, ardientemente invocada en Loreto y en otros santuarios marianos, quien ha obtenido esta gracia extraordinaria.

En junio de 1952, el Fundador completa el acto de entrega a la Virgen María del año anterior con una nueva consagración de la Obra, en este caso al Sagrado Corazón de Jesús.

Finalmente, el 26 de octubre, festividad de Cristo Rey, en un pequeño oratorio de la sede central, todavía sin terminar, el Padre pide al Señor que otorgue la paz a la Obra, al mundo, a todos los hombres de buena voluntad: Oh, dulcísimo Jesús (...), al consagrarte nuestra Obra, con todas sus labores apostólicas, te consagramos también nuestras almas con todas sus facultades; nuestros sentidos; nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones; nuestros trabajos y nuestras alegrías. Especialmente te consagramos nuestro pobres corazones, para que no tengamos otra libertad que la de amarte a Ti, Señor.

Es Dios quien lo hace todo...

A pesar de ser muy graves, estos acontecimientos no han obstaculizado en absoluto el desarrollo de los apostolados de la Obra.

A Roma llegan, cada vez en mayor número, estudiantes y jóvenes licenciados que van a profundizar su formación. A comienzos del verano de 1952, el Padre ruega a su hermana Carmen que se traslade a Salto di Fondi –un pueblo situado entre Roma y Nápoles– para atender al cuidado material de una casa de campo, situada junto al mar, donde pasarán una temporada; en tandas sucesivas, grupos de alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz.

En julio, ocho miembros del Opus Dei reciben las sagradas órdenes en una iglesia de Madrid. Poco antes, se ha instalado en Pamplona una escuela de Derecho, semilla de una futura Universidad. Se trata de un antiguo sueño del Padre, para cuya realización ha rezado y trabajado años y años. Para él es claro que si bien el apostolado de los miembros reviste un carácter personal, de amistad y confianza, en todos los ambientes, será también necesario promover en todos los países algunas actividades orientadas a la educación y a la promoción social. La iniciativa corresponderá a sus hijos o a sus hijas, en colaboración con otras personas. La Obra se limitará a insuflar su espíritu en esas realizaciones, cuya misión consistirá en

contribuir a resolver problemas concretos de un país, una región o un sector de la sociedad, constituyendo, al mismo tiempo, instrumentos aptos para difundir la doctrina cristiana y marco propicio al apostolado personal de los miembros de la Obra que en ellas ejerzan su trabajo profesional.

Tal era la finalidad de la Academia DYA, abierta en Madrid en 1933, y de las distintas residencias de estudiantes instaladas desde entonces. Sin embargo, el proyecto actual es más ambicioso, y el Padre espera mucho de él: una Universidad digna de ese nombre, cuya influencia se extenderá no sólo a toda España, sino también a otras naciones.

Poco a poco, buenas noticias empiezan a llegar a Roma, procedentes de los países y ciudades a donde se ha ido en los últimos años.

A comienzos del mes de julio de 1952, algunos de los que habían iniciado la labor en Argentina, tomando como base la ciudad de Rosario, se instalan en Buenos Aires. En agosto, comunican al Padre que se ha producido la primera vocación femenina en aquel país. El 30 de ese mismo mes, un sacerdote parte para Venezuela, y un ecuatoriano que acaba de concluir sus estudios en Roma regresa a su país. Otros dos miembros de la Obra se establecen en Bonn, capital de la Alemania Federal.

En 1953 prosigue la expansión apostólica: se abre en Dublín una Residencia de estudiantes y dos miembros del Opus Dei van a trabajar profesionalmente en Perú y en Guatemala. Finalmente, en París – objetivo del Fundador desde los años treinta– dos miembros de la Sección de varones alquilan un pisito en la calle del Doctor Blanch. En el verano, se les une Fernando Maycas, el joven jurista que ya había residido en París varios años y que ha sido ordenado sacerdote en España. Su instalación definitiva en París marca el comienzo de una labor estable y continuada en Francia.

El Padre realiza un nuevo viaje a España para pasar en Molinoviejo, cerca de Segovia, el 2 de octubre de 1953, fecha en la que se cumple el veinticinco aniversario de la fundación del Opus Dei. En ruta, se detiene en Lourdes para rezar a la Virgen en el mismo lugar donde lo había hecho el 11 de diciembre de 1937, en plena guerra civil, tras el largo y agotador paso de los Pirineos.

Antes de abandonar Roma, ha recibido una bendición especial del Santo Padre mediante una carta del Cardenal Tedeschini, confirmada días más tarde por un telegrama de Mons. Montini, prosecretario de Estado para los asuntos ordinarios.

En Madrid le esperan sus hijos, para celebrar el aniversario. Porque, en efecto, ha transcurrido un cuarto de siglo desde que vio la

Obra por primera vez, mientras repicaban las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles... Ahora, ya puede contemplarla como el Señor la quería, proyectada en el tiempo –siglos– y haciendo en la historia de la humanidad –humilde y silenciosamente– un surco hondo y ancho, luminoso y fecundo.

Al acercarse este aniversario, había recomendado a sus hijos y a sus hijas que realizasen con mayor empeño su trabajo en ese día, intensificando su oración. Sed –en esta tierra tan llena de rencores– sembradores de alegría y de paz: porque este heroísmo sin ruido de vuestra vida ordinaria será la manera más normal, según nuestro espíritu, de solemnizar las Bodas de Plata de nuestra Madre.

Antes de regresar a Roma, el Padre se acerca a Portugal y luego, pasando por Bilbao, llega hasta París, donde sorprende a sus hijos con su visita, el 24 de octubre. Desciende hacia Italia y pasa por Milán y Loreto.

La expansión de la Obra, que no ha hecho más que empezar, le demuestra, una vez más, que Dios la ha querido. ¡No puedo!, ¡no valgo!, ¡no sé!, ¡no tengo!, ¡no soy nada! repite sin cesar, como en los primerísimos comienzos, durante los días que preceden y siguen al aniversario. Y concluye con el complemento lógico de este acto de fe: Pero Tú lo eres todo.

Este 2 de octubre debe ser para sus hijos un nuevo punto de partida, una ocasión de ampliar el horizonte de su apostolado hasta los últimos rincones del planeta.

Vuestra caridad ha de ser amplia, universal: habéis de vivir de cara a la humanidad entera, pensando en todas las almas de todo el mundo. Esa actividad os llevará a rezar por todos, y, en la medida de vuestras posibilidades, a ayudar a todos.

¿Quién, entre los más antiguos, no rememora, al oír estas palabras, aquel mapamundi de la Residencia de Jenner y aquella cruz que el Padre dibujaba, con sus cuatro brazos en forma de flecha, orientados hacia los cuatro puntos cardinales?

10. PARÍS, 1º DE MAYO DE 1960

El Padre, rodeado de sus hijos, asiste a una tertulia en un piso de una casa del Boulevard Saint–Germain, donde viven algunos miembros de la Obra. A los tres primeros franceses –dos de los cuales acaba de conocer– les habla del cariño que tiene a su país, evocando, con buen humor, la octava parte de sangre francesa que lleva en sus venas, lo que explica –dice– su pasión por la libertad...

Les encarga también que digan a los que vendrán tras ellos cómo se ha esforzado desde hace años en amar mucho a Francia, para compensar así el empeño de algunos de sus profesores de Barbastro, que pretendían inculcar en sus alumnos sentimientos antifranceses, vivos en Aragón desde las campañas napoleónicas.

El Padre se divierte al observar la sorpresa de uno de los que le escuchan y pasa a hablar de otro tema, atemperando con buen humor la seriedad de lo que dice: espera mucho de Francia, como corresponde a su influencia intelectual en el mundo; para que los apostolados de la Obra se abran paso en ese «dulce» país, viene ofreciendo desde hace tiempo oraciones y mortificaciones, las últimas durante el viaje que le ha llevado a la capital de Francia.

Oración, trabajo

Porque –afirma– para lograr que la Obra arraigue en un país es preciso roturar antes la tierra: el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio.

Esa tarea espiritual –preparar la tierra– es precisamente la razón de ser de los rápidos viajes que suelen alejar al Fundador de Roma.

En algunos de los países que recorre no hay todavía ningún miembro del Opus Dei. No importa: con los que le acompañan, se detiene a rezar a la Virgen en diversos santuarios, para confiarle las intenciones de la Iglesia y poner en sus manos la futura expansión de la Obra en el país respectivo. Muchas veces, visita al Obispo del lugar para darle a conocer el espíritu y los apostolados del Opus Dei.

Cuando sus hijos ya han comenzado a trabajar en el país que visita –como ocurre en Francia, en Alemania, en Suiza, en Irlanda, en Inglaterra–, procura pasar largos ratos con ellos, a ser posible durante varios días, para animarles y reconfortarles con su buen humor y su alegría.

Cuando está en Roma, responde a sus cartas con palabras llenas de cariño, que escribe de su puño y letra, con rasgos firmes y fuertes. El tono es siempre optimista, aunque no ignora en absoluto las dificultades y estrecheces que acompañan siempre los comienzos de la labor apostólica en nuevos países. Las que dirige con frecuencia a sus hijos de París dan una idea de la manera cómo el Fundador impulsa la labor de la Obra en todos los lugares donde empieza a implantarse. Durante los primeros años, insiste en la necesidad de llevar a cabo una labor previa de preparación del terreno mediante la oración y la mortificación, para que se abra pronto en la dulce Francia un surco fecundo y ancho.

En 1954, ruega encarecidamente a sus hijos que sean fieles a los ratos de oración que deben jalonar su jornada, porque sólo así esa gran nación dará sus frutos. Los exhorta a tener fe y confianza en ese período aparentemente estéril: Roturad con alegría, que los campos de Francia son fecundos. Que la Madre del Cielo haga fecundo el trabajo en la dulce Francia...

Pide noticias de cada uno en particular, los felicita en sus santos y cumpleaños, les habla de fidelidad, de generosidad en el apostolado: Estoy ilusionado con las bendiciones que el Señor y su Madre bendita

van a derramar sobre Francia, por vuestro trabajo, les escribe en diversas ocasiones, porque Dios Nuestro Señor premia siempre con creces nuestra fidelidad y el empeño que ponemos en servir a la Iglesia y a las almas...

Les pide también que rompan las amarras, que se hagan franceses con los franceses. ¡Por salvar un alma estoy dispuesto a hacerme turco!

Les hace sentir igualmente la ayuda procedente de la comunión de los santos: Rezo especialmente por vosotros cada día y estoy lleno de esperanza por la labor que se avecina.

Poco a poco, van empezando a surgir vocaciones, como el Padre había previsto mientras ayudaba desde lejos a una eclosión que anhelaba con todas sus fuerzas desde 1935.

En sus breves visitas a Francia, siempre se había apoyado en la Señora: en Lourdes, donde había ido a rezar siempre que había podido; en Chartres; en París, en aquel islote de paz del crucero derecho de la catedral de Notre Dame...

En Ars había invocado también a San Juan Bautista María Vianney, al que había nombrado santo intercesor de la Obra junto con el italiano Pio X, el inglés Tomás Moro y el oriental Nicolás de Bari; y en Lisieux, a Teresita del Niño Jesús, cuyos escritos había leído una y otra vez...

En París, finalmente, en 1958, había orado intensamente en la Basílica del Sacré-Coeur.

La animación de los apostolados

Cuando regresa a Roma, sigue ofreciendo, por todos los países donde está ya o estará la Obra, el trabajo monótono de los días siempre iguales, exprimidos hora a hora en el cumplimiento de sus «deberes de estado»: el gobierno del Opus Dei, la atención a los que, de visita en Roma, quieren verle y conversar con él aunque sólo sean unos instantes...

Siempre que puede, predica a quienes le rodean y escribe a todos sus hijos cartas en las que, a grandes rasgos, evoca, como en los años treinta y luego en la guerra y en la posguerra, las inmensas perspectivas apostólicas que abre el espíritu de la Obra.

El Señor quiere que se le ponga de nuevo en la cumbre de todas las actividades humanas.

Con ejemplos concretos, el Fundador sugiere cómo se puede vivir esa espiritualidad en todos los ambientes en que puede encontrarse un cristiano inmerso en el mundo.

En sus cartas de los últimos años ha ido dando noticias de la marcha de las obras de Villa Tevere. Ahora, en París, en este mes de mayo de 1960, habla de los edificios que están casi terminados. Desde 1955, las obras han ido a un ritmo muy rápido, sobre todo si se tiene

en cuenta la importancia de esas casas y la escasez de recursos. Los gastos superan con mucho las posibilidades de los miembros de la Obra, aunque han dedicado a cubrirlos gran parte del producto de su trabajo profesional. Por eso, en todos los países donde trabajan, han buscado dinero como han podido, pidiendo ayuda a sus amigos y realizando, a menudo, tareas suplementarias u horas extraordinarias. Incluso han pedido dinero a personas que no conocían nada de la Obra.

Gracias a su esfuerzo, en la sede central de la Obra pueden, desde hace poco, alojarse con cierta comodidad los alumnos del Colegio Romano. El 31 de diciembre de 1959, el Padre ha celebrado misa por primera vez en el oratorio de Santa María de la Paz, destinado a ceremonias de cierta importancia. Debajo, se ha abierto una cripta en la que serán enterrados algunos miembros de la Obra. Allí desea reposar un día el Fundador del Opus Dei, sin salir de esta Roma donde ha venido a «enterrarse» en 1946.

Cerca, en otra pequeña cripta, yace su hermana Carmen, que no quiso regresar a España después de llevar a cabo su tarea de arreglo y atención de la casa de Salto di Fondi. El 20 de junio de 1957 había muerto apaciblemente, en su casa del Trastévere. El golpe había sido muy duro para el Padre, que, otra vez, veía partir a uno de los miembros de su familia, a quien, además, la Obra debía tanto.

Cuando le habían comunicado el diagnóstico, se había dirigido filialmente al Señor y le había repetido, como pidiendo un milagro: Si quieres, puedes...

«Tía Carmen» –como la llamaban los miembros de la Obra– había entregado su alma a Dios a las tres y veinticinco de la madrugada y el Padre había repetido de rodillas, al pie de la cama, la oración que, en los hospitales de Madrid, susurraba al oído de los agonizantes: Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios sobre todas las cosas. – Amén. –Amén.

Al concluir la Santa Misa, que había celebrado inmediatamente después, le había invadido una profunda paz: Se acabaron las lágrimas (...); ahora estoy contento, hijos míos, agradecido al Señor, que se la ha llevado al Cielo; con el gozo del Espíritu Santo.

El Padre acababa de adquirir la certeza de que su hermana estaba en el Cielo. Una dedada de miel en medio de su amargura, como solía decir a veces...

Ahora Carmen descansa en la cripta, formando parte de los cimientos de unos edificios que parecen de piedra y son de amor. ¡Encierran tanta oración y tanto sacrificio de los que han colaborado en su construcción...! Entre ellos, los del Secretario General del Opus Dei, don Álvaro del Portillo, quien varias veces, en momentos

decisivos para la continuación de las obras, ha logrado milagrosamente pagar las letras que vencían, trabajando sin descanso, a pesar de varias enfermedades que le aquejaban en esa temporada.

Una audiencia del nuevo Papa

En París, el Padre ha evocado también la audiencia que le había concedido, el 5 de marzo de 1960, Juan XXIII.

Era la primera vez que el Fundador de la Obra se entrevistaba con el sucesor de Pío XII, fallecido el 9 de octubre de 1958.

Juan XXIII, por su parte, ya conocía la labor del Opus Dei, pues había visitado algunas de sus realizaciones: La Estila, una residencia de estudiantes en Santiago de Compostela, donde había estado en 1954, año jubilar, y otra en Zaragoza, Miraflores, donde se había alojado durante su viaje a España en aquella ocasión.

El Papa conservaba un recuerdo muy vivo del ambiente cordial que se respiraba en los Centros de la Obra, que alguien le había descrito previamente como una institución «imponente» que «hacía mucho bien». Se lo había contado al Fundador, añadiendo, con buen humor, que cuando había vuelto a oír hablar de la Obra, habían vuelto a decirle que era «imponentísima e faceva moltissimo bene...».

A esto se aludía, de alguna manera, en la carta que el Cardenal Secretario de Estado había dirigido al día siguiente a Mons. Escrivá de Balaguer, adjuntándole una fotografía de la audiencia.

El Papa Juan había reído abiertamente cuando el Fundador le manifestó, con su franqueza acostumbrada, que no había aprendido de Su Santidad a practicar el ecumenismo, porque había tenido que hacer varias tentativas infructuosas antes de conseguir que la Santa Sede admitiera, en 1950, que pudiese haber cooperadores no católicos, e incluso no cristianos, del Opus Dei.

Don Josemaría no era ya, en absoluto, aquel joven sacerdote desconocido que había llegado a Roma para solicitar una Fundación que hacía saltar el corsé del Derecho canónico. Sin embargo, ante el Papa, es decir, ante el «Vice-Cristo» o «el dulce Cristo en la tierra», como solía decir con palabras de Santa Catalina de Siena, se sentía siempre profundamente conmovido: Después de Jesús y de María, el Papa, quienquiera que sea, solía repetir a sus hijos.

Don Josemaría, que ha hablado siempre con sinceridad y sencillez, y que ha obrado siempre como hijo que ama al Santo Padre, tuvo noticia de que hubo quien se sonrió al enterarse de que había pasado su primera noche, en la capital de la Cristiandad, rezando por el Papa y mirando a sus habitaciones. Le ha dolido que se juzgue con esa ligereza lo que es profesión de fe, y desde entonces su cariño a la Cabeza visible de la Iglesia se ha hecho más teológico. Es lo que expresa a su manera cuando reza un Credo ante la basílica de San Pedro –lo hace siempre que visita el Vaticano–. Al llegar a las

palabras «Creo en el Espíritu Santo... y en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica...», repite por tres veces:

«Creo en mi Madre, la Iglesia romana, añadiendo, a veces, a pesar de los pesares».

—¿Qué entiende usted por ese «a pesar de los pesares»? le había preguntado un día Mons. Tardini, a quien le había contado esto.

—Sus errores personales y los míos, le había respondido Mons. Escrivá, acompañando su santa desvergüenza de una sonrisa que le había dejado desarmado.

Con este espíritu de fidelidad a la Iglesia, reza y hace rezar a sus hijos, ahora, por «la gran intención» de Juan XXIII: el Concilio Ecuménico que acaba de convocar el Santo Padre.

11. MADRID, 17 DE OCTUBRE DE 1960

La basílica de San Miguel, en el corazón del viejo Madrid, está llena a rebosar. Cuando Mons. Escrivá sale de la sacristía para celebrar la Santa Misa, le embarga una gran emoción al contemplar la multitud de fieles, en su mayor parte miembros de la Obra y de edades y condiciones tan variadas como la sociedad misma.

Precisamente en esta misma iglesia había celebrado su primera Misa cuando se traslada definitivamente a la capital de España un día de la primavera de 1927, al llegar procedente de Zaragoza.

En la homilía que pronuncia después del Evangelio, evoca los años ya lejanos en los que completamente solo y lleno de aquellos barruntos divinos que desembocarían en la Fundación del Opus Dei, todavía estaba lejos de imaginar que vería esta iglesia llena de almas que aman tanto a Jesucristo.

La emoción, perceptible en su voz, se propaga como un eco en los corazones.

Una familia que crece

Una atmósfera similar se respiraba la víspera entre los grupos reducidos de personas que había recibido el Padre. Entre ellos, algunos empleados y obreros que venían viviendo desde hacía algún tiempo —meses o años— la vocación específica de la Obra en su trabajo ordinario, llevando a cabo un apostolado activo de presencia y testimonio en su propio ambiente.

Una voz se había alzado durante una de esas tertulias en las que el Padre había hablado, como siempre, de la necesidad de santificarse en las ocupaciones habituales: «Padre, ¿y los que hemos sido carteristas?»

El que acababa de decir eso, provocando un estallido de risas entre los asistentes, era un antiguo ratero a quien el encuentro con un miembro del Opus Dei le había servido para «reconvertirse». El Padre, impresionado, no le había dejado terminar: Hijo mío: a mí no

me puedes robar la cartera, porque no la tengo; pero me has robado el corazón.

Dirigiéndose a todos los que se encuentran en la basílica de San Miguel, ha hecho una discreta alusión a esa anécdota del día anterior.

Sus palabras son las de siempre, pronunciadas con voz fuerte, como corresponde a las dimensiones de la iglesia: fidelidad a la vocación, renovada día a día; santificación del trabajo; continuo diálogo filial con el Señor; acción responsable en el mundo obrando siempre –según la expresión de San Pablo– con «la libertad de los hijos de Dios»; voluntad de vivir la vida cristiana en todas sus exigencias, sin miedo a basar en ese testimonio discreto y eficaz un apostolado activo y constante: que la vean vuestros parientes, vuestros colegas, vuestros vecinos, vuestros amigos. No hagáis nada raro, que no es propio de nuestra vida. Vivid como los demás, sobrenaturalizando cada instante de la jornada. Que contemplen vuestra alegría en el mundo.

Para ensanchar el afán apostólico de quienes le escuchan, el Padre les pide que recen y ofrezcan sus pequeños sacrificios diarios, así como su trabajo, por la fecundidad del apostolado en aquellos países donde la Obra está iniciando su labor. Piensa seguramente en Colombia, en Venezuela y en Chile, donde algunas hijas suyas acaban de establecerse para trabajar profesionalmente y ejercer el apostolado. Piensa también en el Uruguay, donde se ha iniciado la labor en 1956, y en Suiza –concretamente en Zurich–, donde trabajan desde ese mismo año un sacerdote que había ejercido antes como médico psiquiatra, don Juan Bautista Torelló, y un joven arquitecto, Pedro Turull. Y en Brasil, adonde han llegado los primeros en marzo de 1957; y en Austria, y en Canadá... Y en el Perú, donde otro médico, sacerdote desde 1951, don Ignacio Orbegozo, ha sido nombrado por el Santo Padre prelado nullius de un amplio territorio de 13.000 kilómetros cuadrados, en medio de los Andes, entre picachos de más de 5.000 metros de altitud... Y en Kenya, y en el Japón, donde hay hijos suyos desde 1958...

Por lo que se refiere a España, cuna de la Obra, el desarrollo es tan considerable que para procurar ver a todos sus hijos e hijas y decirles todo lo que les quiere decir ha recibido incansablemente grupos muy numerosos de personas.

En este mismo Madrid, donde el Padre abraza ahora a tantos hijos suyos, algunos de ellos habían fundado, hace cinco años, un club deportivo situado en aquel mismo barrio obrero de Vallecas que don Josemaría solía visitar, para ejercer su ministerio, antes de la guerra civil. El Club Tajamar no había tardado en convertirse en núcleo inicial de un Centro de enseñanza media y formación profesional que, provisionalmente, venía funcionando en unos

barracones prefabricados de una antigua vaquería situada en terrenos baldíos. La influencia de este Centro en aquel barrio popular era ya considerable y con el tiempo lo sería mucho más...

En Zaragoza y en Pamplona

Este viaje a España de Mons. Escrivá de Balaguer está motivado, en realidad, por su deseo de asistir a la ceremonia en la que el Estudio General de Navarra va a ser erigido en universidad. Antes, sin embargo, tiene que detenerse en Zaragoza, pues el 21 de octubre va a ser investido doctor honoris causa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de esa ciudad...

El vasto paraninfo de la Facultad de Medicina, donde se celebra la ceremonia, resulta insuficiente para albergar a los invitados, procedentes no sólo de Zaragoza y otras ciudades próximas, sino de numerosas provincias españolas.

En su discurso de agradecimiento, el Padre evoca los tiempos lejanos en que era seminarista en el gran Seminario de Zaragoza y los años en los que cursaba sus estudios civiles en la Facultad de Derecho. Luego, se recrea en el recuerdo de algunas personalidades aragonesas que habían destacado en la historia de Aragón, de España y del mundo.

Terminada la ceremonia, tarda media hora en llegar a una sala contigua, pues tiene que abrirse camino, casi a viva fuerza, entre la muchedumbre que abarrota el paraninfo.

Al día siguiente, celebra la Santa Misa en la iglesia del Seminario de San Carlos; su emoción es grande al volver a pisar el templo donde había sido ordenado diácono y había dado la comunión a su madre por primera vez.

Y, por fin, Pamplona, objetivo principal de su viaje, la ciudad que, en 1952, había visto nacer la Universidad de Navarra, de manera modesta, pero con el propósito de llegar a convertirse en una institución de enseñanza superior muy fecunda.

A la inicial escuela de Derecho, convertida ahora en Facultad, han venido a unirse otras: la de Medicina, la de Filosofía y Letras, la de Ciencias, la de Derecho Canónico... Y una Escuela de Periodismo y otra de Enfermeras. Incorporados a la Universidad, funcionan también el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, radicado en Barcelona, y una Escuela de Ingenieros, sita en San Sebastián.

Como el Estado español tiene el monopolio de la enseñanza superior, la Santa Sede, utilizando por primera vez la facultad que le otorga el Concordato establecido en 1953, ha erigido el Estudio General de Navarra en Universidad de la Iglesia. El Fundador del Opus Dei, que iba a ser Gran Canciller de la Universidad, habría preferido que hubiese podido conservar su carácter civil, pero había

aceptado de momento esta solución, porque así se lo pidieron expresamente en la Santa Sede.

La ceremonia de erección tiene lugar el 25 de octubre en una sala gótica contigua al claustro de la catedral de Pamplona y se inicia con la lectura del correspondiente decreto, fechado el 6 de agosto de 1960 y firmado por el Cardenal Pizzardo en nombre del Papa Juan XXIII. Una vez terminada la ceremonia, el Gran Canciller y el Claustro de profesores abandonan la sala, rodeados de una gran muchedumbre. Como en Zaragoza, Mons. Escrivá de Balaguer se pliega de buen grado a las exigencias del protocolo. Luego, en el nuevo Campus, situado en terrenos cedidos por el Ayuntamiento de Pamplona, asiste a la bendición y colocación de la primera piedra de la Universidad.

Pero no han terminado con eso los actos oficiales, porque esa misma tarde, en el Ayuntamiento, recibe el título de hijo adoptivo de la ciudad.

Nuevo discurso en el que, tras evocar a grandes rasgos la variedad de las tierras de España, confiesa que siente «debilidad» por Navarra. Su tono es cordial, casi íntimo...

De la plaza donde se alza el Ayuntamiento llega el murmullo de la muchedumbre, congregada para aclamar al Padre, y el sonido de una música folklórica. Mons. Escrivá de Balaguer no tiene más remedio que asomarse a un balcón, rodeado de las autoridades allí presentes. Recogido en profundo silencio, contempla a la multitud, que le ovaciona calurosamente. Muchos agitan sus pañuelos y un grupo de bailarines ejecuta una danza regional.

No se trata, sin embargo, de uno de esos homenajes convencionales –mezcla de curiosidad y simpatía– que congregan grandes muchedumbres. Aquí se palpa una intensa corriente de afecto que une al Padre con esos hombres y mujeres de toda edad y condición, que han venido, en algunos casos, desde muy lejos, para testimoniarse su cariño y su reconocimiento.

El Fundador del Opus Dei contempla a todos largamente, profundamente conturbado, casi desconcertado, como si las aclamaciones no fueran con él. Y cuando algunos empiezan a gritar «¡Viva el Padre!», él corta aquellos vítores proponiendo gritar: ¡Viva el Papa!, ¡Viva Navarra!.

El Nuncio apostólico, Mons. Antoniutti, que asiste a la ceremonia y contempla aquel espectáculo desde el balcón, al lado de Mons. Escrivá, no puede ocultar su emoción...

A1 día siguiente, a mediodía, el Padre celebra la Santa Misa en la catedral, llena también a rebosar. Como en Madrid, dirige algunas palabras a las cinco o seis mil personas allí reunidas, hablándoles de

modo fraterno, paterno, materno, con el corazón, con la mente puesta en Dios.

Recordando el Evangelio, tan viejo y tan nuevo, y su propia vocación, sus treinta y tres años de vocación en el Opus Dei, se dirige a sus hijos, a sus hijas, y también a los padres y las madres de ellos, corona del Opus Dei, para pedirles que continúen ayudando a sus hijos, con sus oraciones, a perseverar en su camino.

Finalmente, tras la acción de gracias de la Misa, durante la cual vuelve a pronunciar unas palabras, recibe a centenares de personas en el claustro de la catedral.

No se pueden poner diques al mar...

La presencia de tantos hombres y mujeres –padres y madres de familia en su mayor parte– atestigua el desarrollo de la Obra en España, aunque no han faltado las dificultades, ni todavía faltan. Las antiguas calumnias han cambiado un poco y ahora hay quienes se empeñan en confundir al Opus Dei con un grupo político, basándose en que, desde 1957, dos miembros de la Obra, en el ejercicio de su libertad y responsabilidad personales, han aceptado ser ministros del Gobierno en España.

Mons. Escrivá sufre con una calumnia –a veces, voceada sin mala fe– que niega uno de los aspectos más esenciales de la vocación al Opus Dei: la libertad de pensamiento y acción de que gozan todos y cada uno de sus miembros en las cuestiones temporales. En palabras suyas, la vinculación al Opus Dei es exclusivamente para recibir ayuda espiritual y formación cristiana, y para colaborar en las obras apostólicas de la Obra.

Por lo tanto, el Opus Dei no persigue ningún fin de carácter temporal, ni puede intervenir o solidarizarse con las actividades profesionales, sociales o políticas de sus miembros: son éstas, actividades puramente personales. Por consiguiente, un miembro del Opus Dei no tendrá otras limitaciones en su actuación temporal que las derivadas de los principios éticos comunes a todos los cristianos.

El pluralismo de pensamiento y de acción política de los miembros del Opus Dei –que proceden de países de los cinco continentes y pertenecen a los más diversos estamentos de la sociedad– lo comprenderá con facilidad quien crea sinceramente en la existencia de ideales religiosos y valores morales, capaces de hermanar a todos los hombres en una empresa común, que están por encima –muy por encima– de las divisiones políticas y sociales. Nunca lo entenderá, por el contrario, quien tenga una triste mentalidad intransigente o de partido único, dentro o fuera de la Iglesia. Quizás muchos ignoren que Mons. Escrivá, siendo fiel a la Voluntad

de Dios, por dos veces, en situaciones políticas muy diversas, se ha negado en redondo a fomentar la creación en España de un «partido católico»: en los años treinta, durante los tiempos turbulentos de la Segunda República, y diez años después, durante la posguerra. Lo que le interesa no es el éxito político o social, sino la santidad de sus hijos; si triunfan o no, es un problema suyo. Es lo que había respondido, con viveza, a un cardenal que quiso felicitarle por el nombramiento de un miembro de la Obra para un puesto relevante.

Todo está previsto para que el Opus Dei no se desvíe jamás de esta línea; sus fines son exclusivamente sobrenaturales, y se puede constatar, incluso en España, donde no están reconocidos por entonces los partidos políticos, la variedad de tendencias de aquellos miembros de la Obra que intervienen en la vida pública. Lo cual no quiere decir que no tenga que pasar algún tiempo antes de que las mentes de muchos estén dispuestas a admitir que los católicos puedan asociarse –y se asocien de hecho– para fines que no tienen nada que ver con la política...

Con todo, este deseo de dejar bien sentada la realidad de una característica esencial del Opus Dei no es una de las principales preocupaciones del Padre. Lo que verdaderamente le urge es la expansión de los apostolados por todo el mundo. Por eso, antes de regresar a Roma, se llega hasta París, para animar a sus hijos e hijas.

El Padre llega el 29 de octubre, muy cansado y, al mismo tiempo, muy contento por haber conocido y hablado con tantas personas en tan pocos días. A la primera tertulia con sus hijos, asisten tres franceses. Uno de ellos, que ha estado en Pamplona, le pregunta qué había pensado al ver la multitud que le rodeaba. El Padre responde que en su fe y en su cariño. ¡Qué fe la suya!, repite una y otra vez, refiriendo sólo a Dios aquellas manifestaciones de entusiasmo. Luego, divertido y admirado, cuenta algunas anécdotas acaecidas durante el viaje. Está claro que este encuentro con grupos numerosos de sus hijos le ha conmovido, haciéndole olvidar el sonrojo que ha experimentado al verse convertido en el protagonista, a pesar suyo.

Las anécdotas de su viaje a España se mezclan con relatos de su vida en Roma y con las noticias que le dan sus hijos sobre la marcha de la labor en Francia. El Padre se encuentra a gusto y, como siempre, lleva el peso de aquella reunión de familia.

De pronto, suena el teléfono. Lllaman al Padre... Cuando vuelve, trae el rostro demudado: acaban de comunicarle que tres de sus hijos, de regreso de Pamplona, han resultado muertos en accidente de automóvil. Entre ellos, uno de los primeros chilenos, recién ordenado sacerdote.

El Padre se dirige al oratorio, donde reza un responso por el eterno descanso de sus almas; luego se queja filialmente, dolorosamente, como suele hacer en tales casos: Pero, Señor, ¿cómo te llevas a estos hijos? Con la falta que hacen... Tú sabes más. «Fíat, adimpleatur...».

El tono de la reunión de familia cambia. El Padre habla del Cielo y pide a los que le rodean que acudan a la intercesión de esos tres hermanos suyos que están ya junto al Señor, para que les ayuden a sacar adelante sus apostolados en Francia.

Por la tarde, vuelve al piso del Boulevard Saint-Germain, luego de haber visitado, en los alrededores de París, una casa que puede ser apta para instalar una residencia. A pesar de los esfuerzos que hace por hablar de otras cosas, no se le van de la cabeza los tres hijos suyos que han volado al cielo. Piensa que han hallado la muerte con ocasión de su viaje a Pamplona y eso le hace sufrir mucho.

Nada más saber lo ocurrido, ha redactado una nota advirtiendo a los miembros de la Obra que tienen que viajar en automóvil que no dejen de tomar una serie de medidas de prudencia. Luego, por la tarde, pide que se haga lo necesario para que la familia de una de las víctimas reciba la ayuda económica a que tiene derecho.

Pronto, se advierte que no puede más, y se levanta para marcharse. Sus hijos quedan profundamente emocionados viendo el dolor del Padre y los esfuerzos que hace para dominarse y sacar hondas consecuencias sobrenaturales, aplicando a la letra una frase de San Pablo que suele citar a quienes sufren penas o contradicciones: «Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (Rom. VIII, 28).

12. ROMA, 1961-1965

El viaje a España en octubre de 1960, así como los breves desplazamientos a diversos países europeos, no han sido más que cortas pausas en la vida habitual de Mons. Escrivá de Balaguer, ya que desde 1946, y sobre todo desde 1952, suele estar casi siempre en Villa Tevere, consagrado a las tareas de dirección del Opus Dei.

Al aproximarse a los sesenta años, no ha perdido nada de su vitalidad. En 1954 ha quedado curado de la diabetes, que tantos trastornos le causaba, de manera verdaderamente inexplicable. El 27 de abril de ese año, antes de almorzar, don Álvaro del Portillo le había puesto, como siempre, una inyección de insulina. Esta vez se trataba de una insulina de efecto retardado, que el médico le acababa de recetar. El efecto, sin embargo, no había tardado en producirse: nada más sentarse a la mesa, el Padre se había desplomado, quedando como muerto. Don Álvaro, que le acompañaba, le había dado la absolución, pues el Padre, antes de perder el conocimiento, así se lo había pedido. Luego, había tratado de hacerle volver en sí haciéndole

tragar a viva fuerza un puñado de azúcar. Al cabo de unos quince minutos, había recobrado el conocimiento, pero no la vista, que tardó unas horas en recuperar.

A partir de ese momento, todos los síntomas de la diabetes habían empezado a mitigarse –sobre todo los fuertes dolores de cabeza–, hasta desaparecer por completo. Tenía la impresión de salir de una cárcel. Se veía –bromeaba luego– que el Señor había querido sanarle para que trabajase más... Esa era la lección que había sacado de aquel «choque anafiláctico» que, según el médico, hubiese debido causarle la muerte en algunos minutos...

Jornadas apretadísimas

Al celebrar su sesenta aniversario, el 9 de enero de 1962, se niega a considerarse «viejo». La verdad es que su porte jovial impresiona tanto a los que le rodean como a los visitantes que acuden cada vez en mayor número a Roma para pasar con él un rato, aunque sea corto.

Conserva el pelo negro y, si sus gestos son tal vez un poco más pausados que antes, su rostro y su figura se han estilizado al perder peso. Sigue caminando deprisa, con la rapidez de quien quiere aprovechar el tiempo, y mantiene una viveza que le hace reaccionar enseguida, con energía o buen humor, ante lo que le dicen.

Ordenado por naturaleza, sabe multiplicar el tiempo (que, según él, para un cristiano no sólo es oro, sino también gloria), organizando al máximo su trabajo diario. Aplica, a la letra, lo que había escrito en Camino: ¿Virtud sin orden? –¡Rara virtud!

Se levanta temprano y hace un largo rato de oración mental antes de celebrar la Santa Misa. Con frecuencia –sobre todo con ocasión de ciertas fiestas litúrgicas o en aniversarios de fechas importantes para el Opus Dei–, predica a sus colaboradores más íntimos en un oratorio que, para sus hijos e hijas dispersos por el mundo, viene a ser como el corazón de la Obra. Allí, ante una gran vidriera que representa la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, ha mandado colocar, cuando carecían hasta de lo más indispensable, un altar con un bello sagrario en que se lee lo siguiente: *Consummati in unum*. «Para que sean consumados en la unidad» (Juan, XVII, 23), palabras que le son muy queridas.

Los que tienen la suerte de escuchar lo que dice, que más que una prédica es una meditación en voz alta, suelen tomar nota, para transmitírselo a otros miembros de la Obra.

Durante el desayuno –muy frugal–, echa un vistazo a la prensa diaria. Luego, tras leer el breviario, empieza a despachar los asuntos ordinarios de gobierno, casi siempre acompañado por el Secretario General de la Obra, don Álvaro del Portillo. Mantiene también breves reuniones con los miembros del Consejo que gobiernan con él la

Sección de varones y con los de la Asesoría Central, órgano equivalente para la Sección femenina. Todos los días le llegan al Padre informes del mundo entero que hacen referencia al desarrollo de los apostolados y a los asuntos que exigen una consulta.

A últimas horas de la mañana, recibe algunas visitas: miembros de la Obra que se encuentran en Roma, acompañados a menudo de sus familias; amigos que colaboran en actividades apostólicas de diversos países; personalidades que desean verle, pedirle consejo espiritual o recibir consuelo... El Padre no puede dedicarles demasiado tiempo, pero los minutos que pasan con él les dejan plenamente satisfechos, pues pone tanto interés en lo que les dice, es tan sincero, tiene tan buen humor y se esfuerza tanto en encontrar la expresión adecuada a cada situación, que sus palabras ayudan a todos a ser más fieles a su vocación cristiana.

El número de visitantes aumenta de año en año, pero no por eso deja de recibir a todos los que puede. Para él, esos encuentros personales son un medio más de hablar de Dios, de hacer apostolado.

Después del almuerzo –siempre muy sobrio, pues sigue comiendo poco–, conversa informalmente con sus colaboradores más íntimos y, siempre que puede, pasa un rato de tertulia con los alumnos del Colegio Romano, que viven en un edificio contiguo.

A continuación, vuelve a sus papeles, tras los cuales siempre ve almas. Prepara también homilias o instrucciones, o las revisa para su publicación. Dedicar otro buen rato a la oración mental, reza el Rosario, lee algún capítulo del Santo Evangelio y un fragmento de un libro de espiritualidad.

Así es el plan de vida que sigue desde hace años. A todo lo cual hay que añadir sus entrevistas con miembros de la Curia Romana, o con cardenales u obispos que visitan Roma. Muchos van a verle para conocer el espíritu del Opus Dei de labios de su Fundador. El Padre se lo explica y les habla también de los problemas de la Iglesia, que ilumina con una profunda visión sobrenatural.

Su responsabilidad como Fundador y en el gobierno de la Obra

Mons. Escrivá concentra su excepcional vitalidad en su empeño por imprimir un impulso constante a los apostolados de la Obra en todos los países, actitud que sólo se ve compensada por su prudencia de buen gobernante. No toma ninguna decisión que no haya sido cuidadosamente estudiada colegialmente. Detesta la tiranía y la autocracia, tanto en la dirección de las tareas que se refieren a las almas como en el gobierno de las labores apostólicas. Afirma, con pleno convencimiento, que necesita la personal y responsable participación de los que componen los órganos de decisión que él preside, y así obra de hecho, reservándose, como es natural, el derecho a dar su autorizada determinación para definir las diferentes

cuestiones. Sus intervenciones son, por eso, decisivas, firmes, pues conoce la responsabilidad que tiene como Fundador. Se trata, en suma, de evitar cualquier desviación del espíritu que el Señor ha querido imprimir al Opus Dei, que es preciso mantener a toda costa e impedir que degenera a su muerte. En consecuencia, cuida hasta los menores detalles y no permite la menor negligencia, reveladora de una falta de amor, pues, a los ojos de Dios, todo es grande. Además, en los trabajos de apostolado no hay desobediencia pequeña.

Exigente con los demás como lo es consigo mismo, procura compensar siempre la fuerza de sus indicaciones, cuando se ve obligado a corregir a alguien en algo que contradice el espíritu de la Obra, con una señal clara de su afecto que llega directamente al corazón del interesado sin hacerle, por eso, olvidar la lección. De esta manera ha ido logrando formar a quienes le rodean y hacer de ellos formadores de sus hermanos mediante el ejemplo, la oración y las correspondientes indicaciones, asegurando así la perseverancia de todos.

Ha sabido, sobre todo, comunicar a sus hijos, desde el primer momento, la preocupación apostólica que tiene él mismo. La Obra debe desarrollarse con rapidez, sin temor a los inevitables obstáculos y contradicciones que encontrará en su camino. Ese impulso no debe proceder de un entusiasmo meramente humano, sino de una correspondencia al querer de Dios, fruto de la oración y, también, del sentido común... El Padre enseña a sus hijos a ir al paso de Dios, como él lo viene haciendo desde 1928.

Expansión y consolidación de los apostolados

En la década de los años sesenta prosigue, en efecto, la expansión de la Obra por nuevos países: Paraguay, en 1962, y Australia, donde se instalan cuatro norteamericanos en 1963.

Al año siguiente, dos filipinos que han conocido la Obra en los Estados Unidos regresan a su país. El Padre los recibe en Roma y les dice que hace años que viene rezando por los comienzos de la labor en esa puerta del Extremo Oriente que son las islas Filipinas.

En julio de 1965, algunos miembros de la Obra viajan a Nigeria, que no tarda en ser el segundo país del continente africano que se beneficia de los apostolados del Opus Dei, lo mismo que otro país europeo: Bélgica...

Pero el Padre se preocupa también de reafirmar la Obra allí donde ya ha comenzado a arraigar. Quiere garantizar la perseverancia de los primeros y la fecundidad de sus apostolados, pues, al fin y al cabo, la Obra no es más que una vasta empresa de «formación permanente» en el plano espiritual, una «gran catequesis» que exige muchas horas de dedicación. Por eso, quiere que se vayan abriendo, en diferentes países, centros de formación, de educación y de

asistencia, que, como las primeras residencias de Madrid, antes y después de la guerra, constituyan un instrumento de apostolado y, al mismo tiempo, presten un servicio a la sociedad; centros que, por otra parte, cuenten con la ayuda de muchas personas capaces de comprender ese servicio y de actuar con generosidad. Finalmente, anima a sus hijos a tener iniciativas, a procurar buscar vocaciones en otras ciudades y entre todas las clases sociales, dentro de cada país.

Se trata, en suma, de mantener muy alto el punto de mira apostólico, siendo muy exigentes consigo mismos en lo que atañe a la vida interior y al trabajo, sin hacer la menor concesión al aburguesamiento.

Todo esto hace que las personas que se acercan al Opus Dei y establecen contacto con algún Centro de la Obra comprendan enseguida que no encontrarán allí ninguna ventaja material, sino que tendrán que dar. Mejor dicho: Tendrán que darse... y si son generosas, si no regatean, terminan por comprender que están recibiendo mucho más que lo que han dado, porque lo que ha comenzado a cambiar es la orientación de su vida, que, ahora, se encamina derechamente a Dios...

De esa fuente mana esa alegría constante, fruto del esfuerzo y la entrega, que tanto llama la atención de quienes frecuentan Centros de la Obra. Alegría contagiosa, que aproxima a Dios.

De ahí, también, el cariño que todos tienen al Padre, fruto de su agradecimiento al Fundador y de su preocupación constante por mantenerse unidos a la cabeza. Algo que, vivido a todos los niveles de la ágil estructura que sostiene a la Obra, da una coherencia y elasticidad al Opus Dei que también resultan sorprendentes. Se trata, en el fondo, de algo difícil de explicar, porque es sobrenatural. Un espíritu propio, inconfundible, que es, ya, un legado del Fundador.

En Villa delle Rose

En el otoño de 1962, cuando está a punto de iniciarse el Concilio Ecuménico, jóvenes procedentes de diversos países empiezan a llegar a Roma para seguir, durante dos o tres años, cursos de formación similares a los que hacen, en Villa Tévere, grupos de jóvenes de la Sección de varones. El lugar escogido es Villa delle Rose, la finca situada en Castelgandolfo que el Papa Juan XXIII ha cedido definitivamente a la Obra para que puedan organizarse allí actividades de formación ascética y doctrinal. La casa ha sido convenientemente restaurada y en ella se instalará, provisionalmente, el Colegio Romano de Santa María, que ya venía funcionando en Roma y que supone para las mujeres del Opus Dei un período intenso de formación junto a la sede de Pedro.

El 19 de diciembre de ese mismo año se abre en Barcelona el proceso de beatificación de una mujer del Opus Dei: Montserrat

Grases, muerta a los dieciocho años en olor de santidad, a pesar de que hacía sólo año y medio que pertenecía a la Obra.

El Concilio Ecuménico Vaticano II

A raíz de una audiencia que le había concedido el 27 de junio de 1962 el Santo Padre Juan XXIII, Mons. Escrivá de Balaguer ha escrito una carta a todos sus hijos para pedirles que ofrezcan oraciones, así como su trabajo ordinario, por el éxito del Concilio.

En contra de lo que opinan muchos, piensa que puede durar bastante tiempo y que tal vez encuentre obstáculos imprevistos. Su sentido de la historia y su conocimiento de las debilidades humanas le hacen pensar así.

En todos los Concilios ha habido momentos de dificultad, porque a veces los hombres no dejamos actuar con plenitud al Espíritu Santo, ponemos obstáculos. Pero de todo eso tenéis que sacar más amor a la Iglesia, más unidad, más fidelidad, más obediencia, más sujeción al Magisterio eclesiástico y al Romano Pontífice. Y al final, siempre vence el Espíritu Santo.

Tal es la razón por la que pide a todos que recen más y que reciten, como él mismo hace con frecuencia, el *Veni Sancte Spíritus*.

En 1961 ha sido nombrado Consultor de la Comisión para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico. De acuerdo con la Santa Sede, no participará como Padre conciliar en las tareas del Vaticano II, pero las seguirá de cerca. Además, muchos de los obispos y algunos de los expertos –teólogos y canonistas– que se encuentran en Roma con ocasión del Concilio le visitan en Villa Tevere. El Padre, sin interferir en absoluto en sus tareas, les anima, con el sentido de Iglesia que le caracteriza, a tomar parte activa en la Asamblea, respondiendo a las preguntas que le hacen con una rapidez y una seguridad que les deja impresionados.

Por otra parte, dos miembros del Opus Dei –el Obispo de la Prelatura de Yauyos y el de Chiclayo, ambos del Perú– figuran entre los Padres conciliares. En cuanto a don Álvaro del Portillo, que ha participado activamente en la preparación del Concilio como presidente de una de las Comisiones previas –la de los laicos–, ha sido nombrado por el Papa Secretario de una de las comisiones conciliares: la «De disciplina cleri et populi christiani»; siendo experto, también, de otras comisiones.

Todo ello va a suponer, para el Padre, una acumulación de trabajo mientras dure el Concilio, ya que don Álvaro no podrá dedicar mucho tiempo a las tareas de Secretario General de la Obra.

No importa, hijos míos –comenta Mons. Escrivá–: lo ha querido así el Santo Padre. Nosotros hemos de servir siempre a la Iglesia como la Iglesia quiere.

El 15 de noviembre, Juan XXIII comunica a los Padres conciliares que, a petición de algunos de ellos, ha decidido incluir una invocación a San José en el Canon de la Misa. Una alta personalidad eclesiástica que conoce la devoción de Mons. Escrivá hacia el jefe de la Sagrada Familia le telefona el 8 de diciembre, en cuanto el Papa proclama solemnemente su decisión en el discurso de clausura de la primera sesión del Concilio. «Rallegramenti!» –dice–. «¡Felicidades! Al escuchar ese anuncio pensé inmediatamente en usted, en la alegría que le habría producido...»

Tal decisión es, en efecto, para el Fundador del Opus Dei, la proclamación del inmenso valor sobrenatural de la vida de San José, el valor de una vida sencilla de trabajo cara a Dios, en total cumplimiento de la divina voluntad.

La elección de Pablo VI

Cuando el 3 de junio del siguiente año, el Papa Juan, tras una dolorosa agonía, entrega su alma a Dios, el Padre, rodeado de los miembros del Consejo General de la Sección de varones del Opus Dei, reza enseguida un responso. Luego escribe a todos sus hijos para que ofrezcan sus oraciones por la misma intención y empiecen a rezar ya por el sucesor. Todos los sacerdotes de la Obra, por su parte, ofrecen misas por el Pontífice difunto.

Resulta elegido Papa el Cardenal Montini, quien había recibido a don Josemaría Escrivá con la mayor cordialidad cuando llegó a Roma en 1946. El Fundador del Opus Dei aprecia profundamente la inteligencia y la delicadeza de quien, a partir de ahora, será sobre todo, para él, el Papa, la Cabeza visible de la Iglesia, el representante de Cristo.

En cuanto se entera del resultado de las votaciones, Mons. Escrivá se recoge en oración para rogar a Dios que el pontificado de Pablo VI, que se inicia en una hora crucial de la historia de la Iglesia, abra a los ojos de los hombres la asistencia continua del Espíritu Santo.

Acompaña también al nuevo Papa, con el pensamiento y la oración, durante la peregrinación a Tierra Santa que Pablo VI emprende en enero de 1964.

El 24 de ese mismo mes, Mons. Escrivá tiene la alegría de ser recibido por el Papa en una audiencia privada de tres cuartos de hora que se inicia con un cariñoso abrazo del Santo Padre. Unos días más tarde, el Cardenal Secretario de Estado le confirma, en una carta, el consuelo que ha experimentado el Soberano Pontífice «al saber cómo tan crecido número de personas, diseminadas en los cinco continentes, practicando los altos ideales que el Opus Dei les propone, tan acomodados a las exigencias de los nuevos tiempos, tratan de servir a la Iglesia como Ella desea ser servida; por su

conducta personal y profesional vigorosamente cristiana que une la contemplación a la acción, con el sublime afán de plasmar y de difundir en los más variados ambientes de trabajo los postulados de la verdad y de la santidad del Evangelio».

Pablo VI vuelve a decir lo mismo unos meses más tarde, el 10 de octubre, durante una nueva audiencia privada al Fundador del Opus Dei, en el curso de la cual le regala un cáliz igual al que había ofrecido algunos meses antes al Patriarca Atenágoras, y le entrega una carta manuscrita –un quirógrafo– en la cual evoca por extenso el apostolado del Opus Dei, «nacido en este tiempo nuestro como una expresión pujante de la perenne juventud de la Iglesia», constatando también, «con paterna satisfacción, cuanto el Opus Dei ha realizado y realiza por el Reino de Dios; el deseo de hacer el bien que le guía; el amor encendido a la Iglesia y a su Cabeza visible que lo distingue; el celo ardiente por las almas que lo empuja hacia los arduos y difíciles caminos del apostolado de presencia y de testimonio en todos los sectores de la vida contemporánea».

El Padre sale profundamente conmovido de esta segunda audiencia.

Se lo dice, tal y como lo siente, a sus hijos e hijas, poniendo de relieve que, con esas palabras del Papa, se siente recompensado por tantas cosas ofrecidas «in laetitiae» en los treinta y siete años transcurridos desde la fundación de la Obra.

Un nuevo viaje a España

Al final del mes de noviembre de 1964, Mons. Escrivá vuelve a visitar Pamplona, esta vez para entregar, como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, el título de doctor honoris causa al antiguo y al nuevo Rector de la Universidad de Zaragoza.

Nada más llegar, el Padre se reúne con un numeroso grupo de estudiantes en un Colegio Mayor, fundado en Pamplona unos años antes. Les habla, con entusiasmo, de sus responsabilidades futuras, para las cuales se están preparando ahora en la Universidad de Navarra: Estáis aquí como la buena harina dispuesta para la levadura, dentro del horno: va a ser un buen pan, para dar mucho alimento a las almas y a las inteligencias. Entre esas responsabilidades, cita una que consiste en ser sembradores de paz y de alegría, practicando el respeto mutuo.

La ceremonia de investidura de los nuevos doctores, que se celebra al día siguiente, reúne a más de trescientos profesores de diversas Universidades españolas y a representantes de las de Burdeos, Montpellier y Toulouse. Banderas de cuarenta países presentes en la Universidad a través de estudiantes de esas nacionalidades decoran el edificio central. A pesar de la lluvia, una gran multitud espera al pie del balcón principal para aplaudir al Padre,

que va recibiendo a un grupo tras otro: profesores, representantes del Municipio y la Diputación, personal administrativo y subalterno de la Universidad, Comité del Patronato del Santuario de Torreciudad, Comité directivo de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra (cuyos miembros han comenzado a llegar a Pamplona en diversos medios de transporte), un grupo de periodistas extranjeros...

El 29 de noviembre, más de doce mil personas se han concentrado en Pamplona para participar en la primera Asamblea General de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, una de cuyas tareas consiste en ayudar al sostenimiento de la Universidad. La Asamblea se celebra en el teatro Gayarre, cuya capacidad es a todas luces insuficiente. La inmensa mayoría de los hombres y mujeres que abarrotan la sala, de muy diferente condición y clase, han venido, sobre todo, para ver al Padre, escucharle y agradecerle, con su presencia y sus aplausos –que él no puede contener, a pesar de sus esfuerzos–, todo lo que ha hecho. Porque ha sido él quien, con su fidelidad a la gracia, ha transformado sus vidas, haciéndoles descubrir una vocación que les permite vivir la plenitud de la vida cristiana en medio de sus ocupaciones ordinarias.

Cuando, tras los discursos más o menos protocolarios, el Padre toma la palabra, propone a los presentes sustituir su alocución por un diálogo con ellos sobre los temas que prefieran. Un torrente de aplausos transforma inmediatamente lo que parecía una ceremonia oficial en una reunión de familia; todos tienen la impresión de estar cerca del Padre, aunque hay miles de personas...

Las preguntas fluyen de todas partes, del patio de butacas, de los palcos, del gallinero, provocando rápidas respuestas que unas veces hacen reír a los asistentes y otras, cuando subraya con fuerza temas importantes, son acogidas con profundo silencio: relaciones conyugales, educación de los hijos, vida de piedad, oración, frecuencia de sacramentos, problemas profesionales, cómo hacer compatibles las obligaciones familiares con un trabajo intenso...

Uno de los temas en los que el Padre insiste es el de la libertad de los cristianos.

–Padre, ¿por qué tiene tanto amor a la libertad? –pregunta alguien.

–Amo la libertad, porque sin libertad no podríamos servir a Dios; seríamos unos desgraciados. Hay que enseñar a los católicos a vivir, no de llamarse católicos, sino de ser ciudadanos que asumen la responsabilidad personal de sus acciones personales y libres. No hace mucho que escribía a una personalidad altísima –imaginaos lo que queráis, me da lo mismo–, diciendo que los hijos de Dios en el Opus Dei viven a pesar de ser católicos.

Para la mayoría de los oyentes, la alusión a la tentación de caer en el

clericalismo es clara. Es tentador, en efecto, en un ambiente oficialmente católico, como el de España entonces, aprovecharse de la confesionalidad del Estado para obtener ventajas, a veces muy suculentas... Mons. Escrivá aprovecha la ocasión para reafirmar con energía que el Opus Dei no constituye, ni constituirá jamás, un «grupo de presión». Sería contrario a su naturaleza y, además, imposible de realizar, dada la enorme diversidad social de sus miembros.

–¿Qué posición tienen los miembros del Opus Dei en la vida pública

de los países? –insiste otro.

–¡La que les da la gana!, con entera libertad. No me interesa la posición de cada uno, defendiendo su libertad. De lo contrario, tampoco podría defender la mía. Y soy de una tierra donde no toleramos la imposición ...

Fluyen las risas, porque nadie ignora que el Padre es aragonés.

Con todo, ese respeto de la libertad tiene sus raíces más hondas en la más sana tradición cristiana.

–No olvidéis que el mundo es cosa nuestra, que el mundo es nuestra casa, que el mundo es obra de Dios y lo hemos de amar, como hemos de amar a los que están en el mundo. Que es oficio nuestro consagrar a Dios el mundo, mediante esta dedicación al servicio del Señor, cada uno en el ejercicio de su trabajo ordinario, para ser testimonio de Jesucristo y servir también así a la iglesia, al Romano Pontífice y a todas las almas. Por eso, hemos de comprender el mundo, lo hemos de levantar, lo hemos de divinizar, lo hemos de purificar, lo hemos de redimir con Cristo, porque sois corrededores con Él.

El Padre regresa a Roma físicamente agotado, pero muy contento por haber podido hablar de Dios a un número de personas considerablemente más alto que en 1960, durante aquella otra visita a España. Es consciente de que ha animado a mucha gente a acercarse más a Dios, pero también de que ha aprendido mucho, viendo su deseo de luchar para mejorar su vida interior y por ejercer una influencia cristiana profunda allí donde Dios ha colocado a cada uno: en todas las encrucijadas del mundo, como predicaba y preveía ya en los años treinta...

El Papa, en un Centro del Opus Dei

Un año más tarde, el 21 de noviembre de 1965, Mons. Escrivá de Balaguer acoge al Papa Pablo VI a la entrada de un Centro situado en un barrio obrero de la periferia de Roma, el Tiburtino, donde la Obra desarrolla una importante labor apostólica.

Se trata del Centro E.L.I.S. (Educazione, Lavoro, Istruzione, Sport), que comprende una escuela de formación profesional, una residencia para los alumnos procedentes de provincias o del extranjero, un club deportivo y, aparte, una escuela femenina de hostelería.

Juan XXIII había decidido que los fondos recaudados para honrar a Pío XII con motivo de su octogésimo aniversario se destinaran a una obra social en algún suburbio de Roma carente de instituciones educativas o asistenciales, y había encargado a algunos miembros del Opus Dei la realización y la dirección del proyecto. Pablo VI, por su parte, había querido inaugurar personalmente el Centro después de celebrar Misa en la iglesia parroquial contigua, dedicada en honor suyo a San Juan Bautista y confiada a sacerdotes de la Obra.

Varios cardenales, un buen número de obispos presentes en Roma por razón del Concilio –que pronto va a clausurarse–, representantes del Ayuntamiento, de la provincia de Roma y del Estado italiano asisten a la ceremonia de inauguración, así como la inmensa mayoría de los habitantes del Tiburtino. Mons. Escrivá recuerda en su discurso el mensaje específico del Opus Dei –el valor santificante del trabajo– y el clima de libertad y de comprensión que se esfuerzan por crear en todas partes los miembros de la Obra.

El Papa, en su respuesta, añade a su discurso escrito unas palabras improvisadas para recalcar que conoce y aprecia desde hace tiempo al Fundador del Opus Dei y al Secretario General de la Obra, don Álvaro del Portillo.

Es ya de noche cuando, luego de haber visitado detenidamente la escuela de formación y las instalaciones de la Escuela de hostelería, abandona el Centro ELIS acompañado por portadores de antorchas.

Antes de subir al coche, después de haber pasado allí más de dos horas y media, el Papa abraza públicamente a Mons. Escrivá de Balaguer y le dice en voz alta: «Tutto qui, tutto qui è Opus Dei!» «¡Aquí todo es Opus Dei!».

V

VULTUM TUUM, DOMINE, REQUIRAM!

*¡Buscaré, Señor, tu rostro! Salmo XXVI,8
Si muero, sabed que es de pasión por la Iglesia Santa Catalina
de Siena*

1. COUVRELLES, 30 DE AGOSTO DE 1966

Rodeado de sus hijos, sentados en la doble escalera de piedra que da acceso a una noble casona situada en los alrededores de Soissons, el Padre abre su corazón. Es media tarde y ya empieza a refrescar, a causa de la proximidad de un estanque y del vecino bosque.

Desde hace algunos días, el Fundador de la Obra está trabajando en Avrainville, un pueblo cercano a Etampes, y ha venido desde allí para estar un rato en familia con algunos de sus hijos, que han interrumpido sus actividades profesionales para convivir unos días en el Centro Internacional de Encuentros de Couvrelles.

La casa, adquirida por un grupo de cooperadores y amigos de la Obra con objeto de que puedan organizarse en ella actividades espirituales y de formación, no es excesivamente grande, pero sí armoniosa, con sus fachadas del siglo XVII y un pequeño parque siempre verde. A los miembros de la Obra de nacionalidad francesa han venido a unirse otros de los países vecinos: Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, Italia y España.

Haciendo alusión a la labor que allí se desarrolla a lo largo del año –coloquios culturales, cursos de formación doctrinal intensiva, convivencias, retiros, etc.–, el Padre recuerda lo importante que es disponer de medios materiales y de lugares apropiados para desarrollar los apostolados de la Obra, aunque buscarlos y encontrarlos suponga esforzarse mucho, pues así ha ocurrido siempre desde los comienzos.

Un Centro como el de Couvrelles, una residencia de estudiantes o un club juvenil no interesan sólo por su misión específica; deben servir también para elevar el nivel espiritual y la formación humana de las muchas personas que encontrarán allí una oportunidad de acercarse a Cristo y de quererle más.

El Opus Dei es pobre y lo será siempre, pero las almas valen mucho y merecen que, para servirlos, se utilicen instrumentos adecuados, puestos a disposición de la Obra por personas que colaboran en sus labores apostólicas. Instrumentos que, por otra parte, no serán nunca tan caros como los que se utilizan hoy en la sociedad para otros fines: el deporte, las distracciones, por ejemplo.

El tono de las palabras del Padre se hace más vibrante cuando habla de que nadie puede guardarse para uno mismo el tesoro de la fe y de la vocación; tiene que llevar a cabo un intenso apostolado en su propio ambiente. Por eso, es necesario formarse, tanto profesionalmente como desde el punto de vista religioso. Ese «diálogo» del que tanto se habla, sin que casi nadie lo practique, debe fundarse en la apertura al prójimo, sí, pero también en el conocimiento de la verdad unido a una clara competencia profesional.

Preocupación por la Iglesia

El Padre está visiblemente cansado, pero se esfuerza por manifestarse con el vigor y el arrastre espiritual de siempre.

También se le nota preocupado por ciertas posturas eclesiales debidas a una mala interpretación del Concilio; infidelidades y desobediencias que, para él, sin juzgar a las personas, revelan una disminución de la fe que ha de tener lamentables consecuencias para las almas.

Pocos cristianos habrá que se hayan alegrado tanto como él al conocer los textos elaborados por el Concilio, promulgados solemnemente por el Papa Pablo VI el 7 de diciembre de 1965. Algunos puntos le han conmovido especialmente, porque expresan, a través del Magisterio de la Iglesia, verdades que él venía predicando desde 1928.

En un documento que, por su carácter, tiene especial autoridad – la Constitución Dogmática «Lumen Gentium»–, se proclama solemnemente la llamada universal a la santidad y al apostolado: «Es propio de los laicos, por vocación propia, buscar el reino de Dios a través de la gestión, ordenada según Dios, de los asuntos temporales. Viven en medio del mundo, es decir, en todas y cada una de las tareas y actividades del mundo y en las habituales circunstancias de la vida familiar y social, en las que se entreteje su propia existencia».

«Es, pues, evidente para todos que los cristianos de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad».

En otros textos consagrados al apostolado de los laicos, el Concilio afirma que éstos, cuando vivan una vida contemplativa en medio del mundo, «no separen de su vida la unión con Cristo; antes bien, realizando su trabajo según la voluntad de Dios, crezcan en esa unión».

Oración, oración, oración, sacrificio, y luego, acción... El «secreto» que Mons. Escrivá de Balaguer se esforzaba en transmitir al mayor número posible de personas desde 1928.

La vida contemplativa es tanto más necesaria cuanto más inmerso se está en el mundo. Ordenar las estructuras seculares según el querer divino: sí, pero primero han de estar ellos bien ordenados

por dentro. Animar cristianamente el mundo para transformarlo: sin duda, pero, para lograrlo, los laicos deben tener un alma contemplativa... Es lo que manifestaba, con vigor, a un grupo de obispos y de expertos conciliares que había recibido en Villa Tevere cuando se estaban elaborando los textos del Vaticano II: Si no, no transformarán nada; más bien serán ellos los transformados; en vez de cristianizar el mundo, se mundanizarán los cristianos.

«Esta espiritualidad de los laicos –añadía. el Concilio– debe recibir una nota peculiar del estado de matrimonio y de familia, de celibato o de viudez, de la circunstancia de enfermedad, de la actividad profesional y social».

«Pues los hombres y las mujeres que, al mismo tiempo que adquieren los medios de vida para sí mismos y para la familia, llevan a cabo sus actividades de modo que sirven adecuadamente a la sociedad, pueden con razón pensar que con su trabajo están prolongando la obra del Creador, colaboran al bienestar de los hermanos y contribuyen con su aportación personal a que se realicen en la historia los designios divinos».

¡Qué lejos están los tiempos en los que, por haber afirmado que los laicos estaban llamados a santificarse en medio del mundo, como los sacerdotes y los religiosos en su estado, le habían acusado de hereje!

Por su parte, el Decreto *Presbyterorum ordinis*, elaborado por una comisión cuyo secretario era don Álvaro del Portillo, había establecido que los sacerdotes tenían derecho a asociarse para ayudarse mutuamente y mejorar su vida espiritual.

Mons. Escrivá de Balaguer, como buen jurista, se había alegrado mucho, ya que con ello se reconocía un derecho natural de la persona: el de asociación.

Firmeza en la fe

Si quedaba claro que el Espíritu Santo había estado presente en la labor del Concilio, como sus documentos lo acreditaban, también era evidente que los remolinos que algunos habían provocado con ocasión del Concilio iban a durar mucho.

Los presentimientos del Padre se habían confirmado. A un conocedor de la historia como él, no se le ocultaba que un Concilio marca un hito en el Magisterio de la Iglesia, pero indirectamente puede abrir también una etapa de desconcierto. Algo parecido a lo que sucede cuando se remueven las aguas de un estanque: el limo sube a la superficie en seguida, pero tarda bastante en volver al fondo.

Nada más concluir el Concilio, Pablo VI había empezado a expresar, en términos cada vez más claros, su inquietud ante ciertas interpretaciones abusivas, teóricas y prácticas, de los documentos

conciliares. El Padre Santo había hablado a menudo del tema, llegando a referirse a una «descomposición de la Iglesia».

El Fundador del Opus Dei es consciente de que tiene una especial responsabilidad de cara a los miembros de la Obra, pues no en vano es el Presidente General. Por eso, pone un especial empeño en orientar a sus hijos e hijas en unos momentos especialmente difíciles para la Iglesia. Así, pues, al tiempo que toma las medidas necesarias para que se apliquen las disposiciones del Vaticano II, sobre todo en materia de liturgia, procura evitar, con medidas de prudencia, que la desorientación que reina en algunos ámbitos eclesiales se apodere, como por «ósmosis», del «pequeño rebaño» que tiene a su cargo. Incita a sus hijos a mejorar su formación doctrinal, a ser más piadosos, sin merma del tiempo que dedican a sus obligaciones familiares, profesionales y sociales.

Este empeño por profundizar en la fe y en la vida de piedad llevará a cada uno a intensificar el apostolado en su propio ambiente. Sobre todo ese apostolado doctrinal que él realizaba y hacía realizar a quienes le rodeaban ya en los años 30 y que siempre ha sido la médula de la labor apostólica de la Obra. Ahora –si cabe expresarse así– ve con más fuerza el Opus Dei como una gran catequesis, porque está cada vez más convencido de que la ignorancia es el mayor enemigo de nuestra fe. Como decía Tertuliano, «se deja de odiar cuando se deja de ignorar».

En Roma, son cada vez más numerosas las personas que le visitan y él se esfuerza en darles buena doctrina.

Al comienzo de la segunda mitad de la década de los años 60, grupos de estudiantes alemanes empiezan a acudir a Roma, en la Pascua de Resurrección, para recibir la bendición de Su Santidad el Papa y ver al Padre. Pronto, estudiantes de otros países empiezan a hacer lo mismo.

El Padre los recibe a todos y, de pie en medio de ellos, o apoyado en el brazo de un sillón, responde a bote pronto a sus preguntas, les anima, les estimula y satisface la inquietud espiritual que muchos muestran.

Los rostros se serenán o se abren en sonrisa cuando el Padre tiene una de esas respuestas tan suyas que evitan que sus palabras se conviertan en «sermón». Quienes le escuchan no olvidarán fácilmente lo esencial del mensaje: ¡Cada uno en su sitio, en medio del mundo, a hacerse santo!. Muchos «buenos deseos» se convierten en decisiones que comprometen para toda la vida. El Padre, sin embargo, no se atribuye el mérito cuando le informan de que, al calor de sus palabras, han surgido vocaciones. Para él, es Cristo el que actúa, Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos.

Intensificar la formación doctrinal

La tormenta que empieza a sacudir el árbol multiseccular de la Iglesia no logra quebrantar el optimismo sobrenatural del Fundador del Opus Dei ni frenar en absoluto sus iniciativas. Precisamente en estas circunstancias ha decidido llevar a cabo un proyecto que viene madurando desde hace años y que será, como él dice, su penúltima locura.

Aunque la estructura de la Obra es y será siempre ligera, con el desarrollo de sus apostolados en el mundo entero se hace necesario reforzar los órganos de dirección. Por otra parte, son cada vez más los miembros de la Obra –estudiantes y hombres maduros con años de ejercicio profesional a sus espaldas– que acuden a Roma para recibir de manera intensiva, durante períodos más o menos largos, parte de esa formación doctrinal y espiritual que todos reciben a lo largo de su vida.

Como pensaba el Padre, Villa Tévere, habilitada en parte para cumplir esta finalidad, se ha quedado pequeña.

Por eso, el Padre ha resuelto construir cuanto antes una residencia amplia que sirva de sede definitiva al Colegio Romano de la Santa Cruz, el centro internacional de formación para la Sección de varones de la Obra.

Tras largas gestiones, se han adquirido unos terrenos cerca de la Vía Flaminia, que enlaza Roma con la Umbría. Así pues, a finales de 1967 el Padre encarga que se elabore rápidamente un proyecto para que, a continuación, puedan iniciarse las obras de Cavabianca, que así se llamará el nuevo centro.

Un gesto de agradecimiento

La urgente necesidad de reanimar espiritualmente un mundo que, al perder el sentido de Dios, se va deshumanizando progresivamente, incita al Fundador del Opus Dei a poner en práctica otra locura. Se trata de un viejo sueño que lo retrotrae con el pensamiento a un lugar cercano a Barbastro, su ciudad natal, adonde en 1904 ó 1905 le habían llevado sus padres, a lomos de mula, para agradecer a la Santísima Virgen el haberle curado de una grave enfermedad: la ermita de Nuestra Señora de Torreciudad.

Desde 1940, o tal vez antes, el Padre venía soñando con fundar unos cuantos santuarios marianos repartidos por el mundo o revitalizar algunos de los ya existentes. Con el paso de los años, había ido percibiendo, cada vez con mayor claridad, que Dios le pedía que el primero de esos lugares de peregrinación fuese Torreciudad.

Hacia 1962, estando ya la Obra bastante desarrollada en Aragón y Cataluña, un grupo de personas que conocían sus deseos habían decidido adquirir de la diócesis de Barbastro los derechos sobre la

antigua ermita y sobre los terrenos colindantes. Poco después, se habían comenzado obras de mejora y ampliación.

En 1967, Mons. Escrivá de Balaguer recibe en Roma a un hijo suyo que es arquitecto, Heliodoro Dols. El Padre ha decidido llevar a cabo un proyecto de mayor envergadura que permita a un gran número de peregrinos ir a rezar a la Virgen y tener ocasión, al mismo tiempo, de mejorar su vida espiritual. A tal efecto, se construirá un santuario de nueva planta, digno y capaz, y un complejo de edificios para organizar en ellos cursos de retiro, convivencias, etc. y establecer un centro de formación profesional que influirá positivamente en el medio rural circundante.

En 1966 se había constituido el Patronato de Torreciudad con objeto de que personas de todas las regiones españolas y de otros países contribuyeran, con su ayuda, a la construcción de los nuevos edificios.

El Padre describe así a sus hijos los beneficios que espera de este centro de peregrinación:

Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios, para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y –renovadas las almas– confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo.

2. FÁTIMA, MAYO DE 1967

Trece años después de su última peregrinación a Fátima, el Padre vuelve a postrarse a los pies de Nuestra Señora. A pesar de la lluvia, es grande la afluencia de peregrinos; dentro de unos días, el 13 de mayo, el Papa Pablo VI va a presidir las ceremonias conmemorativas del cincuentenario de las apariciones. El Fundador del Opus Dei se une por adelantado a las intenciones del Sumo Pontífice y pide por la Iglesia y por los frutos del Concilio. Luego, recibe a distintos grupos de sus hijos e hijas portugueses en un Centro de la Obra cercano a Oporto, Enxomil.

Transfigurar la vida ordinaria

El 7 de octubre de 1967 preside, en Pamplona, una ceremonia similar a la de 1964. Seis profesores universitarios de diferentes países reciben de sus manos el título de doctor honoris causa por la Universidad de Navarra: un portugués, profesor de la Universidad de Coimbra, Guilherme Braga da Cruz; un belga, Mons. Onclin, profesor de Derecho Canónico en la Universidad de Lovaina y Secretario de la Comisión Pontificia para la reforma del Código de Derecho Canónico; Ralph M. Hower, norteamericano, profesor en la Business School de la Universidad de Harvard; Otto B. Roegele, alemán,

profesor y Director del Instituto de Ciencias de la Información de la Universidad de Múnich; Jean Roche, profesor en el Colegio de Francia y Rector de la Sorbona; y, finalmente, el Dr. Jiménez Díaz, eminencia médica española, ya fallecido, a quien se otorga el nombramiento a título póstumo por lo mucho que había ayudado a la Universidad de Navarra desde sus comienzos.

Esta vez, son más de treinta y cinco mil las personas llegadas a Pamplona, incluso en trenes especiales, no sólo de distintos puntos de la geografía española, sino también de Portugal, Francia, Italia, Alemania y Bélgica.

Reuniones similares a la que había tenido lugar el año 1964 en el Teatro Gayarre se celebran allí y en otros lugares, incluso al aire libre, en el campus de la Universidad. El ambiente de diálogo, espontáneo y abierto, es también el mismo; estudiantes, empleados, obreros, padres y madres de familia, cooperadores y amigos de la Obra acuden en grupos diversos, y el 8 de octubre se reúnen todos para asistir a la Misa al aire libre que va a celebrar el Padre ante el edificio de la Biblioteca.

En la homilía, Mons. Escrivá de Balaguer hace referencia al marco de nuestra Eucaristía, de nuestra Acción de gracias: nos encontramos en un templo singular: podría decirse que la nave es el «campus» universitario; el retablo, la biblioteca de la Universidad; allá, la maquinaria que levanta nuevos edificios; y arriba, el cielo de Navarra... ¿No os confirma esta enumeración, de una forma plástica e inolvidable, que es la vida ordinaria el verdadero «lugar» de vuestra existencia cristiana? Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres.

Decenas de millares de hombres y mujeres escuchan en religioso silencio al Fundador mientras explica, de manera especialmente viva y directa, el mensaje central del Opus Dei: aprender a santificarse allí donde uno esté, en las circunstancias más vulgares, evitando la tentación de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida. Que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales (...) En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la

tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...

A finales de 1968, esta homilía aparecerá editada en un libro que, con el título de *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, recoge algunas declaraciones del Fundador del Opus Dei a representantes de diversos medios informativos de diferentes países. Porque, desde 1966, el Padre, renunciando a la norma de conducta que siempre se había trazado, ha concedido –porque así lo exigía el bien de las almas– entrevistas a unos cuantos periodistas.

Ya en 1964, en Pamplona, había recibido a algunos. Entre ellos el corresponsal del diario «Le Fígaro» en España, el cual, dos años más tarde, solicitó del Fundador del Opus Dei unas declaraciones para su periódico. Lo mismo hicieron otros redactores del «New York Times», del semanario «Time» y de varias revistas españolas.

En esas entrevistas –así como en otra aparecida en 1960 en la edición dominical de «L'Osservatore Romano» y recogida también en el libro de *Conversaciones*– Monseñor Escrivá de Balaguer respondía a diversas preguntas concernientes a la vida de la Iglesia, la situación de la Universidad, el papel de la mujer en el mundo, etc. También hablaba del Opus Dei, definiendo de la manera más clara posible la naturaleza de la Obra que había fundado en 1928: La finalidad a la que el Opus Dei aspira es favorecer la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado por parte de los cristianos que viven en medio del mundo, cualquiera que sea su estado o condición (...) Cristo está presente en cualquier tarea humana honesta (...) El Opus Dei tiene como misión única y exclusiva la difusión de este mensaje (...) Y a quienes entienden este ideal de santidad, la Obra facilita los medios espirituales y la formación doctrinal, ascética y apostólica, necesaria para realizarlo en la propia vida.

Haciendo referencia a quienes seguían empeñados en hablar del Opus Dei sólo en relación con España y con un terreno que no era ni será nunca el suyo, el de la política, repetía una vez más, con energía, que la Obra no está ligada a ningún país, a ningún régimen político, a ningún partido, a ninguna ideología, y que sus miembros abominan de todo intento de servirse de la religión en beneficio de posturas políticas y de intereses de partido.

Para él, está perfectamente claro –y sabe que la realidad da testimonio de ello– que los miembros de la Obra no actúan en grupo, sino individualmente, con libertad y responsabilidad personales.

Al Fundador no se le oculta que será necesario que pase algún tiempo antes de que se desvanezcan unos prejuicios originados por auténticas campañas de calumnias contra la Obra, pero confía en que los periodistas que le entrevistan dirán la verdad. Es consciente, también, de que en la raíz de estas deformaciones calumniosas, que se

remontan a los años cuarenta, hay una visión clerical de las cosas, característica de quienes suele llamar católicos oficiales. Algo que no le sorprende, pero que detesta, porque instrumentalizar al laico para fines que rebasan los propios del ministerio jerárquico es algo absolutamente ajeno al espíritu del Fundador. Por eso, responde así a los redactores de «L'Osservatore della Domenica» que le preguntan sobre este punto: Espero que llegue un momento en el que la frase los católicos penetran en los ambientes sociales se deje de decir... Los socios de la Obra no tienen necesidad de penetrar en las estructuras temporales, por el simple hecho de que son ciudadanos corrientes, iguales a los demás, y por tanto ya estaban allí.

A sus sesenta y cinco años, el Fundador del Opus Dei sigue siendo tan inconformista como lo era ya en los años treinta, cuando predicaba a hombres y mujeres corrientes, de todas las clases sociales, que podían santificarse y santificar su trabajo ordinario en medio del mundo, provocando la indignación, la condena y el escándalo de algunos eclesiásticos, para los cuales los laicos debían ser, como mucho, la longa manus de la jerarquía...

Un gesto simbólico

En 1968, Mons. Escrivá de Balaguer va a dar públicamente una prueba más de su independencia de espíritu al tomar una decisión que –lo sabe– será falsamente interpretada por algunos, aunque esté inspirada en su profundo sentido de la justicia.

En efecto: cuando evoca la manera en que el Opus Dei nació y se ha ido desarrollando, paso a paso, se persuade más y más de que el Señor le ha tratado como a un niño al que su padre le va diciendo cómo colocar las piezas de un rompecabezas una a una; el 2 de octubre de 1928; la fundación de la Sección femenina luego, el 14 de febrero de 1930, sin él haberlo querido; la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz finalmente, otro 14 de febrero, trece años más tarde...

Se da cuenta también, cada vez con más evidencia, de que las duras pruebas a que habían sido sometidos sus padres –y que tanto le habían hecho sufrir a él– eran un medio del que el Señor se había servido en su juventud para purificarle y dejarle más disponible para la inmensa tarea que pensaba confiarle. Calibra cada día con más profundidad el significado del sufrimiento de los suyos: la muerte de sus tres hermanitas, la brusca ruina de su padre, su desaparición prematura... A lo cual vinieron a juntarse luego las consecuencias de su propia entrega al Señor para su madre, su hermana y su hermano.

Más aún: habían aceptado sin protestar infinidad de sacrificios suplementarios que él les había pedido para facilitar el desarrollo de los apostolados de la Obra. Desde la utilización de gran parte de la herencia para financiar la primera residencia, en 1934, hasta el trabajo constante de su madre y de su hermana Carmen en la administración

de otros centros, el último de ellos la casa de Salto di Fondi, en Italia, donde tanto había trabajado ésta.

Ahora, a sus sesenta y seis años, don Josemaría siente muy vivo el deseo –el deber filial– de recompensar de alguna manera a su familia, que tanto había sufrido y se había sacrificado, en cierto sentido, por culpa suya. Y como el único superviviente es su hermano Santiago, para hacer algo por él y por los hijos de éste, y para honrar la memoria de sus padres, tan injustamente tratados en sus últimos años en Barbastro, está dispuesto a realizar unas gestiones que, de tener éxito, supondrán un desagravio simbólico, aunque mínimo, por lo mucho que debe a su familia.

La iniciativa había sido de sus hijos, y especialmente de D. Álvaro del Portillo. Hacía años que, al darse cuenta del alcance histórico que cobraría con el tiempo la personalidad del Fundador, había ido investigando en la historia de su familia. Habían salido a la luz vínculos de parentesco –que el Padre conocía, pero que nunca había mencionado, por no darles la menor importancia– con la antigua nobleza aragonesa. Correspondía a la familia un título nobiliario, el del marquesado de Peralta, que Carlos de Habsburgo había otorgado en 1718 a un antepasado de su madre. Hechas las oportunas investigaciones, habían sido informados de que, en efecto, era posible pedir la rehabilitación del título en España. Después de un forcejeo filial, don Álvaro logró que el Padre tomara en consideración el proyecto de reclamar ese título: si lo obtenía, podría transmitírselo a su hermano Santiago al cabo de cierto tiempo... Se trataba de una manera concreta para compensar a los suyos.

Ni que decir tiene que no se le ocultaban los comentarios mordaces que algunos harían, ajenos por completo al hecho de que, a su edad, y con el rumbo que había tomado en su vida, no tenía la menor necesidad ni el menor deseo de reclamar para él un título honorífico. Sabe, sí, que sus hijos e hijas lo comprenderán, pero que otros aprovecharán la ocasión para decir de palabra o por escrito toda clase de perfidias y, de manera indirecta, arrojar puñados de lodo sobre la Obra.

Esto le ha llevado, naturalmente, a consultar el asunto, antes de dar su consentimiento a que se iniciaran las gestiones, con diversas personalidades y organismos de la Curia, incluida la Secretaría de Estado del Vaticano, pues piensa que, como Presidente General de una institución de la Iglesia, debe hacerlo. La respuesta es unánime: no hay ningún inconveniente en que reclame la rehabilitación de ese título. Es más, una alta personalidad de la Curia le dice que debe hacerlo, pues si él, que siempre ha enseñado a sus hijos a cumplir sus obligaciones cívicas y a ejercitar todos sus derechos, no lo hace, les daría mal ejemplo...

Así pues, a comienzos de 1968, escribe al Consiliario del Opus Dei en España para explicarle los motivos de esa decisión, que no son otros que sentimientos de piedad y justicia hacia su familia junto con el deseo de poner en práctica el dulcísimo precepto del Decálogo, el cuarto Mandamiento de la Ley de Dios: «Honrarás a tu padre y a tu madre.» Al mismo tiempo, le ruega, de antemano, que disuada a sus hijos de querer justificarlo ante la opinión pública: no me importan los comentarios –que no harían si se tratase de otra persona cualquiera, de otro ciudadano español–, y os ruego que, si dicen o escriben algo molesto, que sea lo que sea será injusto, «hagáis oídos sordos».

Como el Padre esperaba, en cuanto le rehabilitaron legalmente el título, la prensa se hizo eco del hecho, a veces con escándalo farisaico y comentarios de mal gusto. No obstante, ninguna instancia del Opus Dei, en país alguno, salió al paso de los mismos. El Padre, por su parte, guarda también absoluto silencio, hasta que, al cabo de un año, transmite el título a su hermano, para que pueda, a su vez, transmitirlo a sus hijos.

En el deliberado silencio del Fundador ha habido, sin duda, una especie de sano desprecio del «qué dirán», como si hubiese querido, con su ejemplo, animar una vez más a sus hijos a hacer uso de sus derechos, sin refugiarse en una modestia mal entendida, completamente ajena a la verdadera humildad cristiana. Humildad que él manifiesta, por su parte, en ese ofrecerse en bandeja a las malas lenguas, dándoles un pretexto para insultarle.

Los miembros de la Obra y las personas que lo conocen comprenden perfectamente este gesto del Padre y piensan que, en este asunto, con título o sin título nobiliario por medio, ha sabido comportarse como siempre: como un caballero.

Sufrimiento por la Iglesia

El dolor que le causa la incomprensión –por otra parte esperada– no es nada en comparación con el sufrimiento que experimenta en esta época de su vida.

Señor, si es tu Voluntad, haz de mi pobre carne un crucifijo, había escrito en Camino. Pues bien, parece como si Jesucristo hubiese querido conformar aún más a su servidor a su propia imagen en estos años de prueba para la Iglesia universal, que parece como si estuviese influida por las cosas malas del mundo, por ese deslizamiento que todo lo subvierte, que todo lo cuarteja, sofocando el sentido sobrenatural de la vida cristiana. Porque se ha ido pasando de discutirlo todo a dudar de todo, de tal forma que es algo más que una crisis lo que sacude a la Iglesia; es un terremoto.

Estamos viviendo un momento de locura –confía el Padre a sus colaboradores más íntimos el 25 de noviembre de 1970–. Las almas, a

millones, se sienten confundidas. Hay peligro grande de que en la práctica se vacíen de contenido los sacramentos –todos, hasta el Bautismo– y los mismos Mandamientos de la Ley de Dios pierdan su sentido en las conciencias.

El Fundador del Opus Dei sabe que la barca de Pedro no puede hundirse, pero también sabe que Dios permite tiempos de prueba muy duros. Por eso, las fisuras en la fe, las noticias que ponen de manifiesto que el amor a Dios en muchos cristianos se enfría, le llegan al corazón. Piensa en ello noche y día, reza, se mortifica, repara con más generosidad todavía...

Desde hace años, conoce esas largas vigilias nocturnas en las que las sombras parecen hacerse más densas. Son momentos en los que suplica a Dios, con redoblado fervor, que ponga fin a la prueba.

Como la crisis se prolonga, implora que, al menos, pueda ver, si no el fin, el comienzo del fin, y pide a sus hijos que hagan lo mismo, que insistan ante el Señor para que se vea obligado a intervenir, dulcemente constreñido. Él, por su parte, no puede hacer ya más que abandonarse por completo y ponerse en manos de la Providencia.

¡Me duele la Iglesia!, exclama con frecuencia.

La fe que Dios le ha dado desde su infancia y que no ha cesado de crecer en él –una fe tan gorda que se puede cortar–, le dice que al término de esta locura colectiva habrá un vasto resplandor de esperanza, porque el Señor, de los males saca bienes; y de los grandes males, grandes bienes.

Pero el dolor es la piedra de toque del Amor y, por eso, el Padre no puede evitar el sufrir con la Iglesia, no sólo como cristiano, sino también como sacerdote y como responsable de tantas almas que el Señor le ha confiado. Además, no le faltan razones para pensar que el Príncipe de las tinieblas tiene especial empeño en obstaculizar este nuevo camino divino en la tierra que es el Opus Dei.

La mano que sujeta el timón debe, a veces, cuando la tempestad arrecia, adquirir firmeza para mantener el rumbo... Por eso, el sufrimiento de Mons. Escrivá de Balaguer por la Iglesia no es meramente pasivo, sino que va acompañado de un empeño eficaz por evitar que la Obra se desvíe lo más mínimo de la línea señalada por Dios. Se sabe, en efecto, administrador del depósito recibido el 2 de octubre de 1928, y uno de sus elementos esenciales es el carácter secular del Opus Dei.

Sus hijos e hijas, unidos en torno al Fundador e identificados con su espíritu, no tienen la menor duda de que son cristianos corrientes, no religiosos que viven en el mundo o que se adaptan al mundo; saben, en suma, que son ciudadanos iguales a los demás, como lo saben sus parientes y sus amigos. La Iglesia, por su parte, ha reconocido esta característica secular del Opus Dei, pero el Padre,

desde hace varios años, está cada vez más preocupado porque, como Fundador, desea que las cosas queden todavía más claras. Piensa que es imprescindible que la Obra tenga un estatuto jurídico más conforme con su naturaleza, cosa que no fue posible conseguir en 1950, pues las mentes no estaban todavía maduras para esto, y el Derecho Canónico no había evolucionado lo suficiente. Ahora, sin embargo, algunas disposiciones del Concilio Vaticano II permitirán, sin duda, obtener ese nuevo estatuto.

El 6 de enero de 1970, mientras contempla con un grupo de hijos suyos el misterio de la Navidad, plasmado en un Nacimiento, invita a sus hijos a la confianza: «Pedid y se os dará...» (Lucas XI, 9).

Buscando refugio en la trinidad de la tierra, Jesús, María y José, el Padre, con la imaginación, toma al Niño en sus brazos y pide perdón por todo el mal que se hace, por todo el bien que dejan de hacer los cristianos...

No lejos del pesebre, se encuentra Herodes: Pero no podrán nada, Señor, ni contra tu Iglesia ni contra tu Obra. Estoy seguro (...) También la Obra ha encontrado, más de una vez, a Herodes en su camino. Pero, ¡tranquilos, tranquilos! (...); no hemos dejado nuestros intereses personales por una nimiedad.

Los que le rodean están serios. Sufren con el sufrimiento del Padre, pero lo único que pueden hacer es asociarse a sus súplicas y trabajar con más intensidad que nunca, abriendo camino en la dirección que él indica

Dos peregrinaciones en la Península Ibérica

Como ha venido haciendo en los momentos más difíciles de su vida, recurre a la Madre de Dios, proclamada por Pablo VI, al finalizar el Concilio, Madre de la Iglesia. Es lo que le lleva a postrarse varias veces a los pies de Nuestra Señora en 1970.

Iré a visitar dos Santuarios de la Virgen –escribe a sus hijos–. Iré como un creyente del siglo XII: con el mismo amor, con aquella sencillez y con aquel gozo. Voy a pedirle por el mundo, por la Iglesia, por el Papa, por la Obra (...) Unios a mis oraciones y a mi Misa.

Esos dos Santuarios son Torreciudad, en España, y Fátima, en Portugal.

A comienzos de abril, el Fundador del Opus Dei se traslada en avión a España. En la antigua casa de la calle de Diego de León, contempla la imagen de la Virgen de Torreciudad, que está siendo restaurada. Es una representación tradicional de la Virgen con el Niño, similar a la que existe en bastantes Santuarios de Europa surgidos a partir del siglo XI. Se ve la talla de madera, pues se le han quitado varias capas de pintura posteriores para aplicarle el estofado de oro que le hará recobrar su aspecto originario.

Presintiendo la emoción del Padre, sus hijos se retiran. Besa filialmente los pies de la Virgen y los del Niño, expresa a la Señora su agradecimiento con palabras que le salen del alma y le cuenta la alegría que siente al volver a verla, como un hijo que se reúne con su madre tras una larga ausencia.

Unos días más tarde, después de visitar en Zaragoza a la Virgen del Pilar, llega a Torreciudad. Un kilómetro antes de alcanzar la ermita, en una curva de la carretera, todavía en construcción, sin asfalto, el Padre hace detener el automóvil, baja, se descalza y sigue caminando a pie, mientras empieza a rezar los misterios dolorosos del Rosario. El día es gris y cae una suave llovizna, pero él, por dos veces, se niega a ponerse de nuevo los zapatos.

–Hay muchos pastores que van descalzos, todos los días, por estos riscos. No hago nada extraordinario.

Terminados los misterios dolorosos y tras unos instantes de oración silenciosa, el Padre continúa rezando las otras dos partes del Rosario. Finalmente, al entrar en la ermita, avanza hacia el altar y entona la Salve; luego, de rodillas, reza una oración mariana que ha aprendido en su infancia. Sólo entonces pasa a una habitación próxima para quitarse las piedrecillas que se le han incrustado en las plantas de los pies y calzarse de nuevo...

Instantes más tarde, ya está otra vez bajo la lluvia, visitando los lugares donde se alzarán el nuevo Santuario, a unos cientos de metros de la ermita. Al borde de una vasta excavación, donde irá la cripta de los confesonarios, traza el signo de la Cruz con la mano. Su deseo más ardiente es que muchas personas encuentren en Torreciudad, en el futuro, el don más precioso: la gracia divina.

El amor grande que Dios tiene a su Madre, hará que allí resplandezcan también su omnipotencia y su misericordia. Nosotros le pediremos y buscaremos milagros en las almas.

El 14 de abril ya se encuentra en Fátima. Descalzo también, se dirige a la «capelinha», rodeado por algunos de sus hijos portugueses. Cerca de la estatua que conmemora la visita de Pablo VI en 1967 – que es asimismo el año de su última peregrinación a Fátima– reza por el Papa.

La piedad de los peregrinos que le rodean le conmueve. Ahora que la fe parece languidecer en bastantes lugares y algunos ponen en entredicho la devoción a la Virgen, ciertas manifestaciones de piedad le enternecen. Por eso suele decir que le gustaría poder expresar sus sentimientos con la misma sinceridad con que los expresa una viejecita que suspira en la penumbra de una iglesia; por eso, también, se alegra tanto cuando, poco después de su visita a Fátima, uno de sus hijos portugueses le dice en una carta que le había visto besar las medallas del Rosario, como hacía su propia abuela...

Estas peregrinaciones son una demostración evidente de la gran fe del Padre y, al mismo tiempo, afirman su convicción de que la Iglesia no tardará en recobrar la unidad y la paz. «Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros?» (Rom. VIII, 31), repite con San Pablo.

En México, a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe

Pero su preocupación por la Iglesia sigue siendo muy viva. Por eso, poco después de regresar a Roma, el Padre, de repente, decide hacer una tercera peregrinación mariana.

Esta vez, el punto de destino está más lejos, en América, adonde nunca había hablado de ir hasta entonces. Verdad es que sus hijos mexicanos venían pidiéndole insistentemente que fuese desde hacía tiempo, pero de no haber mediado un motivo tan poderoso como éste, tal vez nunca se hubiese decidido a atravesar el Atlántico.

Así pues, el 14 de mayo de 1970, toma el avión que ha de conducirlo a México.

Una de las primeras visitas que hace es a la Villa, adonde los mexicanos acuden a diario en gran número para rezar ante el célebre lienzo de la Virgen de Guadalupe, patrona de México y de toda Hispanoamérica, desde que en 1531 la Madre de Dios quiso aparecerse a un pobre indio llamado Juan Diego y dejar estampada milagrosamente su imagen en la manta o tilma que utilizaba para cubrirse.

Arrodillado en el presbiterio de la basílica, no quita los ojos de la imagen de la Señora, cuyo rostro tiene rasgos de la raza de la gente de esa tierra bendita. Por el interior del templo, a menudo de rodillas, avanzan muchas personas.

Hora y media más tarde, se incorpora y abandona la basílica. Numerosos miembros de la Obra que han empezado a afluir al enterarse de que está allí el Padre le acompañan desde la nave en cariñoso silencio. La escena se repetirá durante ocho días consecutivos, del 17 al 24, pero en lo sucesivo, para no llamar la atención, el Padre ocupa un balconcillo o tribuna situado a la derecha del presbiterio que le coloca, sin que se le pueda ver desde la nave del templo, a la misma altura de la célebre imagen. Nadie puede conocer hasta dónde llega la intensidad y profundidad de su oración. Sólo los que están muy cerca, junto a él, pueden oír sus palabras audaces y pueriles... que la pluma no puede, no debe estampar. Palabras en las que se vierten sus preocupaciones de siempre: la Iglesia, el Papa, sus hijos e hijas.

Todos los días expresaba su petición en voz alta. Los que están a su lado –entre ellos don Álvaro del Portillo y don Javier Echevarría, uno de sus más íntimos colaboradores– quedan impresionados por la simplicidad de sus palabras, que son las que un hijo dirige a su

Madre. Tal vez las mismas que el pequeño Josemaría dirigía a María, en Barbastro, cuando, durante el mes de mayo, llevaba una flor a la Virgen, como todos los niños, y le presentaba sus peticiones.

También los mexicanos y las mexicanas depositan rosas a los pies de «su» Virgen de Guadalupe durante todo el año, y el Padre no quiere ser menos... El quinto día de la novena se dirige con estas palabras a la Madre de Dios: Señora nuestra, ahora te traigo –no tengo otra cosa– espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas...

Haz que en nosotros, en nuestros corazones, cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor. He dicho de intento rosas pequeñas, porque es lo que me va mejor, ya que en toda mi vida sólo he sabido ocuparme de cosas normales, corrientes, y, con frecuencia, ni siquiera las he sabido acabar; pero tengo la certeza de que en esa conducta habitual, en la de cada día, es donde tu Hijo y Tú me esperáis.

Luego, el Padre formula su petición con la santa desvergüenza que siempre ha recomendado a las almas que quieren trabajar por Dios:

Aquí estoy, porque ¡Tú puedes!, porque ¡Tú amas! Madre mía, Madre nuestra (...), evítanos todo lo que nos impida ser tus hijos, todo lo que intente borrar nuestro camino o adulterar nuestra vocación. Yo no lo permitiré, porque no quiero condenarme; pero no toleres que actúen las fuerzas del mal. ¡Contra Ti no puede nada el diablo!, ¿cómo no voy a contar con esta seguridad? Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, María, templo de la Trinidad Beatísima, ¡más que Tú, sólo Dios!: ¡que se vea que eres nuestra Madre!, ¡lúcete!.

La oración en voz alta del Padre se prolonga. Hasta la tribuna desde donde se dirige a la Virgen, llegan las canciones de los fieles en honor de su patrona, y su alma vibra al unísono de aquellas voces. Sigue rezando con insistencia:

Te amo todo lo que sé y puedo. Me he equivocado tantas veces en mi vida, pero te quiero con todas las fuerzas de mi alma. Dinos qué hemos de hacer y, con tu gracia, lo haremos (...) Escúchanos: ¡yo sé que lo harás!.

Entre una criatura, por muy fiel que sea, y su Creador, parece difícil que pueda existir una transacción, a no ser que lo que se pone en juego sobrenaturalmente ya esté inscrito en los planes divinos, como supo Abraham que lo estaba, después de haber negociado con Yahvé, la salvación de un puñado de hombres de su pueblo...

Lo cierto es que, a partir de ese 20 de mayo de 1970, Josemaría Escrivá de Balaguer, sin dejar por eso de sufrir, reparar y rezar por la Iglesia, aumenta más en su alma la confianza y la paz que ya nada podrá quebrantar. Como si la Virgen María, en el Santuario donde ha ido a visitarla, hubiese querido mostrarle el final de la prueba; sin decirle cuándo ni cómo, está convencido de que todo se arreglará cuando llegue el momento oportuno. Poco importa que no llegue a verlo con los ojos de la carne: el gran río de la Iglesia volverá a su cauce...

Antes de abandonar la tribuna, el Padre hace una promesa a la Virgen de Guadalupe; una promesa sin condiciones, como la que había hecho hace ya muchos años en Madrid, al invocar a San Nicolás de Bari para pedirle que resolviera unas dificultades financieras aparentemente insuperables: para agradecer a la Señora la gracia que le acaba de conceder, mandará colocar, en una capilla de la cripta del Santuario de Torreciudad, un mosaico representando a la imagen de la Virgen de Guadalupe y una inscripción conmemorativa.

La raza de los hijos de Dios

Nada más llegar a México, el Padre había dicho a sus hijos que ellos sólo eran la segunda razón de su viaje, pero, al comprobar su gozo por tenerle entre ellos, se da cuenta de que esa segunda razón casi se confunde con la primera.

El Padre visita Montefalco, una antigua hacienda reconstruida por sus hijos en el estado de Morelos, donde han establecido, entre otras actividades educativas, un centro de formación rural para los campesinos de la zona. En medio de aquellos indios, que le escuchan embelesados y atentos, el Padre se encuentra tan a gusto como con los habitantes de la capital o de otras grandes ciudades. En esas reuniones, hay un buen número de hijos suyos que han venido de otros países: Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Venezuela, Puerto Rico, Colombia, Argentina, e incluso Canadá y los Estados Unidos. A todos, les dice:

Nadie es más que otro. ¡Ninguno! ¡Todos somos iguales! Cada uno de nosotros valemos lo mismo, valemos la Sangre de Cristo. Fijaos qué maravilla. Porque no hay razas, no hay lenguas; no hay más que una raza: la raza de los hijos de Dios.

Este lenguaje directo es comprensible a todos. Le oyen los de la ciudad y los del campo, gentes de toda condición... y hasta las lenguas de los campesinos más taciturnos se abren en preguntas a aquel sacerdote de prontas respuestas, que elevan y dignifican su vida. Todos quieren acercarse al Padre, saludarle, recibir una palabra o una sonrisa suya, tocarle...

En México D.F., en un Centro de la Sección de mujeres de la Obra, una campesina anciana, de cara completamente arrugada, se ha

quedado en una esquina del vestíbulo. Le dicen al Padre que tiene cuatro hijos en el Opus Dei. El Padre se le acerca y la anciana mujer, sin dar tiempo a pensar en lo que sucede, se arrodilla ante el hombre de Dios. Mientras su hija intenta en vano ponerla en pie, ve con profunda emoción que el Padre, a su vez, se arrodilla ante ella para ponerse a su altura y decirle al oído cosas que ella escucha entre lágrimas: Somos iguales, hija mía, somos hijos de Dios...

Hijos míos, yo no he venido a enseñar, sino a aprender. A aprender de los mexicanos, de su fe sin fisuras, de su amor sincero a la Madre de Dios...

El Padre les habla también del apostolado que pueden hacer en su país y en otros países de lengua española del Continente: ¡Cuánto bien podéis hacer! Si fuéramos más, y si yo fuera mejor... y tú, y tú, y todos fuerais mejores, haríamos una labor maravillosa.

Durante los cuarenta días de su estancia en México, recibe a más de veinte mil personas. En una serie de tertulias llenas de espontaneidad, semejantes a las de España y Portugal, habla una vez más de la santificación del trabajo ordinario, de la vida conyugal; de la amistad y del apostolado; de la oración, de la Iglesia, del Papa, de los Sacramentos y, en especial, de la Eucaristía y la Penitencia. En resumen: de todos esos medios que facilitan el intercambio personal entre el alma y Dios y constituyen el secreto de la fecundidad apostólica.

El Padre, a pesar de su edad, responde de manera sorprendente a tanto ajetreo. No obstante, un día, el 16 de junio, mientras habla a un grupo de sacerdotes cerca del lago de Chapala, al noroeste del país, tiene que retirarse a una habitación contigua para descansar unos momentos, pues el agobiante calor del mediodía le sofoca. Su mirada se detiene en un cuadro colgado en la pared de enfrente que representa a la Virgen de Guadalupe entregando una rosa al indio Juan Diego.

—Quisiera morir así —musita en su oración habitual—: mirando a la Virgen Santísima y que Ella me entregase una flor...

3. LOURDES, 3 DE OCTUBRE DE 1972

El avión en que viaja el Padre acaba de aterrizar en el aeropuerto de Tarbes y algunos de sus hijos franceses y españoles han acudido para saludarle antes de que continúe viaje a Hendaya, camino de España. Piensa pasar varias semanas en la Península Ibérica y ver a muchas personas. Antes, el 7 de octubre, presidirá en Pamplona una ceremonia durante la cual concederá el título de doctor honoris causa por la Universidad de Navarra a un alemán, Erich Letterer, profesor de Medicina; a un español, historiador del arte, el Marqués de Lozoya; y a un francés, el profesor Ourliac, catedrático de Historia del Derecho y miembro del Instituto de Francia.

Ante la basílica de Lourdes, adonde se ha trasladado enseguida, Mons. Escrivá de Balaguer habla de los «milagros» que ya han empezado a producirse en Torreciudad, al otro lado de los Pirineos, a pesar de que el nuevo santuario y los edificios anejos no están todavía terminados: confesiones, conversiones, decisiones de entregarse más plenamente al Señor... Todos esos milagros de la gracia con los que él soñaba cuando dio vía libre al comienzo de las obras.

Con paso decidido, el Padre se dirige a la gruta. Como siempre que visita Lourdes, se detiene a beber en la fuente milagrosa; luego, se encamina al lugar de las apariciones, donde va a comenzar un acto de culto y, en cuanto divisa la imagen de la Virgen, se arrodilla en el suelo. Tras unos momentos de intensa oración, atraviesa de nuevo la explanada.

Acto seguido, el Padre se despide de sus hijos franceses y sube al automóvil.

Antes de beber el agua milagrosa, ha dicho a los que le rodean que no quería pedirle nada personal a la Virgen, ni siquiera su salud. No les extraña, porque sus hijos conocen bien el motivo de esta visita a Lourdes, donde el 11 de diciembre de 1937 había celebrado misa tras aquel dramático paso de los Pirineos. Es el mismo motivo de sus otras peregrinaciones a este mismo santuario, y al de Sonsoles, en Ávila, y al Pilar de Zaragoza, y a la basílica de Nuestra Señora de la Merced, en Barcelona, y a los Santuarios de Einsiedeln, en Suiza, y de Loreto, en Italia... Y Torreciudad, en 1970, y Fátima, en Portugal, y Guadalupe, en México...

Lo que pide a la Señora en esos famosos lugares de peregrinación es la paz de la Iglesia, la paz del mundo, la perseverancia de sus hijos e hijas, la fecundidad de los apostolados de la Obra...

Ahora más que nunca, su principal preocupación es la situación de la Iglesia. Ello le lleva a intensificar sus ansias de reparación y a reforzar la fe de sus hijos, tanto de los que le visitan en Roma como de los que encuentra en sus desplazamientos. Antes, habitualmente se

reunía con grupos no muy numerosos; ahora, se siente urgido a hablar de Dios de manera directa al mayor número posible de personas, para que profundicen en su vida cristiana. Pero, como para él, el apostolado tiene que ser –como había escrito en Camino– fruto de la oración, que se avalora con el sacrificio, repite con frecuencia las palabras de una oración litúrgica que ya utilizaba desde su juventud: «Ure igne Sancti Spiritus...» Señor, abrásanos con el fuego de tu Santo Espíritu, quema nuestras entrañas y nuestros corazones...

Este deseo se nutre en él con la búsqueda de una mayor intimidad con la Sagrada Familia de Nazaret, a la que invoca como la trinidad de la tierra.

Si nosotros queremos tratar al Señor y a nuestra Madre del Cielo, hemos de aprender de José.

Al lado de San José, su alma se encuentra más cerca de María, y también de Jesús, el Dios hecho Hombre, quien, a su vez, le introduce en el misterio de la Santísima Trinidad. Así es como va, según sus propias palabras, de la trinidad de la tierra a la Trinidad del Cielo, siguiendo ese camino de infancia espiritual del que han hablado los grandes místicos. Un camino que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios, y que requiere la sumisión del entendimiento, más difícil que la sumisión de la voluntad.

Es cristo que pasa

Los temas de su predicación más reciente reflejan claramente los puntos clave de su vida interior: la Iglesia, su fin sobrenatural, la necesidad de que sus hijos sean fieles, el abandono en manos de Dios.

Algunas de las homilias que ha ido pronunciando en distintas fiestas litúrgicas se han ido editando en diversos idiomas durante los últimos años, y para el primer trimestre de 1973 está prevista la aparición, en un solo volumen, de dieciocho de ellas, con el título de Es Cristo que pasa.

En efecto: Mons. Escrivá de Balaguer se esfuerza constantemente por acercar al Señor a las plazas y a las calles de todos los pueblos y ciudades del mundo, consciente de que, en esta época que nos ha tocado vivir, los hombres que deambulan por ellas sienten un gran vacío espiritual y, a veces, se obstinan en no encararse con Cristo y encontrar así la respuesta definitiva a las preguntas que se hacen.

La experiencia de nuestra debilidad y de nuestros fallos, la desedificación que puede producir el espectáculo doloroso de la pequeñez e incluso de la mezquindad de algunos que se llaman cristianos, el aparente fracaso o la desorientación de algunas empresas apostólicas, todo eso –el comprobar la realidad del pecado y de las limitaciones humanas– puede sin embargo constituir una prueba para

nuestra fe y hacer que se insinúen la tentación y la duda: ¿dónde están la fuerza y el poder de Dios? (...) Pero el Espíritu Santo continúa asistiendo a la Iglesia de Cristo para que sea –siempre y en todo– signo levantado entre las naciones, que anuncia a la humanidad la benevolencia y el amor de Dios (...) No se ha hecho más corta la mano de Dios (Is., LIX, 1): no es menos poderoso Dios hoy que en otras épocas, ni menos verdadero su amor por los hombres. Nuestra fe nos enseña que la creación entera, el movimiento de la tierra y el de los astros, las acciones rectas de las criaturas y cuanto hay de positivo en el sucederse de la historia, todo, en una palabra, ha venido de Dios y a Dios se ordena.

Un acto de confianza

Aunque no deja de sufrir por el mal que causan a las almas las desviaciones doctrinales que se producen en tantos sitios, el Fundador del Opus Dei encuentra en su fe fuerza para renovar su optimismo operante. Las grandes crisis de la historia le han parecido siempre como otras tantas llamadas que Dios dirige a los hombres, para que se enfrenten a la verdad; y como ocasiones, que se nos ofrecen a los cristianos, para anunciar con nuestras obras y con nuestras palabras, ayudados por la gracia, el Espíritu al que pertenecemos. Cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo...

Dos años después de haber pronunciado estas palabras –el 30 de mayo de 1971, domingo de Pentecostés–, Mons. Escrivá de Balaguer ha consagrado la Obra al Espíritu Santo en el oratorio del Consejo General, donde unas vidrieras situadas detrás del Sagrario representan la venida del Paráclito sobre el colegio apostólico: Dios Espíritu Santo (...) que has dado siempre a la Iglesia tu paz, tu gozo y tu consuelo, en medio de tantas contradicciones, confirmando nuestra fe, sosteniendo nuestra esperanza, encendiendo nuestro amor: concédenos tu don septiforme, para que en nuestra vida entera, en nuestras obras, en nuestro pensamiento, en nuestra palabra, halle también sus complacencias Nuestro Padre que está en los Cielos, Dios eterno, Uno y Trino.

Te rogarnos que asistas siempre a tu Iglesia, y en particular al Romano Pontífice, para que nos guíe con su palabra y con su ejemplo, y para que alcance la vida eterna junto con el rebaño que le ha sido confiado; que nunca falten los buenos pastores y que, sirviéndote todos los fieles con santidad de vida y entereza en la fe, lleguemos a la gloria del Cielo.

Importunar día y noche al Señor en la oración para forzarle a intervenir, reparar todo el mal que él constata mediante una penitencia más intensa, es lo único que el Padre puede hacer. Todo le impulsa a acrecentar la formación personal de sus hijos y a estimularlos a

ampliar más y más el radio de su apostolado personal. Y, siempre que puede, a tomar parte en ese empeño, dirigiéndose personalmente a todos aquellos que quieran escucharle...

Dos meses de catequesis

Su visita a España, debida en principio a los actos que van a tener lugar el 7 de octubre en la Universidad de Navarra, le permitirá también recordar a muchos las verdades fundamentales de la fe, porque, para él, todos los apostolados del Opus Dei se reducen a uno solo: dar doctrina, luz.

Tras abandonar Pamplona, el 10 de octubre, el Padre recorre España y Portugal, reuniéndose, en dos meses, con unas ciento cincuenta mil personas de toda clase, edad y condición: Bilbao, Madrid, Oporto, Lisboa, Jerez, Valencia, Barcelona... Los lugares son muy diversos: aquí, un gimnasio convertida en salón de actos, allí un anfiteatro, allá una sala de proyección... Y en Jerez, un antiguo lagar cubierto ahora con una gran lona...

En todas partes, los miembros de la Obra, sus familias, los cooperadores, los amigos, acogen al Padre con el mismo cariño y escuchan, con alegría, cómo les confirma en la fe y les exhorta a tender cada día, con renovado empeño, hacia esa santidad a la que todo cristiano está llamado en razón de su bautismo.

En cuanto llega a un sitio, los asistentes quieren mostrarle su cariño y agradecimiento estallando en aplausos, pero él les detiene con expresivo gesto:

–Habéis aplaudido, y a mi no me va; porque la gente que nos viera creería que esto es una muchedumbre, y en realidad somos una familia, una familia muy unida.

Abordando inmediatamente el tema que le interesa, comenta algún pasaje del Evangelio o un aspecto de la vida cristiana, siempre muy brevemente; luego, pide a los asistentes que le pregunten lo que quieran.

El ambiente se caldea. Cada cual le plantea lo que más le preocupa y el Padre se emociona, pues de esas preguntas tan espontáneas deduce que quienes están presentes desean vivir su vida cristiana con mayor exigencia. Los más jóvenes le preguntan qué pueden hacer para perseverar en la vida interior, cómo ofrecer mejor a Dios sus horas de estudio, cómo hacer que sus amigos vivan con más autenticidad su cristianismo, cómo santificar el amor humano... Los casados, la manera de santificar la vida conyugal, educar mejor a sus hijos, hacer compatibles las obligaciones profesionales con el apostolado y los deberes familiares...

Es patente que la labor apostólica del Opus Dei ha impregnado todas las capas de la sociedad y gentes de todas las edades. El Padre comprueba que los que le rodean –muchos de los cuales no

pertenecen a la Obra– procuran vivir su fe sin complejos y, al mismo tiempo, sin ostentación ni agresividad, con una voluntad resuelta de mejorar y de hacer partícipes a los demás de las riquezas sobrenaturales adquiridas.

En sus respuestas, trata de reforzar esas buenas disposiciones con un don de lenguas que le pone a la altura de su interlocutor, utilizando palabras adecuadas y frases que conmueven. Todos y cada uno de los presentes se sienten implicados, no sólo quien ha hecho la pregunta, aunque éste haya sido respondido con mayor profundidad y precisión de lo que esperaba, sobre todo si no conocía al Padre.

Al final, los asistentes salen confirmados en su fe, dispuestos a profundizar en ella y a no contentarse con «la fe del carbonero»; resueltos, también, a frecuentar los sacramentos y a recibirlos con más fervor, a participar con mayor intensidad en el Santo Sacrificio de la Misa, el centro y la raíz de la vida interior, de donde se sacan fuerzas para ejercer ese «sacerdocio real» que es propio de todos los fieles, según la expresión de San Pedro.

Para que se comprenda mejor su mensaje, el Padre recurre con frecuencia a imágenes y anécdotas de la vida real.

–Nosotros tenemos (...) la oración, que es un hilo directo con Dios nuestro Señor, un trato personal, sin anonimato. Cuando hablan del «teléfono rojo» que hay entre los rusos y los americanos, me divierto mucho, porque vosotros y yo tenemos uno de platino. Si no estamos cerca del Sagrario para hablar con Jesucristo nuestro Señor, que se encuentra allí realmente presente, basta que nos metamos dentro de nosotros mismos, y mejor sobre nosotros mismos: Josemaría se pone encima de sí mismo para pisarse, porque sabe que no es nada, que no vale nada, que no tiene nada. Pero dentro del corazón, si no lo echo por el pecado mortal, sé que habita el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo. Somos tabernáculos de la Trinidad Beatísima, podemos ponernos inmediatamente en contacto con el Señor, sin que los demás lo noten, y decirle cosas de amor, actos de desagravio, peticiones de ayuda, porque somos flacos. Yo lo soy más que ningún otro; por eso me apoyo continuamente en vosotros.

Cuando voy a hacer mis ratos de oración, suelo decir al Señor: «ne respicias peccata mea!»; pero mira las virtudes de todos mis hijos, mira esos miles de almas entregadas a Ti, que hay en todo el mundo...

Un tesoro para compartir

Todos se dan cuenta de lo que hace el Padre cuando habla en esas reuniones de familia, y por eso, a veces, el silencio se adensa: levantar un poquito el velo que oculta su vida interior y manifestar, con sencillez, algunos de los «trucos» que utiliza para mantener la

unión con Dios. Todo, con objeto de animar a los oyentes a seguirle por ese camino.

A veces, da a su interlocutor un consejo preciso. Si alguien le pregunta, por ejemplo, cómo hacer para mantener durante todo el día un diálogo contemplativo con Dios, el Padre le invita a recogerse interiormente, unos instantes, sin que nadie lo note, cuando está trabajando, cuando camina por la calle, cuando está reunido en el hogar con su mujer y sus hijos. Más aún: le aconseja que busque la intimidad con el Espíritu Santo en la humildad. Eso te llevará –le dice– a colocarte encima de ti mismo, pisoteándote con el deseo; porque tú y yo, ¿qué somos, hijo mío, sino barro de botijo? No valemos nada, ni podemos nada, ni somos nada. Y en cambio, somos trono de Dios, de la Trinidad entera.

A otro padre de familia que le ha preguntado cómo puede aumentar su fe en la Eucaristía, después de responderle detenidamente, termina diciéndole:

–La segunda Persona de la Santísima Trinidad, que asumió carne mortal –igual a la nuestra en todo, menos en el pecado–, con un corazón que latía abundantemente, ha querido quedarse como alimento nuestro (...) Se ha quedado inerme, escondido en las especies sacramentales, sin defensa. Pero espera el amor tuyo y el mío. ¿No te mueve esto a quererle de verdad? ¿No te mueve a irte con el deseo a todos los sagrarios de la tierra, y decirle: Señor, aquí estoy, te amo? ¡Dile esas cosas con tu corazón de hombre fuerte, duro! No busques las palabras, como no las escoges cuando hablas con tu mujer, con tus hijos, o con las personas que quieres, ni cuando haces un rato de oración todos los días. Piensa que quizá nunca como ahora han maltratado a Jesús en el Santísimo Sacramento del altar. Y deja que tu oración marche...

Oración, vida interior. Ser tanto más contemplativo en cuanto que, por la situación en el mundo, se es más activo. Y así, transformar la propia vida, hacer endecasílabos de la prosa de cada día.

En Barcelona, el Padre exhorta a un cirujano a mantenerse constantemente en presencia de Dios durante su trabajo, desde el momento que se pone los guantes de goma hasta que se los quita. Y para que se dé cuenta de hasta qué punto puede elevar su trabajo a un plano sobrenatural, compara su labor, tan en contacto con el dolor humano, a la del sacerdote.

El cirujano asiente con una sonrisa y agradece al Padre su consejo, que viene a unirse a los que ha dado a una enfermera, a un empresario, a una empleada de hogar... Porque todo trabajo útil para la sociedad es noble y santificable por naturaleza. Tal es la causa de que las enseñanzas del Padre lleguen a todo el mundo, desde la sirvienta orgullosa de su trabajo, del cual hace una verdadera

profesión, hasta el catedrático de Universidad que debe ver en el esmero con que prepara sus clases el mejor medio de acercarse a Dios y acercar a los alumnos, tan sensibles a la seriedad y prestigio de quienes les enseñan.

De esta forma prosigue, con el enlazar de estos temas de siempre, una correría apostólica que lleva al Fundador del Opus Dei de ciudad en ciudad, no sólo en esta España que en los comienzos de su labor apostólica ya había recorrido de punta a punta, sino también en Portugal.

Porque los tiempos han cambiado, pero las necesidades de las almas siguen siendo las mismas, y Monseñor Escrivá de Balaguer parece infatigable. Apenas concluida una reunión, ya piensa en la siguiente... Y es que quiere aprovechar al máximo las semanas que va a pasar fuera de Roma.

Lealtad a la Iglesia

El Padre pide vehementemente a sus oyentes que, en esta época en que la desobediencia es moneda corriente, sean fieles a la Iglesia, al Papa, a su propia vocación:

–Es tiempo de deslealtad, de traición, de herejía. Y las herejías salen de las bocas que deberían decir la verdad; gentes que habían de dar testimonio de la fe y dan testimonio de la duda; personas que deberían ser la fortaleza para los demás y son la debilidad; almas que, según el Evangelio, tendrían que ser la sal de la tierra, y son la corrupción del mundo.

La actitud de ciertos sacerdotes le hace sufrir mucho, aunque –precisa– no conoce a ningún sacerdote que sea malo. Lo que pasa es que algunos están un tanto confusos, como «enfermos»: Hay sacerdotes que, en lugar de hablar de Dios, que es de lo único que tienen obligación de tratar, hablan de política, de sociología, de antropología. Como no saben una palabra, se equivocan; y, además, el Señor no está contento. Nuestro ministerio es predicar la doctrina de Jesucristo, administrar los sacramentos y enseñar el modo de buscar a Cristo, de encontrar a Cristo, de alcanzar a Cristo, de amar a Cristo, de seguir a Cristo. Lo demás no es cosa de nuestra incumbencia.

En Bilbao, pide a un grupo de hijos suyos sacerdotes que traten con el máximo respeto a Jesús Sacramentado y celebren con unción la Santa Misa, comunicando a los fieles, con su actitud, sus propios sentimientos:

–¡Por el amor de Dios! Sed sacerdotes, buscad el trato directo con Cristo. ¿No veis que algunos se ponen en mangas de camisa, de cualquier forma? Vosotros revestíos con todos los ornamentos, bien limpios, y celebrad el Santo Sacrificio sin prisas, que ahora tienen prisa para todo. No la tienen para comer, ni para divertirse, ni para sus amoríos: sólo para las cosas de Dios... Luego haremos una espléndida

labor, si hemos sabido no tener prisa, porque verdaderamente, «in persona Christi», realizamos una honda tarea sacerdotal.

A estos mismos sacerdotes, les repite lo que ya ha expresado en múltiples ocasiones y repetirá luego ante hombres y mujeres de todas las edades:

–Hermanos, si nosotros no nos empeñamos en estar unidos en la oración y en el cariño, en la caridad de Cristo, todo esto se precipitará. Amemos al Papa actual y también al que va a venir...

Alude a las referencias que hace Pablo VI sobre quienes destruyen la Iglesia desde dentro, pero expresa también sus razones para tener esperanza:

–Lo que está sucediendo ahora en la Iglesia y en el mundo no lo entendemos mucho, pero será un bien para la humanidad. Además, me gusta pensar que así como detrás de la noche oscura viene el día claro, seguramente estamos ya muy cerca de la alborada...

Y revelando una invocación que suele hacer cuando piensa en la situación de la Iglesia, añade: ¡Madre mía, Madre nuestra, dignate acortar el tiempo de la prueba!

Siempre que pronuncia estas palabras, su alma se llena de paz, como si le proporcionasen la certeza de que, como dijo Jesús a Pedro, «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mat. XVI, 18).

El apostolado de la confesión

Una de las cosas que más hacen sufrir al Padre desde hace algunos años es que no faltan en la Iglesia quienes tratan de poner entre paréntesis el Sacramento de la Penitencia.

Un Dios que nos saca de la nada, que crea, es algo imponente. Y un Dios que se deja coser con hierros al madero de la cruz, por redimirnos, es todo amor. Pero un Dios que perdona es padre y madre cien veces, mil veces, infinitas veces.

Para las personas bien constituidas psicológicamente, la confesión

–además de un don de Dios, porque es un Sacramento instituido por Jesucristo– es también un motivo de felicidad, de paz, de consuelo.

El Padre pide insistentemente a todos que animen a sus amigos a confesarse con frecuencia. Algunos dicen que han perdido la fe, pero, ¿no será que tienen en el alma como una costra grasienta que les impide percibir las insinuaciones del Espíritu Santo?... En el Sacramento de la Penitencia recibirán un buen baño que los limpiará y les dará la fuerza necesaria para volver a vivir cristianamente.

A los jóvenes, los «contestatarios», los de la generación de la protesta, les incita a rebelarse contra todo lo que envilece al hombre y le coloca al nivel de las bestias. Les invita a luchar día a día, con la ayuda de la gracia, para vencer en esas pequeñas cosas que templan la

voluntad, como los deportistas que se entrenan con constancia para mejorar sus propias marcas. Los Juegos Olímpicos celebrados recientemente en Munich le suministran comparaciones que dan en el blanco. Cuando explica que la vida espiritual es lucha y, como el deporte, exige esfuerzo y entrenamiento para vencer los obstáculos, o cuando imita los gestos del atleta que se dispone a saltar, las miradas atentas de los reunidos le revelan que le han entendido perfectamente.

El Padre suele prolongar su diálogo con los asistentes a esas tertulias de familia –como él las llama– durante tres cuartos de hora, más a veces. Antes de despedirse, extendiendo las manos, pide a todos que recen por él:

–Rezad por mí, que lo necesito mucho..., que recéis por mí, como una limosna que me hacéis.

Así el Señor le hará conformarse con lo que quiere ser: un servidor bueno y fiel, un buen canal de la gracia de Dios.

¿Setenta años? ¡No! Siete...

Cuando regresa a Roma, no acusa fatiga, a pesar del mucho trabajo que ha realizado, y se ha quedado con el gozo de haber podido insuflar un poco más de vigor y de optimismo a miles y miles de hombres y mujeres.

Ha podido comprobar también cómo se han ido extendiendo los apostolados de la Obra. Cerrando los ojos, vuelve a contemplar tantos rostros nuevos que han venido a unirse a los que ya le eran familiares; rostros que, para él, son como otras tantas intenciones por las que ofrecer cada día la tarea en apariencia monótona que es la suya, allí, en aquella casa que es como el corazón de la gran familia del Opus Dei.

Desde que el 9 de enero de 1972 ha cumplido los setenta años, se niega cada vez más a considerarse viejo. Gasta bromas con sus años, diciendo que el cero está de más y que le basta con el siete. En la historia de la Iglesia hay muchas almas santas que han sabido, siendo ya viejos, hacerse niños, por caminos muy diversos. ¿No os parece lógico que os diga que no quiero cumplir más que siete años? Tengo la esperanza de que el Señor me irá concediendo, por dentro, lo que le he pedido...

Cuando tenga que hacer alusión a su edad –comenta– dirá que sólo tiene siete años. Y así lo hace, provocando el regocijo de quienes le oyen.

La muerte de un hijo mayor

Algún tiempo después de su regreso a Roma, el corazón del Padre sufrirá un nuevo golpe. Hacía meses que aguardaba la noticia de la muerte de don José María Hernández de Garnica, uno de los primeros miembros de la Obra, que había abierto camino en Irlanda, en Inglaterra y en Francia, y luego en Alemania y en Austria.

Un cáncer de bulbo raquídeo le había provocado una parálisis progresiva que, en los últimos meses, se había agravado. Durante su estancia en España, no había cesado de pensar en él, pidiendo al Señor un milagro. Cuando el Fundador le había visitado, en un Centro del Opus Dei en Barcelona, había tenido que hacer un esfuerzo para no romper a llorar en su presencia.

Don José María había muerto ofreciendo sus sufrimientos por la Iglesia y por la Obra, con una gran paz, confirmando así lo que le gustaba repetir al Padre: que el Opus Dei es el mejor sitio para vivir y el mejor sitio para morir.

Don José María era uno de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei ordenados en 1944. Punto de arranque de una línea ininterrumpida que aumenta de año en año...

Nuevas ordenaciones

En el verano de 1973, cincuenta y un miembros de la Obra, todos ellos, como sus predecesores, con un título civil superior y con varios años de ejercicio profesional, son ordenados sacerdotes. Pensando en ellos y en quienes les han precedido y les seguirán, el Padre predica, el viernes de Pasión, sobre el tema del sacerdocio.

Quiere que los sacerdotes sean sacerdotes cien por cien. Algunos autores dicen que hay que buscar la identidad del sacerdote, pero para el Fundador del Opus Dei la identidad del sacerdote es la de Cristo.

Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya «alter Christus», sino «Ipse Christus»: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental. Es «el sacerdocio ministerial».

¿Qué le pide al sacerdote? Que aprenda a no estorbar la presencia de Cristo en él.

El 25 de junio de 1973, poco después de que el Papa anunciara el próximo «Año Santo», el Padre evoca ante Pablo VI esas futuras ordenaciones. La audiencia dura casi hora y cuarto. Mons. Escrivá no ignora que el Santo Padre sufre mucho con las tensiones surgidas en la Iglesia. Por eso, como un buen hijo, procura llevarle el consuelo de algunas buenas noticias: anécdotas que ilustran el desarrollo de los apostolados de la Obra y el bien que se hace a muchas almas en aquellos países donde trabajan sus hijos y sus hijas. Porque, desde hace años, no ha cesado de recibir noticias sumamente alentadoras de los cinco continentes. Entre ellas, las de aquellos países donde acaba de establecerse el Opus Dei: de Nigeria, donde la guerra de Biafra acaba de terminar; de Bélgica, de Puerto Rico...

A pesar de la fecundidad de esos apostolados, Mons. Escrivá de Balaguer no olvida que debe procurar a toda costa que sus hijos sean fieles a la doctrina cristiana y al magisterio de la Iglesia.

Tiempo de prueba –les escribe el 28 de marzo de 1973, aniversario de su propia ordenación sacerdotal– son siempre los días que el cristiano ha de pasar en esta tierra. Tiempo destinado, por la misericordia de Dios, para acrisolar nuestra fe y preparar nuestra alma para la vida eterna. Tiempo de dura prueba es el que atravesamos nosotros ahora.

Pero el Padre no se deja ganar por el desaliento. Basta, simplemente, con no dejarse llevar por las modas pasajeras y las corrientes de pensamiento... Vivamos de cara a la eternidad (...) Los días aquí son pocos y urge trabajar en la tarea de la salvación sin perder un momento, ahogando el mal en abundancia de bienes.

En su tarea de gobierno, tiene la obligación de actuar de manera que sus hijos no se vean afectados por esa desorientación que se apodera de muchos fieles.

Pero no se limita a tomar medidas en ese sentido. Como la confusión aumenta, arde en deseos de reanudar en otros países la catequesis iniciada años antes, aunque la haya continuado, de hecho, con nutridos grupos de estudiantes de diversas nacionalidades durante la Semana Santa y a lo largo de todo el año, recibiendo a muchísimas personas de todas las razas. Por eso, respondiendo a las insistentes peticiones de sus hijos de América, el 22 de mayo de 1974, unos días después de haber entregado, en Pamplona, el título de doctor honoris causa por la Universidad de Navarra a Mons. Hengsbach, Obispo de Essen, y al Dr. Lejeune, profesor de genética fundamental en la Facultad de Medicina de París, Mons. Escrivá de Balaguer emprende vuelo rumbo a Sudamérica.

4. RÍO DE JANEIRO, 22 DE MAYO DE 1974

«Fuego he venido a traer a la tierra...» (Lc. XII, 49). Estas palabras del Señor, que don Josemaría repetía con frecuencia cuando estaba en el seminario de Zaragoza, habían inspirado toda su labor apostólica desde la fundación del Opus Dei.

Al principio, el fuego se había mantenido mucho tiempo en rescoldo bajo las ramas; luego, poco a poco, se había ido propagando, encendiéndose en grandes llamaradas que, a veces, le maravillaban, aunque de alguna manera las hubiese previsto.

Tal era el caso de muchos países de Iberoamérica, donde apenas hacía veinte años que habían llegado los primeros miembros de la Obra para ejercer su actividad profesional. El número había sido reducidísimo y la falta de medios materiales evidente, pero, con todo, se había producido en poco tiempo una auténtica explosión apostólica.

Entre el 22 de mayo, fecha de su llegada al Brasil, y el 31 de agosto, en la que abandonará Venezuela para regresar a Europa, el Padre va a reunirse con miles y miles de personas en seis de los países de América del Sur donde trabaja la Obra.

Muchas de las reuniones que celebra son auténticas tertulias de familia en las que mantiene un diálogo íntimo con grupos reducidos. A otras asisten multitud de personas, las cuales, sin embargo, se sentirán siempre directamente implicadas en la conversación con el Padre, que, como es sabido, posee el don de convertir el «público» en familia en cuanto abre la boca.

Son tantos los que quieren verle y escucharle que se hace necesario organizar varias reuniones al día y buscar grandes espacios, pues los Centros de la Obra no son suficientes. Se alquilan, pues, salas de reuniones más amplias, como el Palacio de Convenciones del Parque Anhembi en São Paulo o el Teatro Coliseo de Buenos Aires, con capacidad respectivamente para 4.000 y 5.000 personas. Pero es preciso repetir las reuniones para que todo el mundo pueda ver al Padre por lo menos una sola vez...

Se invita a los amigos y acuden familias enteras. Los más atrevidos logran hacerse con algunos micrófonos repartidos por la sala, para entablar con Mons. Escrivá uno de esos sorprendentes diálogos, en los que lo sincero de las preguntas y lo directo de las respuestas hacen olvidar las dimensiones del local.

En todas partes se reproducen esos singulares coloquios durante los cuales un joven habla de su posible vocación, un padre de familia de su preocupación por los hijos, un empresario o un obrero de su deseo de santificar su trabajo; el librero, la costurera, el periodista, la actriz, cuentan lo que hacen para cristianizar su ambiente profesional.

El Padre escucha atentamente y responde sin vacilar, como si hubiese adivinado, antes de que su interlocutor remate la pregunta, lo que más le preocupa en razón de su edad, de su situación familiar y de su puesto en la sociedad. Toda su personalidad le vuelca sobre él, pero el diálogo, a través de esa persona, se establece también con todos los presentes, como si el Padre se estuviese refiriendo a cada uno de ellos.

Es algo más que una corriente de simpatía la que une al público con la silueta negra que se desplaza vivazmente de un lado al otro de la tarima o del escenario, para aproximarse a sus interlocutores; es una unión en Cristo que prende en los corazones y les insufla un nuevo deseo de proyectar a todos los vientos el dinamismo de la alegría cristiana.

A veces, las preguntas ponen de manifiesto, con delicadeza, dramas íntimos: padres con hijos subnormales, viudas que tienen que sacar adelante una familia, profesionales sin trabajo... O esa madre de

un sacerdote que se descamina, a quien la emoción le impide terminar su intervención, que tiene que ser leída por otra persona. En esos momentos, el silencio se espesa, como si se llenase de cariño a medida que el Padre va respondiendo con palabras en las que pone todos los tesoros de su corazón sacerdotal para consolar, animar y unir todo ese sufrimiento al dolor triunfante de la Cruz de Cristo. Una cruz que, si se lleva con garbo, no es una cruz cualquiera; será... la Santa Cruz.

Las lágrimas que muchos enjugan en esos momentos no nacen del sentimentalismo, sino de lo que experimenta todo cristiano cuando Dios le hace sentirse más cristiano y más hombre.

Como en México el año 1970 y en España y Portugal en 1972, Mons. Escrivá dirá una y otra vez que ha aprendido mucho con esas preguntas, sobre todo por el amor a Dios y al prójimo que revelan.

Otras veces, con sus respuestas, el Padre aligera la atmósfera, revistiendo sus palabras, siempre llenas de contenido, de un buen humor que hace estallar la risa. Luego, cuando habla del misterio de la Comunión de los Santos o de la misericordia divina, que se vuelca en el Sacramento de la Penitencia, los rostros vuelven a ponerse serios.

El Padre, delante de todos, exclama más de una vez que daría por bien empleado su viaje con tal de que hubiese convencido a uno de los oyentes de la necesidad de confesarse. Llevad a confesar a vuestros amigos, a vuestros parientes, a las personas que amáis, repite insistentemente, alzando la voz para suscitar en sus interlocutores iniciativas concretas.

Insiste en la conveniencia de confesarse con frecuencia, aunque muchos sacerdotes no hablen apenas de ese sacramento en la predicación y en la catequesis. También los niños deben confesarse, porque no es verdad que queden «traumatizados» si se les lleva a confesar cuando son pequeños.

Para apoyar lo que acaba de decir, evoca su primera confesión en Barbastro y la curiosa penitencia –nada «traumatizante», desde luego– que le había impuesto el simpático religioso a quien su madre le había llevado: comer un huevo frito. ¡Aquel hombre valía un imperio!, termina diciendo, ante las risas de quienes le escuchan. (Muchos de ellos aprenderán la lección, confesándose ellos mismos y acercando a sus amigos al Sacramento de la Penitencia.)

Su mensaje, en seis naciones de Sudamérica, es esencialmente el mismo que lanzó en México en 1970, en España y Portugal dos años más tarde, y en todos los países europeos que ha visitado: invitación a mantener un diálogo constante con el Señor, a través de la oración y de un trabajo hecho cara a Dios; vida sobrenatural, alimentada en la gracia que confieren los sacramentos, empezando por el bautismo,

que abre las puertas a esa vida –de ahí la necesidad de bautizar cuanto antes a los recién nacidos–, y siguiendo con la Confesión y la Eucaristía...

Nuestro Señor Jesucristo –repite con insistencia– está realmente, verdaderamente, sustancialmente presente, oculto en la Hostia Santa, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad.

No es difícil darse cuenta de que los consejos del Padre son los de un confesor experimentado, lleno de sentido común y de sentido sobrenatural. Lo cual, a veces, hace reír, porque lo que dice está lleno de gracejo. Así, por ejemplo, cuando aconseja a las mujeres que se arreglen y se preocupen, sobre todo con los años, de remozar un poco la fachada,–, utilizando los cosméticos previstos al efecto. Será un gesto de caridad para todos y un medio de parecer más jóvenes ante sus maridos.

Utilizando el lenguaje con prudencia, sobre todo cuando hay niños

delante, el Padre, como en todas partes, recuerda con claridad a las parejas la doctrina de la Iglesia sobre ciertos puntos clave de la moral conyugal, exhortándoles a no cegar las fuentes de la vida, pues eso les llevaría a dejar de ser cónyuges para convertirse en cómplices... Además, cada hijo trae un pan debajo del brazo, dicho de su país que le gusta repetir, porque tiene mucho de verdad.

En cuanto al aborto no duda en decir que es un crimen, recalando cada sílaba para que quede más claro.

Con todo, las consideraciones del Padre adquieren un matiz concreto en cada nación de América, como si captase inmediatamente sus características propias. En Brasil, por ejemplo, país de dimensiones continentales, donde todas las razas se mezclan y confunden, anima a sus oyentes a prepararse para dispersarse por el mundo entero; a rezar y a trabajar por el apostolado que deberán realizar en el Brasil y desde el Brasil.

En Argentina, a partir del 7 de junio, hace una invitación parecida, evocando las vastas llanuras de la Pampa, y en Chile, recién salido de las convulsiones políticas que lo han agitado, pide a quienes le escuchan, entre el 28 de junio y el 9 de julio, que no sean cristianos pasivos, que amen a la Iglesia, que sean buenos ciudadanos de su país, que quieran bien a todos sus compatriotas; ¡sin ninguna excepción de ninguna clase! Que tengáis el corazón muy grande para ver con afecto, insisto, a todo el mundo.

Ha pedido todo esto a la Virgen en los santuarios que ha visitado: Lo Vásquez, entre Santiago y Valparaíso; La Aparecida, en Brasil; Nuestra Señora de Luján, en Argentina... En todos ellos ha

pedido también, para él, para sus hijos, para los sacerdotes, para todos los cristianos, la gracia de la fidelidad y de la lealtad.

Lealtad a la Iglesia: ese será el tema central de sus consideraciones en esos países de América, como lo había sido siempre, también dos años antes en la Península Ibérica: No se puede arrancar un sillar de la Iglesia de Dios sin tirar abajo la Iglesia entera. Una de las labores que os recomiendo –que podéis hacer como la hago yo, y aún mejor, porque tenéis más amor, porque sois mejores– es que, cuando veáis que arrancan una piedra de la Iglesia, vayáis allá, os pongáis de rodillas, la beséis, y, poniéndola sobre vuestros hombros, la volváis a colocar en su sitio. –Padre, ¿cómo la colocaremos? –Con el deseo, porque nosotros no tenemos capacidad para hacer otra cosa. Sí tenemos, en cambio, deseos de santidad, de hacer bien a las almas, de ser fieles a esta Madre Buena, de hacer que no se pierda ni una gota de la Sangre de Cristo Nuestro Señor. ¡Buena labor ésta!

El Padre ha ido a Lo Vásquez la víspera de su partida de Chile, el 8 de julio. Como la noticia había corrido de boca en boca, muchas hijas e hijos suyos se le han adelantado y están ya en el santuario antes de su llegada. Todos juntos, rezan el Rosario. El Padre, de rodillas en el suelo del coro, mira fijamente la imagen de la Virgen, de tamaño natural, que, revestida con hermoso ropaje, preside el altar. Luego, rezan todos la Salve.

Impresionado por esta manifestación de fe, el Padre repetirá varias veces, antes de abandonar Chile, que los chilenos saben rezar. No en vano ha recomendado una y otra vez a quienes han querido escucharle que no abandonen la tradicional devoción del Rosario, repitiendo, con otras palabras, lo que ya decía el año 1934 en ese librito escrito de un tirón, después de la Misa, en la madrileña iglesia de Santa Isabel:

–¡De hombres es rezar el Rosario! Lo que no es de hombres es no rezar: eso es de bestias. Sólo las bestias no rezan (...) Un hijo de Dios, una hija de Dios, un hombre digno del título de hombre, se santigua, reza, se dirige a Dios, habla con El, se encomienda, pide ayuda.

Y para mejor convencer a todos, no vacila tampoco aquí en sacar el rosario del bolsillo y besar las medallas que de él cuelgan, provocando los aplausos de la concurrencia. Una lección práctica que vale más que las palabras.

Brasil, Argentina, Chile... Las reuniones, las tertulias, se han sucedido ininterrumpidamente, a pesar del cansancio que eso representa para el Padre, quien, no obstante, está dispuesto a proseguir su correría apostólica al mismo ritmo.

En Perú, a donde llega el 9 de julio, día en que se cumple el vigésimo primer aniversario de la llegada de los primeros miembros de la Obra, tiene la alegría de visitar las principales labores apostólicas: en Lima, y también en Cañete, sede central de la Prelatura de Yauyos, confiada al Opus Dei por la Santa Sede en 1957.

Procedentes de los valles y montañas próximos, centenares de campesinos de los Andes han caminado durante horas y horas, de noche y de día, para estar un rato al lado del Padre en el Centro rural de Valle Grande y en la Escuela femenina de Condoray. Indios, mestizos y criollos, campesinos y comerciantes, estudiantes y profesores, se mezclan en los coloquios, que recuerdan aquellas conversaciones del Señor cuando hablaba a sus discípulos «de las cosas tocantes al Reino de Dios» (Act. I, 3); así las describen los Hechos de los Apóstoles cuando evocan los últimos días que Jesús resucitado estuvo presente entre los hombres.

El Padre tiene las mismas palabras para todos, pues en la Iglesia todos tenemos la misma dignidad: No hay ni pobres ni ricos, no hay más que hijos de Dios.

A una empleada de hogar que trabaja en Lima le dice que su tarea,

semejante a la de María, puede ser divina, no sólo porque debe realizarla con arte y con ciencia, en beneficio de la familia donde presta sus servicios, sino también, y sobre todo, porque no hay trabajo que no sea digno, santo y divino.

En efecto: el valor de una tarea no reside en su apariencia más o menos brillante, sino en el amor de Dios que se pone en ella, sea una tarea que nos coloca en la cima de la escala social o en su base.

A Dios lo encontramos en nuestra vida diaria, en nuestros momentos de cada día aparentemente iguales, de hoy, de mañana y de ayer, de anteayer y de pasado mañana. Está en nuestra comida y en nuestra cena, en nuestra conversación y en nuestro llanto y en nuestra sonrisa. Está en todo, Dios es Padre. Si queremos ir a El, lo encontraremos en cualquier momento.

Durante su estancia en Perú, el Padre cae enfermo con una pulmonía en la tercera semana de julio. No por eso deja de reunirse con cerca de mil quinientas personas en el jardín del Centro cultural Miralba, próximo a Lima, y con otros grupos de personas, uno de ellos formado por sacerdotes.

Su estancia en Ecuador, entre el 1 y el 15 de agosto, le reserva una sorpresa: es víctima del soroche, el mal de altura, que ataca a muchas personas que visitan Quito, la capital, situada a más de 3.000 metros de altitud. El mal persiste, obligándole a partir antes de lo previsto, sin haber podido reunirse con todos los que esperaban verle

y oírle: miembros de la Obra, parientes, cooperadores, amigos..., aunque no deja de tener tres o cuatro reuniones.

El Fundador del Opus Dei, que tantas ganas tenía de proseguir allí la tarea iniciada en Brasil, Argentina, Chile y Perú, físicamente lo está pasando mal. Pero no deja de aprovechar todas las circunstancias para meterse más y más en Dios. Habla con dificultad –antes de las dos reuniones que ha celebrado con dos grupos reducidos, ha habido que aplicarle oxígeno– y, en contra de lo habitual en él, su voz es débil, aunque todavía le queda humor para bromear:

–Es que no soy un hombre de altura...

Luego, ya más serio, continúa diciendo que el Señor juega con nosotros los hombres, como un padre con un niño pequeño. Ha dicho: éste, que está tan enamorado de la vida de infancia, de una vida de infancia especial, ahora se lo voy a hacer sentir yo. Y me ha convertido en un infante (...) Pero ahora debo predicarle sonriendo, y con mi pobre conducta, porque siento la protesta del niño que tiene que ir cogido de la mano de papá y mamá. Y a mí me gusta andar corriendo... ¡Qué humillación, ¿eh?! (...)

Jesús, acepto vivir condicionado estos días y toda la vida, y siempre que quieras. Tú me darás la gracia, la alegría y el buen humor para divertirme mucho, para servirte, y para que la aceptación de estas pequeñeces sea oración llena de amor.

La pena que sienten sus hijos e hijas al saber que no se encuentra bien y que va a acortar su estancia hace que estén todavía, si cabe, más atentos a lo que dice y hace en esos quince días, en los que el Padre, al aceptar con tanta sumisión la voluntad de Dios, les está dando la más hermosa de las lecciones, la mejor de las «catequesis»...

Muy cansado, y todavía afectado por las secuelas del soroche, el Padre llega a Caracas el 15 de agosto. A pesar de todo sigue recibiendo a grupos muy numerosos de hijos suyos, en especial los últimos días, el 29 y el 30 de agosto. Lo que más siente es no poder prolongar y multiplicar esas reuniones... Un día, en que se encuentra muy cansado, uno de sus hijos le oye murmurar en voz baja: *Vultum tuum, Domine, requiram!*

Son unas palabras del versículo 8 del Salmo XXVI, que siempre alimentan, pero desde hace algún tiempo todavía más, su diálogo con Dios y constituyen una manera de ofrecerle estas nuevas limitaciones que Él le impone y de manifestarle su deseo de unirse definitivamente con Él, al final de una larga vida a su servicio:

–¡Señor, tengo unas ganas de ver tu cara, de admirar tu rostro, de contemplarte...! Te amo tanto, te quiero tanto, Señor...

De regreso a Roma, Mons. Escrivá de Balaguer sigue teniendo ante los ojos el maravilloso espectáculo de tantas iniciativas apostólicas y tantos miles de personas como ha visto en los seis países de América que ha visitado, países en los que, veinte años antes, el Opus Dei no era nada.

Ha procurado con todas sus fuerzas, e incluso sacando fuerzas de flaqueza, transmitir a esas almas las riquezas que guarda en su corazón: la doctrina de la Iglesia y el espíritu recibido de Dios. Ahora, cuenta con que sus hijos e hijas sabrán tomar el relevo.

Las cartas que recibe de aquellos países le confirman que el apostolado está recibiendo un poderoso impulso. Verdaderamente, el Señor sabe hacer bien las cosas... En aquellas tierras fértiles, se ha excedido en generosidad.

Te agradezco, Señor, que hayas procurado que yo comprenda, de manera evidente, que todo es tuyo: las flores y los frutos, el árbol y las hojas, y esa agua clara que salta hasta la vida eterna.

«Gratias tibi, Deus!»

¿En qué piensa el Padre cuando se encuentra en una de esas salas repletas de un público tan diverso?...

«¿No te da miedo subir al escenario y hablar a tanta gente?», le había preguntado un día su sobrina, de ocho o nueve años, con la osadía propia de su edad.

Ciertamente, la idea de ofrecerse como espectáculo le repugna. Sólo le empuja a hacerlo el deseo apasionado de fortalecer la fe de tantas almas como ya se benefician, en mayor o menor grado, de la influencia espiritual de la Obra, pero que, al vivir en un mundo desquiciado, ven poner en tela de juicio todos los días las verdades más elementales.

¿En qué piensa cuando contempla esos miles y miles de hombres y de mujeres que le escuchan con apasionada atención, con un cariño que enseguida advierte? Tal vez, cuando extiende las manos al final de esas reuniones, para dar la bendición a todos trazando la señal de la cruz sobre sus cabezas, Josemaría Escrivá evoque aquellos tres estudiantes que asistían a la bendición con el Santísimo Sacramento en una vieja capilla del asilo de Porta Coeli, un día de enero del año 1933. Pero, sin duda, ve también, con los ojos del alma, los millones de hombres y mujeres que continuarán abriendo el mismo surco de paz en el mundo, como los miles que ahora le escuchan.

Y así, la tradicional bendición de viaje se ensancha y amplifica para ponerse a la altura de aquel inmenso continente, haciéndose «patriarcal»:

En Brasil: Que os multipliquéis como las arenas de vuestras playas, como los árboles de vuestras montañas, como las flores de vuestros campos, como los granos aromáticos de vuestro café...

En Argentina: Para toda la tierra argentina, para aquellos bosques maravillosos del Paraguay, para aquella tierra del otro lado del Plata (Uruguay), para vuestros hogares, para vuestros hijos, para las guitarras de vuestros hijos, y para la alegría de vuestros corazones...

En Chile, el Padre concluye: Voy a bendecir ahora vuestros cariños buenos y nobles, vuestras amistades limpias, vuestras ilusiones grandes, científicas y apostólicas, y también vuestras diversiones... Y vuestros hogares futuros, y a vuestros padres... En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

5. ROMA, 27 DE MARZO DE 1975

Sentado al fondo del oratorio del Consejo General del Opus Dei, el Padre evoca, en voz alta, sus cincuenta años de sacerdocio, que celebrará al día siguiente.

No quiero que se prepare ninguna solemnidad –había escrito dos meses antes– porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca.

Lo único que ha pedido a sus hijos es que se unan a él en ese día, que coincidirá con el Viernes Santo: Ayudadme a agradecer a Dios, junto con el inmenso tesoro de la llamada al Sacerdocio y de la otra vocación divina a la Obra, todas sus misericordias y todos sus beneficios... también aquellos que yo no haya sabido percibir.

Motivos de agradecimiento, ha vuelto a tenerlos, hace todavía muy poco, en América.

Cuando el año anterior se había visto obligado a acortar su viaje, había prometido volver a Venezuela y ahora acababa de cumplir su promesa. Había estado en ese país, y también en Guatemala, pero, de nuevo, su estado de salud le había obligado a dar por terminada su estancia antes de lo previsto.

Más reuniones de familia

El viaje había durado dieciocho días, durante los cuales había vuelto a creer que soñaba viendo las maravillas que el Señor, en pocos años, había realizado en esos países. En diversos lugares, entre risas y canciones (canciones de amor de los trópicos, que él transportaba al plano sobrenatural para nutrir su oración), había recibido, con frecuencia al aire libre, bajo grandes toldos, a miles de personas. Entre ellas, numerosos jóvenes a los que había hablado de Dios, ya que, según sus propias palabras, yo no sé hablar más que de Dios. Precisamente para eso habían acudido a escucharle hombres y mujeres procedentes de todos los rincones de esos dos países –

Venezuela y Guatemala— y también del Ecuador, México y Colombia; de Puerto Rico, de Trinidad, de los Estados Unidos...

Al contemplar su entusiasmo, había pensado en lo que había dicho Alejandro Magno a sus generales cuando, antes de una batalla decisiva, había repartido con ellos todos sus bienes: «¡A mí me queda la esperanza! ».

La esperanza, para él, estaba en la atención con que le escuchaban todos; en esos jóvenes de tantos países, que él se resistía a dejar al final de esas largas tertulias en las que procuraba inflamarles con el amor de Cristo.

El Amor... ¡bien vale un amor!, les había repetido muchos años después de escribir esa frase en Camino, pensando precisamente en ellos y en muchos otros...

El Padre había desempeñado así el papel de juglar de Dios, utilizando una imagen que gustaba emplear para expresar los sentimientos que solía experimentar en tales circunstancias, rememorando la leyenda del juglar de Nuestra Señora. Pero lo que muchos ignoraban era que esa actividad, ese darse a los demás, le hacía llegar completamente agotado al final de cada jornada.

Al descender del avión que, desde Caracas, le había conducido a Guatemala, el 15 de febrero, había visto, con sorpresa, que entre las personas que le esperaban se encontraba el Cardenal Casariego, arzobispo de la diócesis. Luego, al marcharse, le había conmovido contemplar que miles de personas le aplaudían mientras se dirigía al avión: todas las que no había podido recibir al tener que adelantar el viaje a causa de su debilidad y cansancio. Porque, como en Ecuador al final de su anterior viaje, el Señor le había pedido esa renuncia, y él se ponía en sus manos como un niño en las de su padre.

Mirando hacia el pasado

Como un niño que balbucea. Tal es la idea que sirve de base a su oración ese 27 de marzo, Jueves Santo, en Roma. El Padre abre su corazón ante sus hijos, y les pide que se unan a él para dar gracias a Dios por sus cincuenta años de sacerdocio.

Una mirada atrás... Un panorama inmenso: tantos dolores, tantas alegrías. Y ahora, todo alegrías, todo alegrías... Porque tenemos la experiencia de que el dolor es el martilleo del artista que quiere hacer de cada uno, de esa masa informe que somos, un crucifijo, un Cristo, el «alter Christus» que hemos de ser. Señor, gracias por todo. ¡Muchas gracias! (...) Un cántico de acción de gracias tiene que ser la vida de cada uno, porque, ¿cómo se ha hecho el Opus Dei? Lo has hecho Tú, Señor, con cuatro «chisgarabís» (...) Has buscado medios completamente ilógicos, nada aptos, y has extendido la labor por el mundo entero. Te dan gracias en toda Europa, y en puntos de Asia y

África, y en toda América, y en Oceanía. En todos los sitios te dan gracias (..).

Tú eres quien eres: la Suma Bondad. Yo soy quien soy: el último trapo sucio de este mundo podrido. Y, sin embargo, me miras..., y me buscas..., y me amas (...) Señor, que yo te busque, que te mire, que te ame. Mirar es poner los ojos del alma en Ti, con ansias de comprenderte, en la medida en que –con tu gracia– puede la razón humana llegar a conocerte. Me conformo con esa pequeñez....

«Vultum tuum, Domine, requiram!» (Ps. XXVI, 8) ¡Señor, busco tu rostro! Hace meses que el Padre viene repitiendo aún más esta invocación bíblica, expresión de sus más profundos anhelos: el Papa, la paz de la Iglesia, los apostolados de la Obra, que desea ver cada vez más extendidos, como ese mar sin orillas del que hablaba en los años treinta a quienes quería comunicar su fe.

¡Señor, haz que yo vea!, añade ahora. La exclamación del ciego que pedía su curación a Jesús en el camino de Jericó (Lc. XVIII, 35–43) tiene, desde hace algún tiempo, un sentido distinto al que tenía cuando la utilizaba para pedir luces al Señor, antes de la fundación del Opus Dei. Su vista ha empezado a declinar. En enero ha consultado a un oculista, que le ha dicho que las cataratas de sus ojos, secuela de su pasada diabetes, no se pueden operar. Ve muy poco, en efecto, pero sólo quienes conviven con él se han dado cuenta. Pero, como ha hecho siempre, no pide su curación física, ya que se abandona por completo en las manos de Dios.

Elevando al plano sobrenatural esta nueva prueba, que tanto le limita, ya que disminuye considerablemente su capacidad de trabajo, ha pedido a sus hijos, al comenzar el año, que dirijan a menudo al Señor esta invocación, tomándola, como él, en su sentido más alto: Todos unidos, a decir esa jaculatoria: «Domine, ut videam!», que cada uno vea. «Ut videamus!», que nos acordemos de pedir que los demás vean. «Ut videant!», que pidamos esa luz divina para todas las almas sin excepción: ¡que vean! Que veamos con la luz del alma, con claridad, con sentido sobrenatural, las cosas de la tierra.

Gracias a Dios, las defecciones han sido la excepción a lo largo de los cuarenta y siete años de historia de la Obra. ¡Qué reconfortante es la unidad de todos sus hijos...! Más de sesenta mil hombres y mujeres repartidos por toda la tierra, viviendo en las situaciones humanas más diversas el espíritu que él había recibido de Dios para transmitírselo a los demás.

Ciertamente, había procurado secundar con todas sus fuerzas, a pesar de sus debilidades, la acción del Señor, pero Dios había sido fiel a sus promesas y le había pagado con creces, permitiéndole contemplar en esta vida parte de lo que le había hecho ver el 2 de

octubre de 1928 mediante una gracia excepcional. Como la vasta descendencia de un patriarca...

Pronto llegará el momento de «pasar el testigo», como en las carreras de relevos. Pero tampoco eso ofrece problema alguno.

Vosotros sois la continuidad, dice el Padre a quienes le rodean, y, a través de ellos, a todos los miembros de la Obra, a quienes siempre ha llamado cofundadores, ya que les ha sido dado vivir con él la gran aventura de la expansión del Opus Dei por toda la tierra.

En los ojos de los que le visitan en Roma casi todos los días, en los de los jóvenes y las jóvenes que se están formando en Cavabianca y en Castelgandolfo, y en los de los grupos cada vez más numerosos que acuden en Semana Santa, percibe un gran cariño, un gran deseo de fidelidad, la determinación de entregarse plenamente al Señor y el convencimiento de que Dios les pagará con creces ya en esta vida. Pero, sobre todo, le conmueve la fidelidad de sus hijos mayores, quienes ya peinan canas y llevan en su alma las cicatrices de todos esos combates sobrenaturales que tanto les han hecho progresar en la vida interior. Entre ellos, los que, en países lejanos o muy cerca de él, como Álvaro del Portillo, consagran su vida y su experiencia a impulsar los latidos de ese corazón que es el gobierno de la Obra.

La oración de ese 27 de marzo está a punto de acabar. Una vez más, Mons. Escrivá de Balaguer recuerda a sus hijos el sentido de su vocación en el Cielo y en la tierra, siempre. No «entre» el Cielo y la tierra, porque somos del mundo (...) En el Cielo y en la tierra, endiosados; pero sabiendo que somos del mundo y que somos tierra, con la fragilidad propia de lo que es tierra...

De nuevo, una acción de gracias litúrgica: «Gratias tibi, Deus!» Una invocación a la Virgen, a San José, a los Santos Ángeles Custodios, que fueron testigos privilegiados de aquella llamada divina, el 2 de octubre de 1928, y la oración termina.

El 28 de marzo, Viernes Santo, aniversario de su ordenación sacerdotal, se reúne por la mañana con algunos de sus hijos, que han ido a saludarle. En una de sus frases hace alusión a la marcha de sus cincuenta años de sacerdocio: He querido hacer la suma de estos cincuenta años y me ha salido una carcajada. Me he reído de mí mismo, y me he llenado de agradecimiento a Nuestro Señor, porque es Él quien lo ha hecho todo...

En Torreciudad

Las obras del nuevo Colegio Romano de la Santa Cruz, en Cavabianca, tocan a su fin. Desde el mes de septiembre último, funciona a pleno rendimiento. Quedan por rematar muchos detalles, pero pronto será posible colocar esa «última piedra» de esta nueva «locura», con la que el Padre lleva tantos años soñando.

El 23 de mayo, el Padre se encuentra en Torreciudad, procedente de Madrid, adonde había llegado una semana antes, pasando por Zaragoza, Ese mismo día consagra el altar mayor del nuevo Santuario, luego de contemplar largamente el gran retablo de alabastro, diseñado con arreglo a sus indicaciones e inspirado en los de la Catedral de Barbastro, La Seo y la basílica del Pilar de Zaragoza.

Sólo los locos del Opus Dei hacemos esto, y estamos muy contentos de ser locos... ¡Muy bien!, lo habéis hecho muy bien. Habéis puesto tanto amor aquí..., pero hay que terminar, hay que llegar al final (...), ¡qué bien se va a rezar aquí!

El Santuario, de moderna y original factura, así como los edificios anejos, han complacido mucho al Padre. A los arquitectos, y a todos cuantos han intervenido en las obras, les ha dicho:

–Con material humilde, de la tierra, habéis hecho material divino.

Fiel a su lema de siempre –ocultarme y desaparecer– dice a quienes le acompañan que no asistirá a la apertura al culto, el próximo mes de junio. Ya lo ha inaugurado a su manera, consagrando el altar mayor... y confesándose con don Álvaro del Portillo, en la cripta de los confesonarios.

Antes de regresar a Roma, el Ayuntamiento de Barbastro le hace entrega, el 25 de mayo, de la medalla de oro de la ciudad. El discurso de Mons. Escrivá de Balaguer se ve interrumpido por la emoción. No es, sin embargo –explica–, tanto a causa de los recuerdos que la ceremonia trae a su memoria como de un pensamiento que no se le va de la cabeza: la muerte, en Roma, el día antes, de un hijo suyo, Salvador Canals, miembro del Tribunal de la Rota, a quien había enviado a Roma en 1942... Una vez más, Dios ha llamado a uno de sus hijos, el cual hubiese podido servir al Señor muchos años todavía, con generosidad. Y, una vez más, el Padre somete su mente y su corazón a la Voluntad divina, aunque no logre comprender...

El, por su parte, lleva mucho tiempo preparándose para esa última cita. Su prisa en trabajar todavía más por el Señor no tiene otra explicación. Dice, a menudo, que se le está haciendo de noche, pero ese presentimiento de la muerte no constituye para él un motivo de tristeza. La muerte repentina –ha dicho un día– es como si el Señor nos sorprendiera por detrás y como si nosotros, al volvernos, nos encontráramos en sus brazos.

El 25 de junio, el Padre celebra, en la intimidad de Villa Tevere, el trigésimo primer aniversario de la ordenación de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei. En los mementos de la Misa, tiene un recuerdo también para los cincuenta y cuatro miembros de la Obra, de diversos países, que van a ser ordenados en Barcelona, dentro de

unas semanas. Son bastantes, sí, pero todavía pocos para las necesidades crecientes de la Obra.

Al día siguiente, después de celebrar la Santa Misa muy temprano, se traslada a Castelgandolfo para despedirse de sus hijas antes de abandonar Roma ese verano.

Hace un calor bastante agobiante este 26 de junio.

A las diez y media de la mañana, el Padre y quienes le acompañan llegan a Villa delle Rose, sede, desde hace algunos años, de un centro internacional de formación de la Sección de mujeres del Opus Dei. Las últimas que han llegado proceden de Kenya y de las Islas Filipinas. Todas manifiestan ruidosamente su alegría ante la presencia del Padre. Lentamente, con gravedad, les habla de lo que, en esos momentos, constituye el objeto primordial de su oración y de sus preocupaciones. Evoca, una vez más, esa alma sacerdotal que deben esforzarse por tener todos los cristianos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos:

Vosotras tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí (...) Y con la gracia del Señor, y el sacerdocio ministerial en nosotros, los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz.

Les pide que recen por los que van a ser ordenados el 13 de julio, y también por la Iglesia, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo, en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa, cualquiera que sea.

Al cabo de unos veinte minutos, un malestar evidente obliga al Padre a interrumpir la reunión y a retirarse a una habitación cercana. Instantes más tarde, aunque quienes le acompañan le aconsejan esperar un poco, decide regresar a Roma. Quiere ir por la tarde a Cavabianca, para despedirse de sus hijos del Colegio Romano.

El viaje de vuelta es rápido. Poco antes de mediodía, el automóvil llega a Villa Tévere. El Padre saluda a Jesús Sacramentado en el Sagrario, haciendo una profunda genuflexión, acompañada, como siempre, de un acto de amor, y sube al ascensor que ha de conducirlo al despacho donde trabaja de ordinario. Al abrir la puerta, dirige, también como siempre, una mirada a un cuadro de la Virgen de Guadalupe.

—¡Javi!

Don Javier Echevarría, que acompañaba al Padre, se ha quedado un poco rezagado para cerrar la puerta del ascensor.

—¡Javi! No me encuentro bien.

La voz, ahora, es más débil. Cerca de don Álvaro del Portillo y de don Javier Echevarría, el Padre cae desplomado al suelo.

6. ROMA, 26 DE JUNIO DE 1975

Aquella noche, en Europa, y a medida que pasan las horas en el resto del mundo, a miles y miles de hombres y mujeres les cuesta

conciliar el sueño. Una y otra vez repiten, sin acabar de creérselo: ¡Ha muerto el Padre!

Cuando, tras hora y media de esfuerzos –durante la que don Álvaro del Portillo ha administrado la Extremaunción a Mons. Escrivá de Balaguer y le ha dado la absolución varias veces–, sus hijos comprenden que es inútil cualquier nueva tentativa de reanimación, todos se arrodillan para rezar, sin tratar de contener las lágrimas.

Unos minutos más tarde dos miembros del Opus Dei contemplan de rodillas, cerca de una de las puertas de Villa Tevere, cómo transportan el cuerpo del Padre, sobre una tarima, al oratorio de Santa María de la Paz.

Don Álvaro del Portillo ha mandado comunicar la noticia enseguida a Su Santidad el Papa, y Pablo VI, al recibirla, se ha retirado a rezar a su oratorio privado.

También ha mandado que se comunique, por teléfono o por telegrama, a los Consiliarios de todos los países donde la Obra trabaja.

En las primeras horas de la tarde de ese mismo jueves, empiezan a llegar personalidades civiles y eclesiásticas a Villa Tevere, para rezar ante el cuerpo del Fundador del Opus Dei, que, revestido con un alba de encaje bajo la que se trasluce el fondo púrpura de prelado, reposa ahora sobre un paño negro, al pie del altar.

Las Misas se suceden en el oratorio. La primera la ha celebrado don Álvaro, quien, el viernes, a las seis de la tarde, celebra también la última, de corpore insepulto.

Al darle el pésame, un cardenal le ha dicho que es un día de duelo no sólo para el Opus Dei, sino para toda la Iglesia. Otro ha exclamado: «¡Cuánto bien va a hacer ahora a la Iglesia desde el Cielo!»

Mons. Deskur, Presidente de la Comisión Pontificia para la Comunicación Social, ha manifestado, por su parte, lo agradecido que estaba al Padre y al Opus Dei por lo mucho que habían hecho por la Iglesia en el campo del apostolado de la opinión pública, añadiendo que quería ser el primero de los obispos que solicitara su beatificación.

Durante el jueves y el viernes, no cesan de llegar testimonios de pésame.

En la tarde del viernes 27, después de celebrada la última misa de corpore insepulto, Mons. Escrivá de Balaguer es enterrado en la cripta del oratorio de Santa María de la Paz; la tumba se cubre con una lápida de color verde oscuro que el Padre había mandado preparar.

El sábado, 28 de junio, con asistencia de seis cardenales y numerosos obispos y prelados, se celebran unos solemnes funerales en la basílica de San Eugenio, llena a rebosar. El recogimiento de los asistentes y las innumerables comuniones que se imparten impresionan a las personalidades presentes, entre las cuales hay varios embajadores.

Terminada la misa, llega a la Sede Central del Opus Dei un telegrama firmado por el Cardenal Villot, Secretario de Estado, expresando que el Papa Pablo VI reza y ofrece fervientes sufragios para que el Señor conceda al Fundador del Opus Dei «la recompensa eterna por su celo sacerdotal». Por la tarde, el Santo Padre envía al Secretario General del Opus Dei una carta en la que le comunica que el día antes ha ofrecido la Misa por el eterno descanso de Mons. Escrivá de Balaguer y que, consciente de la pérdida que ha sufrido la Iglesia, sigue rezando por él, pidiendo a Dios que todos los miembros del Opus Dei sigan siendo muy fieles al espíritu que, por voluntad divina, les ha legado el Fundador.

Mons. Benelli, sustituto de la Secretaría de Estado, ha ido a rezar, el jueves por la tarde, ante el cuerpo de Mons. Escrivá. También ha representado al Santo Padre en los funerales celebrados en la basílica de San Eugenio.

Casi simultáneamente, se celebran misas en distintas iglesias de numerosas ciudades de todo el mundo. La prensa se hace eco de estas ceremonias. Tanto en Kenya como en Japón, en Australia o en Filipinas, en Londres o en París, en Washington o en Buenos Aires, los informadores ponen de relieve la piedad y el dolor sereno de todos los asistentes.

En muchos lugares del mundo se producen, con este motivo, fenómenos espirituales muy singulares: cambios súbitos de vida, confesiones, conversiones de gentes apartadas de la Iglesia... Mientras tanto, en Roma, ha comenzado, por la cripta en donde yace enterrado el Padre -75, viale Bruno Buozzi-, el desfile ininterrumpido de personas de todos los países y de todos los ambientes. A veces, son familias enteras las que van a rezar unos instantes ante la lápida en la que se han puesto sólo dos palabras: EL PADRE. Y dos fechas: 9-1-1902 y 26-VI-1975. Las de su nacimiento y de su muerte. Su oración silenciosa confía ya a la intercesión del Fundador del Opus Dei preocupaciones pequeñas o grandes, problemas de diversa índole y, también, acciones de gracias por los favores que ha empezado a alcanzar en el Cielo.

Durante las semanas siguientes y a lo largo de todo el verano, van llegando a la Sede Central del Opus Dei miles y miles de testimonios sobre las virtudes que Mons. Escrivá de Balaguer supo vivir en grado heroico. Muchas cartas piden que se abra el proceso de

beatificación. La procedencia y el estilo de estas cartas y testimonios ponen de manifiesto hasta qué punto la espiritualidad del Opus Dei ha penetrado en muchos países y en todas las capas sociales. Porque esas «cartas postulatorias», esos testimonios, proceden de gentes jóvenes y mayores, humildes o encumbradas; de instituciones promovidas por el Opus Dei; de personalidades civiles –hombres de Estado, universitarios, escritores...–; de dignidades eclesiásticas –cardenales, arzobispos, obispos: un tercio del episcopado mundial–; y de religiosos y religiosas.

El 15 de septiembre de 1975, dos meses y medio después de que Dios llamara al Cielo a Mons. Escrivá de Balaguer, es elegido sucesor don Álvaro del Portillo. La votación ha sido unánime y los electores, pertenecientes a ochenta nacionalidades de otros tantos países en los que hay miembros de la Obra, no han necesitado más que un solo escrutinio.

Para el Opus Dei, acaba de comenzar una etapa de continuidad en la fidelidad a la herencia espiritual del Fundador.

EPÍLOGO

Aunque, como ha dicho un escritor francés, la muerte transforma toda vida en destino, sucede a veces que, sin librarse de ese destino común, el de ciertas personas se pone de manifiesto en vida, a ojos de sus coetáneos, en función de un momento de su existencia en la que ésta cobra todo su sentido.

Para Josemaría Escrivá de Balaguer, como para la multitud de personas que le conocieron y trataron, ese momento fue el de la fundación del Opus Dei, el 2 de octubre de 1928, primera muerte a sí mismo para la que el Señor le venía preparando desde hacía diez años, a partir del instante en que fue capaz de comprender lo que significaba dar la vida.

Los numerosísimos testimonios que se han hecho públicos en el mundo entero, desde el 26 de junio de 1975 hasta la fecha, no han hecho más que confirmar lo que ya era evidente para un número cada vez más elevado de hombres y de mujeres: el papel de pionero que había tenido el Fundador del Opus Dei en la tarea de restituir al laicado, a los simples fieles, su lugar en la economía de la Redención; un papel que hace aparecer a Mons. Escrivá de Balaguer como precursor del Concilio Ecuménico Vaticano II, en el que se proclamó solemnemente la llamada universal a la plenitud de la vida cristiana en medio de las ocupaciones ordinarias.

La importancia de su tarea ha sido confirmada por los cuatro últimos Papas: Pío XII, que dio al Opus Dei su primera configuración jurídica; Juan XXIII y Pablo VI, que lo alentaron constantemente, y Juan Pablo II, quien, tras el breve pontificado de Juan Pablo I, que lo alentó también, ha dado al Opus Dei su configuración jurídica definitiva.

Sin embargo, Mons. Escrivá de Balaguer nunca buscó «figurar», ni cuando ponía los cimientos de la Obra en los suburbios y en los hospitales de Madrid, ni en sus largos años de intenso trabajo en Roma, consagrados a la dirección del Opus Dei, a dar doctrina por escrito y a predicar. Las excepciones –pocas– que había hecho al final de su vida, en la Península Ibérica y en América, habían estado motivadas, exclusivamente, por su celo sacerdotal y su preocupación por la situación de la Iglesia. Le habría sido fácil obrar de otra manera, llevando el desarrollo de la Obra con más «espectacularidad», pero el Padre supo, desde el primer momento, que su misión era estrictamente sobrenatural, que se trataba –como solía decir– de estar al servicio del Señor y de todas las almas. De ahí la frase que venía a ser un poco como su lema: Ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca.

El apostolado que tenía que realizar era un apostolado en profundidad. Se trataba de invitar a un número creciente de cristianos

a entregarse por completo a Dios, sin buscar ninguna compensación humana; de proponerles que procurasen imitar a Jesucristo en sus treinta años de vida oculta aquí en la tierra.

Le hubiese sido fácil aceptar, en los años treinta, cuando no era más que un joven sacerdote, las propuestas que algunos le habían hecho: formar futuros Consiliarios de Acción Católica o desempeñar cargos de relumbrón. Así habría logrado fama y consideración, pero no se habría hecho la Obra de Dios.

También le hubiera sido fácil, en los primeros tiempos, ceder a la tentación de precipitar los acontecimientos y asociar el Opus Dei a otras instituciones cuyos fines eran similares en apariencia. Con lo cual habría comprometido el desarrollo y desvirtuado la naturaleza de la tarea espiritual que el Señor le había encomendado.

Buscar la Voluntad de Dios y atenerse fielmente a ese fin: tal fue su actitud constante, en cada etapa del desarrollo del Opus Dei. Precisamente por eso, ante el asombro de muchos, la Obra había ido creciendo a un ritmo increíblemente rápido. Al final de su vida, Mons. Escrivá de Balaguer había logrado que más de 60.000 hombres y mujeres se hubiesen comprometido a procurar alcanzar la santidad en medio del mundo y que cerca de un millar de ellos accedieran al sacerdocio. Las ediciones de sus escritos, en diversos idiomas, se contaban por cientos de miles de ejemplares y una de sus obras, Camino, había alcanzado cerca de los tres millones, logrando de esta forma que su mensaje de santificación de las realidades temporales fuese conocido por infinidad de personas. En cuanto a los apostolados de la Obra, habían hecho que el espíritu cristiano irradiara en los cinco continentes.

¿Cómo había sido posible ir tan deprisa? ¿Se debía al ritmo que se había impuesto desde el primer momento, con objeto de que inmediatamente empezara a realizarse ese querer divino que él había visto claramente, por una gracia especial, el 2 de octubre de 1928?

Verdad es que, desde entonces, no había ahorrado esfuerzos y sacrificios, en medio de innumerables dificultades, tanto en los comienzos como en los momentos de expansión y desarrollo de la Obra. A veces, sus proyectos daban la impresión, a quienes le rodeaban, de que quería quemar etapas: la instalación de la Academia DYA, abierta en 1933 sin apenas recursos económicos, lo mismo que la Academia Residencia de Ferraz en 1934; los planes para ir a Valencia y a París, en vísperas de la Guerra civil; la expansión – siempre sin medios económicos– por diversos países de Europa nada más terminar la Segunda guerra mundial... Y así siempre, hasta el momento de su muerte, impulsando vigorosamente, en todo momento, la labor apostólica de la Obra.

Sin embargo, quien había obrado así solía decir a sus hijos que, a veces, tenía la impresión de que les frenaba cuando querían ir demasiado deprisa. Al principio, aun contando siempre con el beneplácito de la Autoridad eclesiástica, no se había apresurado a pedir para la Obra las correspondientes aprobaciones canónicas – diocesanas y pontificias–, como hubiese podido esperarse de un joven Fundador, pues sabía que la novedad del fenómeno pastoral que aportaba el Opus Dei implicaría necesariamente que surgieran problemas de adaptación de las normas jurídicas vigentes. Había sido preciso que se organizaran persistentes campañas de calumnias contra el Opus Dei, para que se decidiera a solicitar, antes de lo previsto, las correspondientes aprobaciones.

Nos han tratado a patadas; por eso nos hemos esparcido, solía decir al final de su vida, recordando cómo el Señor se había servido de las causas segundas –es decir, de una publicidad involuntaria– para acelerar la expansión de la Obra.

En realidad, lo único que había procurado era ir al paso de Dios. Al final de la vida del Padre, y más aún cuando supieron que Dios le había llamado, sus hijos e hijas comprendieron mejor cómo ese paso había sido extraordinariamente veloz.

¿Cuál había sido el secreto de tan vertiginosa aventura espiritual?

Impenetrable resulta si uno se atiene al simple plano de los hechos externos, porque esos hechos pueden explicar el destino de los hombres de acción, pero no el surco espiritual abierto por un hombre de Dios. Luminoso es, por el contrario, para el cristiano que sabe que nada progresa ni es duradero sin esa adaptación completa de la voluntad humana a los proyectos divinos, que se opera misteriosamente mediante la correspondencia a la gracia.

Con el paso del tiempo, puede contemplarse la acción real de Dios en el mundo, lo que hace a través de algunos hombres especialmente atentos a sus designios. Una acción sólo comparable a esas corrientes que mueven los océanos, mucho más profundas y eficaces que las tempestades que agitan la superficie, porque son capaces de templar o enfriar continentes enteros.

El secreto de la fecundidad de la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer reside, sin duda alguna, en que supo secundar con todas sus fuerzas, ya antes de fundar el Opus Dei, y más todavía después, hasta las más leves insinuaciones del Espíritu. Búsqueda constante, y a veces llena de asperezas, de la voluntad de Dios, mediante una oración y una penitencia generosísimas; obediencia pronta y resuelta, a partir del momento en que vio lo que tenía que hacer; constancia para mantener sin desviaciones, contra viento y marea, el espíritu

fundacional, consciente de que las gracias excepcionales que había recibido entrañaban una gran responsabilidad.

No deja de ser paradójico que fuese su resolución de mantener a toda costa el rumbo de la nave lo que atrajera a veces las críticas de algunos, que se obstinaban en ver en el Opus Dei una empresa humana, quizá a la medida de las ambiciones y proyectos a ras de tierra de esas personas. No le hubiera sido difícil cortar de raíz las calumnias –secuela de las persecuciones organizadas de los comienzos– que atribuían al Opus Dei un papel que no era el suyo; le hubiera bastado con aconsejar a algunos de sus hijos que abandonaran los cargos públicos que, en uso de su libertad, ocupaban en España y en otros países. Sin embargo, de haberlo hecho, habría desvirtuado la naturaleza del Opus Dei, inequívocamente secular, lo cual implicaba –e implica– que cada uno de sus miembros asumiera personalmente sus propias responsabilidades en la sociedad, sin tener que rendir cuentas a nadie –excepto a quienes los han nombrado– de los cargos que ocupan, ya que, al ejercerlos, no representan al Opus Dei ni a la Iglesia.

Tal era la causa de que Mons. Escrivá de Balaguer se negara siempre a limitar la legítima libertad de sus hijos. Si hubiese obrado de otra manera, no habría hecho la Obra de Dios, sino la del diablo, pues sus fines y su medios de acción habrían dejado de ser estrictamente sobrenaturales.

No necesitaba fijar en normas de obligatorio cumplimiento este espíritu fundacional. Tenía la absoluta y lógica seguridad de que, si alguna vez –en una hipótesis inconcebible– los Directores del Opus Dei intentaran imponer un pensamiento o actuación uniforme en los asuntos temporales, no sólo atentarían contra la legítima libertad personal de los miembros, sino contra la misma esencia de la Obra: el Opus Dei no tendría razón de ser; ni sus miembros, motivo alguno para perseverar.

¡Me habría lucido –decía a algunos de sus hijos en 1969– si hubiera quemado mi vida –la juventud, la madurez y ahora la vejez– por una cosa puramente humana!

Si alguien se lo hubiese preguntado, el Fundador, sin vacilar, hubiese atribuido el secreto de la rápida expansión del Opus Dei al empeño que siempre había puesto –a pesar de considerarse un instrumento inepto– en implorar constantemente a Dios, a su Madre Santísima, a los santos y a los ángeles, que intercedieran a su favor. Estaba luego su trabajo, así como la oración y el trabajo de sus hijos e hijas y de otras muchas personas. Todo ello, acompañado de mortificaciones constantes, ofrecidas por el desarrollo de los apostolados de la Obra y por el bien de la Iglesia.

Consciente del carácter sobrenatural de la empresa, estaba convencido de que los medios debían ser proporcionados al fin, es decir, también sobrenaturales.

Sólo después de su muerte, la inmensa mayoría de sus hijos supo lo que quienes le rodeaban conocían: sufriendo todo lo que es posible sufrir por la situación de la Iglesia, e incapaz de hacer más de lo que había hecho –rezar, reparar, fortalecer la fe de sus hijos e hijas–, había ofrecido su vida a Dios por la Iglesia, pensando que sería más eficaz en el Cielo que al lado de los que dejaba aquí en la tierra, siempre que Dios le concediera saltarse a la torera el Purgatorio.

Su repentino tránsito, así como la serenidad de su rostro, que impresionó a todos los que le vieron muerto, hacen pensar que la Virgen Santísima, a quien dirigió su última mirada en la tierra –una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que había en el despacho donde habitualmente trabajaba–, obtendría para él, de Dios Todopoderoso, esa última gracia.

El 6 de octubre de 2002 el Santo Padre Juan Pablo II canonizó en la explanada de la basílica de San Pedro al beato Josemaría.

Oración a San Josemaría Escrivá

Oh Dios, que por mediación de la Santísima Virgen otorgaste a San Josemaría, sacerdote, gracias innumerables, escogiéndole como instrumento fidelísimo para fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano: haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor.

Concédeme por la intercesión de San Josemaría el favor que te pido... (Pídase). Así sea.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.